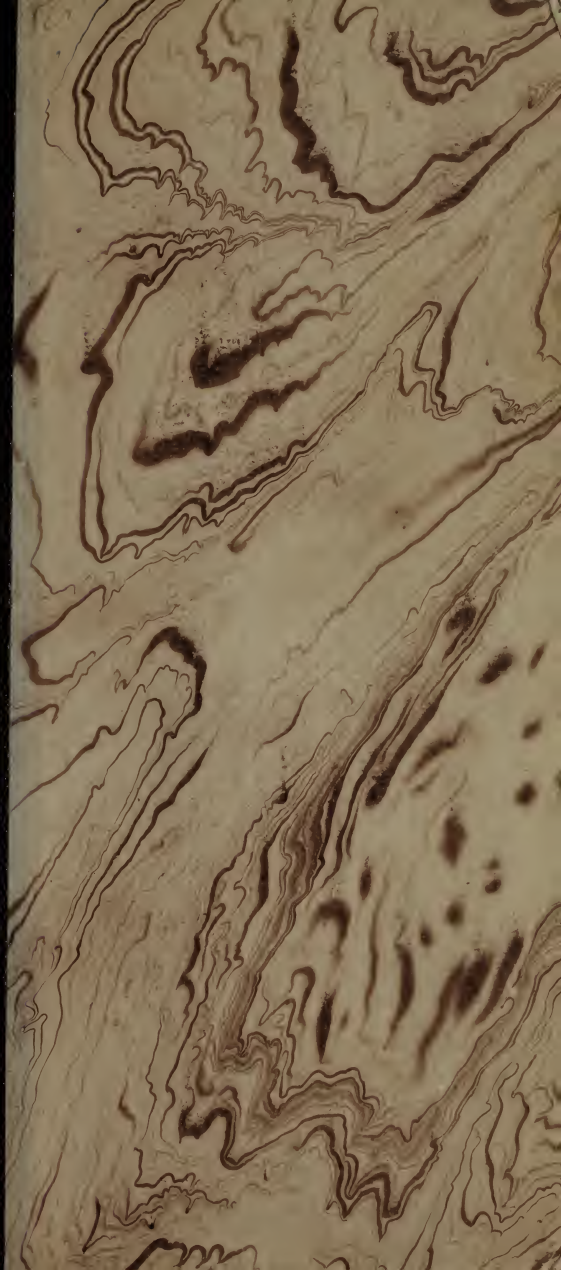
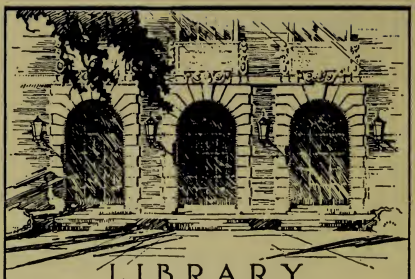




LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

845Z74
OfSPt
v.1-2

CENTRAL CIRCULATION AND BOOKSTACKS

The person borrowing this material is responsible for its renewal or return before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of $75.00 for each non-returned or lost item.**

Theft, mutilation, or defacement of library materials can be causes for student disciplinary action. All materials owned by the University of Illinois Library are the property of the State of Illinois and are protected by Article 16B of *Illinois Criminal Law and Procedure*.

TO RENEW, CALL (217) 333-8400.
University of Illinois Library at Urbana-Champaign

JUL 29 2004

When renewing by phone, write new due date below previous due date. L162

LA CAIDA DEL PADRE MOURET.

EMILIO ZOLA

LA CAIDA DEL PADRE MOURET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

J. TADINCE

TOMO PRIMERO

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO
—
1887

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID, 1887.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

845274
O+SPE
V-2

LA CAIDA DEL P. MOURET.

I.

La Teuse puso junto al altar la escoba y el plumero. Se había retardado entretenida en arreglar la colada del semestre; atravesó la iglesia para tocar el *Angelus*, de prisa, cojeando, trastornando los bancos. Así llegó hasta la cuerda de la campana, pendiente del techo, cerca del confesonario; y una vez delante de aquella cuerda limpia, lisa, que terminaba en un nudo grueso y sucio por el roce continuo de las manos, se colgó de ella á plomo, haciéndola oscilar con movimientos acompasados; después se dejó ir dando vueltas sobre los rodillas, con el gorro de medio lado y la sangre agolpada á su cara redonda.

Al terminar, compuso su gorro con movimiento rápido, y sofocada aún, fué á dar un par de esco-

bazos delante del altar. El polvo se defendía allí obstinadamente y á diario, parapetándose entre las tablas mal unidas de la plataforma. La escoba registraba los rincones con ímpetu furioso. La Teuse levantó seguidamente la cubierta del ara y se enfadó al ver que la sabanilla de arriba, ya zurcida por veinte lados, tenía un boquete nuevo en la parte central, que dejaba al descubierto la segunda sabanilla, plegada en dos, tan deteriorada, tan transparente, que descubría la piedra consagrada fija sobre la madera del altar. Sacudió los pliegues enrojecidos por el uso, y paseó vigorosamente el plumero á lo largo de las gradas, contra las cuales apoyó los Evangelios. Después, subiéndose á una silla, quitó á la cruz y á dos de los candeleros sus fundas de percal amarillo. El cobre estaba salpicado de manchas obscuras.

—¡Muy bien!—murmuró la Teuse á media voz.—Están verdaderamente necesitados de limpieza. Los fregaré con greda.

Y, corriendo sobre una pierna con derrengamientos y sacudidas que hundían las losas, fué á la sacristía en busca del misal, que puso, sin abrirlo, sobre el atril, al lado de la epístola, con la tapa vuelta hacia el centro del altar; encendió las dos velas, y empuñando la escoba, dirigió

una última ojeada en derredor suyo para cerciorarse de que los asuntos de Dios estaban bien arreglados. La iglesia dormía; sólo la cuerda de la campana oscilaba cerca del confesonario, balanceándose desde la bóveda hasta el pavimento con reposado y flexible compás.

El padre Mouret acababa de bajar á la sacristía, una pieza pequeña, fría, separada del comedor por un pasillo estrecho.

—Buenos días, señor cura—dijo la Teuse en en cuanto se vió libre.—¡Muy perezoso estáis esta mañana! Son las seis y cuarto.

Y sin dar al joven sacerdote, que sonreía, tiempo para responder, siguió diciendo:

—Tengo que reñiros: la sabanilla está agujereada por todas partes. ¡Eso no tiene gracia! Sólo hay una de repuesto, y yo me deshago los ojos hace tres días, remendándola..... Dejaréis al pobre Jesús desnudo si las cosas siguen de esa manera.

El padre Mouret, sin abandonar la sonrisa, contestó dulcemente:

—Jesús no tiene necesidad de tanto lienzo, mi querida Teuse. Siempre tiene calor, siempre está regiamente alojado, si se le quiere bien.

Luego, dirigiéndose hacia una fuentecilla, preguntó:

—¿Se ha levantado mi hermana? Aun no la he visto.

—Ya hace buen rato que bajó la señorita Desideria—repuso la criada, arrodillándose frente á un viejo armario de cocina, dentro del cual se guardaban las vestiduras sagradas.—Todavía está con sus gallinas y con sus conejos..... Esperaba ayer dos pollos y no se los han traído. ¡Figuraos qué emoción!

De pronto se interrumpió diciendo:

—La casulla de oro, ¿verdad?

El cura, que se lavaba las manos al propio tiempo que murmuraba silenciosamente una oración, hizo un signo afirmativo de cabeza.

La parroquia no contaba más que tres casullas: una violeta, una negra y otra de paño de oro. Esta última, por servir los días en que el blanco, el encarnado y el verde estaban prescritos, tenía una importancia extraordinaria. La Teuse la sacó religiosamente de la tabla forrada de papel azul donde la acostaba después de cada ceremonia, y la puso sobre el aparador, levantando con precaución la parte bordada. Un cordero de oro dormía sobre una cruz de oro rodeado de largos rayos de oro también. El tisú, resquebrajado por los dobleces, se descomponía en flecos menu

dos; los adornos en relieve, se iban poniendo rojos y deshilachados. En la casa producía continua inquietud, algo así como un enternecimiento doloroso, el ver desaparecer aquella casulla lentamente, hilo tras hilo. El cura necesitaba usarla casi á diario. ¿Y cómo reemplazarla, cómo hacerse con las tres casullas, por ella sustituídas cuando los últimos hilos de oro desaparecieran?

La Teuse puso encima de la casulla la estola, el manípulo, el cordón, el alba y el amito. Pero, así y todo, no se daba punto de reposo, esforzándose para colocar el manípulo en cruz sobre la estola y disponer el cordón en forma de guirnalda, de suerte que imitase la inicial sagrada del santo nombre de María.

—Lo que es el cordón no vale gran cosa—murmuró por lo bajo.—Será preciso decidirse á comprar otro, señor cura..... Eso no es difícil, yo misma haría uno si tuviese cáñamo.

El Padre Mouret no respondió nada. Encima de una mesita preparó el cáliz, un cáliz muy grande y muy antiguo de plata sobredorada, con el pié de bronce, que acababa de sacar de un armario de madera blanca, donde se recogían los vasos, los lienzos sagrados, los santos óleos, los misales, los candeleros y las cruces. Puso á lo ancho

del cáliz un purificador limpio; metió por entre el purificador la patena de plata sobredorada, que contenía una hostia puesta sobre una palia de lino. Cuando el cura cubría el cáliz estirando los pliegues de tela de oro compañera de la casulla, la Teuse exclamó:

—Oid: no hay ningún corporal en la bolsa. Ayer cogí todos los purificadores, palias y corporales sucios para limpiarlos; todo está en la lejía..... No os había dicho nada, señor cura; acabo de arreglar la lejía; está muy espesa. Resultará mejor que la última vez.

Y mientras el cura metía un corporal entre la tapa del cáliz y ponía encima del velo aquella tapa adornada por una cruz de oro sobre un fondo de oro también, la criada exclamó con viveza:

—A propósito, me olvidaba: el galopín de Vicente no ha venido aún. ¿Queréis que ayude yo la misa, señor cura?

El padre Mouret la miró severamente.

—¡Bah! eso no es pecado—siguió diciendo ella con sonrisa bonachona.—Ya he ayudado á misa una vez en tiempo de Mr. Caffin, y la he ayudado mejor que todos esos chiquillos que ríen como locos solo de ver una mosca volando por la iglesia; yo, con mi gorro, con mis sesenta años y con mi

cojera, respeto más á Dios que esos endemoniados chicos á quienes he sorprendido, no hace muchos días, jugando al *paso* detrás del altar.

El cura siguió mirándola sin dejar de mover la cabeza.

—Este pueblo era una covacha—añadió la criada.—No pasan de ciento cincuenta..... Hay días, como hoy, en que no encontraréis alma viviente en los Artaud. Hasta los chicos estaban en las viñas. ¡Y si al menos pudiera saberse lo que van á hacer allí! Unas viñas plantadas sobre guijarros y secas como cardos. ¡Este es un país de lobos, á una legua de distancia de todo camino!..... Como un ángel no baje á ayudar vuestra misa, señor cura, no podréis contar más que conmigo, ¡palabra! ¡ó con uno de los conejos de la señorita Desideria, dicho sea sin faltaros al respeto!

En aquel mismo instante, Vicente, el pequeño de los Brichet, empujó suavemente la puerta de la sacristía; sus cabellos rojos desordenados, y sus ojillos grises que relucían, llamaron la atención de la Teuse.

—¡Ah pícaro!—exclamó—¡diríase que acabas de hacer una cosa mala! ¡Anda de prisa, muchacho, ya que el señor cura tiene miedo de que yo no complazca á Dios!

El padre Mouret, al ver al muchacho, había cogido el amito; besó la cruz bordada en el centro; apoyó un instante el lienzo sobre su cabeza, y después, rodeándolo al cuello de su sotana, cruzó y ató los cordones, el derecho por encima del izquierdo; en seguida se puso el alba, símbolo de la pureza, comenzando por el brazo derecho. Vicente, que se había agachado, daba vueltas en torno del cura, arreglando el alba, procurando que cayera igualmente por todos lados á dos dedos del suelo. Luego presentó el cordón al sacerdote, quien se lo ciñó fuertemente á los riñones, para recordar de esa manera la cuerda con que el Salvador fué torturado durante su pasión.

La Teuse permanecía de pie, alegre, inquieta, haciendo esfuerzos para callar; pero su lengua tenía tanta necesidad de moverse, que le arrancó de pronto está exclamación:

—El hermano Archangias ha venido. No tendrá hoy ni siquiera un muchacho en la escuela. Se fué como un huracán á las viñas para tirar de las orejas á esos mocosos. Haréis bien en verle. Creo que tenía algo que deciros.

El padre Mouret la impuso silencio con la mano. No había desplegado los labios. Rezó las preces de ritual, cogiendo el manípulo, que besó antes

de ponerlo en su brazo izquierdo por debajo del codo, como signo indicativo del trabajo de las buenas obras, y cruzó sobre su pecho, después de haberla besado también, la estola, símbolo de su dignidad y de su poder. La Teuse ayudó á Vicente á colocar la casulla, sujetándola con el auxilio de cordoncitos para que no descolgara hacia atrás.

—¡Virgen Santísima!—balbuceó de pronto, precipitándose hacia el armario.—¡He olvidado las vinajeras! ¡Vamos, listo, galopín!

Vicente llenó las vinajeras, dos redomas de vidrio grosero, mientras la Teuse se ocupaba en coger un lavamanos limpio de uno de los cajones.

El padre Mouret, sujetando el cáliz por el centro con la mano izquierda y apoyados los dedos de la derecha sobre la tapa del mismo, saludó profundamente, sin quitarse el bonete, á un Cristo de madera negra colgado encima del aparador. El niño se inclinó de igual modo, y sosteniendo las vinajeras cubiertas por el lavamanos, abandonó la sacristía seguido del cura, que caminaba con los ojos bajos, llenos de devoción profunda.

II.

La iglesia, vacía, resultaba blanca en aquella mañana de Mayo: cerca del confesonario la cuerda de la campana permanecía inmóvil. La lamparilla, encerrada en un vaso de color, á la derecha del tabernáculo, brillaba en el muro como una mancha roja. Vicente, luego que hubo dejado las vinajeras sobre una mesilla próxima al tabernáculo, fué á arrodillarse á la izquierda, en el último escalón de la plataforma, mientras el cura, saludando al Santísimo Sacramento con una reverencia profunda, subió al altar, extendiendo el corporal, en cuyo centro puso el cáliz. Abrió el misal, bajó de nuevo é hizo otra reverencia. Santiguóse en voz alta y, cruzando las manos sobre el pecho, dió principio al gran drama divino, con semblante pálido, henchido de fe y amor.

—*Introito ad altare Dei.*

Ad Deum qui lætificat juventutem meam—barboteó Vicente, que mascullaba los responsos de la antífona y del salmo, sentado sobre los talones y ocupado en espiar á la Teuse que daba vueltas por la iglesia.

La vieja miraba con inquietud uno de los cirios. Su preocupacion creció de punto mientras el cura, inclinado profundamente, con las manos juntas de nuevo recitaba el *Confiteor*. Ella también se golpeó el pecho inclinando la cabeza, pero sin perder de vista el cirio.

La voz grave del cura y los balbuceos del muchacho alternaron durante algunos instantes:

Dominus vobiscum.

Et cum spiritu tuo.

Y el cura, alargando las manos, recogiéndolas después, dijo con acento de tierna compunción:

Oremus.....

La Teuse no se pudo contener, y pasando por detrás del altar, alcanzó el cirio, atizándolo con la punta de unas tijeras. El cirio se corría, ya se deslizaban por él dos largos y anchos lagrimones de cera. ¡Un tesoro perdido!

Cuando la Teuse volvió, renqueando por entre los bancos, asegurándose antes de que las pilas no estaban sucias, el cura, con las manos puestas en el borde del altar, rezaba en voz baja. Después besó la sabanilla.

A su espalda la reducida iglesia ostentábase empalidecida por la incierta luz de la mañana. El sol no tocaba aún más que el ras de los techos.

Los *Kyrie eleison* corrían como un estremecimiento por aquella especie de establo tapizado de cal, de techo plano, sobre el cual se cruzaban las vigas desnudas. A un lado y otro tres anchas ventanas con vidrios claros, polvorientos, quebrados en su mayor parte, permitían que el aire de fuera entrase brutalmente, mostrando al desnudo todas las miserias del Dios de aquella aldea ignorada. En el fondo, encima de la puerta grande, que no se abría nunca, á tal punto que en sus junturas crecía la hierba, una tribuna de tablas, á la que daba acceso una escala de molinero, iba de una pared á otra, crujiendo bajo los zuecos los días feriados. Cerca de la escalera descubríase el confesonario, de tablas mal unidas, pintado de color amarillo limón. Enfrente, al lado de la puerta pequeña, encontrábase la pila bautismal, una pila vieja sostenida por un pie de mampostería. Seguidamente, en el centro, á derecha é izquierda, estaban dos altaritos, rodeados cada uno de ellos por una balaustrada de madera. En el de la izquierda, consagrado á la Virgen, había una Madre de Dios de gran tamaño, vaciada en yeso dorado, ostentando regia corona de oro sobre sus cabellos castaños: tenía recostado en su brazo izquierdo un Jesús desnudo y sonriente que levan-

taba con sus pequeñas manos el globo del mundo; la Virgen caminaba pisando nubes por entre las cuales aparecían cabezas de ángeles alados. El altar de la derecha, donde se decían las misas de muerto, estaba ocupado por un Cristo de cartón pintado que hacía juego con la Virgen. El Cristo, de la altura de un niño de diez años, agonizaba de una manera espantosa, con la cabeza echada hacia atrás, las costillas salientes, el vientre hundido, los miembros acardenalados y chorreando sangre. Aun existía el púlpito en aquella iglesia una caja cuadrada, á que se llegaba por una escalerilla de cinco peldaños. Este púlpito alzábase frente á un reloj encerrado en un armario de nogal, cuyos golpes sordos recorrían toda la iglesia, semejante á los latidos de un corazón enorme oculto en algún rincón, debajo de las losas. A lo largo de la nave las catorce estaciones del camino del Calvario, catorce imágenes groseramente iluminadas, encuadradas en listones negros, manchaban del amarillo, del azul y del rojo de la Pasión la blancura brillante de las paredes.

—*Deo gratias*, murmuró Vicente al final de la Epístola.

El misterio de amor, el sacrificio de la santa víctima, se acercaba.

El ayudante cogió el misal, trasladándolo á la izquierda, del lado del Evangelio, cuidando de no tocar las hojas del libro. Cada vez que pasaba delante del tabernáculo hacía con las piernas una genuflexión que le amenguaba la estatura. Luego, poniéndose á la derecha, permaneció quieto con los brazos cruzados durante la lectura del Evangelio. El cura, haciendo antes la señal de la cruz sobre el misal, se santiguó á su vez: en la frente, para indicar que no dudaría nunca de la palabra divina; en la boca, como significando que siempre estaría dispuesto á proclamar su fe; en el corazón, para manifestar que su corazón pertenecía á Dios solamente.

—*Dominus vobiscum*—dijo volviéndose, con la mirada húmeda fija en las blancuras frías de la iglesia.

—*Et cum spiritu tuo*—respondió Vicente, que se había puesto de rodillas.

Una vez recitado el Ofertorio, el cura descubrió el cáliz. Sostuvo un instante á la altura de su pecho la patena con la hostia ofrecida á Dios por él, por los concurrentes, por todos los fieles, los vivos como los muertos. Después, haciéndola resbalar por el borde del corporal sin que la tocaran sus dedos, tomó el cáliz, que secó escrupulosa-

mente con el purificador. Vicente fué á buscar encima de la mesilla las vinajeras y se las presentó al cura una después de otra, primero la vinajera del vino, en seguida la vinajera del agua. El sacerdote ofreció entonces por el mundo entero aquel cáliz á medio llenar; lo puso después en el centro del corporal, cubriéndolo con la palia, y tras nueva plegaria, se hizo echar agua en menudos hilos sobre las extremidades del pulgar y el índice, con objeto de purificarse de la más imperceptible mancha de pecado. Cuando el cura acabó de secarse con la toalla, la Teuse, que estaba en todo, vació el platillo de las vinajeras en un cubo de zinc puesto al lado del altar en un rincón.

—*Orate, fratres*—exclamó el sacerdote en voz alta, dirigiendo á los bancos vacíos sus manos extendidas y juntas é invocando con el gesto á los hombres de buena voluntad.

Y volviéndose hacia el altar, continuó rezando en voz baja. Vicente se perdió en el intrincado laberinto de una frase latina demasiado larga para su memoria.

En aquel instante un resplandor rojo entró por las ventanas. El sol, respondiendo al llamamiento del sacerdote, acudía á la misa. Iluminó con largas franjas doradas la pared izquierda, el con-

fesonario, el altar de la Virgen, el inmenso reloj. Un estremecimiento sacudió el confesonario; la Madre de Dios desde el centro de su gloria, entre la majestad de su corona y de su manto de oro, sonreía tiernamente con sus labios pintados al Niño Jesús; el reloj, rejuvenecido, daba la hora con golpes más vivos y rápidos. Parecía que el sol poblaba los bancos de partículas de polvo que danzaban alegremente entre sus rayos. La pequeña iglesia, el blanqueado recinto sintióse como invadido por una locura dulce. Fuera sonaban los primeros ruidos anunciadores del alegre despertar de la campiña: las hierbas que suspiran gozosas, las hojas que enjugan con el calor del día la humedad de la noche; los pájaros alisando sus plumas, disponiéndose á comenzar el primer desperezo de sus alas; el campo mismo entraba en la iglesia con el sol; un árbol robusto se encaramaba á una de las ventanas, cruzando sus ramas por entre los vidrios rotos, alargando sus hojas como si quisiera enterarse de lo que pasaba dentro; y por las rendijas de la puerta grande podían verse las hierbas de la fachada amenazando invadir la nave. Solo, en medio de tanta vida, de tamaña claridad, el Cristo, hundido en la sombra, recordaba la muerte, reflejando la agonía en su carne

amarillenta salpicada de sangre. Un gorrión vino á posarse sobre la cornisa; miró un instante y echó á volar; pero apareció muy pronto y con aleteo silencioso fué á detenerse en un banco delante del altar de la Virgen. Un segundo gorrión siguió al primero, y pronto un ejército de gorriones, saltando por las ramas del árbol, bajó á la iglesia y comenzó á pasar tranquilamente, á pequeños saltos, sobre las losas.

—*Sanctus*, *Sanctus*, *Sanctus*, *Dominus Deus Sabaoth*— dijo el cura á media voz, encorvando ligeramente las espaldas.

Vicente hizo sonar tres veces la campanilla. Los gorriones, asustados de aquel repiqueteo brusco, echaron á volar con tal ruido de alas, que la Teuse, que había entrado un instante á la sacristía, volvió á escape refunfuñando:

—¡Ladrones! quieren ensuciarlo todo..... ¡Claro! como la señorita Desideria se entretiene en echarles migajas de pan.....

El instante supremo se acercaba. El cuerpo y la sangre de un Dios iban á descender sobre el altar. El cura besó la cubierta de éste, agitó las manos y multiplicó los signos de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz; el rezo salía de sus labios con éxtasis lleno de humildad y reconocimiento.

Sus actitudes, sus gestos, las inflexiones de su voz, decían á las claras lo conmovido que se sentía, la emoción que experimentaba al verse escogido para tan sublime faena. Vicente se arrodilló detrás de él, y cogiendo la casulla con la mano izquierda la levantó ligeramente, al tiempo que empuñaba la campanilla. El sacerdote, con los codos apoyados en el borde del ara, sosteniendo la hostia entre el pulgar y el índice de cada mano, pronunció sobre ella las palabras de consagración: *Hoc est enim corpus meum.* Después, haciendo una reverencia, alzó la hostia lentamente todo lo más alto que pudo, siguiéndola con los ojos, mientras el ayudante, prosternado, hacía sonar por tres veces la campanilla. Acto seguido consagró el vino: *Hic est enim calix*, acodándose de nuevo sobre el altar, saludando, elevando el cáliz, siguiéndole también con los ojos, la mano derecha sujetando el centro, la izquierda sosteniendo el pie. El ayudante dió otros tres campanillazos..... El gran misterio de la redención acababa de renovarse; la sangre de Dios corría una vez más.

—¡Fuera! ¡fuera!—murmuraba la Teuse tratando de asustar á los gorriones con su puño extendido.

Pero los gorriones no tenían miedo; habían

vuelto en lo más álgido del campanilleo, y revoloteaban tranquilamente por los bancos. Las vibraciones de la campanilla les pusieron más alegres; respondían al repique con ligeros gritos, cortando las palabras latinas con su risa juguetona de pilluelos en libertad. El sol les doraba las plumas; parecían encantados de la pobreza dulce de la iglesia. Estaban como en su casa, como en un granero donde hubieran dejado abierto un postigo, picoteando, riñendo, disputándose las migajas. Uno de ellos fué á posarse en el velo de oro de la Virgen que sonreía; otro fué á reconocer sigilosamente las sayas de la Teuse, á quien este rasgo de audacia puso fuera de sí.

En el altar, el cura, humillado, con los ojos puestos en la hostia, juntos el pulgar y el índice, no se daba cuenta de aquella invasión de la nave sorprendida por una tibia mañana de Mayo, de aquel oleaje creciente de sol, de verdura, de pájaros, que se desbordaba hasta el pie mismo del Calvario, donde yacía agonizante y afligida la naturaleza.

—*Per omnia sæcula sæculorum*—dijo.

—*Amen*—respondió Vicente.

Terminado que fué el *Pater*, el sacerdote, colocando la hostia en el centro del cáliz, la partió en

dos. Arrancó en seguida de la primera mitad uno de los pedazos, que dejó caer en la preciosa sangre, para significar la unión íntima que iba á contraer con Dios por medio de la comunión. Dijo en voz alta el *Agnus Dei*, recitó muy bajo las tres oraciones de ritual, hizo el acto de indignidad, y con los codos sobre el altar y la patena debajo de la barba, comulgó con las dos partes de la hostia á la vez. Luego, después de levantar las manos á la altura de su rostro y entregarse á profunda meditación, recogió en el corporal, con ayuda de la patena, las santas partículas desprendidas de la hostia y las dejó caer dentro del cáliz; una de las partículas se había adherido á su pulgar; el cura la empujó también con el índice; y santiguándose con el cáliz, colocando otra vez la patena debajo de su barba, tomó toda la preciosa sangre en tres veces, sin apartar los labios del borde de la copa, consumiendo hasta la última gota del divino sacrificio.

Vicente se había levantado para buscar las vinajeras, cuando la puerta de escape que daba al presbiterio se abrió de par en par, replegándose contra el muro, para dar paso á una hermosa criatura de veintidós años, con aire de niña, la cual ocultaba alguna cosa entre su delantal de lienzo.

—¡Hay trece—gritó;—todos los huevos estaban buenos!

Y entreabriendo el delantal, dejó ver un cesto de polluelos chillones de plumas nacientes y ojos inquietos, semejantes á puntos negros llenos de luz.

—¡Miradlos, son muy graciosos los tunantes!.....—siguió diciendo—¡Ay! ¡el blanquito se sube sobre los otros! ¿Y éste, el pintado, que mueve ya las alas?..... ¡Los huevos eran excelentes..... no había ni uno claro!

La Teuse, que ayudaba también la misa á hurtadillas, pasando á Vicente las vinajeras para las abluciones, se volvió y dijo en voz alta:

—¡Callaos, señorita Desideria! Ya veis que no hemos concluído.

Un fuerte olor de estiércol venía por la puerta entreabierta, penetrando como un fermento de vida en la iglesia, á la par del sol caliente que iluminaba el altar.

Desideria permaneció inmóvil un instante, muy satisfecha del pequeño mundo que llevaba en el delantal, mirando á Vicente escanciar el vino de la purificación, y á su hermano beber aquel vino para que ninguna de las materias sagradas quedara en su boca. Aun estaba allí cuando él se vol-

vía sosteniendo el cáliz con las dos manos con objeto de recibir sobre el pulgar y el índice el vino y el agua de la ablución, que bebió igualmente; pero la *llueca* venía cacareando en busca de sus hijos y amenazaba entrar en la iglesia. Entonces Desideria se fué, dirigiendo á los polluelos frases maternales, mientras el cura, después de haber apoyado el purificador sobre sus labios, los pasaba por los bordes y luego por el interior del cáliz.

Llegaron al final; á la acción de gracias rendidas al Señor. El ayudante fué á buscar el misal por última vez y lo trasladó á la derecha. El cura puso sobre el cáliz el purificador, la patena, la palia; estiró nuevamente los dos largos pliegues del velo y puso encima la tapa, en cuyo interior había introducido el corporal. Todo su ser estaba henchido de gratitud ardiente. Pedía al cielo el perdón de sus pecados, la gracia de una vida santa, el premio de una vida eterna; permaneció abismado ante aquel milagro de amor, ante aquel sacrificio continuo que le mostraba á diario la sangre y el cuerpo de su Redentor.

Al terminar la lectura de las oraciones, se volvió diciendo:

—*Ite, misa est.*

—*Deo gracias*—respondió Vicente.

El sacerdote besó el altar, y volviéndose con la mano izquierda apoyada en el pecho y la derecha extendida, bendijo la iglesia, ocupada por los rayos del sol y por una turba alegre de gorriones.

—*Benedicat vos omnipotens Deus Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.*

—*Amen*—dijo el acólito santiguándose.

El sol había aumentado y los pájaros se animaban con su contacto. Mientras el cura, leyendo en el cuadro de la izquierda el Evangelio de San Juan, anunciaba la eternidad del Verbo, el sol inundaba el altar, abrillantando el estuco de las paredes, devorando la claridad de los dos cirios, cuyas mechas recortadas no eran en su presencia más que dos manchas obscuras. El astro triunfante obscurecía con su gloria la cruz, los candeleros, la casulla, el velo del cáliz: todo aquel oro palidecía ante sus rayos. Y cuando el sacerdote, cogiendo el cáliz é inclinándose, se apartó del altar para volver á la sacristía con el bonete puesto y precedido del acólito, que llevaba las vinajeras y el lavamanos, el astro quedó por único dueño de la iglesia. A su vez se había encaramado sobre la cubierta del ara, alumbrando espléndidamente la puerta del tabernáculo, cele-

brando las fecundidades de Mayo. Las baldosas despedían fuego. Las paredes lustrosas, la Virgen, el mismo Cristo, adquirían fuerza y vigor, como si la muerte retrocediese vencida por la eterna juventud de la tierra.

III.

La Teuse se apresuró á apagar los cirios, pero se detuvo un gran rato espantando los gorriones. Así es que cuando llevó el misal á la sacristía, no encontró en ella al padre Mouret. Éste, que se había despojado de sus ornamentos, estaba ya de pie delante de la mesa del comedor, desayunándose con una taza de leche.

—Debíais prohibir á vuestra hermana echar pan en la iglesia—dijo la Teuse al entrar.—El invierno pasado inventó esa gracia. Decía que los gorriones tenían frío y que Dios podía socorrerlos..... Veréis cómo acaba por hacernos acostar con sus conejos y con sus gallinas.

—Tendríamos más calor—respondió alegremente el joven sacerdote.—Siempre estáis murmurando, Teuse. Dejad que Desideria ame á sus animales. No tiene otro placer la pobre inocente.

La criada se detuvo en medio del comedor.

—¡Oh! ¡lo que es vos!—exclamó.—Vos aceptaríais gustoso que las urracas hiciesen sus nidos en la iglesia. No veis nada: todo lo encontráis perfectamente..... Vuestra hermana es muy dichosa con que la hayáis recogido á vuestra salida del seminario. Ni padre, ni madre; quisiera yo saber quién le permitiría revolcarse, como lo hace ahora, en un estercolero.

Después, enterneciéndose, dijo cambiando el tono de la voz:

—Verdaderamente, sería una lástima contrariarla. Es una muchacha sin malicia. Sólo cuenta diez años de edad, aunque sea una de las jóvenes más robustas del país..... Ya lo sabéis: todavía la acuesto por las noches y es preciso que le cuente cuentos para dormirla.

El padre Mouret permanecía de pie, acabando su taza de leche, con los dedos algo enrojecidos por el fresco de la habitación, una inmensa sala destartalada, pintada de gris, sin otros muebles que la mesa y algunas sillas. La Teuse quitó una servilleta que había extendido para el desayuno en un pico de la mesa.

—No ensuciaréis mucho la servilleta—murmuró.—Diríase que no podéis sentaros, que estáis siempre á punto de marchar..... ¡Ah! ¡si hubieseis

conocido á Mr. Caffin, el cura difunto, al que habéis reemplazado! No hubiera hecho la digestión si le hubieran obligado á comer de pie. Era normando, de Cantelau, como yo. ¡Oh! no le agradezco mucho el haberme traído á este país de lobos. Al principio estábamos bastante fastidiados. ¡Dios mío! hubo lances muy desagradables en nuestra casa..... ¡Cómo! Mr. Mouret, ¿no habéis endulzado la leche? Aquí están los dos terrones de azúcar.

El cura dejó la taza.

—Sí; creo que me he olvidado—dijo.

La Teuse le miró cara á cara, encogiendo los hombros. Envolvió con la servilleta una rebanada de pan moreno que había quedado también sobre la mesa, y al ver que el sacerdote se disponía á salir, corrió hacia él y se arrodilló, exclamando:

—Aguardad; las cintas de vuestros zapatos están desatadas..... No sé cómo vuestros pies resisten esos zapatos de labriego. Vos tan delicado, con aire de que os hayan mimado mucho..... ¡Vaya! preciso es que el Obispo os conociera bien para daros el curato más pobre del departamento.

—¡Pero—dijo el cura sonriendo de nuevo—si he sido yo quien ha reclamado venir á los Artaus!..... Estáis muy mal humorada por parte de

mañana, Teuse. ¿Por ventura no somos dichosos aquí? Tenemos lo que nos hace falta; vivimos en la paz del paraíso.

Al oir esto la Teuse se contuvo, y riendo á su vez, exclamó:

—Sois un santo, señor cura..... Venid á ver qué espesa está mi lejía. Más vale eso que disputar.

Mouret dudó en seguir á la criada, pero ella amenazaba no dejarle salir si no inspeccionaba antes su lejía; y dispuesto á complacerla, abandonó el comedor. En el pasillo tropezó con un enorme cascote de yeso.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Nada—repuso la Teuse con su aire terrible.—El presbiterio que se viene abajo. Pero vos os encontráis bien; tenéis todo lo que necesitáis..... ¡Ah, Dios mío! las hendiduras no faltan. Mirad ese techo; está casi partido! Si no morimos aplastados uno de estos días, será cosa de ponerle un cirio á nuestro ángel guardián. En fin, puesto que os agrada..... Lo mismo sucede en la iglesia. Hace dos años que debían haberse compuesto las vidrieras. En invierno Dios se hiela allí. Además, así se impedirá entrar á esos malditos gorriones. Acabaré por cubrir los vidrios con un papel, yo misma, os lo advierto.

—¡Pues es una idea!—murmuró el cura;—se podrían cubrir de papel. En cuanto á los tabiques, son más fuertes de lo que se cree. En mi habitación el techo ha cedido un poco delante de la ventana..... ¡Bah!..... La casa nos enterrará á todos.

Cuando llegaron al sotechado próximo á la cocina, el cura se hizo lenguas á propósito de las excelencias de la lejía: todo por complacer á la Teuse. Fué necesario que tocara la lejía, que metiese los dedos dentro. Entonces, encantada, satisfecha, la vieja se mostró casi maternal. Corrió á buscar un cepillo, diciendo:

—¿No habéis podido quitaros desde ayer vuestra sotana para limpiarle el lodo? Si la hubieseis dejado en la plataforma de la escalera, estaría limpia. Aun está buena esta sotana. Tened cuidado de levantarla bien cuando atravesáis un campo: los espinos lo rompen todo.

Y le hizo dar vueltas como si fuera un niño, limpiándole de arriba abajo, y frotándole violentamente la ropa con el cepillo.

—Vamos, vamos, ya está bien—dijo el cura escapando.—Cuidaréis de Desideria, ¿verdad? Voy á decirle que salgo.

En este momento una voz clara gritó:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Desideria llegaba corriendo, roja de alegría, con la cabeza desnuda, los negros cabellos anudados fuertemente sobre la nuca, y los brazos cubiertos de heno hasta los codos: estaba limpiando el gallinero. Cuando vió á su hermano dispuesto á salir con el breviario debajo del brazo, rió más fuerte, dándole un beso en mitad de la boca y echando los brazos atrás para no mancharle.

—No, no—balbuceó;—te mancharía..... Me marcho. Ya verás los animalitos cuando vuelvas.

Y se alejó corriendo.

El padre Mouret dijo que volvería á las once para almorzar, y salió mientras la Teuse, que le había acompañado hasta la calle le daba á gritos sus últimas recomendaciones.

—No os olvidéis de ver al hermano Archangias..... Pasad también por casa de los Brichet; la mujer ha venido ayer, como siempre, por lo del matrimonio..... ¡Señor cura, escuchadme! He encontrado á Rosalía. Para ella no hay nada mejor que casarse con el gran Fortunato. Hablad con el padre Bambouse; puede ser que os escuche..... No volváis á las doce como el otro día. A las once, ¿eh? á las once en punto: ¿no es eso?

El cura siguió adelante sin volver la cabeza, y la Teuse entró en la casa murmurando entre dientes:

—¡Cualquiera creerá que me escucha. Tiene veintiséis años y nunca ha hecho más que su gusto. Verdad que por lo santo parece un hombre de sesenta; pero le falta experiencia, no sabe nada y sólo quiere ser sabio como los querubines; ¡pobrecillo!

IV.

Cuando el padre Mouret dejó de sentir la voz de la Teuse á sus espaldas, se detuvo, satisfecho de encontrarse al fin solo. La iglesia estaba edificada sobre una colina que descendía en suave declive hasta la aldea. Sola, en aquel sitio, la iglesia, semejante á un aprisco abandonado, se agrandaba, recortada por largas ventanas y cubierta de tejas rojizas. El cura se volvió, lanzando una ojeada al presbiterio, un casuco pardo construído al flanco de la nave. Luego, como si temiera ser sorprendido nuevamente por el incesante chismorreo que le zumbaba en los oídos desde por la mañana, tomó hacia la derecha, y sólo se juzgó á salvo al verse frente al portalón del templo.

La fachada de la iglesia, roída por el sol y las lluvias, estaba coronada por una estrecha jaula de

ladrillo, en medio de la cual una campana pequeña mostraba su negro perfil: sujeta á ella veíase el extremo de una cuerda que iba á perderse en el tejado. Seis escalones rotos, casi hundidos por un extremo, conducían á la alta puerta redonda, agrietada, cubierta de polvo, de herrumbre, de telas de araña, lastimosamente apoyada en sus goznes mohosos, que parecían dispuestos á romperse al primer soplo de viento que los tocase.

El padre Mouret, que sentía cariño hacia aquella ruina, fué á recostarse contra uno de los ángulos de la escalera. Desde allí podía abrazar de una sola ojeada todo el país. Se puso las manos en las cejas y reconoció con la vista el horizonte.

En Mayo, una vegetación formidable inundaba aquel suelo guijarroso. Espliegos colosales, espesas zarzas, sabanas de hierba campestre, subían por la escalera esparciéndose en haces sombríos hasta la altura del tejado. El primer arranque de la savia amenazaba tomar por asalto la iglesia, apoyándose en los duros tallos de cien plantas nudosas. A aquella hora de la mañana, en pleno trabajo de resurrección, sentíase allí un zumbido cálido, un esfuerzo prolongado y silencioso que hacía estremecer las rocas. El cura no se dió

cuenta de esta labor ardiente; creyó que la grada vacilaba, y se apoyó en el quicio de la puerta.

Extendíase el país dos leguas á la redonda, encerrado en un muro de colinas amarillentas, salpicadas de negro por extensos pinares; país terrible, de secas llanuras, de aristas rojas, de suelo estéril. Los pocos trozos de tierra laborable semejaban mares sanguinolentos, campos rojos donde se alineaban filas de almendros enjutos, cabezas grises de olivos, grupos de viñas que pintaban el campo con sus troncos morenos. Diríase que un inmenso incendio había pasado por allí, esparciendo en las alturas las cenizas de los bosques, abrasando las praderas, dejando su llama y su calor de fragua en todos los huecos. Apenas si de trecho en trecho el verde pálido de un cuadro de trigo se destacaba como nota dulce. El horizonte permanecía huraño, sin un hilo de agua, sediento, envolviéndose en polvo á la menor sacudida del aire. Y allá, por un respiradero abierto en las colinas que limitaban el horizonte, distinguíase una lejanía de verduras húmedas, un jirón del valle vecino, fecundado por la Viarne, riachuelo nacido en las gargantas de la Seille.

El cura, con los ojos entornados, fijó su mirada en la villa, donde algunas viviendas se extendían

á la desbandada enfrente de la iglesia. Casuchas miserables, hechas con piedras desiguales y maderas viejas, alzábanse á lo largo de un camino estrecho sin calles marcadas. Eran en número de treinta, unas arrojadas sobre el estiércol, ennegrecidas por la miseria; otras más grandes, más esbeltas, con tejas de color de rosa. Pedazos de jardín conquistados sobre la roca descubrían sus cuadros de legumbres, divididos en calles estrechas.

A aquella hora los Artaud estaban desiertos: ni una mujer en las ventanas, ni un niño en los patios; solamente algunas bandadas de pollos iban y venían escarbando la paja, penetrando en el interior de las casas, cuyas puertas abiertas dejaban pasar el sol. Un perro grande, negro, sentado sobre las patas traseras á la entrada del pueblo, parecía guardarlo.

La pereza se apoderó poco á poco del padre Mouret. El sol de la mañana calentaba su cuerpo con tal dulzura, que se dejó caer contra la puerta de la iglesia invadido por una paz dichosa. Examinaba la aldea de los Artaud, que se descubría allá entre las piedras, semejante á las vegetaciones nudosas del valle. Todos los habitantes eran parientes, todos llevaban el mismo nombre, aunque usaban del mote para diferenciarse entre sí.

Un antepasado, un Artaud, había venido como un paria á establecerse en aquel desierto; después su familia creció con la vitalidad salvaje de la hierba, extrayendo su vida de las rocas; la familia había terminado por convertirse en una tribu, en una comunidad cuyos parentescos se perdían en el largo espacio de dos siglos. Se casaban entre ellos con promiscuidad desvergonzada, sin darse ejemplo de un Artaud que hubiese tomado mujer en la aldea vecina; sólo las muchachas se iban algunas veces. Nacían, morían arraigados á aquel rincón de tierra, pululando sobre sus estercoleros, con lentitud, con la pasividad de árboles que renuevan su simiente, sin tener la menor idea de que existiese un mundo más allá de las rocas donde vegetaban. Ya había entre ellos pobres y ricos, y por consiguiente, las gallinas desaparecían y los gallineros se cerraban durante la noche con gruesas cadenas; un Artaud había matado á otro Artaud, á su hermano, detrás del molino. En el centro de aquel desolado cinturón de colinas, un pueblo aparte, una raza nacida del sol, una humanidad de trescientas cabezas, comenzaba la historia de los tiempos.

El cura vivía aún envuelto en la sombra mortal del seminario. Pasó algunos años sin ver el sol.

Aun no lo conocían bien sus ojos cerrados, fijos sólo en el alma y llenos de desprecio para la naturaleza deleznable. Por mucho tiempo, en sus horas de recogimiento, cuando la meditación le invadía, hubiera deseado un desierto de ermitaño, una cueva en una montaña, donde nada que fuese vida, ni seres, ni plantas, ni arroyos, viniera á distraerle en su contemplación de Dios. Era el suyo un desbordamiento de amor puro, un horror invencible á toda sensación física. En aquel desierto, matándose á sí propio, vuelto de espalda á la luz, hubiera aguardado el instante de dejar de ser, de perderse en la soberana blancura de las almas. El cielo se le aparecía cubierto de blanco, de un blanco luminoso, como nevado de azucenas, como si todas las purezas, todas las inocencias, todas las castidades residieran en él. El confesor reprendía á Mouret cuando éste le contaba sus deseos de soledad, sus ansias de candor divino, recordándole las luchas de la Iglesia, las necesidades del sacerdote. Más tarde, después de su ordenación, el joven presbítero había venido á los Artaud, á petición suya, con la esperanza de realizar sus deseos de abandono humano. Entre aquella miseria, sobre aquel suelo estéril, podría cerrar los oídos al murmullo del mundo y vivir en el sueño de los

santos. Y en efecto, allí vivía dichoso: apenas si de vez en cuando perturbaba su calma algún acontecimiento de la aldea; apenas si el sol caldeaba su nuca cuando discurría por los senderos á cielo descubierto, sin darse cuenta, sin apercibirse de aquel alumbramiento continuo, en medio del cual caminaba.

El enorme perro negro que defendía los Artaud se decidió á subir donde estaba el padre Mouret, sentándose de nuevo á sus pies, apoyado en las patas traseras. El cura no le hizo caso; seguía perdido en las dulzuras de la mañana. Iban á comenzar en la aldea los ejercicios del Rosario de María, y él achacaba la inmensa ventura difundida en su ser á la intercesión de la Virgen con su divino Hijo. ¡Qué despreciables le resultaban entonces los bienes de la tierra! ¡con qué reconocimiento se sentía pobre! Al tomar las órdenes, después de perder á su padre y á su madre en el mismo día, al término de un drama cuyas peripecias le eran desconocidas, había cedido á su hermano mayor toda su fortuna. Sólo vivía en el mundo para su hermana. Se encargó de ella lleno de una especie de ternura religiosa por aquella cabecita débil. La pobre inocente era tan pueril, tan niña, que le recordaba la pureza de esos pobres de espíritu á

quienes el Evangelio ha concedido el reino de los cielos. Sin embargo, desde hacía algún tiempo Desideria le inquietaba: era muy fuerte, muy sana, sentía demasiado la vida; pero este era un inconveniente de poca importancia. Mouret pasaba sus días entregándose á la existencia interior que se había forjado, y se alejaba de todo para darse á ella; cerraba la puerta á sus sentidos, llegaba á olvidarse de las necesidades corporales; sólo era un alma engrandecida por la contemplación. La naturaleza no le ofrecía más que lazos y obscenidades, y él ponía su gloria en despreciarla, en violentarse, despojarse de su envoltura humana. El justo debe ser insensible á los halagos del mundo, y Mouret se juzgaba un elegido sobre la tierra, sin desear otra cosa más que los bienes celestes, no comprendiendo que pudiera compararse una eternidad feliz con algunas horas de alegría fugaz; engañábale su razón, mentían sus deseos, y si avanzaba por el camino de la virtud, sólo era debido á su humildad y á su obediencia. Quería ser el último de todos, estar sometido á todos, para que el rocío divino cayera sobre él como sobre un desierto inabordable; se juzgaba cubierto de oprobio y de confusión, indignado por no estar jamás limpio de culpa. Ser humilde, es

creer y es amar. No miraba más que el interior de su alma; era ciego, sordo, carne muerta: la plaga de Dios. Luego, en premio de la abyección que se imponía, sería transportado al espacio de los dichosos y de los potentes, henchido de una ventura sin fin.

El padre Mouret había encontrado en los Artaud las soledades del claustro, por él ardientemente apetecidas durante sus lecturas de la *Imitación*. Nada había combatido en él aún. Era perfecto desde la primera vez que se hincó de rodillas; sin combate, sin lucha, como petrificado por la gracia en el olvido absoluto de su carne. Extasiado con esa proximidad de Dios que sienten algunos curas jóvenes; instante venturoso en que todo se olvida, en que los deseos no son otra cosa que un inmenso anhelo de pureza, Mouret no había puesto su consuelo en ninguna mirada humana; cuando se cree que una cosa es todo, lo demás sobra: él creía que Dios era todo, que su humildad, su castidad, su obediencia eran todo. Se acordaba de haber oído hablar de la tentación como de una tortura que sometía á prueba á los más santos, y sonreía. Á él no le abandonaría Dios nunca. Marchaba envuelto en su fe como en una coraza que

le protegía contra los malos pensamientos; recordaba que ocho años atrás lloró de amor en los rincones; no sabía á quién amaba; lloró por el amor de alguien que estaba lejos: siempre se sentía enternecido. Más tarde quiso ser sacerdote, para satisfacer aquel deseo de afección sobrehumana que era su tormento único. No veía otro amor más grande; en él reconcentró su ser entero, sus predisposiciones de raza, sus tristezas de adolescente, sus deseos de hombre. Si la tentación debía venir, Mouret la aguardaba con su serenidad de seminarista ignorante. Había conseguido matar en él al hombre, lo sabía, y se daba por dichoso de encontrarse distinto á los demás; criatura castrada, desviada, marcada por la tonsura como una oveja del Señor.

V.

El sol invadía la puerta grande de la iglesia; un enjambre de moscas doradas revoloteaba en torno de una flor nacida entre dos junturas de la escalera. El padre Mouret, algo sofocado, decidióse á abandonar su refugio, miéntras el perro se lanzaba ladrando con furia hacia la reja del pe-

queño cementerio construído á la izquierda de la iglesia. Al mismo tiempo una voz próxima gritó:

—¡Ah granuja! ¡faltas á la escuela y te encuentro en el cementerio!..... ¡No digas que no!..... Hace un cuarto de hora que te estoy observando.

El cura avanzó algunos pasos y vió á Vicente, á quien un hermano de las escuelas cristianas sujetaba fuertemente por una oreja. El niño se encontraba como colgado en el borde de un abismo que costeaba en el cementerio, y por cuyo fondo corría el Mascle, torrente de blanquinosas aguas que iba á desembocar á dos leguas de allí, en la Viorne.

—¡Hermano Archangias!—dijo el cura dulcemente, invitando á la indulgencia á aquel hombre furioso.

El hermano no soltó la oreja.

—¡Ah! ¿sois vos, señor cura?—repuso.—Sabed que este pillastre está siempre escondido en el cementerio. No sé qué maldad trata de hacer aquí..... Debería soltarle, porque iba á romperse la cabeza allá abajo, en el fondo. Le estaría muy bien empleado.

El muchacho no respondió palabra, cogido á las malezas, con los ojos fuertemente cerrados.

—Tenedle compasión, hermano Archangias— replicó el cura. —Puede caer.

Y ayudó á subir á Vicente.

—Vamos á ver, amiguito—le dijo—¿qué hacías ahí? No se debe jugar en los cementerios.

El granujilla, que había abierto los ojos, se alejó con miedo del hermano, yendo á refugiarse bajo la protección del padre Mouret.

—Os diré—murmuró levantando hacia el cura su astuta cabeza.—Hay un nido de urracas en los zarzales, debajo de esa roca. Hace más de diez días que lo observo..... Bueno; pues como las crías han nacido, vine esta mañana, después de ayudaros á misa.....

—¡Un nido de urracas!—dijo el hermano Archangias.—¡Está bien! ¡está bien!

Se inclinó, recogió de una tumba un cascote de tierra y lo lanzó contra los espinos, sin tocar el nido. El segundo golpe fué más afortunado, y cogiendo el nido de través, arrojó las crías al torrente.

—De este modo—dijo sacudiéndose las manos para limpiarlas—no volverás á rondar por aquí como un pagano..... Los muertos irán á tirarte de los piés por la noche si te atreves á andar sobre ellos todavía.

Vicente, que se había reído mucho viendo dar

al nido el salto mortal, miró en rededor suyo, encogiéndose de hombros con aire incrédulo.

—¡Bah! no tengo miedo—dijo.—Los muertos no se meten con nadie.

Verdaderamente el cementerio no tenía nada de temible; era un terreno inculto, cuyas estrechas veredas desaparecían bajo un montón de hierbajos. Montecillos de tierra se levantaban de trecho en trecho. Una sepultura sólo, derecha, nueva, la del padre Coffin, ostentaba su contorno blanco en el centro del recinto. El resto adornábanlo brazos de cruz destrozados, maderas rotas y losas hendidas y cubiertas de musgo. Se enterraba dos veces al año. La muerte no parecía habitar aquel suelo ondeado, donde la Teuse venía todas las tardes á llenar su delantal de hierba para los conejos de Desideria. Un ciprés gigantesco, plantado en la puerta, paseaba su sombra por el campo desierto. Este ciprés, que se distinguía desde tres leguas á la redonda, era conocido en el contorno con el nombre de «El Solitario».

—Está lleno de lagartos—dijo Vicente, que miraba al muro agrietado de la iglesia.—Podía uno divertirse mucho.....

Aquí se detuvo para dar un salto al ver que el hermano alargaba el pie.

El hermano llamó la atención del cura acerca del mal estado de la verja. Estaba cubierta de orín, con un gozne desprendido y la cerradura rota.

—Hay que arreglar esto—dijo.

El padre Mouret sonrió sin responder, y dirigiéndose á Vicente que jugaba con el perro, le preguntó:

—Díme, muchacho, ¿sabes dónde trabaja esta mañana el padre Bambouse?.....

El chico dirigió una mirada al horizonte.

—Debe estar en su campo de las Olivettes—repuso extendiendo la mano hacia la izquierda.—..... Voriau os conducirá, señor cura. Él sabe mejor que nadie dónde está su amo.

Y se puso las manos en la boca gritando:

—¡Eh! Voriau, ¡eh!

El perrazo negro se detuvo un instante como si quisiera leer en los ojos del chico. Luego, ladrando alegremente, dirigióse hácia la villa.

El padre Mouret y el hermano Archangias le seguían conversando. A los cien pasos Vicente los abandonó silenciosamente, dirigiéndose hácia la iglesia, observándolos, pronto á esconderse detrás de un zarzal si volvían la cabeza. Con la flexibilidad de una culebra se introdujo otra vez en el ce-

menterio, en aquel paraíso que le ofrecía nidos, lagartos y flores.

Mientras Voriau guiaba sus pasos por el camino pedregoso, el hermano Archangias decía al cura con voz irritada:

—¿Véis qué racimo de perdidos son estas gentes, señor cura? Sería preciso deslomarlas para hacerlas creer en Dios. Son tan irreligiosos como sus padres. Hace quince años que estoy aquí, y no he podido hacer un cristiano. En cuanto salen de mis manos, ¡buenas noches! Se dedican á la tierra, á sus viñas, á sus olivares; ni siquiera uno pone los pies en la iglesia. ¡Son unos animales que tienen bastante con sus campos de guijas!..... Creedme, esto sólo puede arreglarse á palos, señor cura; ¡á palos!

Y en seguida, tomando aliento, prosiguió con gesto terrible :

Los Artaud son como las zarzas que nacen en esas rocas, lo mismo. Ha bastado una semilla para que el país se llenara de perversión. El mal crece, se multiplica, aumenta de día en día. Era necesario un fuego del cielo, como el de Gomorra, para limpiar esto.

—Nunca se debe desesperar de los pecadores— dijo el padre Mouret, que caminaba despacio, envuelto en su paz interna.

—No; éstos son el diablo — replicó violentamente el hermano; — soy labrador como ellos; hasta los diez y ocho años he cavado la tierra, y después en la Institución, he sembrado, he escardado legumbres, he hecho los trabajos más penosos. Al contrario, Dios prefiere á los que viven en la humildad..... Pero los Artaud se conducen como bestias, creedlo. Son como unos perros que no van á misa, ni se ocupan de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Serían capaces de fornicar con sus terruños; ¡tanto los quieren!

Voriau se detuvo un momento, olfateando cuidadosamente, y volvió á emprender un trote cuando estuvo seguro de que los dos hombres le seguían.

—Verdad que hay abusos deplorables— dijo el padre Mouret. — Mi predecesor, el Padre Caffin.....

—Un pobre hombre—interrumpió el hermano, —llegó de Normandía, y no hizo nada; no ha pensado más que en darse buena vida, dejando que todo fuera á voluntad.

—No, el padre Caffin hizo lo que pudo; pero es necesario comprender que sus esfuerzos han resultado casi estériles. Con los míos les ocurre igual la mayor parte de las veces.

El hermano Archangias se encogió de hom-

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY

bros y caminó en silencio algunos instantes, balanceando su cuerpo largo, enjuto, tallado á hachazos; el sol enrojecía su nuca robusta, dejando en la sombra su rastro de labriego, duro como la hoja de un sable.

—Escuchad, señor cura—dijo después de aquella pausa. —Soy muy poca cosa para haceros observaciones; pero tengo doble edad que vos, conozco el país, y eso me autoriza á deciros que con dulzura no alcanzaréis nada. Tenedlo por seguro; el catecismo basta. Dios no tiene misericordia de los impíos; los quema. Ateneos á esa máxima.

Y al ver que el cura seguía con la cabeza inclinada sin abrir los labios, continuó:

—La religión se va de los campos, porque se la ha convertido en una buena muchacha. Ha sido respetada mientras se ha portado como señora, sin perdonar..... No sé lo que os enseñan en los seminarios. Los curas nuevos lloran como niños en sus parroquias. Dios parece cambiado..... Juraría, señor cura, que vos no sabéis el catecismo sino con el corazón.

El padre Mouret, herido por aquella voluntad que quería imponérsele rudamente, levantó la cabeza, exclamando con tono algo serio:

— Está bien; vuestro celo es loable..... Pero ¿no

tenéis que decirme nada? Habéis estado esta mañana en la parroquia; ¿no es así?

El hermano Archangias replicó brutalmente:

—Tenía que deciros lo que os he dicho..... Los Artaud viven como sus cerdos. Ayer he sabido que Rosalía, la hija mayor del padre Bambouse, está embarazada. Todas aguardan á eso para casarse. Desde los quince años no he conocido una que no haya ido á los trigos antes de entrar en la iglesia..... ¡Y ellas sostienen riendo que tal es la costumbre del país!

— Sí — murmuró el cura; —es un escándalo enorme..... Precisamente busco al padre Bambouse para hablarle del asunto..... Entretanto sería de desear que el matrimonio se efectuara cuanto antes. Parece que el padre del niño es Fortunato, el hijo mayor de los Brichet. Desgraciadamente los Brichet son pobres.

—¡Esa Rosalía!—prosiguió el Hermano.—Tiene diez y ocho años justos. Aun debe acordarse de los bancos de las escuelas; hace cuatro años iba allí todavía. Ya era una viciosa..... Ahora enseño á su hermana Catalina, una mozuela de once años, que promete ser más desvergonzada que su hermana. Se la encuentra en todos los rincones con ese granuja de Vicente. Aunque se le pellizcasen las

orejas hasta hacer brotar de ellas la sangre, la muchacha no se corregiría. Todas son lo mismo; llevan el infierno en las sayas. Criaturas buenas tan sólo para revolcarse en sus estercoleros, entre suciedades é inmundicias. Sería una verdadera dicha si se estrangulara á todas las mujeres cuando nacen.

Su disgusto, su odio hácia la mujer, le impulsaron á jurar como un carretero. El padre Mouret, que escuchaba sus apóstrofes con faz serena, acabó por reir de la violencia de su interlocutor llamando á Voriau que se había parado en un campo vecino.

—¡Lo veis!—gritó el Hermano Archangias señalando un grupo de niños que jugaban en el fondo de una barrancada.—Ahí están esos pillos que no van á la escuela pretextando que tienen que ayudar á sus padres en las viñas!.... Estad seguro de que esa perdida de Catalina se encuentra allí. Le gusta mucho resbalar. Veréis como tiene las faldas encima de la cabeza. ¡Eh! ¿qué es lo que yo decía?..... Hasta la tarde, señor cura..... ¡Aguardad, aguardad, granujas!

Y se alejó corriendo, con la esclavina flotando sobre la espalda y arrancando las zarzas con los extremos de su larga sotana grasienta. El padre

Mouret le vió caer sobre los chicos, que se alejaron como una banda de gorriones sorprendidos; pero el hermano había conseguido coger por las orejas á Catalina y á otro muchacho y los conducía camino de la aldea, sujetándolos con sus gruesos y peludos dedos y llenándolos de injurias.

El cura detuvo su marcha. El hermano Archangias despertaba siempre en él escrúpulos extraños, apareciéndosele con su vulgaridad, con su crudeza, como el verdadero servidor de Dios sin sujeción terrestre, á la voluntad del cielo, humilde, rudo, vibrando anatemas brutales contra el pecado. Mouret se desesperaba de no poder transformar su cuerpo, de no ser repugnante, inmundo, hediondo con la hediondez de los santos. Cuando el hermano le disgustaba con sus frases demasiado crudas, con su brutalidad rápida y nerviosa, echábase en rostro sus delicadezas, sus sensiblerías, como si fueran enormes delitos. ¿No debía estar muerto para todos los enternecimientos mundanos?

En aquella ocasión sonrió tristemente, sintiéndose disgustado por la lección del ignorantino y juzgando que debía haberle replicado.

Es el orgullo—pensaba—que le busca para perderle, haciéndole despreciar la inocencia.

Sin embargo, á pesar suyo sentíase dichoso

de estar solo, de caminar despacio leyendo su breviario, libre de aquella voz áspera que perturbaba su habitual estado de inmensa ternura.

VI.

El camino se deslizaba por entre dos montones de rocas, en medio de las cuales los labradores habían trabajado de trecho en trecho cuatro ó cinco metros de tierra gredosa, plantándola de olivos, ya viejos á la sazón. A los pies del cura, el polvo esparcido en surcos profundos ostentaba salpicaduras de color de nieve. Mouret sintió en el rostro un aire más caliente, y levantó los ojos del libro para ver de dónde venía; pero su mirada siguió incierta, perdida, sin contemplar en el horizonte inflamado, en los contornos robustos de aquella campiña apasionada, seca, abrasada por el sol, algo así como el estremecimiento lascivo de una mujer ardiente y estéril. Echóse el sombrero á la cara para librarse del calor, y volvió con tranquilidad á su lectura, mientras su sotana esparcía por detrás de él una pequeña hoguera que brillaba en los lindes del camino.

—Buenos días, señor cura—le dijo un labriego al pasar.

El ruido de un arado que removía la tierra sacó al padre Mouret de su ensimismamiento. Volvió la cabeza y distinguió en medio de las viñas á dos viejos huesudos que le saludaban. Los Artaud, en la fuerza del sol, fornicaban con la tierra, según el dicho del hermano Archangias. Aquellas frentes sudorosas que aparecían detrás de los zarzales, aquellos pechos anhelantes agitándose acompasadamente, eran como un esfuerzo de fecundación entre el cual caminaba el cura lleno de calma é ignorancia. Nada le decía el enorme concierto de amor que vibraba en los esplendores de la mañana.

—¡Eh, Voriau, no te comas el mundo!—gritó alegremente una voz ronca dirigiéndose al perro, que ladraba con furia.

El padre Mouret levantó la cabeza.

—¿Sois vos, Fortunato?—dijo avanzando hasta el lindero de un campo dentro del cual trabajaba un joven.—Precisamente quería hablaros.

Fortunato tenía la misma edad que el sacerdote. Era un mocetón fuerte, de aspecto astuto y piel curtida.

—¿Para qué, señor cura?—preguntó.

—Con motivo de lo que ha pasado entre vos y Rosalía—respondió el sacerdote.

Fortunato se echó á reir. Debió parecerle muy raro que un clérigo se ocupara de semejantes cosas.

—Nada—murmuró;—ella es quien lo ha querido. No la he forzado. Tanto peor si el padre Bambouse se opone á dármela. Ya veis que su perro tiene empeño en morderme. ¡Claro! su amo me lo está achuchando á todas horas.

El padre Mouret iba á continuar, cuando el viejo Artaud llamado Brichet, á quien no había visto antes, salió de la sombra de un chaparro, detrás del cual comía con su mujer. Era pequeño, arrugado por la edad, de aspecto humilde.

—Os habrán contado mentiras, señor cura—exclamó.—El muchacho está dispuesto á casarse con la Rosalía..... Han ido juntos, son jóvenes..... No es culpa de nadie. Hay muchos que hacen lo que hacen ellos, sin que nadie tenga que decir..... El negocio no depende de nosotros. Es preciso hablar á Bambouse. Tal vez no os haga caso. ¡Como tiene dinero!

—Sí; nosotros somos muy pobres—suspiró la madre Brichet, una mujerona reumática que se levantó á su vez.—No tenemos más que este pedacito de campo donde el diablo hace nacer los guijarros. El campo sólo nos da para mal comer. Sin vos, señor cura, nuestra vida sería imposible.

La madre Brichet era la única devota de la aldea. Cuando comulgaba daba vueltas alrededor del presbiterio, segura de que la Teuse le guardaría un par de panes de la última hornada. Además, siempre volvía á su casa con un conejo ó un pollo que le regalaba Desideria.

—Esto es un escándalo continuo—repuso el cura.— Es necesario que el matrimonio se verifique cuanto antes.

—En seguida; cuando los otros quieran—exclamó la vieja, muy temerosa por sus regalos.—¿No es verdad, Brichet? Nosotros no somos tan malos cristianos que vayamos á contrariar al señor cura.

Fortunato intervino.

—Yo estoy satisfecho—dijo—y la Rosalía también..... La he visto ayer detrás del molino. No estamos disgustados; al contrario, hemos estado juntos, hemos reído.....

El padre Mouret le interrumpió diciendo:

—Está bien. Voy á hablar con Bambouse. Creo que está en las Olivettes.

Y se alejó, mientras la madre Brichet le preguntaba por su hijo Vicente, que aun no había vuelto desde que fué á ayudar la misa. «Era un galopín muy necesitado de los consejos del señor

cura.» La vieja acompañó á éste como cien pasos, quejándose de su miseria, de las patatas que no nacían, del frío que había helado las aceitunas, de los calores que amenazaban abrasar la cosecha. Por fin se separó de él, no sin afirmarle antes que Fortunato rezaba sus oraciones por la mañana y por la noche.

Entretanto Voriau caminaba delante del padre Mouret. De pronto, en una revuelta del camino, se lanzó dentro de un sembrado. El cura hubo de tomar un pequeño sendero que subía por un ribazo. Estaba en las Olivettes, el cuartel más fértil del país, donde el alcalde del pueblo Artaud, dicho Bambouse, poseía numerosos campos de trigo, de olivos y de viñedo. El perro se había echado en las faldas de una muchachota morena, que sonrió al ver al párroco.

—¿Dónde está vuestro padre, Rosalía?—le preguntó éste.

—Allá, todo derecho—repuso la muchacha, extendiendo la mano y sin dejar de sonreir.

Y abandonando el terreno donde escardaba, marchó delante del cura. Su embarazo, poco adelantado, sólo se descubría por un ligero abultamiento de las caderas. Rosalía tenía la organización poderosa de las trabajadoras robustas, el ros-

tro tostado por el sol, la nuca morena, cubierta de cabellos negros y ásperos como crines. Sus manos teñidas de verde sujetaban un manojo de hierba.

—¡Padre!—gritó.—El señor cura os quiere ver.

Y se quedó allí quieta, con su sonrisa de bestia impúdica.

Bambouse, gordo, sudoroso, con el rostro encendido, dejó su trabajo para saludar alegremente al padre Mouret.

—Apostaría á que venís á hablarme de las reparaciones de la iglesia — dijo sacudiendo sus manos llenas de tierra.—Lo siento, señor cura, pero es imposible; la aldea no tiene un sueldo. Si Dios os proporciona el yeso y las tejas, nosotros os proporcionaremos los ladrillos.

Aquella broma de labriego incrédulo le hizo prorrumpir en una carcajada. Se apretó los riñones con las manos tosiendo, próximo á estallar.

—No es por la iglesia por lo que he venido—respondió el padre Mouret.—Vengo á hablaros de vuestra hija Rosalía.....

—¿Rosalía? ¿pues qué os ha hecho?—preguntó Bambouse guiñando los ojos.

El labriego miraba al joven sacerdote con aire

socarrón, contemplando curiosamente sus manos blancas y su cuello de muchacha socarronamente, tratando de hacerle enrojecer. Pero Mouret, tranquilo, con faz serena como si hablara de cosas sin importancia, le dijo:

—Ya sabéis de lo que trato, padre Bambouse. Está embarazada. Es preciso casarla.

—¡Ah! ¿es por eso?—murmuró el viejo con aire burlón.—Gracias por la embajada, señor cura. Os envían los Brichet, ¿verdad? La madre Brichet va á misa y vos le tendéis la mano para casar á su hijo; se comprende..... Pero lo que es yo no entro en la red. Ese negocio no me gusta. Ni más ni menos.

El cura, sorprendido, hubo de explicarle hasta qué punto era preciso cortar el escándalo de raíz, perdonando á Fortunato que estaba dispuesto á reparar su falta, y añadiendo, en fin, que el honor de Rosalía exigía un casamiento pronto.

—Ta, ta, ta—repuso Bambouse meneando la cabeza;—¡cuántas palabras! Me quedo con mi hija, ya lo sabéis. Eso no me conviene..... Fortunato es un granuja sin dos ochavos. Sería muy cómodo que bastara irse por ahí con una muchacha para casarse con ella. ¡Cáspita! entre jóvenes se verían bodas por la mañana y por la tarde. ... Á Dios

gracias, no me aflige lo de Rosalía, sé lo que ha pasado: eso no la hace ni tuerta ni jorobada, y se casará en el país con quien ella quiera.

—¿Y su hijo?—interrumpió el cura.

—¿El niño? aun no ha nacido; puede que no nazca..... Si pare, ya veremos.

Rosalía, viendo el mal giro que tomaba la comisión del párroco, creyó de su deber restregarse los ojos con los puños como si llorase. Hasta se revolcó por el suelo, enseñando sus medias azules que le llegaban por encima de las rodillas.

—¡Quieres callar, perra!—le gritó su padre que se había puesto furioso.

Y la trató duramente con palabras rudas que la hacían reir en silencio por debajo de sus puños cerrados.

—Si te encuentro con tu macho—gritó—os ato juntos y os paseo así por el mundo..... ¿No quieres callar? ¡Oyes, perdida!

Y cogiendo un terrón de arena, lo arrojó violentamente desde cuatro pasos de distancia sobre su hija. La tierra se deshizo en el moño de Rosalía, la cual, aturdida, se levantó de un salto y echó á correr, ocultando la cabeza entre sus manos. Pero Bambouse tuvo tiempo bastante para tirarle otros dos terrones de tierra; el primero no

hizo más que tropezar en el costado izquierdo de la muchacha; el segundo la dió en los riñones con tal fuerza, que la hizo caer de rodillas.

—¡Bambouse!—gritó el cura, arrancando al labriego un guijarro que acababa de coger.

—¡Dejadme, señor cura!—dijo éste.—No la matarán las piedras. Ya se ve que no conocéis á las mujeres. Son muy duras. Aunque la rompiera los huesos á palos, no dejaría de ir á hacer marranadas. Pero yo la espío, y si llego á sorprenderla!..... En fin, todas son iguales.

Esta última frase le consoló. Bebió un trago de vino en una botella de barro rodeada de esparto y caldeada por el ardor de la tierra, y añadió, recobrando su grosera sonrisa:

—Si tuviera un vaso, señor cura, os convidaría con toda mi alma.

—Entonces—replicó nuevamente el sacerdote—ese matrimonio.....

—No, no puede hacerse; se reirían de mí..... Rosalía es guapa. ¿Necesita un hombre? bueno; se le buscará un muchacho. Ya hablaremos de eso después de la vendimia. Además, yo no quiero ser robado.

El cura permaneció allí todavía más de media hora tratando de convencer á Bambouse, hablán-

dole de Dios, aduciendo todas las razones que la situación exigía. El viejo había vuelto á su tarea y le escuchaba encogiendo los hombros tranquilamente, sin hacerle caso. Al fin dijo:

—Vamos, si me pidieseis un saco de trigo, me lo pagaríais, ¿verdad?.... Entonces, ¿por qué queréis que yo dé mi hija de balde?

El padre Mouret, descorazonado con esta respuesta, decidió marcharse. Al cruzar el sendero distinguió á Rosalía revolcándose bajo un olivo con Voriau que le lamía la cara, cosa al parecer muy agradable para la moza, quien con las faldas esparcidas y azotando la tierra con los brazos, gritaba al perro:

—¡Animal, que me haces cosquillas! Acaba de una vez.

Al ver al cura, hizo el intento de ponerse colorada, y se arregló los vestidos, colocándose de nuevo los puños sobre los ojos. Mouret fué á consolarla, prometiéndola que insistiría con el padre, y añadiendo que entre tanto debía obedecerle, excusando todo trato con su novio para no agravar su falta.

—Lo que es ahora—murmuró ella sonriendo con aire tranquilo—ya no hay riesgo. Todo está hecho.

El cura, sin comprender, la amenazó con el infierno donde arden las mujeres malas.

Después se alejó de ella creyendo cumplido su deber, envuelto en aquella serenidad casta que le permitía atravesar sin turbación por entre las impurezas de la carne.

VII.

La mañana estaba calurosa. Desde los comienzos de la primavera, el sol convertía en un horno ardiente aquel circo de rocas. El padre Mouret, midiendo las horas con los ojos, vió que apenas le quedaba tiempo para volver al presbiterio, si quería estar allí á las once. Leído su breviario, terminada la conferencia con Bambouse, caminó de prisa, contemplando á lo lejos la fachada gris de la iglesia, el alto ciprés, el Solitario, que se destacaba como una raya negra en el horizonte azul, y combinando al paso entre los vapores del calor la mejor manera posible de decorar por la tarde la capilla de la Virgen para los ejercicios del mes de Mayo. El camino extendía á sus pies un tapiz de polvo blando y deslumbrante de blancura.

En la Croix-Verte, cuando se disponía á atra-

vesar el camino que une á Plassans con la Paud, un cochecillo que bajaba la cuesta le hizo refugiarse tras de un montón de guijarros. Una voz le gritó:

—¡Eh, Sergio, hijo mío!

El carruaje se detuvo, y un hombre se inclinó desde él. El sacerdote reconoció entonces á uno de sus tíos, al doctor Pascal Rougon, á quien el pueblo de Plassans, que se metía en todo, llamaba sencillamente «Mr. Pascal». Había pasado ya la cincuentena; sus cabellos y su barba eran blancos como la nieve, y en medio de ellos su rostro, de facciones regulares, adquiría una finura llena de bondad.

—¿Tienes costumbre de pasear por el polvo á estas horas?—dijo inclinándose hacia adelante para estrechar las manos del cura.—¿No temes los rayos del sol?

—Poco más ó menos como vos, tío—repuso el sacerdote riendo.

—Yo tengo la capota de mi carruaje. Las enfermedades no reparan en nada. Se muere siempre, hijo mío.

Y contó á su sobrino que iba á casa del viejo Jeanbernat, el intendente del Paradou, á quien un acceso de sangre había sorprendido durante la

noche. Un vecino, un labriego que iba al mercado de Plassans, le dió el aviso.

—Debe estar muerto á estas horas—siguió diciendo.—En fin, ya veremos..... Estos diablos de viejos tienen la piel muy dura.

Ya levantaba el látigo para alejarse cuando el padre Mouret le detuvo.

—Aguardad—exclamó.—¿Qué hora es?

—Las once menos cuarto.

El cura tembló. Creía escuchar la voz terrible de la Teuse gritándole que el almuerzo estaba frío. Sin embargo, fué valiente y dijo:

—Voy con vos, tío..... Tal vez ese desgraciado quiera reconciliarse con Dios en su última hora.

El doctor Pascal no pudo reprimir una carcajada.

—¿Quién? ¿Jeanbernat?—gritó.—¡Vaya! ¡no convertirás nunca á ése!..... Sin embargo, no importa. Sólo tu presencia es capaz de curarle.

El sacerdote subió al carruaje. Su tío, cuyo buen humor había aumentado, se mostró muy afectuoso, animando al caballo con ligeros chasquidos de lengua y mirando á su sobrino curiosamente de reojo con la atención de un sabio que toma notas. Le interrogó en pocas palabras, con bondad, á propósito de su vida, de sus costumbres, de la

vida tranquila que disfrutaba en los Artaud. A cada respuesta satisfactoria murmuraba como hablando consigo mismo:

—Bueno, tanto mejor, perfectamente.

Insistió sobre todo respecto de la salud del joven párroco. Éste, satisfecho, le aseguró que estaba muy bien, que no tenía vértigos, ni náuseas, ni dolores de cabeza.

—Perfectamente, perfectamente.....—le respondía su tío.—Ya sabes que en primavera la sangre se agita. Pero tú eres fuerte, tú..... A propósito: he visto á tu hermano Octavio el mes pasado en Marsella. Se va á París; allí tendrá una buena posición entre las gentes de banca. ¡Ah! ¡el tunante se da muy buena vida!

—¿Qué vida?—preguntó el cura candorosamente.

El doctor, para evitar una respuesta, chasqueó la lengua. Después repuso:

—En fin, todo el mundo se porta bien; tu tía Felicidad, tu tío Rougon y los demás..... Eso no obsta para que tengamos mucha necesidad de tus oraciones. Eres el santo de la familia, querido. Cuento contigo para lograr la salvación de toda la banda.

Y se echó á reir, pero con tal aspecto de buena

amistad, que el mismo Sergio se mostró complacido.

—Y eso—continuó el doctor—que casi todos ellos están mal dispuestos para ganar el Paraíso. Oirías buenas cosas si viniesen á confesar contigo..... Yo no necesito que se confiesen; los conozco desde hace tiempo. Tengo sus memorias en mi casa, con mis herbarios y mis apuntes médicos. Si quisiera, podría escribir un libro interesante..... ¡Veremos, veremos!.....

Y se olvidó de todo, lleno de entusiasmo juvenil por la ciencia. Una ojeada que lanzó sobre la sotana de su sobrino le obligó á detenerse.

Te has ordenado—murmuró. Has hecho bien. Es una dicha ser cura. Esa dicha te domina por completo, ¿no es verdad?..... A pesar de ello, no estarás contento siempre..... Tus padres cometieron algunos pecados que aun no están satisfechos..... Todo es lógico entre nosotros..... Un cura completa la familia. Eso estaba previsto desde hace tiempo. Nuestra sangre debía terminar ahí..... Tanto mejor para tí; has tenido la mejor suerte.

Se detuvo, sonrió extrañamente y continuó:

—No; la mejor suerte es la de tu hermana Desideria.

Y, dando un silbido y chasqueando el látigo,

puso término al diálogo. El carruaje, después de subir una cuesta empinada, atravesó por entre dos gargantas desnudas; llegó luego á una planicie, siguiendo desde ella un camino hondo costeado por una interminable y alta pared. Los Artaud habían desaparecido. Estaban en pleno desierto.

—Nos acercamos, ¿verdad?—preguntó el cura.

—Esto es el Paradou—repuso el médico señalando la cerca.—¿No habías venido aún por aquí? Estamos á menos de una legua de los Artaud..... El Paradou debe ser una posesión magnífica. La pared del parque tiene por este lado mas de dos kilómetros. Pero desde hace cien años todo está abandonado.

—Hay hermosos árboles—dijo el cura levantando la cabeza, sorprendido por aquellas masas verdes que se desbordaban.

—Sí; el terreno es muy fértil—respondió el médico.—El parque es una selva nacida entre las rocas que lo rodean..... De este lado sale la Mascle. Me han dicho que hay tres ó cuatro manantiales.

Y en pocas palabras, interrumpidas por incidentes extraños al asunto, contó á Sergio la historia del Paradou, una especie de leyenda que circulaba por el país. En tiempo de Luis XV un

noble había edificado allí un soberbio palacio, con jardines inmensos, con baños, con fuentes que brotaban haces caprichosos de agua, con estatuas..... un pequeño Versailles perdido entre rocas bajo el ardiente sol del Mediodía. Sólo vino á pasar una temporada en compañía de una mujer muy hermosa que murió allí sin duda, porque nadie la había visto salir. Al año siguiente el castillo ardió, las puertas del parque se cegaron y las aspilleras de los muros se llenaron también de tierra. Desde aquella época remota, ni una mirada había penetrado aquel vasto recinto que se extendía, ocupándola en absoluto, por una de las altas mesetas de las Garrigues.

—Las ortigas no deben faltar—dijo el padre Mouret riendo..... —Se siente la humedad á lo largo de la pared. ¿No os parece, tío?

Y añadió tras de una pausa:

—¿A quién pertenece ahora el Paradou?

—De veras que no lo sé—repuso el doctor.—El propietario vino al país hará unos veinte años. Pero debió disgustarle tanto este nido de culebras, que no ha vuelto más..... El verdadero amo es el guarda de la finca, ese ente original de Jeanbernat que ha encontrado manera de alojarse en un pabellón cuyas piedras se sostienen aún..... Mira,

¿lo ves? Allá abajo, una sombra gris, con grandes ventanas carcomidas por la humedad.

El carruaje atravesó una verja señorial, cubierta de herrumbre, tapiada por dentro con tablas fuertemente unidas. A un centenar de metros, el pabellón donde habitaba Jeanbernat destacábase en el interior del parque, al cual daba una de sus fachadas.

Parecía que el guarda había puesto una barricada á su vivienda por aquel frente, desplomando un pequeño jardín sobre el camino. Habitaba allí, al Mediodía, vuelto de espaldas al Paradou, como si le aburriera la vegetación enorme que se desbordaba detrás de él.

El cura saltó á tierra, mirando curiosamente, interrogando al doctor, que se ocupaba en atar las riendas del caballo á una anilla redonda clavada en la pared.

—¿Vive solo ese viejo en el fondo de este agujero ignorado?—preguntó el sacerdote.

—Sí, completamente solo—le respondió su tío.

Y añadió de pronto como si recordara:

—Vive con él una sobrina que se le vino de buenas á primeras; una criatura extraña, una salvaje..... Despachemos. Toda la casa tiene aspecto e muerte.

VIII.

La casa dormitaba con las persianas corridas, iluminada por el sol de mediodía y arrullada por el zumbido de los moscardones que subían á lo largo de la fachada hasta las tejas.

Una paz serena teñía aquella ruina iluminada por el sol. El doctor atravesó la puerta del pequeño jardín, cercado por un seto vivo. Allí, en la sombra de un ángulo de la pared, Jeanbernat, enderezando su alta estatura, fumaba tranquilamente su pipa contemplando en silencio las legumbres.

—¡Cómo! ¡estáis de pie!—exclamó el doctor estupefacto.

—¿Veníais á enterrarme?—replicó el viejo con dureza.—No necesito de nadie. Estoy bueno.

Al ver al cura se paró en seco é hizo un gesto furioso.

Mr. Pascal se apresuró á intervenir.

—Es mi sobrino—dijo—el nuevo párroco de los Artaud: un buen muchacho..... ¡Qué diablo! No nos hemos reunido para comeros, padre Jeanbernat.

El viejo se tranquilizó un poco.

—No quiero sotanas en mi casa—murmuró.—Eso acaba por perjudicar á las gentes. Sabedlo, doctor; ni drogas ni curas. Cuando me vaya, me iré solo. Además reñiríamos..... Que entre, sin embargo, puesto que es sobrino vuestro.

El padre Mouret, indeciso, no encontraba palabras; permanecía en medio de una calle examinando aquella figura extraña, aquel solitario lleno de arrugas, con el rostro de color de tierra cocida y los miembros enjutos y fuertes semejantes á rollos de cuerda, que parecía mirar sus ochenta años con cierto desprecio irónico de la vida. Al ver que el doctor quería tomarle el pulso, Jeanbernat volvió á enfadarse.

—¡Dejadme en paz!—gritó;—me he sangrado con un cuchillo. Ya no tengo nada. ¿Quién es el aldeano bestia que os ha ido á llamar?..... ¡El médico, el cura!..... ¿Por qué no tocan á muerto?..... Vaya, ¡cómo ha de ser! las gentes son muy animales. Esto no impide que bebamos un trago.

Y sacó á la sombra una mesa vieja con tres vasos y una botella. Llenos los últimos hasta el borde, quiso brindar. Su cólera se transformó en alegría burlona.

—Esto no os hará daño, señor cura—dijo.—Un vaso de vino no es un pecado..... Es la primera vez

que bebo con una sotana, dicho sea sin ofenderos. El pobre padre Caffin, vuestro predecesor, rehusaba discutir conmigo..... Tenía miedo.

Y, soltando una carcajada, siguió diciendo:

—Imaginad que se había empeñado en probarme que Dios existe..... Desde entonces no le encontraba nunca sin desafiarle; pero él agachaba siempre las orejas; os lo aseguro.

—¡Cómo! ¿Dios no existe?—exclamó el padre Mouret saliendo de su mutismo.

—Bueno, como queráis—repuso Jeanbernat sarcásticamente.—Empezaremos en seguida, si os agrada..... Pero os prevengo que soy muy fuerte. Hay arriba, en mi cuarto, más de mil volúmenes salvados del incendio del Paradou: todos los filósofos del siglo XVIII; una protesta contra la religión. En ellos he aprendido muy buenas cosas. Hace veinte años que los estoy leyendo..... ¡Ah diablo!..... Encontraréis con quien discutir, señor cura.

Se levantó, y mostrando con gesto expresivo el horizonte entero, la tierra, el cielo, repitió con acento solemne:

—No hay nada, nada, nada..... Cuando se apague el sol concluirá todo.

El doctor había dado un golpecito con el codo

al padre Mouret y guiñaba los ojos estudiando curiosamente al viejo y aprobando sus palabras con la cabeza para hacerle hablar.

—De modo, padre Jeanbernat— dijo—que sois materialista.

—¡Bah! no soy más que un pobre hombre— replicó el viejo sacudiendo su pipa.—Cuando el Conde de Corbière, mi hermano de leche, murió de resultas de una caída del caballo, los hijos me enviaron á guardar este parque de la Bella Durmiente del bosque para desembarazarse de mí. Sin embargo, la muerte no está lejos, y yo debía hacerme una fosa..... Mirad, cuando se vive solo, acaba uno por ver las cosas de un modo extraño: los árboles no son árboles; la tierra toma actitudes de persona viva; las piedras os cuentan historias. Serán necedades, si queréis; pero yo conozco secretos que os sorprenderían. Además, ¿qué voy á hacer en este endiablado desierto? He leído los filósofos; eso me entretiene más que la caza..... El conde, que era incrédulo como un pagano, me decía siempre: «Jeanbernat, muchacho, cuento con encontrarte en el infierno para que me sirvas allá abajo como me has servido aquí arriba.»

Y girando nuevamente los ojos en torno del horizonte, añadió:

—Creedme, nada; no hay nada..... Todo esto es obra de la casualidad.

El doctor Pascal se echó á reir.

—De todas suertes—dijo—es una hermosa casualidad. Padre Jeanbernat, sois un misterio. Me parece que á pesar de vuestro aire indiferente tenéis un fondo cariñoso. Habláis á todas horas con amor de los árboles y de las piedras.

—No, os lo aseguro—murmuró el viejo;—eso acabó. Antes, es verdad, cuando os conocí, cuando herborizábamos juntos, era lo bastante bruto para amarlo todo en este inmenso jirón de la campiña. Afortunadamante mis lecturas me han variado..... Quisiera que mi jardín fuese más pequeño; no salgo al camino más que dos veces al año. ¿Veis este banco? En él paso mis días viendo crecer las legumbres.

—¿Y no paseáis por el parque?—interrumpió el doctor.

—¡Por el parque!—repuso Jeanbernat con acento de profunda sorpresa.—Hace más de doce años que no he puesto los pies en él. ¿Qué queréis que haga en medio de ese cementerio? Es demasiado grande, y además estúpido, con sus árboles que no acaban nunca, arruinado por todas partes, lleno de estatuas rotas y de agujeros que le ponen á uno

en peligro de desnucarse á cada paso. La última vez que fuí era tan sombrío el aspecto de la arboleda, tan penetrante el aroma de las flores salvajes, sonaban en las calles de árboles ruidos tan extraños, que tuve algo muy semejante al miedo. Me he atrincherado para que el parque no penetre en mi casa. Un rayo de sol, tres pies de latitud delante de mí y un alto vallado que me oculta el horizonte..... eso me basta para ser dichoso. Nada, es lo que yo querría, nada de nada; un espacio tan pequeño, que los de fuera no pudieran venir á molestarme. Dos metros de tierra para recostarme sobre las espaldas.

Y dando un puñetazo sobre la mesa y encogiendo los hombros, gritó al padre Mouret.

—Vamos, otro trago, señor cura. Bebed; el diablo no está en el fondo de la botella.

El cura se encontraba molesto, sintiéndose sin fuerzas para introducir á Dios en aquel viejo extraño, cuya razón debía estar enferma. Recordaba entonces algunas habladurías de la Teuse á propósito del Filósofo, nombre que daban á Jeanbernat los Artaud. El relato de historias escandalosas aparecía vagamente en su cerebro. Se levantó haciendo un signo al doctor, queriendo alejarse de aquella casa, donde creía respirar un ambiente dañino.

Pero le detuvo, en medio de su irritación sorda, una indescriptible curiosidad. Permanecía allí, yendo de un lado para otro del jardincito, espiando el vestíbulo de soslayo, como si quisiera ver detrás de los muros. Por el portalón abierto sólo se descubría la caja negra de la escalera, y el cura daba vueltas buscando algún signo, algún indicio entre aquel mar de hojas, cuya vecindad se anunciaba por un murmullo prolongado que caía sobre la casa con rumor de oleaje.

—¿Y la pequeña, está bien?—preguntó el médico cogiendo su sombrero.

—Bien—respondió Jeanbernat.—Casi nunca está aquí. Desaparece durante mañanas enteras..... Es posible, casi seguro, que esté en las habitaciones de arriba.

Y levantando la cabeza gritó:

—¡Albina! ¡Albina!

—¡Bah! sí; es una solemnísima pícara..... Hasta la vista, señor cura. Siempre á vuestra disposición.

El padre Mouret no tuvo tiempo para recoger el desafío del Filósofo. Una puerta acababa de abrirse bruscamente en el fondo del vestíbulo; un hueco luminoso se hizo en las negruras de la pared. Fué como la visión de una selva vir-

gen: una hojarasca inmensa bajo una lluvia de sol. En el claro, el cura divisó perfectamente, á lo lejos, detalles precisos: una enorme flor amarilla en el centro de un canastillo; un chorro de agua cayendo de una alta roca; un árbol colosal, invadido por un enjambre de pájaros; todo mezclado, perdido, brillando en medio de un tan inmenso desbordamiento de verdura, de una tan enorme plétora de vegetación, que el horizonte no era más que un campo de flores. La puerta dió un crujido, y todo desapareció.

—¡Miren la pícara!—gritó Jeanbernaut.—¡Aun estaba en el Paradou!

Albina reía sobre el pavimento del vestíbulo; llevaba una saya color de naranja y un pañuelo rojo anudado al talle, adornos que le daban el aspecto de una gitana endomingada. Siguió riendo con la cabeza hacia atrás y la garganta hinchada de alegría, feliz con sus flores, flores salvajes prendidas á su cabellera rubia, anudadas á su cuello, á su corpiño, á sus brazos débiles, desnudos y tostados.

—¡Estás bonita!—murmuró el viejo.—No hay duda de que has nacido entre la hierba. ¡Cualquiera diría que esta pulga tiene diez y seis años!

Albina, muy satisfecha, rió más fuerte. El

doctor Pascal, su mejor amigo, se dejó abrazar por ella.

—¿No tienes miedo en el Paradou?— le preguntó.

—¿Miedo? ¿de quién?—dijo ella con ojos asombrados.—Las paredes son muy altas; no puede entrar nadie..... No hay nadie más que yo. Es mi jardín, mío sólo; ¡y muy grande! Aun no le he encontrado el fin.

—¿Y las alimañas?—interrumpió el doctor.

—¿Las alimañas?—No hacen mal; me conocen mucho.

—¡Pero está obscuro debajo de los árboles!.....

—Mejor; así hay sombra; sin ella el sol me quemaría la cara..... Se está bien á la sombra entre las hojas.

Y dió una vuelta, llenando el jardín con el vuelo de sus sayas, que sacudió fuertemente para limpiarlas de las hojas que habían caído en ellas. Sonrió al padre Mouret, sin vergüenza, sin inquietarse por las miradas sorprendidas que éste le dirigía.

El cura estaba asombrado. Aquella niña rubia, de cara larga, de ojos ardientes, le parecía la hija misteriosa y turbulenta de la selva por él entrevista un instante entre un rayo de sol.

—Tengo un nido de mirlos. ¿Lo queréis?—preguntó Albina al doctor.

—No, gracias—repuso éste riendo.—Mejor será dárselo á la hermana del señor cura, una muchacha que quiere mucho á los animales..... Hasta más ver, Jeanbernat.

Albina se había aproximado al clérigo, diciéndole:

—Sois el párroco de los Artaud, ¿verdad? Tenéis una hermana? Iré á verla..... Pero no me hablaréis de Dios. Mi tío no quiere.

—Nos incomodas; vete—murmuró Jeanbernat encogiendo los hombros.

La muchacha desapareció como una cabra, dejando un hilo de rosas detrás de ella. Oyóse el ruido de una puerta; luego risas dentro de la casa, risas sonoras que se alejaban poco á poco, semejantes al galope de un animal loco que retozara sobre la hierba.

—Ya veréis cómo acaba por dormir en el Paradou—murmuró el viejo con su indiferencia acostumbrada.

Y mientras acompañaba á sus huéspedes:

—Doctor—dijo—si me encontráis muerto cualquier mañana, hacedme el favor de arrojar mi cuerpo en el hueco del estercolero, allá,

detrás de mis legumbres .... Buenas tardes, señores.

Y cerró la valla de madera que recortaba el seto.

La casa recobró su aspecto sereno, iluminada por el sol del mediodía, arrullada por el zumbido de los moscardones que subían por la pared hasta las tejas.

IX.

El carruaje atravesó nuevamente el camino, siguiendo á la larga el interminable muro del Paradou. El padre Mouret, silencioso, levantaba los ojos, contemplando las gruesas ramas que se extendían por encima del muro como brazos de gigantes ocultos. Del parque subían ruidos misteriosos, batir de alas, estremecimientos de hojas, saltos furtivos entre las ramas, largos suspiros brotando de los retoños tiernos; todo un aliento de vida agitándose sobre las copas de un pueblo de árboles.

Á cada grito de pájaro, semejante á una risa humana, el cura volvía la cabeza con extraña inquietud.

— ¡Demonio de chiquilla! — dijo el doctor Pascal aflojando un poco las riendas. — Tenía nueve años cuando entró en casa de ese pagano. Es hija de un hermano de éste, arruinado no sé en qué negocio. La muchacha estaba en un colegio cualquiera cuando se mató su padre. Era una señorita muy sabia: leía, bordaba, cantaba, manoseaba los pianos; ¡más presumida!..... La vi llegar con las medias al aire, faldas bordadas, camisolines, vueltas de encaje y una porción de adornos..... ¡Los adornos han durado mucho tiempo!

Se echó á reir. Una gran piedra hizo vacilar el carruaje.

¡Con tal de que no deje una rueda en este maldito camino! — murmuró. — Agárrate bien, muchacho.

La tapia seguía siempre: el cura escuchaba.

— Ya comprenderás — siguió diciendo el médico — que el Paradou, con su sol, sus guijarros y sus espinos, se comería un traje diario. Sólo restan tres ó cuatro jirones de aquellos elegantes vestidos. Se quedó desnuda. Ahora se viste como una salvaje. Hoy estaba presentable. Pero hay veces en que no lleva más que sus zapatos y su camisa..... ¿Has comprendido? El Paradou es suyo.

Al día siguiente de venir tomó posesión. Vive allí, saltando por la ventana cuando Jeanbernat cierra la puerta, escapándose cuando lo estima oportuno, para ir no se sabe dónde: al fondo de lugares perdidos que ella sólo conoce..... Debe llevar una vida deliciosa en ese desierto.

—Escuchad, tío—interrumpió el padre Mouret.—Diríase que trota un animal detrás de la tapia.

El médico escuchó.

—No— dijo al cabo de una pausa.—Es el ruido del coche contra las piedras..... ¡Bah! la pequeña no toca ahora el piano; se me figura que ya no sabe leer. Imagínate una señorita, vuelta al estado de holgazán en recreo, dejada en libertad sobre una isla abandonada. No conserva más que su fina sonrisa de coqueta, cuando quiere..... ¡Ah! se me olvidaba. Si sabes alguna vez de una muchacha que educar, te aconsejo que no se la confíes á Jeanbernat. Tiene la costumbre de dejar que se desarrolle la naturaleza en su forma primitiva. Cuando me he atrevido á hablarle de Albina, me ha replicado que á él no le gusta impedir que los árboles crezcan á su gusto. Es preciso—dice—dejar libre el desenvolvimiento normal de los temperamentos. No importa, son muy interesantes

los dos. Nunca paso por estos alrededores sin hacerles una visita.

—El carruaje salió por fin de la encrucijada. En aquel punto la pared del Paradou hacía un recodo para perderse de vista entre los repliegues de un ribazo. En el instante en que el padre Mouret volvía la cabeza para dirigir su última mirada á aquella masa gris, cuya severidad impenetrable le causaba extraña conmoción, escuchóse un ruido de ramas violentamente sacudidas, al mismo tiempo que un ramo de abedules tiernos parecía saludar á los viajeros desde lo alto de la tapia.

—Ya sabía yo que un animal corría por ahí dentro—dijo el cura.

Pero sin que se viera nadie, sin que pudiera distinguirse en el aire otra cosa que los abedules sacudidos cada vez con mayor ímpetu, oyóse una voz clara, interrumpida por risas, que gritó:

—¡Doctor, hasta la vista!—¡hasta la vista, señor cura!..... Abrazo el árbol, el árbol os envía mis besos.

—¡Calla, es Albina!—dijo el doctor Pascal.—Habrá seguido nuestro carruaje al trote. Esta pequeña hada no se para en obstáculos.

Y gritó á su vez:

—¡Hasta la vista, hermosa!..... Ya eres muy grande para saludarnos de ese modo.

Las risas redoblaron, los abedules se inclinaron más todavía, arrojando sus hojas á lo lejos hasta sobre la cubierta del carruaje.

—Soy grande como los árboles, las hojas que caen son besos—repitió la voz, disminuída por la distancia, tan musical, tan acorde con los dulces sonidos del parque, que el joven sacerdote se estremeció.

El camino se hizo más fácil. Al término de una revuelta aparecieron los Artaud sobre el fondo de la llanura abrasada. Cuando el carruaje atravesaba el camino de la aldea, el padre Mouret se opuso á que su tío le acompañara hasta el presbiterio. Saltó á tierra, diciendo:

—No, gracias: prefiero andar; eso me sentará bien.

—Como quieras—repuso el doctor.

Y añadió estrechando la mano de su sobrino:

—¡Cáspita! si todos tus fieles son como ese animal de Jeanbernat, no te arriendo la ganancia.—Tú has sido quien quiso ir..... Pásalo bien. Á la menor ocurrencia, lo mismo de día que de noche, mándame á buscar. Ya sabes que tengo mucho gusto en servir á la familia..... Adiós, hijo mío.

X.

Una vez solo en el centro del camino, el padre Mouret se encontró más á sus anchas. Aquellos campos pedregosos le volvían á sus recuerdos de rudeza, de vida interior en la vecindad de un desierto. Al atravesar la encrucijada, los árboles habían derramado sobre su nuca frescuras inquietantes que ahora el sol ardiente secaba; los árboles raquíticos, los trigos pobres, las viñas encogidas que se extendían por los extremos del camino, le apaciguaban, borrando la impresión en él producida por el espléndido follaje del Paradou. En medio de la claridad asfixiante que caía del cielo sobre la tierra seca, las blasfemias de Jeanbernat no hacían sombra alguna. Sintió inmensa alegría cuando, levantando los ojos, divisó en el horizonte el inmóvil perfil del Solitario y las sonrosadas tejas de la iglesia.

No obstante, á medida que iba avanzando, sentía otra nueva inquietud. La Teuse iba á recibirle de buenas trazas, con su desayuno frío que debía esperarle desde dos horas antes. Se le representaba el gesto terrible, la nube de palabras con

que le acogería la vieja, el ruido furioso de la vajilla que le perseguiría durante el resto de la tarde. Al atravesar los Artaud, su miedo creció á tal extremo, que se preguntó cobardemente si no sería mejor dar la vuelta y entrar por la iglesia. Pero cuando consultaba este punto, apareció la Teuse en persona en el pórtico del presbiterio con el gorro de través y los puños sobre las caderas. El cura encorvó el cuerpo; tenía que subir la cuesta bajo la inspección de aquella mirada rebosante de cólera.

—Creo que me he retardado, mi querida Teuse—balbuceó desde el último ángulo del sendero.

La Teuse esperó á que estuviera cerca, enfrente de ella. Entonces le miró furiosamente, enarcando los ojos; después, sin pronunciar palabra, dió la vuelta caminando delante del sacerdote hasta el comedor, sonando los zapatos, tan dominada por la cólera que no cojeaba.

—¡He tenido tantas ocupaciones!—comenzó á decir el cura, á quien espantaba aquella muda agresión.—Desde esta mañana no ceso de andar.....

La Teuse le cortó la palabra con otra mirada tan fija, tan furiosa, que Mouret sintió que le temblaban las piernas. Tomó asiento y se puso á comer. La vieja le servía con movimientos de au-

tómata, á trueque de romper los platos; con tal violencia los ponía en la mesa.

El silencio se hizo tan formidable, que el cura no pudo tragar el tercer bocado, agarrotado por la emoción.

—¿Ha almorzado mi hermana?—preguntó.—Ha hecho bien; debe almorzar siempre que yo no venga á la hora.

No obtuvo respuesta. La Teuse, de pie, aguardaba á que estuviera el plato vacío para llevárselo.

El padre Mouret, comprendiendo que no podría comer bajo la presión de aquellos ojos implacables que le estremecían, dejó el cubierto sobre la mesa. Este gesto de cólera fué como un latigazo que obligó á la Teuse á encabritarse.

—¡Cómo es eso!—gritó.—¡Os enfadáis todavía! ¡Está bien! ¡me iré! Me pagaréis el viaje de vuelta á mi casa. ¡Estoy harta de los Artaud, de la iglesia, de todo!

Se quitó el delantal con manos temblorosas y siguió diciendo:

—Debíais haber visto que no quería hablar..... ¡Vaya una vida! ¡Sólo los saltimbanquis, señor cura, hacen eso! Son las once, ¿verdad? ¿No os da vergüenza sentaros á la mesa á las dos de la tar-

de? ¡Eso no lo hace un cristiano, no, no lo hace!

Y plantándose delante del cura, añadió:

—Vamos á ver, ¿de dónde venís? ¿qué habéis visto? ¿qué asunto ha podido deteneros?.... ¿Seréis un niño á quien le gusta corretear por el campo? Un sacerdote no tiene su puesto en los caminos, bajo el sol, como los pillos sin albergue..... ¡Vaya! ¡venís en muy buen estado! los zapatos blancos, la sotana perdida de polvo..... ¿Quién os limpiará la sotana? ¿Quién os comprará otra?.... ¡Pero hablad, decid lo que habéis hecho! Mi palabra; si no os conociese—acabaría por creer algo feo. ¿Queréis que os lo diga? Pues bien; no pondría las manos en el fuego. Cuando se almuerza á estas horas, se puede hacer todo.

El padre Mouret, silencioso, aguardó á que pasara la nube. Miraba como un desbordamiento nervioso las palabras de la antigua criada y las dejó correr.

—Vamos, amiga Teuse—dijo;—vais á poneros en seguida el delantal.

—¿Quién? ¡yo!—exclamó ella.—No, no, se ha concluído; me voy.

Pero Mouret, levantándose y sonriendo, le anudó el delantal á la cintura. Ella se defendía, murmurando:

—¡Os digo que no!.... Sois un embustero. Conozco vuestro juego ; veo bien claro que queréis seducirme con palabras de miel..... ¿Dónde habéis ido? Después veremos.

El cura volvió á la mesa alegremente, como el hombre que juzga segura la victoria.

—Antes—repuso—me dejaréis comer. Me muero de hambre.

—Sin duda — murmuró la Teuse apiadada.— Eso es lo primero. ¿Queréis que os fría un par de huevos? No tardo nada. En fin, si tenéis prisa..... ¡Y todo está frío! ¡Yo que había cuidado tanto de las berengenas! Son naturales; sin embargo, parecen suelas usadas..... Afortunadamente no sois glotón como el pobre Mr. Caffin..... Sí, tenéis buenas cualidades; no lo niego.

Y le servía con atenciones de madre, cuidándolo todo. Cuando el cura terminó de comer, la Teuse fué á la cocina á ver si estaba el café caliente. Por lo común el padre Mouret suprimía el café, que le ocasionaba estremecimientos nerviosos; pero en tales circunstancias, queriendo firmar la paz, aceptó la taza que le traían.

Al verle recostarse un instante sobre la mesa, la Teuse se sentó enfrente de él y repitió dulcemente, como mujer atormentada por la curiosidad:

—¿Dónde habéis ido, señor cura?

—Pues— respondió éste sonriendo — he visto á los Brichet, he hablado con Bambouse.....

Fué preciso que la contara lo que los Brichet habían dicho, lo que había respondido Bambouse; la miseria en que aquéllos estaban, sus trabajos, todo.

Cuando la Teuse supo la respuesta del padre de Rosalía, gritó :

—¡Pardiez! si el niño se muere, la embarazada no irá á contarlo!

Después, añadió, juntando las manos con aire de admiración envidiosa:

—¡Habéis debido sudar, señor cura! ¡Más de medio día para obtener ese resultado!.... ¿Y habéis venido tan tranquilo? En el camino debe hacer un calor endiablado.

El sacerdote, que se había puesto de pie, no respondió. Iba á hablar del Paradou, á pedir noticias; pero el temor de ser interpelado vivamente, cierta vaga vergüenza que él mismo no acertaba á explicarse, le hicieron guardar silencio á propósito de su visita á Jeanbernat. Cortó de raíz todo nuevo interrogatorio preguntando:

—¿Dónde está mi hermana? No la oigo.

—Venid, señor cura—dijo la Teuse echándose

á reir y poniéndose un dedo sobre los labios.

Entraron en la pieza inmediata, un salón de campo, tapizado de papel con grandes flores grises deslustradas y amueblado con cuatro sillones y un canapé puestos sobre una estera de esparto. Encima del canapé dormía Desideria, acostada á la larga, sosteniendo la cabeza con sus dos puños cerrados. Las faldas caían descubriendo sus piernas, mientras sus brazos levantados, desnudos hasta el codo, recortaban las líneas salientes de su garganta. La respiración pasaba con fuerza por entre sus labios rojos y entreabiertos, que descubrían la dentadura.

—¡Cómo duerme!—murmuró la Teuse.—Con seguridad que no ha oído mis gritos. Debe encontrarse muy fatigada. Imaginad que ha estado jugando con sus bichos hasta mediodía..... En cuanto acabó de comer vino á acostarse ahí como un plomo. No se mueve.

El padre Mouret miró á su hermana con inmensa ternura.

—Dejémosla descansar hasta que quiera—dijo.

—Por mí..... ¡Es una desgracia que sea tan infeliz! ¡Mirad qué brazos tan redondos! Cuando la visto, pienso en que haría una excelente esposa si se

hubiese casado. Os hubiera dado sobrinos robustos, señor cura..... ¿No encontráis que se parece á la señorona de piedra que hay en Plassans?

Quería hablar de una Cibeles, obra de un discípulo de Puyet, esculpida en el frontón del mercado de Plassans.

El padre Mouret, sin responderle, la sacó dulcemente de la sala, recomendándole que hiciera el menor ruido posible.

Hasta por la tarde el presbiterio permaneció silencioso. La Teuse acababa su lejía en el sotechado; y el cura en el fondo del jardín, con el breviario caído sobre las rodillas, permanecía sumergido en su contemplación piadosa, mientras los pétalos sonrosados hervían de albérchigos en flor.

XI.

A cosa de las seis la casa despertó bruscamente. Un ruido de puertas, que se abren y se cierran, de carcajadas sonoras, invadió todo el recinto, y entre aquel ruido apareció Desideria, con los cabellos sueltos y los brazos desnudos hasta los codos, gritando:

—¡Sergio! ¡Sergio!

Al divisar á su hermano en el jardín, corrió á su encuentro, acurrucándose delante de él, arrastrándose un instante por tierra, á sus pies, en actitud de súplica.

—¡Ven á ver los bichos!—decía.—¡No los has visto aún! ¡Si vieras qué bonitos son!

Sergio se hizo rogar mucho; el corral le asustaba un poco; pero cedió al ver que Desideria lloraba. Esta se abrazó á su cuello saltando con alegría sumisa de perrillo faldero, riendo más fuerte, con los ojos todavía llenos de lágrimas.

—¡Sí! tú eres bueno—balbuceó cariñosamente.—Verás las gallinas, los conejos, los pichones y mis patos que tienen agua fresca, y mi cabra, cuyo cuarto está tan limpio como el mío..... Ya sabes que tengo tres patos y dos pavos. Vamos pronto. Lo verás todo.

Desideria contaba por aquel entonces veintidós años. Educada en el campo, en casa de su nodriza, una aldeana de Saint Eutrope, estaba habituada al estercolero. Con la cabeza vacía de pensamientos graves, aprovechábase del suelo salubre, del ambiente franco de la campiña, para hacerse toda carne, una hermosa bestia, fresca, blanca, con la sangre rosada y la piel dura. Era algo así como una estatua que tuviera el don de la

risa. Aunque trajinaba desde la mañana hasta la noche, conservaba todas sus delicadezas, la pureza de líneas y el afinamiento burgués de su cuerpo de virgen; resultando una criatura aparte, ni señorita ni aldeana; era una muchacha amamantada por la tierra, con unos hombros muy robustos y una frente ceñida de juventud candorosa.

Su pobreza de espíritu fué, sin duda, la que la acercó á los animales. No estaba á sus anchas sino con ellos; entendía mejor su lengua que la de los hombres, y los cuidaba con ternura de madre. Poseía, á falta de razón firme, un instinto maravilloso que la acercaba á ellos. Al primer grito suyo sabía cuál era su enfermedad: inventaba comidas que ellos devoraban glotonamente. Con un gesto apaciguaba sus querellas; conocía de una ojeada si su carácter era bueno ó malo; contaba historias importantes, dando detalles tan numerosos, tan precisos á propósito de aquel mundo pequeño, que dejaba estupefactas á esas gentes para las cuales una gallina no se distingue en nada de otra gallina. El corral se había convertido en una nación donde reinaba Desideria como soberana absoluta; nación de organismo complicadísimo, turbada por revoluciones, poblada por razas diferentes, cuyos anales sólo eran conocidos de la mu-

chacha. La exactitud del instinto iba en ella tan lejos que olfeteaba los huevos vacíos de una llueca y anunciaba de antemano el número de crías en cada nacimiento de conejos.

A los diez y seis años, cuando vino la pubertad, Desideria no había experimentado los vértigos y los náuseas que experimentan otras jóvenes. Adquirió robustez de mujer hecha, se puso mejor, é hizo estallar sus vestidos bajo el desarrollo espléndido de su carne. Desde entonces tuvo aquella cintura redonda que se balanceaba libremente, aquellos miembros fuertes de estatua antigua, toda su pujanza de animal vigoroso. Y en medio de esta plenitud no aparecía ningún deseo carnal. Sentíase feliz con su género de vida, con su continuado movimiento. De los montones de estiércol, del grupo de los animales desprendíase una atmósfera de reproducción que la hacía gozar los placeres de la fecundidad. Había algo suyo en el empollamiento de las gallinas; entregaba sus conejas al macho con risas de mujer satisfecha, y experimentaba placeres de mujer embarazada al ordeñar su cabra. Nada mejor para ella que aquel corral tranquilo saturado por el olor y el calor de la vida. Ninguna curiosidad maliciosa venía á sorprenderla durante los fenómenos de la reproduc-

ción, en presencia de los gallos que sacudían las alas, de las hembras paridas, del macho que se agitaba sensualmente en la pequeña cuadra; conservaba siempre su tranquilidad de inocentona, su mirada clara, vacía de pensamientos, dichosa de ver multiplicarse aquel pequeño mundo, creyéndose también fecundada en algún modo, identificada á tal punto con todas aquellas madres, que se juzbaga la madre común, la madre natural, y sentía correr por sus dedos, sin estremecerse, un sudor de engendramiento.

Desde que fué á los Artaud, pasaba la vida en plena beatitud. Allí gozaba todas las venturas de la existencia en la posesión completa del único deseo que atormentaba sus puerilidades de espíritu débil. Poseía un corral, un rincón que le concedieron por completo para que estableciera los animales á su gusto; en aquel rincón se había encerrado, construyendo por sí misma las cabañas para los conejos, la balsa para los patos, tapando los agujeros, esparciendo la paja, sin permitir que la ayudase nadie. El corral estaba situado á espaldas del cementerio, dentro del cual entraba Desideria algunas veces, saltando la cerca, corriendo por entre las tumbas en persecución de una gallina curiosa. En el fondo del corral había un cober-

tizo donde estaban el gallinero y la conejera; á la derecha habitaba la cabra en un pequeño establo. Todos los animales vivían reunidos: los conejos mezclados á las gallinas, la cabra bañándose los pies en medio de los gansos, los gansos, los pavos y los capones fraternizando en compañía de tres gatos.

Siempre que Desideria aparecía en la puertecilla de madera que separaba de la iglesia aquel mundo pequeño, era saludada por un clamoreo tumultuoso.

—¿Los oyes?—dijo á su hermano desde la puerta del comedor.

Y cuando le hizo entrar en el corral, cerrando la puerta detrás de ellos, se vió asaltada con tal violencia, que desapareció por un instante. Los patos y los gansos, graznando alegremente, le tiraban de las faldas; las gallinas saltaban á sus manos picoteándolas; los conejos comían entre sus pies, llegando hasta subírsele á las rodillas, mientras los tres gatos se le encaramaban á los hombros, y la cabra balaba tristemente en el establo, por no poder salir á su encuentro.

—¡Dejadme, animales!—gritó Desideria, corriendo gozosa entre aquel enjambre de plumas, de patas y de graznidos que la envolvía.

No hizo nada para librarse. Como ella decía, «se hubiera dejado comer»; tanto le gustaba sentir aquella vida agolparse sobre ella y envolverla en su calor suave. Un gato se empeñó en no bajar de sus hombros.

—Es Maumau—dijo Desideria;—tiene las patas como el raso.

Y enseñando con orgullo el corral á su hermano, exclamó:

—¡Ves como está limpio!

En efecto, el corral estaba barrido, lavado, reluciente. Pero de aquellas aguas sucias removidas, de aquellos desperdicios revueltos, escapábase un olor tan fuerte, tan lleno de rudeza, que el cura sintió un nudo en la garganta. El estercolero, apoyándose contra la pared del cementerio, subía por ella formando un montón enorme que humeaba.

—Sí, sí—murmuró el padre Mouret;—has trabajado mucho; está muy bien.

Y se dirigió hacia la puerta.

Desideria le detuvo.

—Espérate—gritó;—vas á verlo todo. No te vayas aún.

Y le llevó al cobertizo delante de la conejera.

—Hay crías en todos los nidos—dijo palmoteando con entusiasmo.

Y comenzó á darle explicaciones. Fué preciso que Sergio se agachara, metiendo las narices por los respiraderos, mientras su hermana le daba minuciosos detalles. Las madres con sus largas orejas empinadas le miraban de soslayo, anhelantes, estremecidas de miedo. Cada nido era una sombra en el fondo de la cual bullía un montón viviente de pelos, una masa obscura, indistinta, que respiraba con fuerza como un solo cuerpo. Eran las crías nuevas. Más lejos, otras crías ya fuertes, grandes como ratones, saltaban y comían, con el trasero descubierto, protegido por el botón blanco de la cola. Tenían movimientos de muchachos retozones, daban vueltas en torno de sus casas al galope; los blancos, con los ojos de un rubio pálido; los negros, con los ojos relucientes como cuentas de azabache. Á cada momento sentían terrores pánicos, descubriendo á cada salto sus patitas menudas, enrojecidas por el orín, hasta que se juntaban en un grupo tan estrecho, que no podía vérseles la cabeza.

—Tú eres quien los asusta—dijo Desideria.—A mí me conocen mucho.

Y los llamó, enseñándoles unas migajas de pan. Los gazapos, tranquilizándose, acudían uno á uno, oblicuando, con la nariz abierta, parándose á la

entrada de sus viviendas. Desideria los dejaba allí un instante para enseñar á su hermano el color sonrosado de su vientre. Luego arrojaba las migas al más atrevido; toda la banda se agrupaba alrededor de éste, apretándose, empujándose, sin reñir; tres de ellos, pequeños aún, mordían el mismo pedazo; otros se alejaban, recostándose en la pared para comer tranquilos, mientras que sus madres seguían en el fondo anhelantes, desconfiadas, rehusando la golosina.

—¡Mira los tragones!—gritó Desideria.—Estarían comiendo hasta mañana por la mañana..... Por la noche se les oye roer las hojas olvidadas.

El sacerdote se había levantado, pero ella no cesaba de alabar á sus queridos pequeñuelos.

—¿Ves el grande—decía—allá abajo, aquel todo blanco, con las orejas negras?..... A ése le gustan mucho los ababoles; los distingue entre las demás hierbas..... El otro día ha tenido dos cólicos. Estuvo muy malo. Yo le cogí, le puse al calor en mi pecho, y desde entonces está perfectamente bien.

Y alargando la mano hacia él, le acarició dulcemente el lomo.

—Parece seda—siguió diciendo.—Están vestidos como príncipes. ¡Son más presumidos!..... Mira, allí hay uno que se lava la cara todos los días. Se

vale de las patas..... ¡Si supieras qué malos son! Aunque no digo nada, me doy cuenta de sus maldades. Por ejemplo: ese gris que nos mira detesta á una hembrita que he tenido que poner aparte. Hay historias terribles entre ellos; sería muy largo de contar. La última vez que la pegó acudí yo furiosa; y ¿á que no sabes lo que hizo? Este granuja la llevó hacia el fondo con aire cariñoso Quería hacerme creer que iba á acariciarla.....

Se interrumpió, y dijo encarándose con el conejo:

—Haces bien en oirme. Eres un infame.

Y volviéndose hacia su hermano, añadió guiñando los ojos:

—Entiende todo lo que digo.

El padre Mouret no estaba á gusto con el calor que salía de las conejeras; la vida surgiendo de aquellas masas recostadas en el vientre de sus madres, exhalaba un aliento rudo que le hacía estremecer. Desideria en cambio parecía recogerlo para hacer más potente su carne sonrosada.

—¡Nada te distrae!—le dijo.—Tienes aire de quererte escapar..... ¿Y mis pollitos? Han nacido esta noche.

Cogió trigo y arrojó un puñado delante de ellos. La llueca avanzó gravemente cacareando en son

de llamada, seguida por un ejército de polluelos que piaban, dando carreras indecisas de pájaro perdido. Cuando estuvieron cerca del trigo, la madre golpeó nerviosamente el suelo, arrojando al aire los granos que partía, mientras los pequeños picoteaban delante de ella con aire apresurado. Estaban adorables en su infancia, medio pelados, la cabeza redonda, los ojos vivos como puntas de acero, el pico tan desmesurado, y el plumón esparcido de tal manera, que parecían monedas de dos sueldos. Desideria creyó morir de risa al verlos.

—Son los amores—balbuceó.

Y tomó dos, uno en cada mano, cubriéndolos de besos. El cura tuvo que mirarlos por todas partes mientras ella le decía tranquilamente:

—No es tan fácil reconocer los machos. Pero yo no me equivoco. Esta es una gallina, y ésta..... ésta también es otra gallina.

Y los puso en el suelo. Las restantes gallinas acudieron á comer el trigo. Un gallo encarnado, de plumas relucientes, las seguía, levantando sus largas patas con majestuosa circunspección.

—Alejandro está magnífico—dijo el cura por complacer á su hermana.

El gallo se llamaba Alejandro. Miró á la mu-

chacha con sus ojos brillantes, levantó la cabeza, sacudió la cola y fué á colocarse en el borde de su falda.

—Me quiere mucho—dijo Albina.—Yo sola puedo tocarle..... Es un buen gallo: tiene catorce gallinas y nunca encuentro un huevo claro en los ponedores..... ¿No es verdad, Alejandro?

Se había inclinado. El gallo no esquivaba sus caricias; parecía que una oleada de sangre acudía á su cresta; agitó las alas, extendió el cuello y lanzó un grito prolongado que vibró como si saliera de un tubo metálico. Cantó cuatro veces, y todos los gallos de los Artaud le respondieron á lo lejos. Desideria se rió mucho del gesto que hizo su hermano al oirle.

—¡Eh! te rompe los oídos—le dijo.—Tiene una garganta famosa..... Pero no es malo, te lo aseguro..... Las gallinas son las malas..... ¿Recuerdas aquella grande pintada que ponía huevos amarillos? Anteayer se lastimó una pata. Cuando las otras vieron la sangre, vinieron como locas. La seguían, la picaban, bebiéndose la sangre, hasta el punto que por la tarde le habían comido la pata..... La encontré con la cabeza detrás de una piedra como una imbécil, sin decir nada, dejándose devorar.

La voracidad de las gallinas la hacía reir. Contaba otras crueldades tranquilamente; polluelos con el trasero comido y las entrañas vacías, de los cuales no había encontrado más que el cuello y las alas; una cría de gatitos devorada en algunas horas.

—Les daría un cristiano—continuó diciendo—y se lo comerían también..... ¡Y duras para el dolor! Viven perfectamente con un miembro roto. No les importa tener heridas ni boquetes como el puño en el cuerpo; no se apuran por ello; su carne se restablece en dos días, su cuerpo está siempre caliente, como si llevaran una provisión de sol entre las plumas..... Cuando las quiero obsequiar, las echo pedazos de carne cruda. ¡Y los gusanos! Verás lo que las gustan.

Fué al montón de heno y cogió un gusano entre sus dedos. Las gallinas se arrojaron á sus manos; pero ella levantó el gusano muy alto, burlándose de aquella glotonería. Al fin abrió los dedos. Las gallinas se empujaron, riñeron; después, una de ellas escapó, azuzada por las demás, con el gusano en el pico. Así corrió azorada, confusa, perseguida, hasta que otra gallina le arrebató la presa, haciéndola desaparecer en su garganta. Entonces todas se arremolinaron de nuevo, con el cuello

empinado y el ojo atento, esperando otra presa.

Desideria, feliz, las llamaba por sus nombres, dirigiéndoles frases amistosas, mientras el padre Mouret retrocedía algunos pasos en presencia de aquel recrudecimiento de vida voraz.

—No, eso me disgusta—dijo á su hermana, que quería hacerle tomar á peso una gallina que aleteaba.—Me pongo nervioso cuando toco los animales vivos.

Y trató de sonreir. Desideria le llamó perezoso.

—¡Bueno!—le dijo.—¿Y mis patos, y mis gansos, y mis pavos? ¿Qué harías si tuvieras que cuidarlos? Lo más sucio son los patos. ¿Oyes cómo graznan en el agua? Cuando se zambullen no se les ve más que el rabo, derecho como una quilla..... Los gansos y los pavos no se dejan gobernar fácilmente. Pero están muy bonitos cuando andan: los unos tan blancos, los otros tan negros, con sus largas colas..... Parecen caballeros y señoras..... No te aconsejaría que les confiaras un dedo; te lo partirían de un picotazo. A mí no me hacen daño porque me conocen. ¿Ves?

Fué interrumpida por un balido alegre de la cabra, que acababa de forzar la puerta mal cerrada del establo. En dos saltos se puso delante de de la muchacha, llamándola con las patas delan-

teras, acariciándola con los cuernos. Al cura le pareció un diablo que reía, con su barba puntiaguda y sus ojos brillantes. Desideria la sujetó por el cuello, abrazándola, sonriendo con ella, tratando de cogerle las mamas. Cuando tenía sed, se acostaba en el establo en el suelo y mamaba de la cabra.

—¡Mira! ¡están llenos de leche!—gritó levantando los enormes pechos del animal.

El Padre Mouret bajó los párpados como si le hubieran enseñado una obscenidad. Recordaba haber visto en el claustro de San Saturnino, en Plassans, decorando una gárgola, una cabra de piedra que fornicaba con un fraile. Las cabras tenían, á su juicio, caprichos y entretenimientos de mujer; ofrecían sus pechos al primero que llegaba, y le parecían criaturas del infierno sudando lubricidad. Su hermana no logró tener una sino después de suplicarlo muchas semanas; y Mouret, cuando veía al animal, evitando el roce de sus largos pelos sedosos, defendía la sotana de la proximidad de sus cuernos.

—Vamos, voy á dejarte en libertad—le dijo Desideria advertida de su disgusto creciente.—Pero antes quiero enseñarte otra cosa más..... ¿Prometes no regañarme? No te lo he dicho por-

que no hubieras querido..... ¡Si vieras qué contenta estoy!.....

Y adoptó una postura suplicante, juntando las manos, apoyando la cabeza en la espalda del clérigo.

—¿Otra tontería?—exclamó éste sin poder ocultar una sonrisa.

—¿Te parece bien?—repuso Desideria con los ojos húmedos de alegría.—¿No vas á enfadarte?..... ¡Es tan bonito!

Y echando á correr abrió una puertecilla baja del cobertizo.

Un lechón se plantó de un salto en el corral.

—¡Angelito!—dijo ella con aire enternecido al verlo salir.

El cochinillo estaba precioso, sonrosado, con la jeta llena de agua sucia; un círculo grasiento producido por su continuo hocicar en el cieno le bordeaba los párpados. Trotaba, persiguiendo á los pollos, arrastrándose para comer todo lo que encontraba, llenando el pequeño corral con sus movimientos bruscos. Las orejas le caían sobre los ojos; tocaba en tierra con el hocico ó lo escondía entre sus patas menudas. Su rabo parecía un cabo de cuerda que sirviera para sujetarlo.

—¡No quiero aquí este animal!—gritó el cura muy contrariado.

—¡Sergio, mi querido Sergio!—suplicó otra vez Desideria;—¡no seas malo!..... Lo cuidaré, lo tendré muy limpio. La Teuse lo ha pedido para mí. No podemos devolverlo; es un regalo..... Ves, te mira, te ruega..... No haya miedo; no te comerá.

De pronto se interrumpió, dominada por una risa loca. El lechón, aturdido, había tropezado fuertemente con las patas de la cabra, dejándola caer. Emprendió á correr asustado, gritando, gruñendo, desordenando todo el corral. Desideria, para calmarlo, tuvo que darle una vasija de agua fresca. Al verla el animal se metió en el agua hasta las orejas; gargueaba, gruñía, ligeros estremecimientos agitaban su piel sonrosada. Su cola caía perezosamente.

El padre Mouret experimentó un nuevo disgusto en presencia de aquella agua sucia removida. Desde que estaba allí sentía malestar, ardores que le corrían por las manos, por el pecho, por el rostro; se le iba la cabeza; llegaban á él, envueltos en un solo hálito pestilente, el vapor fétido de los conejos y de las aves, el perfume lúbrico de la cabra, el tufo desagradable del lechón. Era aquello como un aire cargado de fecundidad que pesaba fuertemente sobre sus espaldas vírgenes. Parecíale que

Desideria había aumentado, ensanchando sus caderas, agitando unos brazos redondos, sacudiendo sus faldas al ras del suelo, aquel desbordamiento poderoso del cual se mostraba tan satisfecha. Sólo tuvo tiempo para abrir la puerta de madera; sus pies se pegaban al piso, humedecido aún por el estiércol, de tal modo que creyó que le detenían por una abertura de la tierra; y el recuerdo del Paradou le asaltó de pronto, con sus grandes árboles, con sus sombras negras, con su vegetación exuberante, sin darle lugar para la defensa.

—Estás muy colorado—le dijo Desideria, siguiéndole al otro lado de la valla.—¿No te satisface lo que has visto?..... ¿Oyes cómo gritan?

Los animales al verla partir se acercaron á la puerta dando gritos lamentables. El cochinillo, sobre todo, lanzaba prolongados gemidos. Desideria les hizo mil saludos, enviándoles besos con la punta de los dedos, riéndose de ver á todos allí, en montón, como si estuvieran enamorados de ella.

Después se acercó á su hermano, acompañándole hasta el jardín.

—Yo querría una vaca—le dijo al oído, poniéndose muy colorada.

El cura la miró, rehusando con un gesto.

—No, no, todavía no—repuso Desideria con viveza.—Te lo recordaré más adelante..... Tendrá sitio en el establo. Una hermosa vaca, blanca, con pintas sonrosadas. Verás cómo tenemos buena leche. Una cabra acaba por resultar demasiado pequeña..... ¡Y cuando la vaca para un ternerito!

Daba saltos, palmoteaba, y el cura encontraba en ella el corral que la muchacha se había traído entre las ropas. Al cabo la dejó en el fondo del jardín echada en el suelo, á cielo descubierto, delante de una colmena cuyas abejas zumbaban como hojas de oro sobre su cuello, á lo largo de sus brazos desnudos, por encima de sus cabellos, sin herirla, respetando su juventud y su inocencia.

XII.

El hermano Archangias comía en el curato todos los jueves. Iba casi siempre temprano para hablar de los asuntos de la parroquia; él era quien en tres meses había puesto al cura al corriente de todos los acontecimientos de la aldea. Aquel jueves, mientras la Teuse preparaba la comida, fue-

ron á dar juntos un paseo por delante de la iglesia. El párroco, después de referir su entrevista con Bambouse, quedó muy sorprendido al ver que el hermano encontraba perfectamente natural la respuesta del labriego.

—Tiene razón ese hombre—dijo el ignorantino. —Mira por sí.... La Rosalía no vale gran cosa, pero siempre es triste entregar su hija á un granuja.

—Sin embargo—repuso el padre Mouret—no hay más que el matrimonio para hacer cesar el escándalo.

El hermano alzó sus hombros robustos y se puso á reir burlonamente.

—¡Si creeréis—gritó—que vais á arreglar el país con ese matrimonio!..... Antes de dos años Catalina estará embarazada; después nacerán otras y ocurrirá lo mismo. Los Artaud viven en la bastardía como en su estado natural. Sólo hay un remedio, si se quiere arreglar el país: retorcer el cuello á las mujeres. Nada de marido; bastonazos, señor cura, bastonazos.

Y calmándose añadió:

—Dejemos que cada uno disponga de lo suyo como le parezca.

Le habló después de marcar horas para la en-

señanza de la doctrina; pero el padre Mouret le respondió con aire distraído. Miraba la aldea á sus pies, iluminada por el sol poniente. Los aldeanos volvían á sus casas silenciosos, marchando con lentitud, con paso de bueyes cansados que vuelven á su establo. Entre los escombros, las mujeres, de pié delante de sus casas, los llamaban, hablando desde una puerta á otra, mientras un enjambre de chiquillos aturdían la calle con el ruido de sus groseros zapatos, empujándose, rodando, arrastrándose por el suelo. Un fuerte olor de humanidad salía de aquellos casuchos agitados. El cura creyó estar aún en el corral de Desideria, enfrente de una traílla de bestias que se multiplicaban sin descanso. Encontraba allí el mismo calor de generación, los mismos vapores ardientes que tanto le molestaban. Ocupado desde por la mañana con la historia del embarazo de Rosalía, acabó por pensar en él, en la impureza de la vida, en las imposiciones de la carne, en la reproducción total de la especie que siembra los hombres como siembra los granos de trigo. Los Artaud eran un rebaño encerrado entre las cuatro colinas del horizonte, rebaño que engendraba, creciendo más y más á cada parto de las hembras.

—Mirad—gritó el hermano Archangias, inte-

rrumpiendo su relato para señalar á una muchacha que se dejaba abrazar por su novio detrás de una zarza.—Mirad otra perdida allá abajo.

Y agitó sus largos brazos negros hasta que hizo huir á la pareja.

A lo lejos, sobre las tierras rojas, sobre las rocas peladas, moría el sol con una postrera llamarada de incendio. La noche apareció lentamente. El olor salido de los espliegos se hizo más fresco, removido por un airecillo que se levantó de pronto. Brotaba de la tierra un largo suspiro, como si aquella naturaleza salvaje, abrasada de pasiones, se hubiera calmado entre las sombras grises del crepúsculo.

El padre Mouret, con el sombrero en la mano, sentía descender sobre él la paz de aquella sombra.

—¡Señor cura! ¡Hermano Archiangias!—gritó la Teuse.—¡Vamos! la sopa está en la mesa.

La sopa era de hierbas; su olor excitante invadía el comedor del presbiterio. El hermano tomó asiento, vaciando lentamente el inmenso plato que la Teuse había puesto delante de él. Comía mucho, engullendo con tal fuerza, que casi se oía el ruido de la comida al caerle de golpe en el estómago. Con los ojos puestos en la cuchara, no hablaba palabra.

—¿No está buena la sopa, señor cura?—preguntó la criada.—La dejáis en el plato.

—No tengo ganas, Teuse—respondió Mouret sonriendo.

—Claro, es natural; la culpa es vuestra. Ya tendríais hambre si no hubieseis almorzado á las dos largas.

El hermano Archangias, recogiendo con la cuchara algunas gotas de caldo que quedaban en el fondo del plato, dijo gravemente:

—Es preciso ser arreglado para las comidas, señor cura.

Desideria, que también había comido su sopa tranquilamente sin abrir los labios se levantó para ir á la cocina con la Teuse. El hermano quedó á solas con el párroco, cortando rebanadas de pan que engullía apresuradamente.

—¿Habéis dado un gran paseo?—preguntó.

El padre Mouret no tuvo tiempo de responderle. Un ruido de pasos, de exclamaciones, de risas sonoras, salió de un extremo del pasillo, junto al corral. Tenía aspecto de disputa. Una voz de flauta que sorprendió al párroco, se oía, hablando con rapidez entre un estallido de carcajadas.

—¿Qué es eso?—dijo el cura levantándose de la silla.

Desideria entró de un salto, ocultando alguna cosa en sus faldas recogidas; y dijo con viveza:

—¡La tonta! No ha querido venir. La sujetaba por el vestido; pero tiene mucha fuerza y se ha escapado.

—¿De quién habla?—preguntó la Teuse, que salía de la cocina con una fuente de patatas, sobre las cuales se destacaba un pedazo de cerdo.

Desideria se había sentado. Sacó con precauciones infinitas de entre sus faldas un nido de mirlos muy pequeños y lo puso sobre su plato. Cuando los pequeñuelos divisaron la luz, alargaron sus cuellos pelados, abriendo sus bocas ensangrentadas, pidiendo de comer. La muchacha palmoteó, encantada, llena de una emoción extraordinaria en presencia de aquellos animales que eran para ella completamente desconocidos.

—Es la muchacha del Paradou—dijo el cura, herido por un recuerdo brusco.

La Teuse se había acercado á la ventana.

—Es verdad. Hubiera debido reconocerla en su voz de cigarra..... ¡Ah, la gitana! Miradla; se ha detenido allá abajo para espiarnos.

El padre Mouret se puso de pie. Creyó distinguir, en efecto, detrás de un árbol la falda anaranjada de Albina. Pero el hermano Archangias

se alzó violentamente detrás de él, alargando el puño, sacudiendo su dura cabeza y gritando:

—¡El diablo te lleve, hija de bandido! Te arrastraré por el pelo alrededor de la iglesia si te atreves á lanzar aquí tus maleficios.

Una carcajada, fresca como un aliento de la noche, sonó en el sendero. Después oyóse una carrera rápida, un murmullo de ropa rastreando por la hierba, semejante al roce de una culebra.

El padre Mouret, de pie delante de la ventana, seguía á lo lejos una mancha clara que se deslizaba por entre los pinos como un rayo de luna. El aire que subía del campo tenía el perfume potente de verdura, el olor de las flores salvajes que Albina anudaba á sus brazos desnudos, á su cintura esbelta, á sus cabellos sueltos.

—¡Una infame, una hija del pecado!—gruñó sordamente el hermano Archangias, volviendo á sentarse á la mesa.

Mascó el lomo con ansia, tragando patatas enteras como si fuesen pan. La Teuse no pudo conseguir que Desideria acabara de comer. Aquella niña grande permanecía en éxtasis frente al nido de mirlos, interrogando, preguntando lo que comían, si ponían huevos, cómo se reconocían los machos entre aquellos animales.

Pero la vieja estaba muda. Se apoyaba sobre su pierna sana, comiéndose al párroco con los ojos.

—¿Conocéis á las gentes del Paradou?—le dijo.

Entonces el cura contó la verdad, sencillamente, refiriendo su visita á Jeanbernat. La Teuse dirigía miradas escandalizadas al hermano Archangias. Al pronto no respondió palabra ; daba vueltas alrededor de la mesa, pateando furiosamente, hiriendo al suelo con el talón.

Ya podíais haberme hablado de esas gentes hace tres meses—les dijo el cura.—Al menos hubiera sabido en casa de quién me presentaba.

La Teuse se detuvo con las piernas temblorosas.

—No mintáis, señor cura—gritó—no mintáis; no aumentéis vuestra falta..... ¡Cómo os atrevéis á decir que no os hé hablado del Filósofo, de ese bandido que es el escándalo de estos contornos! La verdad es que no me escucháis nunca cuando hablo. Os entra por una oreja y os sale por otra..... ¡Ah! ¡si me escucharais, evitaríais esos encuentros !

—¡Yo tambien os he dicho algo de esas abominaciones! — añadió el hermano.

El padre Mouret se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno; pues no me acordaba—repuso.—Sólo en el Paradou he creido recordar ciertas historias..... Por otra parte, si he ido á ver á ese desgraciado, es porque me han dicho que se estaba muriendo.

El hermano Archangias, con la boca llena, dió un golpe con el cuchillo sobre la mesa, gritando:

—Jeanbernat es un perro, y debe morir como un perro.

Y al ver que el cura protestaba con la cabeza, le cortó la palabra para añadir:

—No, y no; no hay Dios para él, ni penitencia, ni misericordia. Preferiría echar la hostia á sus cerdos que meterla en su boca.

Y mascaba patatas, apoyando los codos en la mesa y empuñando con furia el tenedor. La Teuse, con los labios fruncidos, blanca de cólera, se contentó con decir secamente:

—Dejadle; el señor cura sólo quiere hacer su voluntad; el señor cura tiene secretos para nosotros.

Reinó un largo silencio. Durante algunos momentos sólo se escuchó el ruído de las mandíbulas del hermano, acompañado por los extraños rumores de su garganta. Desideria, rodeando con sus brazos desnudos el nido de mirlos, se inclinaba sobre un plato, sonriendo á los pequeñuelos,

hablándoles muy de prisa y muy bajo, con aquel lenguaje suyo que los animales comprendía tan pronto.

—¡Cuando no hay nada que ocultar, se dice lo que se hace!—gritó bruscamente la Teuse.

Otro silencio siguió á estas palabras. Lo que exasperaba á la vieja era el misterio con que el cura le había reservado su visita al Paradou. Se juzgaba engañada miserablemente; su curiosidad ardía. Daba vueltas en torno de la mesa, sin mirar al cura, sin dirigirse á nadie, como si estuviera sola.

—Ya sabemos por qué se come tan tarde—murmuró.....— Se va uno sin decir nada á correr la tuna hasta las dos del día, y entra en casas tan mal afamadas, que no se atreve después á contar lo que ha hecho. Se miente, se hace traición á todo el mundo.

—Pero— interrumpió el padre Mouret que no quería ceder ante la Teuse—nadie me ha preguntado si he ido al Paradou; por consiguiente, no he tenido necesidad de mentir.

La Teuse continuó como si no hubiera oído nada:

—Se llena uno la sotana de polvo; vuelve hecho un bandido. Y cuando una persona honrada se interesa por uno y le pregunta por su bien, se

la engaña, se la considera como una mujer indigna de confianza. Se calla uno como un muerto, prefiriendo estallar á decir una palabra, y no se tiene la atención de contar en su casa lo que se ha visto en la ajena.

Y mirando al cura cara á cara, le gritó:

—Sí, por vos lo digo; sois un embaucador, un mal hombre!

Y se echó á llorar.

Fué preciso que Mouret la consolara.

—El padre Caffin me lo contaba todo—gritó la vieja.

Al cabo se tranquilizó. El hermano Archangias daba fin á un pedazo de queso, sin parecer ocuparse de la escena. Según él, el padre Mouret tenía necesidad de andar derecho. La Teuse hacía bien en tirarle de la brida. Bebió un último vaso de vino y se recostó sobre la silla para digerir á gusto.

—En fin —preguntó la criada—¿qué es lo que habéis visto en Paradou? Contádmelo siquiera.

El padre Mouret, sonriendo, refirió en pocas palabras la manera extraña con que Jeanbernat le había recibido. La Teuse, acribillándole á preguntas, prorrumpía en gritos de indignación. El hermano Archangias apretaba los puños extendiéndolos hácia adelante.

—¡Que el cielo le confunda!— dijo.— ¡Que los abrase á él y á su sobrina!

El cura trató á su vez de obtener nuevos detalles sobre los habitantes del Paradou. Escuchaba con atención profunda al hermano que contaba hechos monstruosos.

—Sí—decía—esa criatura infernal vino á estudiar á mi escuela. Hace mucho tiempo; podría tener entonces diez años. Yo la dejaba hacer, pensando que su tío la enviaba para la primera comunión. Durante dos meses me tuvo revuelta la clase. ¡La muy perdida se hacía adorar! Sabía juegos, inventaba ramos. ¡Inteligente como lo son todas las hijas del infierno! Era la más fuerte en doctrina..... Una mañana el viejo cayó como una tromba en medio de la clase. Habló de romperlo todo, gritando que los curas le habían robado su hija. El guarda rural tuvo que venir á echarlo. La pequeña echó á correr. Yo la veía por la ventana, en un campo, riéndose del furor de su tío..... Volvió á la escuela al cabo de dos meses por su voluntad, sin que su tío se enterara.

Historia capaz de derribar las montañas.

—¡No ha comulgado nunca!— dijo la Teuse en voz baja, estremeciéndose ligeramente.

—No, nunca—repuso el hermano Archangias.—

Debe tener diez y seis años. Crece como una bestia. Yo la he visto correr á cuatro patas por un seto, al lado de la Palud.

—¡A cuatro patas!—murmuró la criada, volviéndose hacia la ventana con recelo.

El padre Mouret quiso emitir una duda, pero el hermano replicó:

—¡Sí, á cuatro patas! Saltaba como un gato salvaje, con las faldas recogidas y las piernas al aire. Si hubiera tenido un fusil, disparo sobre ella. Se matan animales que son más agradables á Dios..... Por otra parte, es cosa sabida que va á maullar todas las noches alrededor de los Artaud. Tiene maullidos de gata en celo. Si algún hombre cae entre sus garras, no le dejará una tira de piel sobre los huesos.

Todo su odio contra la mujer reapareció entonces. Hizo temblar la mesa de un puñetazo, prorrumpiendo en sus acostumbradas injurias.

—Tienen el diablo en el cuerpo; sí, lo llevan consigo: lo llevan en las piernas, en los brazos, en el vientre, en todas partes. Él es quien atrae á los imbéciles.

El padre Mouret hizo un movimiento afirmativo. La violencia del hermano Archangias, la tira-

nía grosera de la Teuse, le producían el efecto de un latigazo; eran para él lo que un cilicio, y le agradaban. Experimentaba una alegría santa abismándose en la humildad, entregándose á aquellas manos llenas de groserías populares. La paz del cielo se le aparecía al término de su desprecio por el mundo, del encanallamiento de todo su ser. Era una injuria que se regocijaba en inferir á su cuerpo, un tormento en el cual se complacía haciendo crujir su naturaleza sensible y dulce.

—No hay más que impureza—murmuró doblando su servilleta.

La Teuse, que quitaba la mesa, quiso llevarse el plato donde Desideria había puesto el nido de mirlos.

—¿No vais á acostaros, señorita?—le dijo.—Dejad esas bestias infames.

Desideria defendió su plato, cubriendo el nido con sus brazos desnudos, sin reir, irritándose de ser contrariada.

—Espero que no guardaréis esos pájaros—dijo el hermano Archangias.—Eso traería desgracias. Es preciso retorcerles el cuello.

Ya extendía sus groseras manos para ejecutar la obra; pero la muchacha, levantándose, retrocedió temblorosa, sujetando el nido sobre su pecho, mi-

rando al padre con fijeza, con los labios recogidos, en actitud de loba dispuesta á morder.

—¡No los toquéis!—gritó.—¡Feo!

Acentuó esta palabra con tal desprecio, que el padre Mouret se asombró como si reparara por vez primera en la fealdad del hermano. Éste se contentó con gruñir. Sentía un odio sordo contra Desideria, cuyos hermosos arranques de fiera le ofendían. Cuando la muchacha salió retrocediendo sin apartar de él los ojos, el ignorantino se encogió de hombros, partiendo entre sus dientes una obscenidad que no fué oída de nadie.

—Vale más que se acueste—dijo la Teuse.—Siempre nos molesta en la iglesia.

—¿Han venido?—preguntó el padre Mouret.

—Hace mucho tiempo—repuso la Teuse—que están allí las muchachas con hatos de hojas..... Voy á encender las lámparas. Puede empezarse cuando queráis.

Poco después se la oyó jurar en la sacristía, porque los fósforos estaban mojados.

El hermano Archangias, que se encontraba solo con el párroco, le preguntó en tono de mofa:

—¿Eso es por el mes de María?

—Sí—respondió el padre Mouret.—Estos últimos días las muchachas del país, que tienen mu-

cho trabajo, no han podido venir, según es costumbre, á adornar la capilla de la Virgen. La ceremonia se ha dejado para esta noche.

—Linda costumbre—marmoteó el hermano.—Cuando las veo depositar sus ramos una por una, me dan ganas de tirarlas al suelo, para que confiesen al menos sus villanías antes de tocar el altar..... Es una vergüenza sufrir que las mujeres paseen sus faldas tan cerca de las santas reliquias.

El párroco se excusó con un gesto. Era nuevo en los Artaud y debía someterse á la costumbre.

—¡Señor cura, cuando queráis!—gritó la Teuse.

El hermano le hizo detenerse un instante.

—Yo me voy—dijo.—La religión no es una muchacha para que se le regalen ramos de flores.

Y se dirigió lentamente hacia la puerta. Allí se detuvo de nuevo y levantó uno de sus dedos velludos, exclamando:

—Señor cura, desconfiad de vuestra devoción á la Virgen.

XIII.

El padre Mouret encontró en la iglesia una docena de muchachas que sostenían entre sus brazos

ramos de olivo, de laurel, de romero. Las flores de jardín no brotaban en las rocas de los Artaud; era la costumbre de aquella aldea rodear el altar de la Virgen de una verdura resistente que durase todo el mes de Mayo. La Teuse había puesto algunos ramos de alelíes en unas jarras viejas.

—¿Queréis dejarme hacer, señor cura?—preguntó.—No tenéis costumbre..... Permaneced entretanto delante del altar. Luego me diréis si la decoración os agrada.

El párroco accedió, y la Teuse fué quien realmente dirigió la ceremonia. Se había subido en un escabel, y desde allí arengaba á las mozas que se aproximaban por turno con sus ofrendas.

—¡No tan vivo!—decía.—Ni siquiera me dejaréis tiempo para atar las ramas. ¿Queréis que caiga todo sobre la cabeza del señor cura? ¡Bueno!..... Babet, estás en turno. ¡Cuándo dejarás de mirarme con esos ojos saltones! ¡Tu ramo es precioso! ¡Está amarillo como un cardo! Todas las burras del país deben haberse meado en él!..... Ahora tú, Rousse. ¡Vamos, al menos éste es un laurel bonito! Lo has cogido en tu campo de la Croix-Verte.

Las muchachas ponían sus ofrendas encima del altar, que besaban antes. Permanecían allí alar-

gando los ramos á la Teuse, y olvidándose pronto del aire recogido que habían adoptado para subir, acabaron por reirse, estirando las piernas, restregando sus caderas contra el ara, metiendo las narices en el tabernáculo. Encima de ellas la Virgen de plata sobredorada inclinaba su rostro dulce, sonriendo con sus labios rojos al niño Jesús desnudo que sostenía en el brazo izquierdo.

—¡Anda, Luisa!—gritó la Teuse;—¡siéntate en el altar, es tuyo! ¡Quieres bajarte las sayas! ¡Vaya una manera de enseñar las piernas !..... ¡A la primera que retoce le tiro sus ramos á la cara! ¡No, no me dejaréis tranquila un momento!

Y añadió volviéndose:

—¿Os gusta, señor cura? ¿Os parece bien?

Había construído detrás de la Virgen un nicho de verdura con ramas de follaje que se entrelazaban formando una cuna y descolgándose en forma de palmas.

El cura aprobó con una frase, permitiéndose esta observación:

—Me parece que no haría mal allá arriba un ramo de hojas más tiernas.

—¡Ya lo creo!—gruñó la Teuse.—Pero no traen más que laurel y romero..... ¿Quién tiene

olivo? Ninguna: ya lo veis. Estas paganas tienen miedo de perder cuatro aceitunas.

Catalina avanzó en tonces con una enorme rama de olivo, detrás de la cual desaparecía.

—¡Ah! ¿tienes tú, granuja?—exclamó la vieja.

—¡Ya lo creo!—dijo una voz.—La ha robado. He visto á Vicente romper la rama, mientras ella estaba en acecho.

Catalina, furiosa, juró que aquello no era verdad. Se había vuelto sin soltar la rama, meneando la cabeza, roja de ira. Mentía con extraordinario aplomo, inventando una larga historia para probar que el olivo era suyo.

—Y además—añadió—todos los árboles pertenecen á la Virgen.

El padre Mouret quiso intervenir, pero la Teuse preguntó si se burlaban de ella para dejarla tanto tiempo con el brazo extendido, mientras Catalina, recostada contra el escabel, contaba de qué modo había traído su enorme regalo con ayuda de sus piernas fuertes; el mismo padre Mouret se rió de esto.

—¡Vamos!—dijo la Teuse bajando de su trono para dirigir una ojeada á su obra.—Ya está terminado lo de arriba. Ahora vamos á poner ramos entre los candeleros; á menos que no os parezca mejor una guirnalda que recorra toda la grada.

El cura se decidió por los ramos.

—Ea, venid—dijo la Teuse subiéndose de nuevo al escabel;—aquí no vamos á dormir..... ¡Quieres comerte el altar á besos, Miette! ¿Te figuras que estás en tu pajar?..... Señor cura, ¿veis lo que hacen allá abajo? Las oigo reir como locas.

Y levantando una lámpara iluminó con ella los obscuros rincones de la iglesia. Debajo de la tribuna tres mocetonas jugaban al escondite. Una de ellas había metido la cabeza en la pila, lo cual hacía reir tanto á las otras, que se dejaban caer en tierra para solazarse á su gusto. Se levantaron mirando al cura de reojo, satisfechas de su hazaña, apretándose los muslos con sus manos robustas.

Pero lo que puso fuera de quicio á la Teuse fué el ver á Rosalía subiendo al altar como todas con su ofrenda.

—¡Quieres bajar á escape!—le gritó.—No es aplomo lo que te falta, hija mía..... Vamos, ¡pronto! No me sirve tu regalo.

—¡Cómo! ¿por qué?—dijo burlonamente Rosalía.—No se me acusará de haberlo robado.

Las muchachas se acercaron haciéndose las tontas y dirigiéndose miradas expresivas.

—¡Véte!—repitió la Teuse;—tu sitio no es éste. ¿Lo entiendes?

Y perdida su poca paciencia, soltó brutalmente una frase fuerte que provocó una carcajada en el grupo de las aldeanas.

—¿Por eso?—dijo Rosalía.—¿Es que no sabéis lo que hacen las demás? No habéis ido á verla, ¿verdad?

Y le pareció oportuno romper en sollozos. Tiró al suelo sus flores, arrojándose á los pies del padre Mouret, el cual la reprendió severamente.

El cura dió prisa á la Teuse. Comenzaba á sentirse inquieto en medio de aquellas muchachonas aturdidas que llenaban la iglesia con sus presentes de verdura, y que se ponían cerca del altar convirtiéndolo en un bosque viviente, trayendo á él el perfume de los campos, mezclándose al aliento que subía de sus miembros robustos y agitados.

—Despachemos, despachemos—dijo el sacerdote palmoteando con impaciencia.

—¡Caramba! yo estaría más á gusto acostada —exclamó la Teuse.—¡Creeréis que es tan fácil arreglar esta selva!

Entretanto había concluído por colocar entre los candeleros altos penachos de follaje. Retiró el escabel, que Catalina puso en un rincón. No le faltaba más que colocar unos macizos en los dos extremos del ara. Las últimas brazadas de verdura

se emplearon en esta operación; sin embargo, aun quedaron algunas ramas que las muchachas esparcieron por el suelo, junto á la balaustrada del altar.

El altar de la Virgen era un bosque, un cruzamiento de tallos con un velo verde por delante.

La Teuse cedió entonces el puesto al padre Mouret. Éste subió al altar, palmoteó de nuevo, y dijo:

—Muchachas, mañana continuaremos los ejercicios del mes de María. Las que no puedan venir, deben por lo menos continuarlos en su casa.

Y se arrodilló, mientras las aldeanas con gran movimiento de sayas se acomodaban en el suelo descansando sobre los talones. Seguían la oración del cura con un barboteo confuso salpicado de risas. Una de las mozas sintió que la pinchaban por detrás, y dejó escapar un grito que trató de confundir con un golpe de tos; lo cual produjo tal hilaridad en las otras, que permanecieron un instante con la cara entre las manos sin moverse, después de haber dicho el *amén* sin acertar á levantarse.

La Teuse reprendió aquellas bufonadas, mientras el cura, que se había santiguado, permanecía absorto delante del altar como si no oyera nada de lo que pasaba en rededor suyo.

¡Vamos, despejad pronto!—murmuró la vieja. Sois un hato de estúpidas que no sabéis respetar nada, ni la bondad de Dios..... ¡Esto es una vergüenza, una cosa nunca vista: jóvenes que retozan en el suelo de la iglesia como si estuvieran en un prado!..... ¿Qué es lo que haces allá abajo, Rosa? Si pinchas á alguna, te verás las caras conmigo!..... Sí, sí, sácame la lengua; se lo diré todo al señor cura. ¡Fuera, fuera, perdidas!

Y las empujaba lentamente hacia la puerta, galopando alrededor de ellas, rengueando de una manera furiosa. Ya las había echado una por una, cuando distinguió á Catalina instalada tranquilamente con Vicente en el confesonario. Estaban comiendo alguna cosa con aspecto de alegría. También los echó, y al asomarse al pórtico de la iglesia antes de cerrar la puerta, pudo ver á Rosalía colgarse á los hombros de Fortunato, que la estaba esperando. Los dos se perdieron en la sombra por el lado del cementerio entre un rumor dulce de besos.

¡Y eso se presenta en el altar de la Virgen!—murmuró la Teuse corriendo los cerrojos. Las otras no valen más; ya lo sé. Todas las mozas que han venido esta noche están dispuestas á reir y á dejarse abrazar por sus novios á la salida. Mañana

no vendrá ninguna. El señor cura rezará sus *Aves* completamente solo.

Dicho esto, arregló las sillas, las puso en hilera, cuidando de que todo quedara en orden antes de subirse á acostar. Quitó del confesonario una mondadura de manzanas que arrojó al cubo puesto por ella en un rincón del altar. Encontró también un pedazo de cinta arrancado de alguna cofia, con un mechón de cabellos negros, é hizo de ellos un paquetito para abrir una información. Al fin le pareció que la iglesia estaba lista. La lamparilla tenía aceite para toda la noche, las baldosas del coro podían seguir sin lavarse hasta el sábado.

—Son más de las diez, señor cura—dijo acercándose al clérigo, que seguía arrodillado.—Debíais subir.

Mouret no respondió nada, contentándose con inclinar dulcemente la cabeza.

—Bueno, ya sé lo que quiere decir eso—continuó la Teuse.—Dentro de una hora estará todavía sobre las baldosas, para que le dé un cólico..... Me voy porque le estorbo. No importa; eso no es razonable: almorzar cuando los otros comen; acostarse cuando se levantan las gallinas!..... Os estorbo ¿verdad?..... Señor cura, buenas noches. No sois razonable; de veras, no sois razonable.

Y se dispuso á partir; pero volvió con objeto de apagar una de las dos lámparas, murmurando que para rezar tan tarde «sobraba luz». Después se fué, no sin limpiar antes con la manga de su vestido la cubierta del altar mayor, que estaba manchada de polvo.

El padre Mouret, con los ojos levantados y los brazos cruzados sobre el pecho, se encontraba solo.

XIV.

Iluminada por una sola lámpara que brillaba sobre el altar de la Virgen en medio del follaje, la iglesia aparecía cubierta de grandes sombras flotantes. El púlpito reflejaba una mancha tenebrosa en las planicies del techo; el confesonario parecía una masa negra recortando sobre la tribuna el perfil extraño de una garita rota. Toda la luz atenuada, como enverdecida por el ramaje, reflejaba en la gran Virgen dorada, la cual parecía descender con aire regio encima de aquella nube, por donde asomaban cabezas de ángeles alados. Hubiérase dicho al ver la lámpara relucir en medio de tantas hojas verdes, que era una luna pálida levantándose en el límite de un bosque para iluminar alguna soberana aparición, una princesa del

cielo, coronada de oro, vestida de oro, que venía á pasear la desnudez de su hijo en el fondo misterioso de las selvas. Entre las hojas, á lo largo de los altos penachos, dentro del inmenso nicho ojival y sobre los ramos esparcidos por el suelo corrían fulgores de astros, fulgores semejantes á esa lluvia lechosa que brilla entre los zarzales en las noches claras. Ruidos vagos, crujidos informes salían de los ángulos tenebrosos de la iglesia; el gran reloj, á la izquierda del coro, oscilaba pausadamente con su respiración fuerte de máquina dormida. Y la visión radiante, la Virgen con sus cabellos castaños recogidos, como si se sintiera atraída por la paz nocturna de la nave, descendía siempre, doblando apenas las ramas flexibles bajo el peso leve de sus plantas.

El padre Mouret la miraba. Aquella hora era la más querida para él de cuantas pasaba en la iglesia. Entonces olvidaba el Cristo torturado, el mártir teñido de amarillo y de rojo que agonizaba detrás de él en la capilla de los muertos. No le distraía la viva claridad de las ventanas, ni los rumores del día que entraban con el sol, ni la vida de fuera, ni los gorriones y las ramas que penetraban en la nave por los vidrios rotos. Á tal hora de la noche la naturaleza estaba muerta,

la sombra extendía su manto sobre las blancuras de la pared, y el sacerdote sentía penetrar el fresco por sus espaldas como un cilicio saludable; allí podía sumergirse en el amor absoluto sin que los juegos de un rayo de luz, las caricias de una brisa ó de un perfume, el rumor de un ala de insecto viniera á arrancarle de su éxtasis. Su misa de la mañana no le había proporcionado nunca las sobrehumanas delicias que le proporcionaban sus plegarias de la noche.

El padre Mouret, con los labios balbucientes, miraba á la Virgen. La veía venir hacia él desde el fondo de su nicho con resplandor creciente. Ya no era un rayo de luna brillando en la capa de los árboles; parecíale que vestida por el sol avanzaba gloriosa, colosal, tan potente, que sentía vehementes impulsos de esconder su rostro en las losas para evitar el resplandor de aquella puerta abierta sobre el cielo. Durante aquella adoración de todo su ser, que hacía morir los sonidos en su garganta, recordaba el cura las últimas palabras del hermano Archangias como una blasfemia. Siempre le había reprochado el hermano su devoción por la Virgen, juzgándola un robo hecho á la devoción de Dios. Según el ignorantino, eso empequeñecía las almas, achicaba la religión,

creando una sensiblería piadosa indigna de los fuertes. El hermano guardaba rencor á la Virgen por ser mujer, por ser bella, por ser madre; y se ponía en guardia, temeroso de sentirse tentado por su gracia, de sucumbir ante su dulzura seductora. «Acabará por perjudicaros», gritó un día al joven sacerdote, viendo en la Virgen un comienzo de pasión humana, un peligro en las trenzas de sus cabellos castaños, en sus grandes ojos claros, en su falda que caía á pliegues sobre la punta de sus pies. Era la del ignorantino la rebelión de un santo que separaba violentamente á la madre del hijo preguntando como el último: «Mujer, ¿qué hay de común entre nosotros?»

El padre Mouret resistía, se prosternaba, tratando de olvidar las rudezas del hermano. No tenía más que aquel esparcimiento en la castidad inmaculada de la Virgen para salir de la bajeza en que pretendía sumergirse. Cuando estaba frente á la divina imagen, alucinábase hasta el extremo de creer que ésta se inclinaba para darle á besar sus cabellos, y sentíase más joven, más bueno, más fuerte, más justo, invadido por una inmensa vida de dulzura.

El culto del padre Mouret á la Virgen databa de su juventud. Muy niño, algo salvaje, ocultán-

dose en los rincones, poníase á pensar en que una señora muy hermosa le protegía siempre, en que dos ojos azules muy dulces y una sonrisa le acompañaban por todas partes. Cierta noche sintió pasar sobre sus cabellos un ligero suspiro, y contó que la Virgen había venido á acariciarle. Así fué creciendo, sin olvidar aquella caricia de mujer, aquel roce suave de las vestiduras divinas sobre su frente. Á los siete años satisfacía sus deseos de ternura gastando el dinero que le daban en comprar imágenes sagradas que guardaba alegremente para jugar á solas con ellas. Nunca le gustaron los Jesús con el cordero, los Cristos en cruz, ni los Padres Eternos asomándose con sus grandes barbas al borde de una nube. Le agradaban tan sólo las imágenes de María con su pequeña boca sonriente y sus blancas manos extendidas. Poco á poco las coleccionó todas. María entre un lirio y una rueca, María llevando el niño como si fuera su hermano mayor, María coronada de rosas, María coronada de estrellas. Eran todas para él una familia de muchachas bonitas que tenían el mismo aspecto gracioso, el mismo aire de bondad, la misma mirada suave, tan jóvenes bajo sus largos velos, que, á pesar de su nombre de Madre de Dios, no le inspiraban miedo como las personas mayo-

res. Parecíale que tenían su edad, que eran las niñas con que hubiera querido encontrarse, las niñas del cielo, con las cuales los niños muertos á los siete años debían jugar eternamente en un rincón del Paraíso. Más adelante se volvió grave, guardó, engrandeciéndolo, el secreto de su amor religioso, invadido por los pudores exquisitos de la adolescencia. María crecía con él, aventajándole siempre en uno ó dos años, como conviene á una amiga soberana. La Virgen tenía veinte años cuando Sergio tuvo diez y ocho. Ya no la acariciaba de noche, permanecía á algunos pasos de distancia delante de ella, cruzado de brazos, adorándola dulcemente con sonrisa casta. No la nombraba más que por lo bajo, experimentando un desvanecimiento en el corazón cada vez que aquel nombre querido asomaba á sus labios en el transcurso de sus oraciones. Ya no apetecía juegos infantiles en el fondo del jardín celeste, sino una contemplación castísima en presencia de aquella figura blanca, tan pura que no hubiera querido profanarla con su aliento. La quería más que á su madre.

Algunos años después, cuando fué al Seminario, su amor por María, tan recto, tan natural, experimentó sordas inquietudes. El culto de María ¿era útil á su salvación? ¿No robaba á Dios, acor-

dándose de ella, una parte de su amor, la más grande, sus pensamientos, su corazón, su todo? Preguntas formidables, combate interior que le apasionaba primero para destrozarle después. Se emboscó en mil sutilezas para defender su afección; experimentó delicias desconocidas al discutir la legitimidad de sus sentimientos. Los devocionarios de la Virgen le escudaron, le defendieron, proporcionándole argumentos por él repetidos como si fueran oraciones. En ellos aprendió á ser el esclavo de Jesús en María. Iba á Jesús por María. Aduciendo toda clase de pruebas, hacía distingos y sacaba consecuencias: «María, á quien había obedecido Jesús en la tierra, debía ser obedecida por todos los hombres; María conservaba en el cielo su poder de madre, y era allí la dispensadora de los tesoros de Dios, la sola que podía rogarle, la única que distribuía los tronos; María, siempre criatura al lado de Dios, pero elevada hasta Él, venía á ser el lazo humano que une el cielo con la tierra, la intermediaria de toda gracia, de toda misericordia.» Sus conclusiones eran siempre las mismas. Amarla por encima de todo, hasta por encima de Dios. Luego vinieron curiosidades teológicas más arduas: el matrimonio del Esposo celeste; el Espíritu Santo envolviendo á la Virgen

Madre en un portentoso milagro, dando su pureza inviolable al culto de los hombres; la Virgen era la vencedora de todas las herejías, el enemigo irreconciliable de Satán, la nueva Eva anunciada para aplastar la cabeza de la serpiente; la puerta augusta de la gracia, por donde el Salvador había entrado una vez, por la cual entraría de nuevo el postrero día; profecía vaga que sumergía á Sergio en un inmenso esparcimiento de amor. Aquella subida de la mujer al cielo cruel y celoso del Antiguo Testamento; aquella figura blanca puesta al pie de la Trinidad formidable, era para él la gracia misma de la religión, la imagen que le consolaba de las tenebrosidades de la fe, su refugio de hombre perdido entre los misterios del dogma. Y una vez probado punto por punto, minuciosamente, que Ella era el camino de Jesús, recto, corto, perfecto, seguro, se entregó de nuevo á Ella por entero, sin remordimiento, dispuesto á ser su verdadero devoto, matándose á sí mismo, desapareciendo en la sumisión.

¡Hora de voluptuosidad divina! Los devocionarios de la Virgen brillaban en sus manos hablándole un idioma de amor perfumado como el incienso. María no era ya la adolescente vestida de blanco, cruzada de brazos á algunos pasos en-

frente de su lecho; María llegaba á él llena de esplendores, tal como Juan la vió, vestida por el sol, coronada por doce estrellas, con la luna bajo los pies; María le embalsamaba con su perfume, inflamándole en el deseo del cielo, inundándole con el color de los astros que brillaban sobre su frente. Sergio se prosternaba delante de ella, llamándose su esclavo; nada tan dulce como esta palabra «esclavo» que él repetía, que él modulaba con labios balbucientes, al mismo tiempo que se arrojaba á los pies de la imagen para ser su cosa, su nada, el polvo esparcido por su vestidura azul.

Sergio decía como David: «María está hecha para mí»; añadiendo con el Evangelista: «Yo la he tomado para mi bien completo»; llamábala «Mi querida dueña», buscando palabras, llegando á una verdadera locura de amante y de niño, no respirando más aliento que el aliento de su pasión. Era la Bienhechora, la Reina del cielo celebrada por los nueve coros de ángeles, la Madre del mundo, el tesoro del Señor. Recurría también á las imágenes vivas, comparándola á un paraíso terrestre hecho de tierra virgen, con cuadros de flores de virtud, con praderas verdes de esperanza, con caminos de consuelo, con viviendas rebosantes de

confianza inmensa. Era también una fuente fecundada por el Espíritu Santo, un santuario donde reposaba la Trinidad; el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios. Sergio paseaba por este jardín á la sombra, al sol, entre los encantos de su follaje; suspiraba con el agua de la fuente; habitaba el hermoso interior de María, apoyándose en él, ocultándose en él, perdiéndose en él sin reserva, bebiendo la leche de amor infinito que se desprendía gota á gota de aquel seno virginal.

Todas las mañanas, al levantarse, en el Seminario, saludaba á María con cien reverencias, volviendo los ojos al pedazo de cielo que descubría por su ventana; de noche hacía lo mismo, inclinandose igual número de veces y contemplando las estrellas. En las noches serenas, cuando Venus manda á través del aire tibio un reflejo dorado, Sergio, olvidándose de todo, dejaba resbalar por sus labios, como un cántico suave, el *Ave Maris Stella*, himno enternecedor que le llevaba por un mar dulce á unas playas azules, donde sentía un estremecimiento de caricia y contemplaba una estrella sonriente tan grande como un sol. Después recitaba el *Salve Regina*, el *Regina cœli*, el *O gloriosa Domina*, todas las plegarias,

todos los cantos. Leía el Oficio de la Virgen, los libros santos escritos en honor suyo, los Salmos de San Buenaventura, con tan devoto enternecimiento, que á veces el llanto le impedía volver las páginas. Desde la edad de diez años llevaba su librea, el santo escapulario, la doble imagen de María, cuyo calor sentía en el pecho y en la espalda sobre su piel desnuda, estremeciéndose de gozo. Más tarde había comprado una cadenita, para significar su esclavitud de amor. Pero el acto más sublime que ejecutaba siempre era la salutación angélica, el *Ave María*, la plegaria perfecta de su corazón. «Yo os saludo, María»; y la miraba avanzar hacia él, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, y arrojaba su corazón á los pies de la Virgen para que ésta caminara sobre él. Este saludo lo multiplicaba, lo repetía cien veces con objeto de hacerlo más eficaz. Rezaba doce *Aves* para recordar la corona de doce estrellas que ceñía la frente de María; catorce en memoria de sus catorce gozos; siete decenas en honor de los años que había vivido sobre la tierra; arrastrábase horas enteras por las baldosas de la capilla, y de largo en largo, los días de plétora mística repasaba las cuentas de su rosario.

Cuando, solo en su cuarto, tenía tiempo de

amar, se arrodillaba en el suelo, y todo el jardín de María pasaba al rededor suyo con sus enormes florescencias de castidad. El rosario dejaba correr entre sus dedos su guirnalda de *Aves* cortadas por los *Pater*, como una guirnalda de rosas blancas donde se mezclaran á los lirios de la Anunciación las flores sangrientas del Calvario. Se paseaba á pasos lentos, parándose en cada una de las quince decenas de *Aves*, reposando en el misterio que le correspondía; experimentando alegría, dolor, gloria, á medida que los misterios se agrupaban en tres series, los gozosos, los dolorosos, los gloriosos. Leyenda incomparable, historia de María, vida humana completa, con sus sonrisas, sus lágrimas y su triunfo que aparecía de un extremo al otro á cada instante. Sergio se llenaba de alegría con los cinco misterios sonrientes, impregnados de las serenidades del alba. Eran éstos la salutación del Arcángel, un rayo de fecundidad caído del cielo para traer la savia adorable de la unión sin tacha; la visita á Isabel en una clara mañana de esperanzas, á la hora en que el fruto de sus entrañas daba por primera vez en el vientre de María ese sacudimiento que hace palidecer á las madres; el parto en un establo de Belén, entre una larga fila de pastores

que acuden á saludar la maternidad divina; el recién nacido llevado al templo en brazos de la madre que sonríe, pálida aún, dichosa ya al ofrecer su hijo á la justicia de Dios, á los abrazos de Simeón, á los deseos del mundo; finalmente, Jesús engrandecido, discutiendo con los doctores, entre los cuales le encuentra su madre que se consuela al verle, mostrándose orgullosa de él. Después de aquella mañana de luz tan dulce, parecíale á Sergio que el cielo se obscurecía bruscamente; caminaba como sobre espinas, se le acorchaban los dedos en las cuentas del rosario, se encorvaba bajo la pesadumbre de los cinco misterios de dolor: María agonizando con su hijo en el jardín de los Olivos, recibiendo con él los latigazos de la flagelación, sintiendo en su frente el desgarramiento de la corona de espinas, llevando el horrible peso de su cruz, muriendo á sus pies en el Calvario..... aquellas luchas del sufrimiento, aquel atroz martirio de una reina adorada, por la que él, como Jesús, hubiera dado su sangre, producíanle convulsiones de horror que diez años empleados en las mismas plegarias y en los mismos ejercicios no habían podido calmar. Pero las cuentas corrían siempre; una luz esplendorosa se esparcía sobre las tinieblas de la crucifixión; la gloria

inmensa de los cinco últimos misterios brillaba con alegrías de astro libre. María transfigurada cantaba el *Aleluya* de la resurrección, la victoria sobre la muerte, la eternidad de la vida; asistía con las manos extendidas, llena de admiración, al triunfo de su hijo, que se elevaba al cielo entre nubes de oro con traje de púrpura; contemplaba en torno suyo á los Apóstoles, disfrutando como en el día de la concepción el abrazo del espíritu de amor, descendido en forma de lenguas de fuego; á su vez era recogida por un ejército de ángeles que la llevaban entre sus alas blancas, como arca inmaculada, para depositarla dulcemente en el esplendor de los espacios celestiales, y allí, como gloria suprema, en medio de una claridad tan viva que hacía palidecer al sol, Dios la coronaba con las estrellas del firmamento. La pasión no tiene más que una palabra. Diciendo una en pos de otra las cincuenta *Aves*, Sergio no las había repetido nunca. Aquel murmullo monótono, aquella palabra siempre igual, parecida al «te amo» de los amantes, tomaba cada vez en sus labios una significación más honda. Se retrasaba conversando con la ayuda única de la frase latina; iba registrando por completo á María, hasta que la última cuenta del Rosario, escapándose entre sus

dedos, le hacía estremecer como el anuncio de una despedida.

El joven había pasado así noches enteras, comenzando veinte veces las decenas de *Aves*, retardando el momento de la separación. Era de día y seguía rezando.

—Es la luna—murmuraba con objeto de engañarse á sí propio—que hace palidecer las estrellas.

Sus superiores llegaron á reprenderle por aquellas vigilias, de las cuales salía estenuado, con la cara pálida como si hubiera perdido toda su sangre. Desde largo tiempo había en la pared de su celda una imagen descolorida que representaba el sagrado corazón de la Virgen. María, sonriente, serena, abría su túnica, mostrando en su pecho un agujero rojo donde brillaba su corazón traspasado por una espada y coronado de rosas blancas. Aquella espada desesperaba á Sergio, hablándole siempre de los sufrimientos de la imagen adorada, y la arrancó un día, no dejando más que el corazón coronado y brillante que brotaba de aquella carne exquisita para ofrecerse á él.

Desde entonces se sintió verdaderamente amado. María le daba su corazón, su corazón vivo, tal como palpitaba en su seno, henchido por la circu-

lación sorda de la sangre. Ya no era la suya una imagen devota, sino algo viviente, lleno de ternura, que cuando él rezaba le hacía alargar las manos para recoger en ellas el corazón que saltaba de un pecho sin mancha.

Era amado; el corazón latía por él; lo veía; lo oía palpitar, y sentía una especie de locura en todo su ser, deseos ansiosos de besar el corazón, de hundirse en él, de acostarse con él en el fondo de aquel pecho entreabierto. Sergio amaba á la Virgen, y la Virgen amaba á Sergio, hasta el punto de querer llevárselo á la eternidad detrás de ella, siempre con ella; le amaba inmensamente, ocupándose de él sin cesar, siguiéndole por todas partes, evitándole las menores infidelidades; le amaba tiernamente, más que todas las mujeres reunidas, con un amor limpio, profundo, infinito como el cielo. ¿Dónde hubiera encontrado señora más complaciente? ¿Qué caricias de la tierra podían compararse con el aliento de María? ¿Qué unión miserable, qué goce impuro podían medirse con aquella flor de deseos, cuyo perfume subía siempre sin agostarse nunca? Y mientras pensaba esto, el *Magnificat* se escapaba por sus labios como una bocanada de incienso. Cantaba el canto gozoso de María al ver acercarse al Es-

poso divino, y glorificaba al Señor, que arroja á los poderosos de sus tronos, por haberle enviado á María, á él, á un desventurado que agonizaba de amor sobre las frías baldosas de su celda.

Cuando se había entregado por completo á María, dándole su cuerpo, su alma, sus bienes terrestres, sus bienes espirituales; cuando al término de sus plegarias quedaba como desnudo delante de ella, las letanías de la Virgen salían de sus labios abrasados con llamamientos repetidos, entusiastas, rápidos, como una necesidad suprema de socorro celeste. Parecíale que atravesaba una escalera de deseos; á cada salto de su corazón subía una grada. Al principio la decía santa, y en seguida la llamaba madre casta, madre pura, madre amable, madre admirable. Reprimía el aliento para nombrar su virginidad, sintiendo como refrescada su boca por aquella palabra «Virgen», á la cual unía ideas de bondad, de fidelidad, de poder. A medida que su corazón subía más alto, una voz extraña, salida de su pecho, hablaba con él. Hubiera querido convertirse en perfume, transformarse en luz, morir en un suspiro musical. Mientras la llamaba espejo de justicia, templo de la sabiduría, fuente de placer, se contemplaba pálido de éxtasis en aquel espejo, se arrodi-

llaba sobre las baldosas tibias de aquel templo, bebía el contenido sublime de aquella fuente. Y soltando la brida á su locura, transformaba á la imagen más y más, convirtiéndola en un jarrón de honor, escogido por Dios, donde él podía ocultar su ser y dormir para siempre. Aquella imagen era la Rosa mística, gigantesca flor plantada en el jardín del Paraíso, hecha de ángeles que rodeaban á su Reina, tan fragante, tan pura, que él la respiraba en la bajeza de su indignidad con inmenso júbilo. Era también la Casa de Oro, la torre de David, torre de pedrería de inmensa riqueza, de pureza inapreciable, alta, fuerte, redonda, á la cual hubiera querido Sergio formar con sus brazos un cinturón de humildad. María estaba en el horizonte, á las puertas del cielo, que aparecían á sus espaldas cada vez que un soplo de viento levantaba su velo; brillaba detrás del monte á esa hora en que la noche palidece; estrella de la mañana, faro de los viajeros extraviados, alba de amor.

Al llegar á este punto, falto de aliento, pero no satisfecho aún, sin palabras que tradujesen los latidos de su corazón, sólo podía glorificarla con el título de Reina, que le arrojoba nueve veces como nueve bocanadas de incienso. Su cántico se

desvanecía alegremente en estos grítos de triunfo final: ¡Reina de las vírgenes, Reina de los santos, Reina concebida sin pecado! La imagen, siempre más elevada, resplandecía, y Sergio en el último escalón, en el escalón que sólo ocupan los familiares de María, permanecía inmóvil, demasiado lejos aún para besar el borde de la túnica azul, sintiéndose arrastrado por un eterno deseo de subir, de tocar aquella grandeza sobrehumana.

¡Cuántas veces las letanías de la Virgen, recitadas en común en la capilla, habían dejado á aquel hombre con las rodillas quebrantadas y la cabeza vacilante como si hubiera caído de muy alto!

Desde su salida del seminario el padre Mouret amaba más á la Virgen, rindiéndole aquel culto apasionado que el hermano Archangias estimaba como un ribete de herejía. Según el cura, la Virgen era quien debía salvar la Iglesia con algún prodigio grandioso, cuya próxima aparición deslumbraría la tierra. El solo milagro de nuestra época impía era, á su juicio, aquella figura azul, mostrándose á los pastores entre dos nubes blancas y extendiendo las orlas de su manto sobre las cabezas de los aldeanos. Cuando el hermano Archangias le preguntaba brutalmente si la había visto alguna vez, se contentaba con sonreir, apre-

tando los labios como para guardar un secreto. Lo cierto es que la veía todas las noches. No se le aparecía como una hermana mayor, ni como una muchacha candorosa, sino vestida de recién casada, adornados los cabellos de flores, entornados los párpados y dejando escapar por ellos miradas húmedas de esperanza que iluminaban sus vestiduras. El sacerdote veía entonces que la Virgen se acercaba á él, prometiéndole no tardar mucho, diciendo: «Aquí estoy, recíbeme.» Tres veces al día, cuando el *Angelus* sonaba, al ocultarse el alba, al comenzar la tarde, al caer el crepúsculo, el cura se descubría y rezaba un *Ave*, mirando en torno suyo para cerciorarse de que la campana no le anunciaba la aparición de María. Tenía veinticinco años. Esperaba.

En el mes de Mayo los deseos del joven sacerdote se esclarecían con la luz de la esperanza. Los regaños de la Teuse le importaban poco. Si permanecía hasta tan tarde rezando en la iglesia, era con la idea loca de que la Virgen dorada acabaría por descender, premiando con su amor sus éxtasis de creyente. No amaba á todas las vírgenes de igual manera. Esta le inspiraba un respeto profundo. Era la Madre de Dios. Tenía la redondez fecunda, el semblante augusto, los brazos de la

Esposa divina, sosteniendo á Jesús. Así debía mostrarse en la corte celestial, dejando caer por encima de las estrellas su manto regio, demasiado alto para él, tan poderoso, que se hundiría en el polvo si ella se dignaba inclinar los ojos hacia los suyos. Era la Virgen de sus horas de desfallecimiento, la Virgen severa que le devolvía su paz interior, mostrándole los esplendores del Paraíso.

Aquella noche el padre Mouret permaneció más de una hora arrodillado en la iglesia vacía. Con las manos juntas y los ojos fijos en la Virgen de oro que se alzaba como un astro en medio del follaje, el sacerdote buscaba en los aturdimientos del éxtasis la extinción de las misteriosas turbaciones que le habían asaltado durante el día. Pero no se entregaba al letargo de la plegaria con el abandono feliz de costumbre. La maternidad de María gloriosa y pura, su talle redondo de mujer hecha, el niño desnudo que llevaba en los brazos, le inquietaban, pareciéndole que continuaba en el cielo aquel oleaje de generación que le perseguía desde por la mañana. Como las viñas de los campos, como los árboles del Paradou, como el rebaño humano de los Artaud, María representaba la reproducción engendrando la vida.

El sacerdote tartamudeaba, caía en profundas distracciones, viendo en la imagen cosas que no había visto nunca, la curva suave de la castaña cabellera, las líneas robustas de su garganta sonrosada. La imagen, como si comprendiese lo que pasaba en el interior del clérigo, se puso seria, inundándole con todo el resplandor de su pujanza para recordarle la última frase de la oración interrumpida, convirtiéndose con su corona de oro en una princesa irritada que le hizo terminar su plegaria con sumisión de esclavo que sujeta su espíritu á una adoración única.

Hasta las once permaneció en éxtasis, sin sentir dolor en las rodillas, creyéndose suspendido, balanceado como un niño á quien se arrulla para dormirle. En rededor suyo la iglesia se llenaba de sombras, las lámparas chisporroteaban, los adornos de follaje obscurecían el rostro barnizado de la Virgen.

Cuando el reloj, antes de dar la hora, rechinó con un crujido doloroso, el padre Mouret sintióse estremecido. No había notado el fresco de la iglesia introducirse por sus espaldas. Ahora temblaba. Al santiguarse, un recuerdo fugaz vino á sacarle de su estupor. El rechinamiento de sus dientes le recordaba las noches pasadas sobre el suelo de su

celda enfrente del sagrado corazón de María, con el cuerpo abrasado por la fiebre. Alzóse con trabajo, descontento de sí propio. Por lo común abandonaba el altar con la carne tranquila y el aliento de la Virgen sobre la frente. Aquella noche, al coger la lámpara para subir á su cuarto, creyó que sus sienes se rompían. La plegaria había resultado inútil; experimentaba después de una breve tregua el mismo calor de por la mañana, subiéndole desde el corazón hasta la nuca.

Junto á la puerta de la sacristía, antes de salir, el padre Mouret se volvió, levantando la lámpara con movimiento maquinal para ver á la Virgen por última vez. Estaba ennegrecida por las tinieblas que bajaban del techo; oculta entre el follaje, sólo descubría la cruz de oro de su corona.

XV.

El cuarto del padre Mouret, situado en un ángulo del presbiterio, era una habitación inmensa, agujereada en dos de sus frentes por dos inmensas ventanas; una de estas ventanas se abría encima del corral de Desideria; la otra sobre los Artaud, dominando la aldea, el lejano valle, las colinas,

todo el horizonte. El lecho cubierto por una colcha amarilla, la cómoda de nogal, las tres sillas de paja desaparecían bajo el alto techo de vigas blanquedas. Una ligera sequedad, ese olor agridulce de las casas viejas de campo, subía de los ladrillos rojos y relucientes como el hielo. Sobre la cómoda había una estatua de la Inmaculada Concepción mostrando su pálida dulzura entre dos floreros que la Teuse había llenado de lilas blancas.

El padre Mouret puso la lámpara delante de la Virgen, en el borde de la cómoda. Sentía frío, y se decidió á encender la chimenea, preparada con ramas de sarmiento. Permaneció delante de ella con las tenazas en la mano, viendo relucir las brasas é iluminado el rostro por la llama. La casa dormía en torno suyo. El silencio, agitándose en sus oídos, acabó por convertirse en una especie de cuchicheo. De una manera lenta, insensible, aquellos sonidos le dominaron; la ansiedad que sentía desde por la mañana se hizo mayor, aumentando la opresión de su garganta. ¿De dónde procedía su angustia? ¿qué podía ser aquel temblor desconocido que creciendo insensiblemente había llegado á hacerse intolerable? No había pecado nunca; estaba igual que cuando atravesó la verja del Se-

minario, en todo el ardor de su fe, tan fuerte contra las tentaciones del mundo, que caminaba en medio de los hombres sin ver otra cosa más que Dios.

Creyó que estaba en su celda á las cinco de la mañana en el momento de levantarse. El diácono de servicio le llamaba dando un bastonazo en la puerta con el grito reglamentario:

—*¡Benedicamus Domino!*

—*¡Deo gratias!*— respondía él medio dormido, con los ojos hinchados.

Y saltando á la esterilla, comenzaba á vestirse, y hacía su cama y barría su cuarto, y mudaba el agua del lavabo. Era la suya entonces una especie de alegría mezclándose al estremecimiento matinal que agitaba su piel; oía á los gorriones en el patio levantándose al mismo tiempo que él con ruido ensordecedor de alas y gorjeos, y creía que ellos también rezaban sus oraciones. Después iba á la sala de meditaciones, donde, terminados sus rezos, permanecía arrodillado media hora meditando sobre este pensamiento de Ignacio: «¿De qué le sirve al hombre conquistar el universo, si pierde su alma?» Aquella frase era para Sergio fértil en buenas resoluciones que le hacían renunciar á todos los bienes mundanos y fomentaban el

deseo, siempre por él acariciado, de una vida en el desierto, bajo la riqueza única de un inmenso cielo azul. A los diez minutos sus rodillas, martirizadas por las baldosas, doloridas, producíanle un desvanecimiento, un éxtasis, durante el cual se juzgaba un conquistador, dueño de un vasto imperio, que arrojaba su corona y rompía su cetro, echando á los pies de una luz desconocida sus adornos de oro, sus alhajas, sus vestiduras bordadas de piedras preciosas, para encerrarse en el fondo de una Tebaida, vistiendo un hábito áspero que le desgarrase la piel.

La misa venía á borrar aquellas imaginaciones, en las cuales encontraba el seminarista como el recuerdo de una historia real acaecida en tiempos remotos. Comulgaba, cantaba el salmo del día ardientemente, sin oir más voz que la suya, pura como el cristal, tan clara que podía subir al trono del Altísimo. Cuando regresaba á su cuarto, sólo veía la escalera de la fe, según recomiendan San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino; caminaba lentamente, con aire recogido, la cabeza algo inclinada, disfrutando, al cumplir las menores prescripciones, un gozo indecible. Luego almorzaba en el refectorio, contemplando con verdadero gusto las rebanadas de pan puestas al lado de las copas

de vino blanco, porque tenía buen apetito; y estaba alegre, preguntando, por ejemplo, si el vino era buen cristiano, alusión audaz al agua que el ecónomo solía echar en las botellas. Esto no era obstáculo para que recobrara su aspecto grave al entrar en clase. Tomaba notas sobre sus rodillas mientras el profesor con los puños en el borde de la mesa hablaba un latín vulgar, cortado á veces por palabras francesas cuando no se encontraban otras mejores. Los seminaristas discutían entre sí, seriamente, sin reirse. A las diez se leía la Sagrada Escritura por espacio de veinte minutos. Sergio iba á buscar el libro santo, ricamente encuadernado, con cantoneras de oro, y lo hojeaba con la cabeza descubierta, besándolo con devoción, saludando cada vez que encontraba los nombres de José, de María ó de Jesús. Esta nueva meditación le dejaba dispuesto á soportar por amor de Dios otro arrodillamiento más largo aún que el primero, durante el cual no se recostaba ni por un segundo sobre los talones; gozaba en aquel examen de conciencia de tres cuartos de hora, esforzándose para encontrar pecados y llegando á creer que estaba en culpa por haberse olvidado una noche de besar las dos imágenes del escapulario, ó por haberse acostado sobre el lado derecho; faltas abo-

minables que hubiera querido destruir permaneciendo de rodillas hasta la noche; faltas dichosas que le entretenían, sin las cuales no hubiera sabido en qué ocupar su corazón cándido, adormecido en las blancuras de aquella vida uniforme; después entraba en el refectorio, tembloroso como si ocultara verdaderos crímenes. Los seminaristas de servicio, con las mangas vueltas y un delantal de algodón azul anudado á la cintura, traían el potaje de lentejas, la sopa cortada en pedacitos cuadrados, las raciones de carnero con nabos. Sentíase entonces un ruido espantoso de mandíbulas, un silencio glotón, un choque de tenedores, interrumpido solamente por miradas envidiosas dirigidas á la mesa donde los directores comían los manjares más tiernos y bebían los mejores vinos, mientras la voz de un muchachote de pulmones sanos leía sin puntos ni comas, en medio de aquella calma hambrienta, lecturas piadosas, cartas de misioneros, pastorales de Obispos, artículos de periódicos religiosos. Sergio escuchaba el rumor de las polémicas; las relaciones de viajes le sorprendían, le estremecían casi, descubriéndole fuera de los muros del seminario una agitación, un horizonte inmenso en el cual no pensaba nunca. Aun comía cuando una campana anun-

ciaba la hora de recreo. El patio era grande y estaba plantado de ocho árboles que en el verano procuraban sombra fresca; hacia la parte meridional se levantaba una muralla de cinco metros de altura, cubierta de cascos de botella, por encima de la cual sólo se veía de Plassans la punta del campanario de San Marcos, una aguja de piedra en un cielo azul.

Sergio se paseaba de un extremo á otro del patio lentamente con un grupo de camaradas, formando una sola línea; cada vez que daba el frente á la muralla, miraba al campanario, que era para él toda la ciudad, la tierra toda envuelta en un manto de nubes. Al pie de los árboles se discutía en círculo apiñado; los amigos se reunían de dos en dos en los rincones, espiados por algún profesor oculto tras de los visillos de su ventana; organizábanse rápidamente partidas de pelota y de bolos, que no agradaban mucho á los pacíficos jugadores de lotería, quienes medio acostados en el suelo delante de sus cartones, murmuraban cuando una pelota ó una bola lanzada con excesiva fuerza los cubría de tierra. Al primer toque de la campana acababa el ruido, una nube de gorriones saltaba de los árboles, y los seminaristas, sofocados aún, iban á recitar el canto llano, con los bra-

zos cruzados y la cara seria; después volvían á clase. A las cuatro, Mouret, comenzando sus eternos paseos, contemplaba la aguja de San Marcos; cenaba entre el mismo ruido de mandíbulas y la misma voz fuerte de por la mañana; subía después á la capilla á rezar las oraciones de la tarde, y á las ocho y cuarto se acostaba, no sin haber rociado antes el lecho con agua bendita para dormir libre de tentaciones.

¡Hermosos días aquellos, pasados en el antiguo convento del viejo Plassans! Durante cinco años las horas se habían sucedido sin interrupción, corriendo con igual murmullo de agua clara. El padre Mouret recordaba en aquel instante mil detalles que le enternecían. El primer ajuar comprado por su madre; sus dos sotanas, sus dos ceñidores, sus seis cuellos, sus ocho pares de medias negras, su sobrepelliz, su sombrero. ¡Cómo palpitó su corazón la tarde de Octubre en que la puerta del Seminario se cerró detrás de él! Llegaba allí á los veinte años, recién salido del colegio, dominado por el deseo de creer y amar. Al día siguiente se olvidó de todo, adormeciéndose en aquella silenciosa vivienda. Recordaba la estrecha celda donde había pasado sus dos cursos de filosofía; una celda amueblada por un lecho, por una mesa y por una

silla, separada de las celdas vecinas por tablas mal juntas en una inmensa sala que contenía cincuenta habitaciones reducidas; recordaba también su celda de teólogo, habitada durante tres años, más grande, con un sofá, un lavabo y una biblioteca; celda venturosa, llena por los recuerdos de su fe. A lo largo de los corredores, en las escaleras de piedra, en algunos ángulos de la pared, había tenido revelaciones portentosas, socorros inesperados. De los altos techos se desprendía la voz de los ángeles guardianes. No había una baldosa de los pisos, ni una piedra de los muros, ni una rama de los árboles que no le hablase de los goces de su vida contemplativa, de sus esparcimientos de ternura, de su iniciación lenta..... de la ventura inmensa de los primeros amores divinos. Tal día al levantarse vió un resplandor intenso que le llenó de júbilo; tal noche al cerrar la puerta de su celda sintió que rodeaban su cuello dos manos tibias, con tanta ternura, que al desaparecer aquel abrazo se arrojó por el suelo sollozando con fuerza. Muchas veces, sobre todo bajo la pequeña bóveda que conducía á la capilla, había abandonado su cuerpo á unos brazos finísimos que le suspendían en el aire. Todo el cielo se ocupaba entonces de él, marchando en rededor suyo, mezclando á sus me-

nores actos, á sus menores deseos, una impresión extraña, un perfume sorprendente que sus vestiduras, su misma piel conservaban siempre para no perderlo nunca. Acudían también á su memoria los paseos del jueves.

Salían á las dos con dirección á algún campo situado á una legua de Plassans, casi siempre á la orilla de la Viorne, en los lindes de un prado, entre sauces que reclinaban sus ramas en el borde del agua. Sergio no veía nada, ni las grandes flores amarillas del prado, ni el vuelo de las golondrinas que rozaban con sus alas las ondas del riachuelo. A las seis, reunidos en grupos debajo de los árboles, sus camaradas y él recitaban en coro el Oficio de la Virgen, ó leían de dos en dos *Les petites heures*, el breviario facultativo de los seminaristas.

El padre Mouret sonrió, revolviendo las brasas. No encontraba en su pasado más que una pureza grande, una obediencia perfecta. Era un lirio cuyo perfume encantaba á sus maestros. No recordaba ni una mala acción. Nunca se había aprovechado de la libertad absoluta de sus paseos, cuando los dos profesores de servicio iban á conversar con un párroco vecino, para fumar detrás de una zarza ó ir á beber con algún amigo; jamás

había ocultado novelas entre sus colchones, ni escondido botellas de aniseta en el cajón de su mesa de noche. Tampoco había tomado parte en los pecados que le rodeaban, en el contrabando de pollos y pasteles introducidos secretamente durante la Cuaresma, en las cartas culpables que se entregaban á los criados, en las conversaciones abominables sostenidas á hurtadillas en los rincones del patio. Lloró lágrimas ardientes el día que supo que pocos de sus camaradas amaban á Dios por sí mismo. Había allí hijos de aldeanos que tomaban las órdenes por miedo á la conscripción, ambiciosos que entreveían ya la mitra y la cruz; y Sergio, encontrando la impureza al pie de los altares, se había replegado en sí mismo, dándose por completo á Dios para consolarle del abandono en que le dejaban los otros.

También se acordó el cura de un día en que estando en clase cruzó una pierna sobre otra. El profesor le dirigió una reprimenda, y él se puso muy encendido como si hubiera cometido una indecencia. Era de los mejores seminaristas; no discutía nunca, aprendiendo los textos con el corazón. Probaba la existencia y la eternidad de Dios con pruebas extraídas de la Sagrada Escritura, con el testimonio de los Padres de la Iglesia y con el

consentimiento universal de todos los pueblos. Esta clase de razonamientos parecíanle de una certidumbre inquebrantable. Durante el primer año de filosofía estudió con tal aplicación su curso de lógica, que el profesor hubo de reprenderle, manifestándole que los más sabios no eran los más santos. Así es que desde el segundo año se ocupaba poco del estudio de la metafísica, considerándola un deber reglamentario, uno de los ejercicios del día. Sintió desprecio por la ciencia, quiso permanecer ignorante para guardar la humildad de su fe. Más tarde, en teología, sólo estudió los cursos de *Histoire ecclésiastique* de Rorbarche, y esto lo hizo por sumisión; recurría á los argumentos de Gounet, á la *Instruction théologique* de Boubier, pasando como sobre ascuas por Bellarmino, por Lignosi, por Suárez, por Santo Tomás de Aquino. Unicamente le apasionaba la Sagrada Escritura. En ella encontraba lo que apetecía saber: una historia de amor infinito que debía servir de enseñanza á los hombres de buena voluntad. No aceptaba más que las afirmaciones de sus maestros, desembarazándose con ellas de todo examen, no necesitando de la ciencia para amar, acusando á los libros de robar su tiempo á la oración. Había renunciado á olvidar sus años de colegio, y no era

más sabio, no era menos candoroso que un niño entregado á los balbuceos del catecismo.

Así fué llegando el momento de la ordenación. Sus recuerdos sobre este punto se le presentaban claros, tiernos, iluminados aún por alegrías celestes. Cada año se había aproximado más á Dios. Pasaba las vacaciones santamente en casa de su tío, confesándose todos los días, comulgando dos veces á la semana. Se imponía penitencias, guardaba en el fondo de su cuarto pedazos de ladrillo sobre los cuales se arrodillaba horas enteras y con las rodillas desnudas. Permanecía en la capilla durante el tiempo del recreo, ó subía á la habitación del director, donde éste le contaba extraordinarias anécdotas piadosas. Cuando se acercó el día de la Trinidad se dispuso para recibir las órdenes. Fiesta sublime, durante la cual se abría el cielo para contemplar al nuevo sacerdote. Desde quince días antes se puso á pan y agua, corrió las cortinas de su ventana para no ver el sol, arrodillándose en las tinieblas, suplicando á Jesús que aceptara su sacrificio. Los cuatro últimos días sintióse presa de agonías, de escrúpulos terribles que le hacían saltar de la cama para ir á llamar á la puerta de un sacerdote extranjero, un protestante convertido, á propósito del cual corría una historia

maravillosa. En este sacerdote depositaba la confesión general de sus culpas con voz vibrante de sollozos, y sólo se tranquilizaba con la absolución, por él recogida como un rocío de gracia.

La mañana del gran día llegó. Mouret estaba blanco de palidez. La campana del Seminario sonaba con acentos clarísimos, mientras los perfumes de Junio subían por encima del muro del patio. En la capilla le aguardaban sus parientes, tan emocionados, que se cubrían los ojos con el pañuelo. Después vino el desfile; los diáconos con casulla de oro, los subdiáconos con dalmáticas, los mínimos, los tonsurados con la sobrepelliz á la espalda y el bonete en la mano. El órgano esparcía notas aflautadas y alegres; en el altar, el obispo, asistido por dos canónigos, oficiaba báculo en mano. Estaba presente el capítulo; los curas de todas las parroquias asistían también; era aquello un derroche de oro, alumbrado por un inmenso rayo de sol que caía desde una ventana de la nave. Al terminar la Epístola dió comienzo la ordenación.

Aun recordaba entonces el padre Mouret el frío de las tijeras con las cuales se le marcó la tonsura al comenzar su primer año de teología; pero la tonsura era entonces pequeña como una moneda

de dos sueldos; á cada nueva orden recibida había aumentado, aumentado siempre, hasta coronarle con un círculo blanco del tamaño de una hostia grande. El órgano sonaba más dulcemente; los incensarios oscilaban entre el ruido argentino de sus cadenas, dejando escapar una nube de humo blanco y perfumado. Sergio se contemplaba con sobrepelliz, tonsurado, conducido al altar por el maestro de ceremonias, arrodillándose, inclinando profundamente la cabeza, á tiempo que el obispo le cortaba con unas tijeras de oro tres mechones de pelo, uno sobre la frente y los otros dos detrás de las orejas.

Un año después se veía de nuevo en la capilla saturada de incienso, recibiendo las cuatro órdenes menores: iba conducido por el archidiácono á cerrar la puerta, que abría luego para indicar que á él estaba confiaba la guardia de las iglesias; sacudía una campanilla con la mano derecha, anunciando de este modo su deber de llamar á los fieles á los oficios; se dirigía al altar, donde el obispo le concedía nuevos privilegios: el de cantar los coros, el de bendecir el pan, el de instruir á los niños, el de exorcizar al demonio, el de servir á los diáconos y el de apagar y encender los cirios. Después de este recuerdo venía el de la or-

denación siguiente, más solemne, más profundo, entre el sonido de los órganos, cuyas notas parecían el acento de Dios; aquel día llevaba Sergio la dalmática de subdiácono á las espaldas, pronunciaba para siempre el voto de castidad, sintiendo, á pesar de su fe, que su carne temblaba al oir el terrible *Accedite* del obispo; sus nuevos deberes eran servir al cura en el altar, preparar las vinajeras, cantar la Epístola, limpiar el cáliz, llevar la cruz en las procesiones. Finalmente, llegaba un día por última vez delante de la capilla, bajo los rayos del sol de Junio. Pero esta vez iba á la cabeza del cortejo, con el alba ceñida á la cintura, la estola cruzada sobre el pecho y la casulla pendiente de los hombros; lleno de emoción suprema distinguía la figura pálida del prelado que le entregaba la plenitud del sacerdocio con una triple imposición de manos. Después de prestar su juramento de obediencia eclesiástica, sintióse como levantado de las losas, á tiempo que el obispo decía con fuerte entonación la frase latina: «*Accipe Spiritum sanctum: quorum remisseris peccata, remittuntur eis, et quorum retineris, retenta sunt.*»

XVI.

Aquella evocación de las dichas de la juventud había producido una ligera fiebre al padre Mouret. Ya no experimentaba frío. Dejó las tenazas, y se acercó al lecho como si tratara de acostarse; pero apartándose de él, fué á apoyar su frente en un vidrio de la ventana, mirando la noche sin ver nada. ¿Estaba enfermo para experimentar tal laxitud en los miembros, mientras la sangre ardía en sus venas? Por dos veces sufrió en el Seminario algo parecido, una especie de inquietud que le hacía muy desgraciado; otra vez estuvo en la cama con un fuerte delirio. Recordaba en aquel momento á una muchacha poseída, á quien el hermano Archangias—según el mismo decía—había curado con la señal de la cruz un día que la vió desmayada á sus pies. Esto le hizo pensar en los exorcismos que su maestro espiritual le recomendara algunas veces: la plegaria, la confesión general, la comunión frecuente, la ayuda de un director sabio que tuviera gran influjo sobre su espíritu. Y sin transición, con una brusquedad que llegó á sorprenderle, distinguía en el fondo

de su cerebro la figura robusta de uno de sus amigos íntimos, un aldeano, su hermano de corazón, cuya pensión en el Seminario pagaba una señora que le protegía; amigo siempre sonriente, siempre dichoso al aspecto de la materia. Con doscientos francos, el presbiterio en un jardín, los regalos, las invitaciones á comer, los emolumentos de matrimonios, bautismos y entierros, ¡qué feliz debía ser en su curato aquel amigo suyo!

El sabor amargo que le produjo este recuerdo sorprendió por extremo al párroco. ¿No era él también dichoso? Hasta aquel día no había deseado nada, apetecido nada, envidiado nada. Entonces, al interrogarse, no encontraba ninguna frase que significara lo contrario. Estaba—así lo creía él—como en los primeros tiempos de su diaconato, cuando, cumplido el deber de leer su breviario á horas determinadas, ocupaba todas las restantes en la oración. En aquella época, las semanas, los meses, los años corrían sin dejar á su espalda el rastro de un mal pensamiento. No le atormentaba la duda; humillábase ante los misterios que no comprendía; hacía el sacrificio de su razón, la desdeñaba. Al salir del Seminario experimentó la dicha de encontrarse distinto á los demás hombres, de no andar como ellos, de llevar

la cabeza de otro modo, de ser en gestos, en sentimientos, en palabras, un ser aparte. Se encontraba afeminado, próximo al ángel, limpio de sexo, sin olor de hombre. Juzgaba que no pertenecía á su especie, que había sido dignificado por Dios, purgando las impurezas humanas con una educación piadosa. Creíase ungido por un óleo santo preparado según los ritos, que penetraba en sus carnes para darle un principio de santidad. Algunos de sus órganos habían desaparecido, disolviéndose poco á poco; sus miembros, su cerebro, empobrecidos de materia, se llenaban de alma. Experimentaba los miedos, las ignorancias, los candores de un niño. Decía, sonriendo siempre, que su infancia continuaba, imaginándose pequeño aún, con las mismas sensaciones, las mismas ideas, los mismos juicios; conocía á Dios igual á los seis años que á los veinticinco. El mundo parecíale idéntico al mundo por él entrevisto cuando su madre le paseaba de la mano. Había nacido sacerdote y había crecido sacerdote. Cuando significaba delante de la Teuse sus enormes ignorancias de la vida, aquélla le miraba estupefacta, guiñando los ojos, diciendo con singular sonrisa que «era el hermano de la señorita Desideria».—Sólo recordaba de su existencia un

hecho vergonzoso. Fué durante sus seis últimos meses de Seminario, entre el diaconato y el sacerdocio. Le hicieron leer la obra del abate Craisson, superior del seminario de Valence: *De rebus venereis ad usum confessariorum.* Experimentó una sorpresa llena de espanto durante su lectura. Aquella casuística del vicio, refiriendo las abominaciones humanas, descendiendo á los casos más monstruosos de las pasiones antinaturales, mató bruscamente su virginidad de cuerpo y de espíritu. Quedó manchado para siempre como una desposada á quien se inicia, en el intervalo de una hora, en todas las violencias del amor. Y tenía que recurrir fatalmente á este cuestionario vergonzoso cuando confesaba. Aunque las obscuridades del dogma, la muerte del libre albedrío, los deberes del sacerdote le dejaban sereno, dichoso de no ser más que el hijo de Dios, conservaba, á pesar suyo, el recuerdo carnal de aquellas inmundicias que necesitaba remover, y tenía conciencia de llevar una mancha pecaminosa en alguna parte, en el fondo de su ser, mancha que acaso pudiera aumentar un día y envolverle por completo.

La luna apareció detrás de las Garrigues. El padre Mouret, abrasado por la fiebre, abrió la ventana, acodándose en ella para recibir en el ros-

tro el fresco de la noche. No sabía á qué hora cierta comenzó su malestar; sólo recordaba que por la mañana, al decir su misa, estaba en calma y en reposo. Debió ser más tarde; acaso durante su largo paseo por el sol; tal vez en el Paradou, ó en el corral de Desideria. Para cerciorarse de ello recordaba todas sus acciones durante el día.

Enfrente de él extendíase la vasta llanura, más trágica que nunca bajo la palidez intensa de la luna. Los olivos, los almendros, los arbustos pelados arrojaban manchas grises sobre las rocas hasta la línea sombría de las colinas del horizonte. En esta llanura se revolvían gérmenes de sombras, aristas sinuosas, mares de tierra sanguinolenta donde las estrellas rojas parecían mirarse; blancuras pizarrosas semejantes á vestidos de mujer desgarrados, por entre los cuales se descubrían carnes sumidas en tinieblas, amodorradas entre los repliegues del terreno. Por la noche aquella campiña ardiente experimentaba extraños sacudimientos de pasión; dormía destrenzada, desabrochada, torcida, con los miembros estirados, mientras enormes y cálidos suspiros brotaban de ella, hálitos potentes de su dormir sudoroso. Hubiérase dicho que era una gigantesca Cibeles echada boca

arriba, con la garganta hacia adelante, con el vientre descubierto, abrasado por los rayos solares, y ansiosa aún de los placeres de la fecundación. Á lo largo de aquel inmenso cuerpo el padre Mouret seguía con los ojos el camino de las Olivettes, una pequeña línea pálida que se alarga caprichosamente como el lazo flotante de un corsé. Veía al hermano Archangias golpeando á los muchachos y escarneciendo á las mujeres. Veía á Rosalía reir más abajo con su aspecto de bestia lúbrica, mientras el padre Bambouse la arrojaba pedruscos á los riñones. Nunca le había inquietado la campiña tanto como aquella noche, con su pecho palpitante, sus hombros robustos, su piel de color de ámbar, mostrándole de golpe toda su desnudez hambrienta, apenas velada por el plateado encaje de la luna.

El sacerdote bajó los ojos, dirigiéndolos á la aldea de los Artaud. La aldea se entregaba á ese sueño lleno de fatiga á que se entregan los labradores. De las fachadas salían sombras que cortaban las rayas blancas de las calles transversales, iluminadas por la luna. Los mismos perros debían roncar en el quicio de las puertas cerradas. ¿Sería posible que los Artaud hubieran emponzoñado el presbiterio con alguna plaga abominable? El pa-

dre Mouret escuchaba detrás de él aquel aliento, que se engrandecía por instantes y cuya proximidad le llenaba de angustia. De pronto sintió como un pateamiento de ganado, una nube de polvo que llegó hasta él, trayéndole las emanaciones de una piara de bestias; con esta imagen resucitaron en su cerebro los pensamientos que había tenido durante la mañana acerca de aquel puñado de hombres que renovaban su vida, naciendo entre las rocas peladas como un montón de cardos sembrados por el viento; creía asistir á la gestación lenta de una raza. Cuando era niño no le sorprendieron nunca los montones de insectos que veía salir de cualquier agujero al levantar las piedras húmedas. Los Artaud, medio dormidos, le turbaban con su sueño, cuyo aliento venía hasta él con el aire que respiraba. No hubiera querido tener más que rocas delante de su ventana. La aldea no estaba muerta del todo; los toldos de esparto se hinchaban como pechos que respiran; los respiraderos de las puertas dejaban escapar suspiros, crujidos leves, silencios vivos que revelaban en aquel amontonamiento de casas la presencia de una visión incesante ocultándose bajo el velo negro de la noche. Sin duda aquella sensación era la que le producía náuseas.

Con las sienes bañadas en sudor, el cura fué á

abrir la otra ventana, buscando un aire más puro. Abajo, á la izquierda, descubríanse el cementerio y el oscuro perfil del Solitario, cuya sombra se reflejaba inmóvil. Del campo desierto subía un olor de bancal regado. El muro gris de la iglesia, aquel muro lleno de lagartos, plantado de alelíes, se agrandaba bajo el resplandor de la luna, mientras una de las ventanas relucía, remedando con sus vidrios placas de acero. La iglesia, dormida, no debía vivir á aquella hora más que la vida extrahumana del Dios de la hostia encerrado en el Tabernáculo; hasta Sergio llegaba el resplandor amarillo de la lamparilla, casi devorado por la sombra, y sentía tentaciones de volver á bajar para hundir su cabeza enferma en aquellas tinieblas limpias de todo contacto impuro. Le detuvo, sin embargo, un terror extraño; creyó, fijando los ojos en los vidrios alumbrados por la luna, que la iglesia se iluminaba interiormente con un relámpago de fornicio, con un resplandor de fiesta infernal, entre la cual giraban el mes de Mayo, las plantas, las bestias, las jóvenes de los Artaud, que abrazaban furiosamente los árboles con sus brazos desnudos. Después, inclinándose, vió debajo de él el corral de Desideria, negro, humeante. No distinguía bien las trampas de los conejos, los pone-

deros de las gallinas, la cabaña de los patos; sólo veía un masa informe infecta durmiendo con respiración igual y mal oliente. Por debajo de la puerta del establo pasaba el olor agrio de la cabra; el lechón, recostado sobre su lomo, resoplaba pesadamente cerca de una escudilla vacía. Alejandro, el gallo sultán arrojó un grito con su garganta de cobre, grito que, transportado por el aire, fué despertando á lo lejos uno por uno los alertas apasionados de todos los gallos de la aldea.

El padre Mouret no tuvo ya duda; la fiebre que le dominaba le había invadido en el corral de Desideria en presencia de los pollos recién nacidos y las conejas recién paridas que se alisaban con la lengua los pelos del vientre. En aquel instante el roce de una respiración sobre su cuello fué tan claro, que se volvió para ver quién le soplaba así en la nuca. Y se acordó de Albina apareciendo en el Paradou sobre la puerta abierta de par en par, que descubría todas las bellezas de un jardín encantado. La recordó galopando á lo largo de la interminable muralla, siguiendo los movimientos del carruaje, arrojando hojas y hojas al viento como otros tantos besos; la recordó también en el crepúsculo riendo de los juramentos del hermano Archangias, con las faldas flotando al ras del ca-

mino, semejantes á una pequeña hoguera esparcida por el viento de la tarde. Tenía diez y seis años, era un tipo especial, con su cara un poco larga; con ella iba todo el ambiente, la hierba, la tierra, el sol. Y el cura guardaba un recuerdo tan preciso de la muchacha, que veía aún un lunar que ésta tenía en la muñeca, el cual lunar brillaba como una mancha sonrosada sobre la blancura de su piel. ¿Por qué reía tanto al mirarle con sus ojos azules? Y él estaba envuelto en aquella risa como en una onda sonora que resonaba siempre contra su carne; la respiraba, la sentía vibrar en su interior. Sí; todo su mal procedía de aquella risa.

De pie en medio de la habitación, con las dos ventanas abiertas, permanecía tembloroso, lleno de miedo, ocultando el rostro entre las manos. La jornada entera reaparecía con aquella evocación de una muchacha rubia, con la cara un poco larga y los ojos azules. Y la jornada entera entraba por las dos ventanas abiertas de par en par. A lo lejos, el calor de las tierras rojas, la pasión de las rocas enormes, los olivos plantados entre las piedras, las viñas retorciendo sus brazos en los lindes de los caminos; más cerca los olores humanos que el aire traía de los Artaud, los resplandores fosfóricos del cementerio, los perfumes de incienso de la

iglesia, viciados por el olor de grasa esparcido en los cabellos de las mozas; más cerca aún los vapores del estercolero, el aliento del corral, las fermentaciones sofocantes de los gérmenes. Y todas aquellas respiraciones subían á la vez envueltas en un mismo hálito de asfixia, tan rudo, tan violento, que le aturdía. Se apretó las sienes como temeroso de que saltaran. Pero delante de él apareció Albina, semejante á una hermosa flor plantada y embellecida en aquella atmósfera. Albina era la flor natural de tales impurezas, flor nacida al sol, abriendo el botón de sus espaldas blancas, tan dichosa de vivir, que saltaba al cuello del sacerdote y se inclinaba sobre su boca, perfumándola con sus risas.

El padre Mouret lanzó un grito; había sentido una hoguera en sus labios, un fuego ardiente que penetró sus venas, y, buscando un refugio, cayó de rodillas delante de la estatua de la Inmaculada Concepción, gritando con las manos juntas:

—¡Santa Virgen de las vírgenes, rogad por mí!

XVII.

Sobre la cómoda estaba la Inmaculada Concepción sonriendo tiernamente con sus labios finos, marcados por una línea de carmín. Era pequeña y

blanca; el gran velo blanco que le caía desde la cabeza hasta los pies no ostentaba más que un imperceptible filete de oro en los bordes. La túnica, ceñida á grandes pliegues sobre un cuerpo sin sexo, sólo dejaba al descubierto el cuello flexible de la imagen, la cual no mostraba ni un mechón siquiera de su cabellera castaña. Tenía la cara sonrosada, los ojos claros vueltos al cielo, las manos juntas, sonrosadas también, manos de niño, asomando la punta de los dedos entre los pliegues del velo por debajo de su capa azul que parecía anudar á su talle dos jirones flotantes del firmamento. Ninguna de sus seducciones de mujer estaba desnuda, exceptuando los pies, sobre los cuales aparecían dos rosas de oro como la florescencia natural de aquella carne dos veces pura.

—¡Virgen fiel, rogad por mí!—repitió desesperadamente el sacerdote.

Éste no se había turbado nunca en presencia de aquella Virgen. No era madre aún: sus brazos no sostenían á Jesús; su talle no presentaba las líneas redondas de la fecundidad; no era tampoco la reina del cielo que desciende vestida de oro, coronada de oro como una princesa de la tierra, conducida triunfalmente por un pueblo de querubines: jamás se había mostrado temible; nunca le había

hablado con severidad de dueña absoluta, á cuyo aspecto se hunden todas las frentes en el polvo. El padre Mouret osaba mirar á esta imagen, amarla, sin temor de ser sorprendido por la curva suave de sus cabellos castaños; no podían enternecerle más que sus pies desnudos, sus pies de amor, que florecían como un jardín de castidad, demasiado milagrosos para que el cura no contuviera su ansia de cubrirlos de besos. Perfumaba la habitación con perfume de lirio, y eso era, un lirio de plata en un vaso de oro: la pureza preciosa, eterna, impecable. Con su velo blanco, extremadamente ceñido alrededor del cuerpo, no tenía nada de humano, nada más que una llama virgen brillando con fuego siempre igual. Lo mismo al levantarse que al acostarse, la encontraba con su dulce sonrisa candorosa, y se desnudaba delante de ella sin reparo, como delante de su propio pudor.

—¡Madre pura, Madre casta, Madre siempre Virgen, rogad por mí!—balbuceó el sacerdote medrosamente, como si hubiera escuchado á sus espaldas el galope sonoro de Albina.—Sois mi refugio, el amparo de mi dicha, el templo de mi sabiduría, la torre de oro donde he encerrado mi pureza. Me pongo en vuestras manos sin tacha, os suplico que me aceptéis, que me cubráis con un

pliegue de vuestro manto, que me ocultéis en vuestra inocencia detrás del muro sagrado de vuestra vestidura, para que ningún aliento carnal me domine. Necesito de vos, muero sin vos, me siento separado de vos para siempre, si no me lleváis entre vuestros adorables brazos lejos de aquí, al centro de la blancura ardiente que habitáis. María, concebida sin pecado, arrojadme en el fondo de la atmósfera inmaculada que brota de cada uno de vuestros miembros. Sois prodigio de eterna castidad; vuestra raza se ha engendrado en un rayo de sol, como un árbol maravilloso que nace sin germen. Jesús, vuestro hijo, ha nacido de un soplo de Dios; vos misma habéis nacido también sin que el vientre de vuestra madre fuera manchado, y yo quiero creer que vuestra virginidad remonta así de edad á edad en una ignorancia sin fin de la carne. ¡Oh! ¡vivir y engrandecerse lejos de la vergüenza de los sentidos!..... ¡Oh! ¡multiplicarse, tener hijos sin la necesidad abominable del sexo, al solo choque de un beso celeste!

Aquel llamamiento desesperado, aquel grito de puros deseos había logrado reanimarle. La Virgen, siempre blanca, con los ojos puestos en el cielo, parecía sonreir más dulcemente con sus pequeños labios sonrosados.

El padre Mouret repitió con voz enternecida:

—Quisiera ser niño, quisiera ser siempre un niño que caminara á la sombra de vuestra túnica. Era muy pequeño y ya juntaba las manos para pronunciar el nombre de María. Mi cuna era blanca, mi cuerpo era blanco, todos mis pensamientos eran blancos. Os veía distintamente, sentía que me llamabais y me acercaba á vos sonriendo. Vos, sólo vos; no sentía, no vivía, no pensaba más que para ser una flor caída á vuestras plantas. ¡No se debiera crecer nunca! Entonces no tendríais en rededor vuestro más que cabezas rubias, un pueblo de niños que os amarían, con las manos puras, los labios santos, los miembros tiernos, sin una impureza, como si salieran de un baño de leche. En los goces de un niño sólo hay alma. Únicamente un niño puede pronunciar vuestro nombre sin mancharlo. Más tarde la boca se frunce emponzoñada por las pasiones. Yo mismo, yo que os amo tanto, que me he entregado á vos, no me atrevo á llamaros siempre, porque no quiero que tropecéis con alguna de mis impurezas de hombre. He rogado, he vencido mi carne, he dormido bajo vuestra salvaguardia, he sido casto. Hoy lloro al ver que no tengo bastante castidad para ser vuestro esposo. ¡Oh, María, virgen adorable! ¿Por qué no

tengo cinco años? ¿por qué no soy el niño que besaba vuestra imagen con sus labios? Os llevaría sobre mi corazón, os acostaría á mi lado, os abrazaría como á una amiga, como á una muchacha de mi edad, tendría vuestra túnica estrecha, vuestro manto blanco, vuestro velo azul, toda esa infancia que os rodea. No trataría de besar vuestros cabellos, porque la cabellera es una desnudez que no debe mirarse; pero besaría vuestros pies desnudos, el uno después del otro, hasta que hubiera deshojado con mis labios las rosas de oro, las rosas místicas de vuestras venas.

Se detuvo creyendo que la Virgen bajaba sus ojos azules cubriéndole la frente con el borde de su velo. La Virgen permanecía envuelta en muselina hasta el cuello, hasta las uñas, hasta los tobillos, toda ella en el cielo, con aquella neutralidad de sexo que la apartaba de la tierra.

¡Sí!—continuó el padre Mouret con locura.—Virgen buena, Virgen poderosa, haced que me vuelva niño; haced que tenga cinco años; tomad mi virilidad, mis sentidos. Que un milagro deshaga lo que hay en mí de hombre. Reináis en el cielo: Nada más fácil para vos que destruirme, secar mis órganos, dejarme sin sexo, incapaz para el mal, tan despojado de toda fuerza, que me sea

imposible levantar un dedo sin vuestra ayuda. Quiero ser cándido con candor igual al vuestro, sin que ningún estremecimiento humano me haga temblar. No quiero sentir ni mis nervios, ni mis músculos, ni el trabajo de mis deseos. Quiero ser una piedra arrojada á vuestros pies, á la cual no dejaréis más que un perfume; una piedra que no se mueva del sitio donde la arrojéis, sin oídos, sin ojos, satisfecha de estar bajo vuestras plantas, no pudiendo soñar en impureza como las otras piedras del camino. ¡Oh, qué ventura entonces! Llegaría sin esfuerzo, de un solo golpe, á la perfección que busco; me proclamaría vuestro verdadero sacerdote; sería lo que mis estudios, mis plegarias, mis cinco años de iniciación lenta no han podido hacer de mí. Sí, niego la vida; digo que la muerte de la especie es preferible á la abominación continua que la propaga. La caída lo mancha todo; es una corrupción universal que destruye el amor, emponzoñando la alcoba de los esposos, la cuna de los recién nacidos, hasta las flores plantadas bajo el sol y los árboles arraigados en la llanura. La tierra se desborda en esa impureza cuyas menores gotas se traducen en vegetaciones afrentosas. ¡Pero para que yo sea bueno, Reina de los ángeles, Reina de las vírgenes, oid mi grito, atendedlo!

Haced que me convierta en uno de esos ángeles que no tienen más que dos grandes alas detrás de los hombros; no tendré más carne, más miembros; volaré hasta vos si me llamáis; no seré más que una boca entonando vuestras alabanzas, dos alas sin tacha acompañándoos en vuestros viajes al cielo. ¡Sí; la muerte, la muerte completa! Os amaré en la muerte de mi cuerpo, en la muerte de esto que vive, de esto que se multiplica. Consumaré con vos el único matrimonio que mi corazón apetece. Y subiré más alto, siempre más alto, hasta que toque la hoguera donde vos resplandecéis, un astro gigante, una inmensa rosa blanca, cada una de cuyas hojas brilla como una luna; un trono de plata desde el cual esparcís tales fulgores de inocencia, que todo el paraíso se esclarece al resplandor de vuestro manto. Todo lo que allí hay blanco, las auroras, las nieblas de sueños inaccesibles, los lirios recién nacidos, el agua de fuentes ignoradas, el jugo de plantas respetadas por el sol, la sonrisa de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna, llueven sobre vuestros blanquísimos pies. Entonces subiré á vuestros labios como una llama sutil; penetraré en vos por vuestra boca entreabierta, y se celebrarán nuestras bodas, y los arcángeles gozarán con nuestra alegría. ¡Ser vir-

gen, amarse virgen, guardar entre los besos más dulces su claridad virgen! ¡Disfrutar de todo el amor, acostado sobre alas de cisne, en una nube de pureza, entre los brazos de una imagen de luz cuyas caricias sean pedazos de alma! ¡Perfección, anhelo sobrehumano, deseo que hace crujir mis huesos, delicias que me transportan al cielo! ¡Oh María, vaso de elección, castrad en mí lo humano, hacedme un eunuco entre los hombres, para que disfrute sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el padre Mouret, rechinando los dientes, sacudido por la fiebre, cayó desmayado sobre las baldosas.

LIBRO SEGUNDO.

I.

Los visillos de percal, cuidadosamente estirados sobre las dos largas ventanas, reflejaban en la habitación una luz pálida, como la luz del amanecer. Era esta habitación alta de techo, grande, decorada por un antiguo mueblaje de la época de Luis XV, pintado de blanco y tapizado con flores rojas sobre un semillero de follaje. En los entrepaños, encima de las puertas, á uno y otro lado de la alcoba, algunas pinturas descubrían aún los traseros y los vientres sonrosados de un enjambre de amorcillos, cuyos juegos no podían adivinarse ya. Las ensambladuras de las paredes, dispuestas en tableros, en óvalos; las puertas de dos hojas, el techo pintado sobre un fondo azul de cielo, lleno de cuadros, de medallones, de nudos y cintas de color de carne, adquirían un color gris dulce que

iluminaba las bellezas de aquel paraíso arruinado. Frente á las ventanas mostrábase la alcoba entre jirones de nubes, por las cuales se asomaban dos amores de plata como para mirar curiosamente el lecho; éste aparecía cerrado, como las ventanas, por dos cortinas de percal, cosidas á grandes puntadas, con inocencia extraña á aquella pieza que aun permanecía saturada por un lejano perfume de voluptuosidad.

Sentada cerca de una consola, encima de la cual hervía una marmita puesta sobre una cocinilla de espíritu de vino, Albina miraba atentamente los visillos de la alcoba. Estaba vestida de blanco, con los cabellos recogidos en una cofia y las manos abandonadas, velando con aire de mujer seria. Una respiración suave, un aliento de niño dormido se escuchaba en medio del silencio. Al cabo de algunos minutos Albina pareció inquieta y no pudo menos de acercarse con paso ligero á levantar una punta del visillo. Sergio parecía dormir en el borde de la cama, con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos recogidos. Durante la enfermedad le habían crecido la barba y los cabellos, estaba pálido, con los ojos rodeados de ojeras azules y los labios sin color, reflejando en su rostro dulzuras de muchacha convaleciente.

Albina, enternecida, iba á dejar caer el visillo.

—No duermo—dijo Sergio en voz baja.

Y permaneció con la cabeza apoyada en el brazo, sin mover un dedo, como dominado por una laxitud dichosa. Sus ojos se habían abierto poco á poco, su boca respiraba ligeramente sobre una de sus manos desnudas, levantando el vello de su piel blanca.

—Te oía—añadió.—Andas muy despacito.

Albina quedó encantada de aquel tuteamiento. Se acercó, se acurrucó delante del lecho para poner su rostro á la altura del de Sergio.

—¿Cómo estás?—le dijo.

Tocábale á su turno gozar la dulzura de aquel *tú* que asomaba por primera vez á sus labios.

—Has estado muy malo—siguió diciendo.—Yo lloraba por todo el camino cuando venía de allá abajo con malas noticias. Me decían qne tenías delirio, que si la fiebre no amenguaba te volverías loco..... ¡ Qué abrazo le dí á tu tío Pascal cuando te trajo aquí para la convalecencia !

Y arregló la cama con pulcritud de madre, añadiendo:

—¡ Claro! las rocas abrasadas de allá abajo no podían curarte. Necesitabas árboles, fresco, tranquilidad..... El doctor no ha contado á nadie que

estás aquí. Te creía perdido..... Nadie nos molestará. El tío Jeanbernat fuma su pipa entre sus legumbres ; los otros recibirán noticias tuyas sin saber de dónde vienen. Tu tío no volverá tampoco, porque al presente yo soy tu único médico..... Me parece que no te hacen falta drogas. Sólo necesitas ser querido. ¿Entiendes?

Sergio parecía no comprender; su cabeza vacilaba aún. Al verle recorrer con los ojos, sin volver la cara, los rincones de la habitación, Albina pensó que quería saber en dónde estaba.

—Es mi cuarto—le dijo.—Te lo he cedido. Es muy bonito, ¿verdad? He tomado los mejores muebles del granero; después he cosido esas cortinillas de percal para que el sol no te molestara..... No me incomodas. Me acostaré en el segundo piso. Aun hay tres ó cuatro habitaciones desocupadas.

Sergio seguía inquieto.

—¿Estás sola?—preguntó.

—Sí. ¿Por qué me haces esa pregunta?

Él no respondió, murmurando con aire de enajenado:

—Sufro, sufro siempre..... Oigo campanas; eso es lo que me fatiga.

Y añadió tras de una pausa:

—Cierra la puerta, echa los cerrojos. Quiero que estés sola, completamente sola.

Cuando Albina volvió trayendo una silla para sentarse al lado de Sergio, éste se puso muy alegre, repitiendo:

—Ahora no entrará nadie. No oiré más las campanas. Cuando tú hablas, me tranquilizo.

—¿Quieres beber?—preguntó ella.

Sergio hizo un signo indicando que no tenía sed. Miraba las manos de Albina con ojos sorprendidos, tan encantado de verlas, que ella, sonriendo, puso una en el borde de la almohada. Entonces él dejó caer la cabeza y apoyó una mejilla en aquella mano fresca. Después sonrió ligeramente, y dijo:

—¡Ah! es suave el raso. Diríase que airea mis cabellos. No la retires; te lo suplico.

Después guardaron silencio. Albina, mirándose en los ojos muertos del convaleciente. Sergio, como si escuchara alguna cosa vaga que aquella mano menuda le refería.

—Es muy buena tu mano—dijo de pronto.—No puedes imaginar cuánto bien me hace..... Parece que entra dentro de mí para arrancarme los dolores del cuerpo. Es una caricia que me envuelve, una alegría, una bendición.

Y frotaba su mejilla contra aquella mano, animándose, resucitando por momentos.

—Oye—añadió.—¿No me darás nada malo á beber? ¿No me atormentarás con ningún remedio? Tu mano es bastante; créelo. He venido para que la pongas aquí, debajo de mi cabeza.

—Mi querido Sergio—murmuró Albina—has sufrido mucho, ¿verdad?

—¿Sufrir? Sí, sí; pero hace mucho tiempo..... he dormido mal, he tenido ideas espantosas. Si pudiera, te lo contaría todo.

Cerró un instante los ojos é hizo un esfuerzo de memoria.

—No veo más que negro—balbuceó.—Es singular; vuelvo de un largo viaje; ni yo mismo sé de dónde he salido. Tenía fiebre, una fiebre que galopaba en mis venas como una bestia salvaje..... Eso es, ya me acuerdo. Siempre la misma pesadilla, haciéndome subir á lo largo de un subterráneo interminable. Durante los dolores fuertes el subterráneo se cerraba bruscamente, una nube de guijarros caía de lo alto, las paredes se juntaban y yo permanecía allí, sin adelantar un paso. Luchaba contra el obstáculo con los pies, con los puños, con el cráneo, desesperando de poder atravesar nunca aquella muralla cada vez más es-

pesa..... De pronto ocurríaseme tocarla con el dedo, y todo se desvanecía; caminaba libremente por la galería inmensa sin experimentar otra cosa que la laxitud de la crisis.

Albina quiso ponerle la mano en la boca.

—No—añadió Sergio; —hablar no me fatiga. Mira, te hablo al oído; me parece que pienso y tú me escuchas..... Lo peor de mi subterráneo era que yo no tenía nunca la idea de volver atrás. Seguía, seguía..... Era aquella una marcha fatal que yo debía hacer bajo pena de grandes desdichas. Con las rodillas destrozadas, el cráneo herido por las rocas, empleaba con empeño, lleno de angustia, todas mis fuerzas para llegar lo más pronto posible. ¡Llegar! ¿Dónde? No lo sé, no lo sé.

Y cerró los ojos, recordando, buscando; luego hizo un gesto de impotencia, se dejó caer sobre la mano de Albina y dijo sonriendo:

—Es una tontería. Soy un niño.

Pero la muchacha, para convencerse de que Sergio no era presa del delirio, le interrogaba, conduciéndole á los recuerdos confusos que pretendía evocar. Él no hacía memoria de nada; realmente se encontraba en una infancia dichosa. Creíase nacido la víspera.

—Aun no me hallo bastante fuerte—dijo.—

Mi recuerdo más lejano es éste: estaba en un lecho que me abrasaba las carnes; mi cabeza rodaba por la almohada como por una hoguera; mis pies se unían uno con otro frotándose continuamente.... ¡Sí, he estado muy malo! Me parecía que me sacudían el cuerpo, que me remendaban como á una máquina rota.

Esta frase le hizo reir mucho; después continuó:

—Quería ser nuevo, y la enfermedad lo ha conseguido..... Pero ¿qué me preguntabas?..... No, nadie estaba allí. Sufría solo en el fondo de un agujero negro. Nadie, nadie. Y después de aquello no hay nada, no veo nada..... Soy tu niño, ¿quieres? Me enseñarás á andar. No veo á nadie más que á tí. Todo lo que no seas tú me es indiferente. Te digo que no me acuerdo de más. He venido y me has tomado: eso es todo.

Y añadió aún con voz cariñosa:

—Tu mano está caliente; es buena como el sol..... No hablemos más..... me canso.

Un silencio tembloroso caía desde el techo sobre la inmensa habitación. La lámpara de espíritu de vino se había apagado, y la marmita exhalaba un hilo de vapor que disminuía por instantes. Albina y Sergio reclinando la cabeza en la misma

almohada, miraban las cortinas de percal puestas delante de las ventanas. Los ojos de Sergio, sobre todo, iban allí como siguiendo las palideces de la luz. Le agradaba aquel día tímido, proporcionado á sus fuerzas de convaleciente. A lo lejos escuchábase un fuerte rozamiento de hojas, mientras en la ventana de la derecha la sombra verde de una rama empinada y robusta asemejábase á un emisario del bosque vecino.

—¿Quieres que descorra los visillos?—preguntó Albina siguiendo la dirección de sus ojos.

—No, no—repuso Sergio.

—Es muy bonito. Tendrás sol; verás los árboles.

—No, te lo suplico..... No quiero nada de fuera. Esa rama que está allí me fatiga; se mueve, se agita como si fuera un ser viviente. Dame tu mano, me voy á dormir. ¡Qué blanco está todo!..... ¡Eso es bueno!

Y se durmió cándidamente, velado por Albina que le soplaba en el rostro para refrescar su sueño.

II.

Al día siguiente no hizo buen tiempo, llovía. Sergio, dominado por la fiebre, sufrió mucho, fijando sus ojos desesperados en las cortinas que sólo

reflejaban un resplandor de nube, feo, de color gris ceniza. Entre aquella sombra medrosa, buscaba él la alta rama que balanceándose sobre los cristales parecía traer consigo todos los murmullos del bosque. Por la tarde, agitado por el delirio, gritó á Albina sollozando que el sol había muerto y que todo, el cielo y el campo, todo lloraba la muerte del sol. Albina tuvo que consolarle como á un niño, asegurándole la vuelta del sol, diciéndole que ella se lo traería. Pero Sergio sufrió mucho por las plantas. Las simientes debían padecer con la ausencia de la luz; tendrían también pesadillas que las condujeran á lo largo de un subterráneo, donde asaltadas por mil obstáculos, lucharían furiosamente para alcanzar el sol. Se puso á llorar en voz baja, diciendo que el invierno era una enfermedad de la tierra, y que él iba á morir al mismo tiempo que la tierra, si la primavera no venía á curarlos á los dos.

Por espacio de tres días el tiempo siguió nublado. La lluvia caía sobre los árboles con lejano rumor de río que se desborda. Fuertes rachas de viento chocaban en las ventanas como olas enormes. Sergio quiso que Albina cerrase herméticamente las maderas. Con la lámpara encendida no veía el luto del cortinaje, ni el gris del cielo pe-

netrar por los menores resquicios, llegando hasta él como una polvareda dispuesta á enterrarle. Se dejaba ir con los brazos caídos y el rostro pálido, debilitándose á medida que la campiña enfermaba. Durante esas horas siniestras en que los árboles crujen y la tierra dobla sus hierbas sobre el prado como una cabellera tronchada, Sergio perdía la respiración y temblaba, combatido también por el huracán. Luego, al más imperceptible claro, al menor jirón azul flotando entre dos nubes, respiraba, gozaba de las venturas de las hojas secas, de los senderos blanqueados, de los campos bebiendo su último trago de agua. Albina también implorabla al sol, asomándose veinte veces á la ventana, interrogando el horizonte. Feliz con las menores líneas blancas, inquieta con las masas de sombras espesas cargadas de fuego que se arremolinaban sobre una nube más negra aún, para matar á su querido enfermo. Habló de llamar al doctor Pascal; pero Sergio se opuso, diciendo:

—Mañana habrá sol en las cortinas y estaré bueno.

Una tarde en que Sergio estuvo peor, Albina le dió la mano para que reclinara en ella su cabeza. Pero la mano no pudo mejorarle, y la mu-

chacha se puso á llorar considerándose impotente. Desde que Sergio había caído en el sopor del invierno, no se sentía ella lo bastante fuerte para arrancarle de su pesadilla. Necesitaba un cómplice, la primavera, y entretanto se desesperaba de los fríos, y de su aliento cortado que no sabía ya alentar aquella vida. Durante horas enteras daba vueltas por la habitación. Cuando pasaba por delante del espejo, se veía negra, se creía fea.

Una mañana estaba arreglando las almohadas, sin atreverse á probar de nuevo el encanto desvanecido de sus manos, cuando creyó distinguir la sonrisa del primer día en los labios de Sergio al tocarle la cara con el extremo de los dedos.

—Abre las maderas—murmuró Sergio.

Albina pensó que hablaba en el delirio de la fiebre, porque una hora antes ella se había puesto en la ventana del corredor sin ver más que un cielo nublado.

—Duerme—le dijo tristemente;—te he prometido despertarte al primer rayo..... Duerme aún; el sol no ha venido.....

—Sí—repuso Sergio—lo siento, está allí..... Abre las maderas.

III.

En efecto, el sol estaba allí. Cuando Albina abrió las maderas, el resplandor del astro, atravesando el cortinaje amarillo, vino á reflejar en un ángulo de la cama. Pero lo que dió más seguridades á Sergio, fué el contemplar la sombra de la rama anunciándole la vuelta de la vida. La campiña entera resucitada con sus verduras, sus aguas, su inmenso círculo de colinas, venía á verla en aquella rama que se balanceaba al menor impulso del viento. Ya no la temía, mirándola balancear con ojos ávidos, sintiéndose necesitado de todos los encantos de la selva por ella anunciada, mientras Albina, sosteniéndole entre sus brazos, gritaba:

—¡Ah! mi querido Sergio, concluyó el invierno..... Nos hemos salvado.

Sergio se incorporó con los ojos más vivos y la voz más clara.

—Mañana—dijo—estaré fuerte..... Descorrerás los visillos..... Quiero verlo todo.

—Pero al día siguiente tuvo un miedo pueril. No daba nunca su consentimiento para que se abrie-

ran las ventanas de par en par. «Luego, más tarde»—decía.—Estaba ansioso, pero se inquietaba por la impresión que pudiera producirle el primer rayo de luz al herir sus ojos. Llegó la tarde sin que tomara la decisión de mirar al sol de frente. Había permanecido con el rostro vuelto hacia las cortinas, siguiendo sobre la transparencia del lienzo la mañana pálida, el mediodía ardiente, el crepúsculo violado, todos los colores, todas las emociones del cielo; allí se reflejaban hasta las vibraciones producidas en el aire tibio por las alas de los pájaros, hasta la alegría de los perfumes palpitando en los rayos del sol. Detrás de aquel velo, detrás de aquel anuncio suave de la vida exterior, avanzaba la primavera, y el joven se sentía algo aturdido en presencia de aquel flujo de vida que, á pesar del obstáculo de los visillos, llegaba rudamente hasta él.

A la mañana siguiente dormía aún cuando Albina, sacudiendo la colcha, le gritó:

—¡Sergio! ¡Sergio! ¡mira el sol!

Y descorriendo las cortinas, abrió las ventanas de par en par. Sergio se incorporó y se puso de rodillas en la cama, sofocado, desfallecido, con las manos apretadas sobre el pecho para que no se le escapase el corazón. Enfrente de él aparecía la

inmensidad del cielo, azul, siempre azul, un azul infinito; en presencia de este espectáculo sintió desaparecer sus sufrimientos; había en él dulzura, pureza, juventud. La rama cuya sombra entrevió durante el invierno, reflejábase ahora sobre la ventana recortando aquel mar azul con sus tonos verdes y vigorosos. Era éste un golpe demasiado fuerte para sus delicadezas de enfermo, que se lastimaban con el vuelo de las golondrinas en el horizonte. Sergio nacía, lanzaba gritos débiles é involuntarios, inundado de claridad, ceñido por ráfagas de aire caliente, sintiendo recorrer por su interior un desbordamiento de vida. Sus manos se extendieron, y se dejó caer como desmayado sobre la almohada.

¡Qué día tan hermoso! El sol entraba en la alcoba. Sergio le contempló toda la mañana avanzando á pasos menudos. Veíale llegar hasta él con sus matices de oro, acariciando los muebles, quebrándose en los ángulos de la habitación, resbalando á veces por tierra, semejante á un tapiz desenvuelto poco á poco. Era la del astro una marcha tranquila, dulce, llena de amor, que se aproximaba hasta la alcoba con movimiento rítmico, con lentitud voluptuosa, provocando los deseos de la posesión. A las dos de la tarde, el sol, apartándose

de la última silla, subió á lo largo de la cubierta y se instaló en el lecho, esparciendo por él sus rayos como las trenzas de una cabellera desatada. Sergio entregó sus manos flacas de convaleciente á aquella caricia ardorosa, y medio entornó los ojos, sintiendo correr por cada uno de sus dedos besos de fuego; estaba en un baño de luz abrasado por el astro.

Al ver que Albina se inclinaba hacia él sonriendo,

—Déjame—balbuceó con los ojos cerrados;—no me aprietes tan fuerte..... ¿Cómo haces para sujetarme así, todo entero, entre tus brazos?

Por fin el sol bajó del lecho, yéndose por la izquierda con paso breve. Sergio le miró partir con el disgusto de no haberlo podido sujetar contra su pecho. Albina permaneció en el borde de la colcha, y desde allí, rodeando el uno el cuello del otro, vieron los dos palidecer el cielo. Las languideces de Sergio se paseaban por aquel cielo, encontrando en él perspectivas nuevas, panoramas imprevistos. Ya no era su azul un azul puro, sino un azul sonrosado con color de lila, un azul amarillento, una carne viva, una inmensa desnudez inmaculada que el aire hacía oscilar contra un pecho de mujer. A cada nueva mirada que Sergio dirigía á

lo lejos, experimentaba sorpresas, escuchando ruidos ignotos del aire, sonrisas discretas, descubriendo en el espacio adorables redondeces, gasas enormes delineando en el fondo del paraíso formas espléndidas, y se dejaba caer con los miembros enflaquecidos por el sufrimiento en aquella seda brillante, en aquel almohadón candoroso del azul. Las sensaciones flotaban lánguidamente sobre su ser desfallecido. El sol bajaba, el azul se transformaba en oro, la carne viviente del cielo blanqueaba aún, cubriéndose poco á poco de todos los matices de la naturaleza. Ni una nube; una tranquilidad de virgen que se acuesta, una desnudez casta que sólo permitía ver una raya de pudor en el horizonte. El cielo infinito dormía.

—¡Querido mío!—dijo Albina contemplando á Sergio, que se había dormido sobre su cuello al mismo tiempo que el sol.

Y tapándole, cerró las ventanas.

Pero al día siguiente desde el amanecer estaban abiertas las últimas. Sergio no podía vivir sin el sol; adquiría fuerzas, habituándose á las ráfagas de aire que hacían oscilar las cortinas de la alcoba. El mismo azul, el eterno azul, comenzaba á parecerle soso. Llegó á desear un velo de nubes negras, cualquier acontecimiento que rompiese la

monotonía de aquella eterna pureza. Al mismo tiempo que la salud, acudía á él el deseo de sensaciones más fuertes. Entretanto pasaba las horas contemplando la rama verde; hubiera querido verla avanzar, crecer, introducir su ramaje en el lecho donde él se agitaba. No le satisfacía, no hacía más que incitar sus deseos, hablándole de los árboles, cuyo llamamiento escuchaba sin poder descubrir sus copas. Era lo que venía hasta él un cuchicheo infinito de hojas, un murmullo de aguas corrientes, de batir de olas, una voz fuerte, prolongada, vibrante.

—Cuando te puedas levantar—le decía Albina —te sentarás delante de la ventana.... ¡Verás qué jardín tan hermoso!

Sergio cerraba los ojos murmurando:

—Ya lo veo, ya lo escucho..... Sé dónde están sus árboles, dónde corren sus aguas, dónde crecen sus violetas.

Y luego añadía:

—Pero lo veo mal, lo veo sin luz..... Es preciso que yo esté mejor para ir á la ventana.

Otras veces Albina, creyéndole dormido, desaparecía durante horas enteras. Al volver le encontraba con los ojos relucientes de curiosidad, devorado por la impaciencia. Sergio gritaba:

—¿De dónde vienes?

Y añadía, cogiéndola por los brazos y oliendo su falda, su corpiño, sus mejillas:

—Hueles á todas las cosas buenas..... Has caminado sobre la hierba, ¿eh?.....

Ella reía, mostrándole sus botas salpicadas de rocío.

—¡Vienes del jardín! ¡vienes del jardín!—repetía Sergio estremecido.—Ya lo sé. Cuando entraste parecías una flor muy grande..... Traes todo el jardín en tus vestidos.

Y la conservaba á su lado, respirándola como un ramo.

Albina volvía algunas veces con ramos, con hojas, con hierbas enredadas á los vestidos. Sergio cogía todas estas cosas y las guardaba debajo de su almohada como si fueran reliquias. Un día le trajo un manojo de rosas. Él fué tan dichoso, que se echó á llorar y besó las flores, acostándolas con él, entre sus brazos. Pero al verlas marchitas, sintióse tan disgustado, que prohibió á la muchacha traer más rosas. La prefería á ella, tan fresca, tan perfumada, porque ella no se marchitaba nunca y conservaba siempre el olor de sus manos, el olor de sus cabellos, el olor de sus mejillas. Sergio acabó por enviarla todos los días al

jardín, con la obligación de no volver en una hora.

—Véte—le decía.—Cuando vuelves me traes sol, me traes aire, me traes rosas que duran siempre.

Después la veía entrar satisfecho, preguntándola qué sendero había tomado; si había paseado bajo los árboles ó por el borde de las praderas; si había visto nidos; si se había sentado detrás de un escaramujo, ó de un roble, ó á la sombra de un álamo. Cuando ella respondía queriéndole pintar el jardín, la tapaba la boca con la mano.

—No, no; cállate—murmuraba.—Me equivoco. No quiero saber nada..... Prefiero verlo por mí mismo.

Y se sumergía en la imagen cariñosa de aquella vegetación que sonaba muy cerca de él, á dos pasos. Durante muchos días vivió de esta imagen. Al principio creyó haber visto el jardín perfectamente; pero á medida que tomaba fuerzas, sus recuerdos se desvanecían entre los borbotones de sangre que calentaban sus venas. Experimentaba incertidumbres crecientes. No podía decir si los árboles estaban á la derecha; si los arroyos corrían en el fondo; si las rosas se extendían debajo de las ventanas. Hablaba solo, en voz baja; con el menor indicio construía planos maravillosos que un gorjeo

de pájaros, el crujido de una rama, el perfume de una flor le hacían modificar. Á cada instante diseñaba un jardín nuevo, no sin grandes risas por parte de Albina, que le gritaba siempre que sorprendía uno de sus monólogos:

—No es eso, te lo aseguro. No te lo puedes imaginar. Es más bello que todo cuanto has visto..... No te rompas la cabeza. El jardín es mío; yo te lo daré. No temas; no se marchará.

Sergio, que antes tuvo miedo de la luz, sintióse también inquieto al encontrarse lo bastante fuerte para ir á la ventana. Decía de nuevo todas las tardes: «Mañana.» Y se volvía temblando hacia la pared, cuando la muchacha entraba gritándole que el jardín estaba muy hermoso. Una mañana, Albina, cogiéndole bruscamente entre sus brazos, le condujo á la ventana, conteniéndole, obligándole á ver.

—¡Eres un poltrón!—le dijo, acompañando sus palabras de sonoras risas.

Y extendió una de sus manos á todos los puntos del horizonte, repitiendo con aire de triunfo, lleno de tiernas promesas:

—¡El Paradou! ¡El Paradou!

Sergio, falto de voz, miraba.

IV.

Un mar de verdura enfrente, á la derecha, á la izquierda, por todas partes. Un mar de hojas perdiéndose en el horizonte, sin el obstáculo de una casa, de un lienzo de pared, de un camino pedregoso. Un mar desierto, virgen, sagrado, derramando su dulzura salvaje en la inocencia de la soledad. El sol únicamente entraba allí, extendiéndose como una cortina de oro sobre los prados, inundando los senderos con el curso brillante de su luz, colgando en las ramas de árboles sus cabellos áureos, bebiendo en los arroyos con sus labios de oro, á cuyo contacto se estremecía el agua. Bajo aquel turbión de rayos el inmenso jardín vivía con extravagancias de animal dichoso, ausente del mundo, lejos de todo, libre de todo. Era aquel un tal crecimiento de follaje, una tan desbordada marea de hierbas, que el jardín estaba como devorado de un extremo á otro, inundado, invadido. No había en él más que puntos verdes, tallos cubriendo la corriente de los arroyos, masas enormes, cortinas de bosque herméticamente corridas, mantos de plantas trepadoras arrastrándose por el suelo, una mu-

chedumbre de ramas gigantescas balanceándose por todos lados.

Apenas podía reconocerse con trabajo entre aquella invasión formidable de la savia la forma antigua del Paradou. Enfrente, en una especie de inmenso circo, debía encontrarse el Parterre con sus fuentes vacías, sus rampas destrozadas, sus escaleras rotas, sus estatuas volcadas, estatuas cuya blancura se distinguía en el fondo negro de los céspedes. Más lejos, detrás de la línea azul formada por un lienzo de agua, alzábase un bosquecillo de árboles frutales; más lejos aún, un monte bravo reflejaba con luz violácea sobre un bosque transformado en virgen, cuyas altas copas se perdían á lo lejos manchadas de verde amarillo y de verde pálido y envueltas por toda clase de perfumes agrestes. El bosque escalaba por la derecha las alturas con ejércitos de pinos, mientras dos rocas desnudas se extendían en una rampa enorme como un recrudecimiento de las montañas dispuesto á barrer el horizonte. En aquel suelo crecían vegetaciones ardientes, plantas monstruosas, inmóviles bajo el calor como reptiles adormecidos; un hilo de plata, una ondulación que parecía desde lejos una sarta de perlas, indicaba una caída de agua donde tenían su cuna los arroyuelos silenciosos que se

arrastraban indolentes por el Parterre; á la izquierda el río cruzaba por el centro de una pradera, y allí se dividía en cuatro arroyos que se alejaban caprichosamente, bajo los rosales, bajo los sauces, bajo las ramas inclinadas de árboles inmensos. Casi fuera del alcance de la vista, montones de hierbas, tapizando los terrenos bajos, pintaban un paisaje limpio como un esclarecimiento del día que se ocultaba poco á poco en la verdura crepuscular del bosque. El Paradou, el Parterre, la selva, las rocas, las aguas, los prados, tenían toda la extensión del cielo.

¡El Paradou! — balbuceó Sergio abriendo los brazos como si quisiera estrechar todo el jardín contra su pecho.

Vacilaba. Albina tuvo que sentarle en un sillón; en él permaneció dos horas sin hablar. Con la barba apoyada en el puño, miraba; sus párpados se recogían por instantes, mientras el rubor subía á su rostro; miraba lentamente con sorpresa profunda. Aquello era demasiado vasto, demasiado complejo, demasiado fuerte para él.

—No veo, no oigo—gritó tendiendo á Albina sus manos con gesto de suprema fatiga.

La muchacha se apoyó en el borde del sillón, y cogiendo entre sus manos la cabeza de Sergio, le

obligó á mirar otra vez, diciéndole en voz baja:

—Es nuestro. Nadie vendrá. Cuando estés bueno nos pasearemos. Podremos estar en él toda la vida. Iremos donde quieras..... ¿Dónde quieres ir?

Sergio sonrió, murmurando:

—¡Oh! no muy lejos. El primer día, á dos pasos de la puerta. Mira, iré allí, bajo aquel árbol, cerca de la ventana.

Albina repuso dulcemente:

—¿Quieres ir al Parterre? Verás los rosales que lo han devorado todo, hasta los paseos. ¿Prefieres el huerto, donde no se puede entrar sino á rastras, porque los árboles se doblan al peso de los frutos? Si tienes fuerzas, iremos más lejos todavía, iremos á la selva, á los rincones de sombra, muy lejos, tan lejos, que nos acostaremos allí cuando venga á sorprendernos la noche. También, una mañana cualquiera, subiremos allá arriba, verás plantas que me dan miedo. Verás las cascadas, una lluvia de agua cuyas gotas nos mojarán el rostro. Si prefieres caminar á lo largo de los álamos, al borde de un arroyo, tendremos que ir á las praderas. Se está muy bien allí por la tarde, bajo los sauces. Puede uno acostarse sobre la hierba viendo cómo saltan los renacuajos al tallo de los juncos.

—No, no—dijo Sergio.—Me fatigas; no quiero ver tanto..... Andaré dos pasos y será mucho.

—Yo misma—siguió diciendo la muchacha—no lo he recorrido todo. Hay rincones que desconozco. Al cabo de tanto tiempo como llevo paseando por ahí, siento en rededor mío lugares ignorados donde la sombra debe ser más fresca y la hierba más fina..... Escucha: he pensado muchas veces que existe aquí un espacio desconocido, en el cual yo querría vivir siempre. De seguro existe en alguna parte; he debido pasar junto á él, ó puede ser que esté tan lejos que aun no le haya encontrado en mis diarias correrías..... ¿No es verdad? Sergio, si quieres, lo buscaremos juntos y viviremos allí.

—No, no, cállate—balbuceó el joven;—no entiendo lo que dices. Me matas.

—Albina le dejó llorar un instante entre sus brazos, inquieta, desolada de no hallar palabras para calmarle.

—¿Es que no encuentras el Paradou tan bello como lo habías imaginado?—le preguntó:

Sergio inclinó la cabeza y repuso:

—No lo sé. Esto era muy pequeño, y ahora se ha hecho muy grande..... Sostenme, acuéstame.

Albina le llevó á la cama, tranquilizándole como si fuera un niño.

—No temas—le decía;—nada de eso es verdad; no existe el jardín. Es una historia que yo te he contado. Duerme tranquilo.

V.

Albina hacía sentar á Sergio todos los días, en las horas de fresco, delante de la ventana. Sergio daba ya algunos pasos apoyándose en los muebles; sus mejillas adquirían tintes sonrosados, y sus manos perdían su color de cera transparente. Durante la convalecencia sintióse presa de un estupor cerebral que le transportaba á la vida negativa, convirtiéndole en un recién nacido. No era más que una planta recibiendo la impresión del ambiente; permanecía replegado sobre sí mismo; demasiado pobre de sangre aún para salir fuera del cuarto, disfrutaba del sol, dejando que su cuerpo bebiera toda la savia en el sol contenida. Asemejábase su estado á una segunda concepción, á una gestación lenta en la matriz caliente de la primavera. Albina, que recordaba ciertas palabras del doctor Pascal, tenía miedo por su enfermo al verle

permanecer así, niño inocente, entontecido; había oído contar que algunas enfermedades degeneran en locura, y se pasaba las horas mirándole, esforzándose como las madres en sonreir, para que él sonriera también.

Sergio no reía ya. Cuando Albina le colocaba la mano delante de los ojos, no la miraba, no seguía la dirección de la sombra; apenas si volvía la cabeza al oir la voz de la muchacha. Ésta no tenía más que un consuelo: Sergio mejoraba notablemente y se convertía en un niño muy guapo.

Tales fueron sus sueños durante una semana; aguardaba pacientemente á que Sergio creciera, y á medida que notaba en él ciertos avisos, se alegraba pensando que el tiempo le convertiría en un hombre. Él sentía ligeros estremecimientos cuando Albina le tocaba; una tarde sonrió ligeramente. Al siguiente día, después de sentarle frente á la ventana, Albina bajó al jardín, donde se puso á correr llamando á su enfermo. Desaparecía debajo de los árboles, atravesaba los claros de sol, gritando, saltando, palmoteando. Sergio, con los ojos vacilantes, no la vió al principio; pero como ella prosiguiera en sus juegos, en sus carreras detrás de los árboles y le llamase á gritos, el convaleciente acabó por seguir las oscilaciones de sus

faldas, y al ver á la joven detenerse bruscamente debajo de la ventana con el rostro levantado, le tendió los brazos como si quisiera ir con ella.

Albina subió, abrazándole con entusiasmo.

—¡Me has visto! ¡me has visto!—gritaba.—Quieres venir al jardín conmigo, ¿verdad?.....¡Si vieras lo disgustada que estoy desde hace algunos días, viéndote hacer el tonto, sin mirarme, sin oirme!

Sergio la escuchaba sintiendo un ligero dolor que le oprimía el cuello, haciéndoselo mover perezosamente.

—No tengo duda de que estás mejor—siguió diciendo Albina.—Ya estás lo bastante fuerte para bajar cuando quieras..... ¿Por qué no me dices nada? ¿Has perdido la lengua? ¡Vaya una marmota! Será preciso enseñarte á hablar otra vez.—Y en efecto, Albina lo procuraba así, nombrándole todos los objetos que llamaban su atención. Sergio balbuceaba, esforzando las sílabas, no pronunciando una sola palabra con claridad. La muchacha comenzó á pasearle por la habitación, sosteniéndole, conduciéndole de la cama á la ventana. Este paseo era para Sergio un largo viaje: estaba á punto de caer dos ó tres veces en el camino, lo que le hacía reir mucho: un día se echó en el suelo,

y Albina pasó todas las penas del mundo para levantarle. Más adelante le hizo caminar por el cuarto, sentándole en el sofá, en los sillones, en las sillas. Al cabo Sergio pudo andar solo algunos pasos. Albina se ponía á alguna distancia esperándole, y él avanzaba muy despacio para apoyarse luego en las manos que se le tendían.

Una mañana, Albina encontró á Sergio de pie ensayándose á andar sin el apoyo de los muebles.

—¡Miren el tunante!—dijo alegremente.—Si le dejasen hacer, mañana, saltaría por la ventana..... ¿Ya estamos fuertes, eh?

Sergio respondió con una risa pueril. Sus miembros tenían la salud de la adolescencia, sin que ninguna sensacion de hombre reviviera en él. Permanecía horas largas enfrente del Paradou, con gesto de niño que todo lo ve blanco, que no oye más que ruidos. Conservaba sus ignorancias de muchacho, su inocente confusión, que no le permitía distinguir el vestido de Albina del tapiz de los muebles. Era su vida entonces un afán de ojos desmesuradamente abiertos que no ven nada; una confusión de gestos que no saben ir adonde quieren, un principio de vida puramente instintiva, en pleno desconocimiento de casi todas las cosas. El hombre no había venido aún.

—Bien, bien; haz el tonto—murmuraba Albina.—Vamos á ver.

Y cogiendo su peineta, se la presentó á Sergio, gritándole:

—¿Quieres mi peineta? Ven á buscarla.

Y entreteniéndole con el peine, le hizo bajar. Sergio tuvo miedo al ver las sombras del corredor.

—¡Mira!.....—le gritó Albina.

Y abrió de par en par la puerta.

Fué aquello como una aurora que despierta, una cortina de sombra descorrida de pronto: el día apareciendo detrás de ella.

El día: es decir, el parque.

—Adelante—dijo Albina.

Sergio necesitó un cuarto de hora para andar cinco pasos.

Albina gritaba:

—Pareces un árbol que anda.

Le apoyó contra el muro, bajo una lluvia de sol que caía por entre las ramas. Después se alejó á saltos, diciéndole que no se moviera. Sergio, solo, contemplando el panorama que á sus ojos se ofrecía, creyó que la mañana venía hasta él para darle fuerzas.

—¡Sergio! ¡Sergio!—gritó la voz de Albina,

perdida entre las enramadas del jardín.—No tengas miedo, estoy aquí.

Pero Sergio no tenía miedo. Renacía con el sol, con aquel baño tibio de luz que le inundaba. Renacía á los veinticinco años, con los sentidos abiertos bruscamente, sorprendido del inmenso cielo, de la tierra dichosa, del pródigo horizonte extendido en rededor suyo. Aquel jardín para él desconocido la víspera le alegraba por modo extraordinario. Todo le extasiaba; los manojos de hierba, la grava de los senderos, hasta las flores que no veia, pero que le acariciaban el rostro con su ambiente perfumado. Su cuerpo entero entraba en posesión de aquel jirón espléndido de la primavera, sus miembros lo recogían; lo bebían sus labios, lo respiraban sus pulmones; lo sentía en los oídos, se reflejaba en el fondo de sus ojos. Estaba con él.

—Los pájaros se han comido todas las fresas—dijo Albina, que volvía corriendo y desolada.—Toma, no he podido encontrar más que dos.

Y se detuvo á algunos pasos, mirando á Sergio con profunda sorpresa, como herida de pronto en el corazón por un golpe imprevisto.

—¡Qué guapo eres!—le dijo.

Y añadió:

—Nunca te he visto así.

En efecto, Sergio era otro: de pie, un poco debil aún, los miembros finos, el pecho cuadrado, las espaldas redondas. Su cuello blanco, algo enrojecido cerca de la nuca, se balanceaba libremente, echando un poco la cabeza atrás. La salud, la fuerza, la pujanza resplandecían en su rostro. Estaba en reposo, sin sonreir, mostrando su boca grave y dulce, sus mejillas pálidas, su nariz un poco larga y sus ojos claros, melancólicos y grandes. Sus largos cabellos le caían en rizos negros sobre la espalda, mientras su barba poco espesa dejaba ver lo blanco de la piel.

¡Eres guapo! ¡eres guapo!—repetía Albina arrodillada delante de él, dirigiéndole miradas acariciadoras. —¿Por qué no me miras? ¿por qué no me respondes?

Él, sin contestar, seguía de pie. No la veía; hablaba solo y decía contemplando el sol:

—¡Qué hermosa es la luz!

—Háblame—suplicaba Albina.—No me has hablado nunca así. En la habitación, cuando aun no habías enmudecido, me hablabas como hablan los niños..... Siempre he creído que tu voz venía de los árboles, del jardín; que era uno de esos suspiros que me turbaban por la noche antes de tu venida..... Habla: todo calla para oirte.

Pero Sergio no le hacía caso: Albina repuso con más ternura:

—Si te fatiga, no hables, no. Siéntate á mi lado. Estaremos aquí hasta la puesta del sol..... Mira, he encontrado dos fresas..... ¡Los pájaros se lo comen todo!..... Una será para tí; las dos si quieres..... Las partiremos si te parece. Tú me dirás gracias, y yo te escucharé.

Sergio no quiso sentarse y rehusó las fresas que Albina arrojó al suelo con despecho. Ella tampoco hablaba. Hubiera preferido á Sergio enfermo como en los primeros días, cuando le daba la mano por encima de la almohada y le sentía resucitar al contacto de su aliento. Maldecía la salud, que transformaba á su amigo en un dios indiferente. ¿Iba á seguir así, sin mirarla? No se le ocultaba que una llama saltaba á aquellos ojos, ni que Sergio tenía una belleza semejante á la de las estatuas caídas por tierra en el jardín. ¿Qué le faltaba, pues?..... Cuando el sol tomó fuerza, fué preciso volver á casa. Una vez en ella, Albina se echó á llorar.

Todos los días, desde aquella mañana, el convaleciente dió un corto paseo por el parque. Fué más allá del muro, llegando hasta el borde de la terraza, frente á la escalera, cuyas gradas rotas lle-

gaban al jardín. Á cada nuevo baño de sol se sentía más fuerte. Un día quiso bajar la escalera, pero vencido por la debilidad tuvo que sentarse. Abajo, á la izquierda, distinguió un bosquecillo de rosales y sintió deseos de ir á él.

—Espera aún—le dijo Albina—El perfume de las rosas es demasiado fuerte para tí. Yo no he podido sentarme nunca cerca de los rosales sin sentirme vacilante, con la cabeza desvanecida y grandes ganas de llorar..... En fin, te acompañaré hasta los rosales, y lloraré, porque me pones siempre muy triste.

VI.

Una mañana Albina pudo llevar á Sergio hasta el final de la escalera, apartando la hierba con el pie delante de él, abriéndole camino. Después se dirigieron lentamente hacia el plantel de rosas. Era éste un bosquecillo sembrado de altos rosales que parecían por su tamaño robles jóvenes.

Antes hubo allí una admirable colección de plantas; pero desde el abandono del jardín todo nacía á capricho; la selva virgen penetraba también en aquel lugar; los rosales invadían los senderos y

estaban entrelazados á tal punto, que rosas de varios perfumes y de varios colores parecían brotar de idéntico tallo. Rosales que se arrastraban por el suelo extendían sobre la tierra un tapiz aterciopelado, mientras los rosales trepadores, asiéndose los unos de los otros, subían entre un oleaje de verdura, dejando caer á lo largo de sus ramas una lluvia de flores. Sendas naturales se habían formado en medio del bosque; estrechos senderos, largas avenidas, adorables caminos cubiertos, por los cuales se caminaba entre sombras y perfumes.

Así se llegaba á las encrucijadas y á los claros, bajo toldos de rosas encarnadas, entre muros tapizados de rosas amarillas.

Los trozos alumbrados por el sol lucían como piezas de seda verde brochada con manchas de mil colores; los trozos envueltos en la sombra tenían algo así como un recogimiento de alcoba, un dejo de amor, un aroma de ramo prendido sobre el pecho de una mujer. Los rosales parecían cuchichear entre sí, estaban llenos de nidos.

—Tengamos cuidado de no perdernos—dijo Albina entrando en el bosquecillo.—Yo me perdí una vez. Ya se ponía el sol cuando logré desembarazarme de los rosales que me agarraban á cada paso por las faldas.

A los pocos minutos de marcha, Sergio, fatigado, quiso sentarse. Acostóse sobre la hierba, durmiéndose con un sueño profundo. Albina, sentada al lado suyo, permanecía silenciosa.

Ocurría esto en el límite de un sendero, al borde de un claro; el sendero se perdía á lo lejos, rayado con listas de sol, abriéndose en el extremo opuesto sobre el cielo que penetraba en él por una abertura redonda y azul. Otros senderos más pequeños se cruzaban entre la hierba. El claro estaba formado por grandes rosales sobrepuestos que subían con tal desbordamiento de ramas y tal cruzamiento de hojas, que espesas cortinas de follaje, uniéndose en el aire, permanecían suspendidas en él, tendiendo de un arbusto á otro las mallas de una red verdosa. No se veían entre aquellos jirones, semejantes á velos de encaje desgarrados, más que imperceptibles fragmentos del día; era aquel toldo de ramas una criba lápiz-lázuli cerniendo impalpables partículas de sol.

Albina contemplaba á Sergio dormido. Nunca le había visto tal como estaba entonces de fatigado, con los miembros entorpecidos, las manos caídas sobre el césped y la faz muerta. Muerto para ella le juzgaba la niña, pensando que podía besarle en el rostro sin que sintiera el beso; y triste, distrai-

da, ocupábase en deshojar las rosas que crecían al lado suyo. Detrás de su cabeza colgaba una canastilla inmensa acariciando sus cabellos, introduciéndole sus flores en el moño, en las orejas, en la nuca y arrojándole por las espaldas un manto de rosas; aquellas rosas subían también por sus rodillas, cubrían su falda, abrazaban su talle, mientras tres hojas desprendidas, rodeadas á su corpiño en el nacimiento de la garganta, parecían asomarse curiosas para contemplar el seno de la muchacha en toda su adorable desnudez.

—¡Miren el perezoso!—murmuró Albina muy enojada; y cogiendo dos puñados de rosas se los arrojó á Sergio para despertarle. Sergio permaneció dormido á pesar de aquellas rosas que le cubrían los ojos y la boca. Esto hizo reir á Albina, la cual se inclinó besándole los ojos, besándole la boca y soplando al besarle para que las rosas volaran; pero las rosas se defendieron, y la muchacha soltó una carcajada en presencia de aquella caricia insistente de las flores. Sergio se había incorporado, y mirando á Albina, como sorprendido de encontrarla allí, le preguntó:

—¿Quién eres tú? ¿de dónde vienes tú? ¿qué haces tú á mi lado?

Albina sonrió dulcemente al verle tan sorprendido.

De pronto Sergio pareció recordar y dijo con tono de confianza cariñosa:

—Ya me acuerdo: eres mi amor; sales de mi carne; esperas á que yo te coja entre mis brazos para que los dos formemos uno..... Vivías en mí; estabas en mi pecho y yo te daba mi sangre, mis músculos, mis huesos. No sufría nada. Cogías la mitad de mi corazón tan dulcemente que yo experimentaba cierta voluptuosidad en ello. Yo buscaba en mí lo mejor, lo más hermoso, para dártelo..... Te lo hubieras llevado todo y yo te hubiera dado las gracias..... Me he despertado cuando saliste de mí. Has salido por mis ojos y por mi boca, estoy seguro. Y has salido llena de perfume, tan acariciadora, que el roce de tu cuerpo es quien me ha devuelto los sentidos.

Albina le oía extasiada. Al fin la miraba, al fin renacía. Extendiendo las manos le suplicó que continuase.

—¿Cómo he podido vivir sin tí?—murmuró Sergio.—No; no vivía; parecíame á una bestia aletargada..... ¡Tú eres yo mismo! Oye: es preciso que no me abandones, porque al irte, como eres mi aliento, te llevarías mi vida. No nos separaremos. Estarás dentro de mi carne como yo estaré dentro de la tuya. Si alguna vez te abandono,

¡que sea maldito, que mi cuerpo se seque como una hierba inútil y ponzoñosa!

Y cogiéndola por las manos, le dijo con acento vibrante de admiración:

—¡Qué hermosa eres!

Albina, iluminada por la puesta del sol, mostraba las blancuras de su carne, apenas doradas por los últimos resplandores del día. Encima de ella, en rededor suyo, una lluvia de rosas prestaba á su cutis el reflejo de sus colores. Sus rubios cabellos despeinados parecían un astro que se acuesta y cubrían su nuca con ligeros y temblorosos rizos.

Vestía un traje blanco que la dejaba completamente desnuda; á tal punto vivía ella sobre él, descubriendo sus brazos, su garganta y sus rodillas. Mostraba su piel inocente sin vergüenza, como muestran las flores sus hojas, y descubría bajo el ligero velo de sus ropas redondeces robustas, líneas voluptuosas, toda la gracia de un cuerpo naciente bañado todavía por la infancia é inundado por la pubertad. Su fisonomía redonda, su frente algo estrecha, su boca sonriente, se bañaban en la luz tierna de sus ojos azules. Albina era bella porque sí, naturalmente, como son bellos los árboles.

—¡Te amo!—le dijo Sergio atrayéndola hacia él.

Permanecieron juntos, el uno en brazos del otro, sin besarse. Se habían cogido por la cintura, juntado mejilla con mejilla, unidos, mudos, encantados de ser uno solo. En derredor de ellos florecían los rosales con florecimiento loco, amoroso, salpicado de sonrisas rojas, de sonrisas sonrosadas, de sonrisas blancas. Las flores se abrían como corpiños que descubren los tesoros del seno. Había allí rosas amarillas, semejantes á la piel dorada de las mujeres del trópico; rosas color de paja, color de limón, color de sol; todas las variedades de las carnes abrasadas por un cielo ardiente. Luego aquellas carnes se civilizaban y se enternecían. Las rosas té parecían cuerpos pálidos, pudorosos, inocentes, ligeramente azulados por el cruce ligero de las venas. Después surgía la vida sonriente de las flores; la rosa blanca, apenas teñida de un ligero encarnado, imagen de un pie virgen que toca el agua de un arroyo; la rosa pálida, más seductora que la blancura de una rodilla entrevista; la rosa pura, remedando en sus tonos la desnudez de la mujer; la rosa encarnada, semejante á unos labios entreabiertos exhalando el perfume de una respiración tibia. Los rosales trepadores, los grandes rosales cubiertos de flores, vestían todas aquellas rosas, todas aquellas carnes

con el encaje de sus hojas, con la inocencia de su transparente muselina, mientras aquí y allá rosas color de vino, rosas negras, rosas ensangrentadas manchaban aquella pureza de desposada con matices de pasión.—Bodas del bosque preparando las virginidades de Mayo para las fecundidades de Julio y Agosto; primer beso inocente cogido como de un ramo en la mañana del matrimonio.—Hasta en la hierba misma las rosas de musgo con sus vestidos de lana verde aguardaban al amor. A lo largo del sendero, rayado de trecho en trecho por el sol, rodaban las flores avanzando, llamando á los céfiros que pasaban cerca de ellas. Las rosas tenían distintos modos de amar. Unas sólo permitían entreabrir sus capullos con timidez, ruborosas, mientras otras con el corpiño suelto, desgarrado, abierto de par en par, estaban como locas, entregando su cuerpo aun en el momento de morir. Las había pequeñas, alegres, alineadas como colegialas; enormes, perezosas, robustas como sultanas; risueñas, con aire de muchacha vanidosa, mostrando sus pétalos emblanquecidos como si se hubieran dado una mano de polvos de arroz; honestas, vestidas con corrección burguesa; aristocráticas, elegantes, originalísimas, artísticamente tocadas. Las rosas abiertas en forma de

copa ofrecían su perfume como si estuviera dentro de un vaso de cristal precioso; las rosas recogidas en forma de urna lo dejaban caer poco á poco; las rosas redondas, semejantes á pequeñas coles, lo exhalaban con aliento regular de flores dormidas; las rosas en capullo cerraban sus hojas, no desprendiendo de ellas más que el suspiro vago de su virginidad.

—¡Te amo! ¡te amo!—repitió Sergio en voz baja.

Albina era también una rosa; una rosa pálida abierta por la mañana. Tenía los piés blancos, las rodillas y los brazos sonrosados, la nuca dorada, la garganta flexible, de tacto exquisito, cubierta de pequeñas venas. Olía bien, y brindaba en sus labios, como en una copa de coral, su perfume inocente todavía. Sergio respiraba aquel perfume guardándolo en su pecho.

—¡Oh!—dijo ella riendo.—No me haces mal; puedes tomarme toda entera.

Sergio quedó sorprendido de aquella risa que parecía el trino de un pájaro.

—¿Eres tú quien canta así?—dijo.—Nunca he oído nada tan dulce..... Eres mi alegría.

Albina reía, reía más fuerte; era la suya una risa sin fin, una música vibrante, triunfal, cele-

brando las voluptuosidades del recuerdo. Todo reía en aquella risa de mujer naciente á la hermosura y al amor; las rosas, el bosque perfumado, el Paradou entero. Hasta entonces había faltado un encanto al mismo jardín, una voz graciosa que fuese la alegría viviente de los árboles, de las aguas, del sol. El encanto llegaba ya: la risa de Albina.

—¿Qué edad tienes?—preguntó ésta, terminando su risa con una nota suave y temblorosa.

—Veintiséis años—respondió Sergio.

Albina se asombró. ¡Cómo! ¿Sergio tenía veintiséis años? Sergio mismo estaba sorprendido de su respuesta, porque en realidad juzgaba que no tenía más que un día, una hora.

—Y tú ¿qué edad tienes?—preguntó á su vez.

—¿Yo? diez y seis años.

Y se entusiasmó repitiendo su edad, cantando su edad. Se reía de tener diez y seis años, con una risa sin término que corría como un hilo de agua entre el ritmo tembloroso de la voz. Sergio la miraba de cerca, maravillado de aquella risa que iluminaba el rostro de la muchacha. Apenas si reconocía á ésta con sus mejillas ruborosas y sus ojos semejantes á esos jirones de cielo iluminados por el despertar de una estrella, y sus labios

arqueados para descubrir la rosa húmeda de su boca.

Cuando Albina cesó de reir, Sergio la sujetó por la espalda, buscando algo maquinalmente detrás de su nuca.

—¿Qué quieres?—preguntó ella.—Y como si recordara de pronto, añadió:—¿quieres mi peineta? ¿quieres mi peineta?

Y le dió su peineta, dejando caer las espesas trenzas de su pelo. Fué como una madeja de oro desatada. Sus cabellos le llegaban hasta los pies, y los mechones que le caían sobre el pecho acabaron por vestirla regiamente. Sergio, al contemplar aquel desbordamiento brusco, lanzó un ligero grito. Besaba uno por uno todos los mechones, abrasándose los labios en aquel resplandor de sol poniente.

Pero Albina, disgustada de su silencio, le hablaba, le preguntaba sin detenerse:

—¡Ay!—decía;—¡cuánto me has hecho sufrir! No era nada para tí, y pasaba los días inútil, impotente, desesperando de mí misma..... Al menos los primeros días te acordabas de mí. Me veías, me hablabas..... ¿Te acuerdas cuando estabas en la cama y reclinándote sobre mi espalda, me decías que te hacía mucho bien?

—No —dijo Sergio—no me acuerdo..... No te he visto nunca; acabo de verte por la vez primera, bella, resplandeciente, inolvidable.

Albina palmoteó, llena de impaciencia, gritando:

—¿Y mi peineta?¿no te acuerdas que te la dí para hacer las paces cuando aun eras un niño? Ahora mismo, ¿no la buscas?

—No—repuso Sergio—no me acuerdo..... Tus cabellos son finos como la seda. No había besado nunca tus cabellos.

Albina se empeñó en contar ciertos detalles de la convalecencia; pero él, riendo siempre, acabó por taparle los labios con la mano diciendo:

—No, cállate; no sé más, no quiero saber más. Acabo de despertar y te he encontrado aquí cubierta de rosas. Eso basta.

Y la apretó fuertemente entre sus brazos, murmurando:

—Sin embargo, es verdad; pero está muy distante..... Yo te amaba en medio de un sueño doloroso. Tenías los mismos ojos azules, la misma cara un poco redonda, el mismo aire infantil; pero ocultabas tus cabellos obstinadamente en una toca, y yo no me atrevía á apartar aquella toca, porque tus cabellos me hubieran matado..... Hoy tus ca-

bellos son el encanto de tu persona; guardan tu perfume y depositan toda tu belleza entre mis manos. Cuando los beso, cuando los pongo como ahora sobre mi rostro, bebo tu vida.

Y arrollaba á sus manos la cabellera de Albina, apretándola contra sus labios como para hacer salir toda la sangre de la muchacha. Después de una pausa continuó:

—¡Es extraño! Antes de haber nacido me acuerdo de mí..... Estaba enterrado en alguna parte. Tenía frío. Oía agitarse á mis espaldas la vida de fuera, pero me tapaba los oídos, desesperado, habituado á mi agujero de sombras, donde gozaba alegrías terribles, sin procurar desembarazarme del montón de tierra que abrumaba mi pecho..... ¿Dónde estaba yo? ¿quién me ha sacado á la luz?

Y hacía esfuerzos de memoria, mientras Albina deseaba que no recordase. Para conseguirlo tejió una guirnalda de claveles y la arrolló al cuello de Sergio. Esta acción sacó al joven de su ensimismamiento en los recuerdos.

—Tienes razón—dijo;—soy tuyo; ¡qué me importa lo demas! ¿Tú eres, verdad, quien me ha sacado de la tierra? Debía estar debajo del jardín. Lo que yo oía eran tus pasos rozando en las guijas del sendero. Me buscabas y traías sobre mi

cabeza cantos de pájaros, perfume de violetas, rayos de sol..... Yo sabía que acabarías por encontrarme, y te esperaba, créelo, desde hace mucho tiempo. Pero no esperaba que te presentases á mí con el velo quitado y con los cabellos sueltos, esos cabellos que me asustaban tanto y que ahora me parecen tan dulces.

Y atrayéndola hacia sí, sentándola sobre sus rodillas, poniendo su cara junto á la de ella, murmuró:

—No hablemos más. Estamos solos para siempre y nos amamos.

Por mucho tiempo permanecieron inocentemente uno en brazos del otro.

El sol remontaba su curso; una lluvia caliente de rayos caía de las altas ramas. Las rosas amarillas, las rosas blancas, las rosas rojas no eran más que un resplandor de la alegría de los jóvenes, una forma de sus sonrisas. En verdad, necesitaban un pueblo de capullos que les rodeara. Las rosas les coronaban arrojando guirnaldas á sus pies; y el perfume de aquellas rosas era tan penetrante, estaba tan saturado de amorosa ternura, que parecia el mismo perfume de su aliento.

Sergio fué quien peinó á Albina. Cogió sus cabellos en un puñado con encantadora torpeza y los

sujetó con la peineta en desordenado haz. Á él le pareció que su amiga estaba admirablemente peinada. En seguida se levantó, le tendió las manos, la sujetó por el talle para que se pusiera de pie, y los dos juntos, corriendo siempre, sin hablar, se alejaron dulcemente por el sendero.

VII.

Albina y Sergio entraron en el Parterre. Ella miraba á su amigo con inquieta solicitud, temerosa de que se fatigara; pero éste la animó con una ligera sonrisa; sentíase fuerte para conducir á la muchacha donde quisiera ir. Al encontrarse en pleno sol lanzó un suspiro de placer. Al fin vivía; ya no era una planta que sufre las agonías del invierno. ¡Qué reconocimiento tan grande experimentaba por Albina! Hubiera querido evitar á sus pequeños pies las rudezas de los senderos; sentía impulsos de llevarla en brazos como á una niña á quien su madre mece para que duerma. Convirtióse en guardián celoso de la muchacha, apartando de su paso las ramas y las piedras, velando para que el viento no tocara aquellos cabellos cuyas caricias le pertenecían á él solo. Ella se había apoyado en la es-

palda del joven, abandonándose á él llena de serenidad.

Así fué como Albina y Sergio caminaron bajo el sol por vez primera.

La pareja dejaba un olor grato detrás de sí; daba encantos al sendero, á la par que el sol desenrollaba una alfombra de oro ante su paso; avanzaba, semejante á una aparición, por entre el florido ramaje, tan deliciosa, tan bella, que los paseos extendidos á lo lejos la llamaban, la saludaban con murmullos de admiración, como saludan las turbas á los reyes de largo tiempo deseados. Y aquella pareja formaba un solo ser soberbiamente hermoso. La piel blanca de Albina se confundía con la piel morena de Sergio. Paseaban lentamente, vestidos de sol; eran el sol mismo. Las flores, inclinándose sobre el tallo, los adoraban.

Al llegar al Parterre se sintieron emocionados: el Parterre los escoltaba. Vasto campo abandonado durante un siglo; rincón del Paraíso donde el viento esparcía las más raras especies de flores. La paz dichosa del Paradou, durmiendo al sol, ayudaba el engrandecimiento de las especies. Había allí una temperatura igual, una naturaleza ensanchada en sus proporciones; vivía en aquel sitio silencioso y fuerte. La vegetación era enorme, sober-

bia, poderosamente inculta, llena de sorpresas que desprendían florescencias monstruosas, vírgenes á la hoz del jardinero. Entregada á sí propia, en libertad de crecer sin temor en el fondo de aquella soledad, protegida por abrigos naturales, la naturaleza se desbordaba más y más á cada primavera que nacía, tomando proporciones formidables, ofreciendo ramos gigantescos y extraños que ninguna mano debía coger. Parecía dedicada á destruir todo lo que el hombre había hecho; revolvíase contra la obra humana arrojando á la desbandada sus flores por los paseos, atacando los grutescos con oleajes de musgo, anudando á los mármoles la cuerda flexible de sus plantas trepadoras, rompiendo las piedras de las fuentes, de las escaleras, de las plataformas, y llenándolas de arbustos; corría hasta apoderarse de los menores trozos cultivados, plantando sobre ellos, como bandera de rebelión, alguna simiente recogida en su marcha, simiente que pronto se convertía en inmenso follaje.

En otro tiempo el Parterre, cuidado por un dueño que sentía amor hacia las flores, mostraba en cuadros é invernaderos plantas maravillosas. Al presente se encontraban las mismas plantas, pero se encontraban perpetuadas, convertidas en tribus innumerables que invadían tan furiosa-

mente los cuatro ángulos del jardín, que el jardín no era más que una lucha, un asalto continuo, arremolinándose sobre los muros; un lugar sospechoso donde la naturaleza borracha vomitaba nardos y verbenas.

Albina conducía á Sergio apoyándose confiadamente en su espalda. De primer intento le condujo á la gruta. En el fondo de un ramaje espeso de álamos y de sauces alzábase un grutesco descuajado, con blocs de granito caídos en el suelo é hilillos de agua corriendo por entre las piedras. La gruta desaparecía bajo el asalto del follaje. En la parte baja millares de rosas parecían luchar, y luchaban para forzar la entrada frente á un ejército de flores rojas y amarillas, de malvas blancas que se enroscaban por ortigas colosales de color verde bronce. Después el asalto acrecía, trepando siempre: los jazmines esmaltados por sus sencillas flores; las hiedras agrupándose para darse auxilio; las madreselvas surcadas por brotes de coral pálido; las clemátidas alargando sus brazos engalanados por garzotas blancas; todos acudían al combate, y con ellos otras plantas que por ellas trepaban: las capuchinas con sus carnes verdosas y desnudas, abriendo sus bocas de oro enrojecido; las habichuelas de España, fuertes como cuerdas

delgadas; las enredaderas abriendo millones de campanillas pintadas de exquisitos y varios colores; los guisantes agitando sus hojas como alas de pájaros..... Todo estaba allí. Cabellera de inmensa verdura, salpicada por una lluvia de flores; cabellera cuyos rizos se esparcían por todas partes, escapándose con ansia loca, haciendo soñar en una mujer gigante, joven, que en un espasmo de pasión ocultaba la cabeza entre las ondas de aquella cabellera enorme extendida como un mar de perfumes.

—Nunca me he atrevido á penetrar esa negrura—dijo Albina al oído de Sergio.

Este la animó, ayudándola á subir por encima de las ortigas, y observando que un bloc cerraba la gruta, alzó entre sus brazos á la muchacha para que pudiera inclinarse sobre el hueco que se levantaba á alguna distancia de la tierra.

—Hay—murmuró Albina—una mujer de mármol acostada á lo largo de la corriente. El agua se le ha comido la cara.

Sergio quiso mirar también. Empinóse con ayuda de sus puños. Un ambiente fresco rozó sus mejillas. En medio de los juncos y espadañas, iluminada por un rayo de luz que penetraba por el agujero, estaba la mujer, desnuda hasta la cintu-

ra y cubierta de cintura abajo por una túnica que le llegaba á los tobillos. Era aquella estatua la memoria de un siglo, el suicidio lento de un mármol; el agua que corría sobre ella había hecho de su rostro una piedra lisa, una blancura sin faz, mientras sus dos pechos, como levantados fuera de la corriente por un esfuerzo de la nuca, permanecían intactos, vivos aún, hinchados por antiguas voluptuosidades.

—¡Bah! no está muerta—dijo Sergio cuando bajaba.—Algún día será necesario venir por ella.

Albina le apartó de allí. Caminaron á través de un prado de flores, á capricho, sin camino trazado. Sus pies tenían por alfombra hermosas plantas, las plantas que antes bordaban los paseos y ahora se extendían como tapiz sin término. Se hundían por instantes hasta los tobillos en la seda aterciopelada de aquella alfombra, cubierta de mariposas sonrosadas, de mosquitos azules, de insectos que al juntarse remedaban todos los colores del íris. Más lejos atravesaban entre gigantescas resedas que les subían hasta las rodillas como un baño de perfumes; salían de un campo de lirios para entrar en un campo de violetas tan candorosas, que temían pisarlas; y al verse rodeados de violetas por todas partes, caminaban despacito sobre

aquella blancura embalsamada que traía á ellos el aliento de la primavera. Detrás de las violetas se extendían otras flores, pero las violetas aparecían pronto; un mar de violetas acudía por todas partes, arrojando á los pies de Sergio y Albina incienso virginal, acompañándoles con la respiración de sus flores ocultas pudorosamente bajo las hojas.

Albina y Sergio se perdieron en aquel laberinto de hojas y flores, sin encontrar el camino; y al ver que Sergio quería hallarle á todo trance abriéndose paso por entre las ramas, Albina le suplicó que no hiciese daño á las flores.

—Romperás las ramas, estropearás las hojas—le dijo.—En los años que vivo aquí he tenido mucho cuidado de no lastimar á nadie..... Ven, te enseñaré los pensamientos.

Y le obligó á volver sobre sus pasos, conduciéndole por senderos estrechos al centro del Parterre, lleno de fuentes, con el borde de sus pilas de mármol destrozado y roto y convertidas en jardines tambien. En una de las fuentes más grandes el aire había arrojado una semilla de pensamientos, y esto fué bastante para que nacieran flores múltiples que parecían personas vivientes con sus trenzas de pelo violado, sus ojos amari-

llos, sus bocas pálidas y sus delicados óvulos de color de carne.

—Cuando yo era más joven—dijo Albina—me daban miedo. ¿Verdad que parecen personas chiquitinas que le miran á uno desde el suelo?..... ¡Y vuelven la cara cuando uno pasa! Diríase que son muñecas enterradas que asoman la cabeza.

Desde allí fueron á visitar las otras fuentes. En la más próxima habían nacido amarantos que erizaban sus monstruosas crestas semejantes á orugas ensangrentadas. Después había otra fuente cubierta de geráneos, y á seguida de ésta otra que ostentaba una colección espléndida de claveles blancos y rojos; en el fondo de esta fuente, en la garganta del león que antes arrojaba borbotones de agua, florecía un enorme clavel rojo de tan vigorosos tonos, que el viejo y mutilado bruto parecía arrojar por la boca espumarajos de sangre.

—¡Y aun no hemos atravesado la mitad del Parterre!—dijo Albina con orgullo.—Allá abajo están las flores grandes, los campos donde yo desaparezco por completo como una perdiz entre los trigos.

Se dirigieron hacia allí, bajando una larga escalera de mármol jaspeado. A lo largo de las gradas corría un arroyo de alelíes, semejante á una

sabana de oro líquido. A uno y otro lado los cardos remedaban candelabros de bronce verde, agudos, erizados, amontonados en forma de picos de pájaros fantásticos, construídos con arte extraño y caprichoso. De las balaustradas, rotas y hendidas, caían cabelleras verdosas. Al pie de la escalera se extendía un segundo Parterre cortado por bojs robustos, alineados correctamente unas veces, recortados en forma de esferas, de pirámides, de octógonos en otro tiempo, y entonces magníficamente desarreglados, cubiertos de sombría verdura, por cuyos huecos se veían trozos de cielo azul.

Albina condujo á Sergio á un campo situado á la derecha, el cual era como el cementerio del Parterre. Las adormideras, respirando la muerte, se extendían en fila, esparciendo sus flores con ansiedad febril. Las trágicas anémonas semejaban turbas desoladas, con el rostro martirizado y el color terroso por aquel aliento epidémico. Las daturas alargaban sus nervecillos violáceos, donde los insectos cansados de vivir venían á beber un veneno suicida. Las caléndulas con su follaje apretado remedaban en sus flores cuerpos de estrellas agonizantes, exhalando la peste de su descomposición. Aun existían mayores tristezas: los ranúnculos carnosos, de un color triste de metal

oxidado; las tuberosas exhalando la asfixia, agonizando en su perfume. En medio de este campo melancólico, un amor de mármol permanecía de pie, mutilado, con el brazo que sujetaba el arco caído sobre las ortigas, sonriendo siempre entre aquella agonía donde brillaba su infantil desnudez.

Después Sergio y Albina se metieron hasta la cintura en un campo de peonías. Las flores blancas con su lluvia de largos pétalos les refrescaban las manos, semejantes á las anchas gotas de una borrasca. Las flores rojas parecían caras apoplécticas, cuya risa enorme inquietaba á los paseantes. Estos ganaron por la izquierda un campo de fuxías; atravesaron en seguida campos de verónicas, campos de geráneo y de pelarganio, sobre los cuales parecían correr llamas ardientes, el rosa, el rojo, el blanco incandescente de una hoguera encendida que los menores soplos de viento agitaban sin cesar. Tuvieron que levantar un cortinaje inmenso, apartando con la mano haces de flores que brillaban al sol con riquezas de llama de antorcha agitada. Luego se metieron por un bosque de tornasoles de troncos gruesos como el talle de Albina, guarnecidos de hojas rudas, tan anchas que podían servir de cuna á un niño, y poblados por

rostros gigantes, rostros de astro que resplandecían como otros tantos soles. Llegaron por fin á otro bosque, un bosque de rhododendrones, tan pletórico de flores, que las hojas y las ramas no podían verse, cubiertas como estaban por ramilletes monstruosos que subían hasta el horizonte.

—¡Aun no estamos al fin!—gritó Albina.—Marchemos, marchemos siempre.

Pero Sergio la detuvo. Ocupaban el centro de una columnata arruinada. Restos de columnas tumbados sobre la hierba sustituían á los bancos. A lo lejos, entre las columnas que restaban en pie, extendíanse más campos de flores: campos de tulipanes, campos de petunias....., campos siempre, campos hasta el infinito, cuyas flores no se conocían ya; anchos tapices iluminados por el sol y rebosantes de perfume.

—Nunca llegaremos á verlo todo—dijo Sergio riendo y con la mano extendida.—Aquí podemos sentarnos, estaremos bien con el olor que sube.

Al lado suyo crecía un campo de heliotropos despidiendo alientos perfumados y dulces. Sergio y Albina se sentaron sobre una de las columnas volcadas, entre un ramo de lirios que habían nacido allí. Hacía una hora que caminaban. Habían llegado desde las rosas hasta los lirios, atravesan-

do todas las flores. Los lirios les ofrecían un refugio de candor, después de un paseo de amantes entre las ardientes solicitaciones de las madreselvas suaves, de las violetas olorosas, de las verbenas que exhalaban el aliento fresco de un beso, de las tuberosas que esparcían el hálito de una voluptuosidad mortal. Los lirios con los tallos enlazados les brindaban un pabellón blanco salpicado por chispas de oro que brillaban sobre los pistilos de cada flor. Y allí permanecieron los jóvenes como dos niños recién casados soberanamente púdicos en un centro de pureza, de candor inabordable, donde se amaban todavía con el encanto limpio de la inocencia.

Albina y Sergio estuvieron entre los lirios hasta muy tarde. Allí se encontraban perfectamente; allí acababan de nacer. Albina estaba pálida, con una palidez color de leche que no sonrosaba rubor alguno. Ninguno de ellos vió que tenían los brazos desnudos, el cuello desnudo, las espaldas desnudas; sus cabelleras sueltas tampoco les turbaban. Apoyados el uno en el otro, reían con risa franca, encontrando frescura al abrazarse. Sus ojos tenían la calma límpida del agua de una fuente, sin que la impureza subiese de su carne para turbar aquella limpidez. Sus mejillas eran

como frutos vellosos apenas maduros, que ninguno de los dos se atrevía á morder. Cuando abandonaron los lirios aun no tenían diez años; parecíales que acababan de encontrarse en el fondo del jardín para vivir en él, entregados á juegos y amistad eternos.

Al atravesar el Parterre, á la hora del crepúsculo, las flores parecieron volverse más discretas, dichosas de verlos tan jóvenes, no queriendo pervertir su inocencia. Los bosques de peonías, los grupos de claveles, las alfombras de misutis, las colgaduras de clemátidas adormecidas por el aire de la tarde no ofrecían á la parcja una alcoba de amor, sino un lugar tan puro como la pureza de Sergio y Albina. Los pensamientos les miraban como camaradas, con sus caritas pequeñas y candorosas; y las resedas, sacudidas por la falda de Albina, parecían evitarles, llenas de compasión, el hálito de su perfume calenturiento y febril.

VIII.

Al día siguiente, al amanecer, fué Sergio quien llamó á Albina. Ésta dormía en un cuarto del piso superior, donde aquél no tuvo nunca la idea

de subir. Se asomó á la ventana y vió que la muchacha recién levantada abría las maderas. Los dos rieron mucho al verse.

—Hoy no saldrás—dijo Albina, entrando en la habitación de Sergio.—Es necesario descansar..... Mañana quiero llevarte lejos, muy lejos, á un sitio donde estaremos á nuestro gusto.

—Entonces, hablemos—dijo Sergio.

—¡No que no!—repuso ella.—Te contaré cuentos.

Pasaron un día delicioso. Las ventanas estaban abiertas de par en par, y el Paradou, riendo con los jóvenes, entraba en el cuarto. Sergio tomó por fin posesión de aquella sala donde creía haber nacido. Quiso verlo todo y que se lo explicaran todo. Los amores de plata que se alzaban á la entrada de la alcoba le divirtieron tanto, que subió á una silla para atar la cintura de Albina al cuello del más pequeño. Albina palmoteó con alegría; pero de pronto dijo como si se sintiera apiadada:

—No, no; desátame..... Eso le impide volar.

Pero más todavía que aquéllos, entretuvieron á Sergio los amores pintados encima de las puertas. Le disgustaba no conocer los juegos en que se entretenían; todas las pinturas estaban pálidas. Ayudado por Albina acercó una mesa, sobre la

cual subieron los dos. Albina daba explicaciones.

—Mira—decía—estos arrojan flores; debajo de esas flores no se ven más que tres piernas desnudas. Cuando yo vine aquí, me parece que había una señora acostada; pero con el tiempo ha desaparecido.

Acabaron de examinar las pinturas sin que ninguna impureza viniera hasta ellos desde aquellas indecencias de retrete. Las pinturas, recuerdo envejecido del siglo XVIII, estaban demasiado muertas para no descubrir más que las rodillas y los codos de aquellos cuerpos, imagen antes de plácidas lujurias. Los detalles fuertes cuyo perfume conservaba aun la alcoba, habían desaparecido devorados por el tiempo. La habitación, como el parque, se había vuelto virgen bajo la tranquila influencia del sol.

—¡Bah! ¡son muchachos que juegan!—dijo Sergio bajando de su observatorio.—¿Sabes tú jugar á las esquinas?

Albina sabía jugar á todos los juegos; pero para aquel hacían falta tres personas lo menos, y ellos sólo eran dos. Esto les hizo reir mucho, y Sergio gritó que estaban muy bien siendo dos. Luego juraron ser dos y nada más que dos.

—Se está aquí muy bien—dijo el joven, echán-

dose en un sofá.—Y los muebles huelen á viejos, su olor me gusta..... Esto es dulce como un nido. Aquí tienes una habitación que debe traer la dicha.

Albina sacudió lentamente la cabeza.

—Si yo hubiera sido miedosa—murmuró—hubiera tenido miedo al principio..... Esta historia es la que quiero contarte. La he oído á la gente. Puede que sea mentira. Pero en fin, nos entretendrá.

Se sentó al lado de Sergio y dijo:

—Hace años, muchos años..... el Paradou pertenecía á un señor muy rico que vino á encerrarse aquí con una señora muy hermosa. Las puertas de la casa estaban tan fuertemente cerradas, los muros del jardín eran tan altos, que nadie pudo ver ni la falda de la señora.

—Ya lo sé—dijo Sergio;—la señora no volvió á aparecer.

Y al ver que Albina le miraba sorprendida de que conociera la historia, continuó en voz baja, algo sorprendido también:

—Ya me lo has contado otra vez.

Albina protestó. Después pareció recordar, dejándose convencer, lo que no sirvió de inconveniente para que continuara su relato en esta forma:

—Cuando el señor se fué, tenía los cabellos blancos ; hizo tapiar todos las aberturas para que nadie viera á la señora..... La señora murió en este cuarto.

—¡En este cuarto !—gritó Sergio.—Eso no me lo habías dicho..... ¿Estás segura de que ha muerto aquí?

Albina aseguró que repetía lo que sabía todo el mundo. El señor había hecho construir el pabellón para alojar á aquella desconocida con aires de princesa. Los criados aseguraron más tarde que pasaba allí los días y las noches.

—Y habiendo muerto ella — repuso Sergio — ¿has ocupado su habitación y te sirves de sus muebles y te acuestas en su lecho?

Albina sonrió.

—Ya sabes que no soy miedosa — dijo.— Además, son cosas muy antiguas..... La habitación te parece llena de ventura.

Se detuvieron mirando un instante la alcoba, el alto techo, los ángulos cubiertos de sombras grises. Había en todas partes como un enternecimiento amoroso, un suspiro débil del pasado, el recuerdo dulce de una mujer adorada.

—Sí — murmuró Sergio — no se puede tener miedo. Esto está muy tranquilo.

Albina repuso, acercándose á él:

—Lo que pocas personas saben es que ellos habían descubierto en el jardín un rincón feliz donde acabaron por habitar á todas horas. Yo tengo de ese retiro una idea cierta..... Un rincón de sombra fresca, protegido por follajes impenetrables, tan hermoso que hace olvidar el mundo entero..... Allí ha debido ser enterrada la señora.

—¿Está en el Parterre ese sitio?—preguntó Sergio curiosamente.

—¡Ah! ¡no lo sé! ¡no lo sé!—dijo la muchacha. —He buscado por todas partes sin dar aún con ese lugar dichoso..... No está ni entre las rosas, ni entre los lirios, ni sobre la alfombra de violetas.

—¿Será—repuso Sergio—en aquel rincón de flores tristes donde me has enseñado un niño de pie con un brazo roto?

—No, no.

—¿Será en el fondo de la gruta? ¿será en el agua clara donde se baña la mujer de mármol que no tiene rostro?

—No, no.

Albina permaneció un instante silenciosa. Después siguió como hablando consigo misma:

—Desde que llegué aquí me he puesto á buscarlo. He pasado días enteros en el Paradou, he re-

gistrado los menores grupos de follaje para sentarme una hora, siquiera una hora, en aquel lugar. ¡Cuántas mañanas perdidas entre las rosas, visitando los más ocultos rincones del parque!..... ¡Hubiera reconocido en seguida ese retiro encantador con un árbol inmenso que debe cubrirlo con su toldo de hojas, con su hierba fina como la seda, con sus muros de boj verde, que los mismos pájaros no pueden penetrar!

Enlazó con sus brazos el cuello de Sergio, diciéndole en tono de súplica:

—Mira. Ahora somos dos; lo buscaremos y lo encontraremos..... Tú que eres fuerte apartarás las ramas grandes delante de mí para que yo mire. Me llevarás en brazos cuando esté cansada; me ayudarás á saltar los arroyos; subirás á los árboles para descubrir el camino si llegamos á perdernos..... ¡Qué alegría cuando podamos sentarnos el uno junto al otro bajo un toldo de flores en aquel claro! ¡Me han dicho que allí se vive en un minuto una vida!..... Dime, querido Sergio, desde mañana registraremos el parque mata por mata hasta que hayamos satisfecho nuestro deseo, ¿verdad?

Sergio se encogió de hombros sonriendo.

—¡Cómo!—dijo—¿no se está bien en el Parte-

rre? Basta permanecer entre las flores sin ir á buscar otra dicha.

—Allí es donde está enterrada la muerta—murmuró Albina sin oirle. — El árbol tiene una sombra cuyo encanto mata..... Pero yo moriría á gusto. Nos acostaríamos uno en brazos de otro, y cuando muriéramos no nos encontraría nadie.

—No, cállate; me disgustas—interrumpió Sergio con inquietud.—Yo quiero que vivamos al sol, lejos de esa sombra mortal. Tus palabras me turban como si me anunciaran alguna desgracia irreparable. No debemos sentarnos bajo la sombra de un árbol cuyo solo recuerdo estremece.

Reinó el silencio. Sergio se levantó del sofá donde había estado acostado. Reía, asegurando que aquellas historias le agradaban poco. El sol descendía ya cuando Albina accedió á bajar un instante al jardín. Condujo á Sergio de la mano hasta un campo de escombros, erizado de espinos. Era el antiguo emplazamiento del castillo, negro aún por el incendio que había derribado sus muros. Bajo los espinos, las piedras, caídas y rotas en pedazos, cubrían sus grietas con cintas de verdura, semejantes á culebras que se arrastraban para penetrar por los huecos. Solos en medio de las ruinas, sin decirse nada, pensaban los dos jóvenes

en la misma cosa: en la hermosa dama que había arrastrado sus faldas de seda por aquellos lugares desiertos entonces, poblados tan sólo por lagartos que se paseaban perezosamente.

Sergio acabó por subir al montón de escombros más alto, mirando el parque, que desarrollaba sus inmensas cortinas verdes, y buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albina, de pie á su lado, permanecía grave.

—El pabellón está allí, á la derecha—dijo sin ser interrogada.—Es todo lo que resta..... ¿Lo ves bien, al extremo de aquel paseo de tilos?

Volvieron á guardar silencio. Luego, como si continuara en voz alta las reflexiones que se hacían los dos mentalmente, Albina exclamó:

—Para ir á verlo es preciso descender por ese paseo; después, dando la vuelta á los castaños, se entra en los tilos..... Se tardará en llegar un cuarto de hora.

Sergio no abrió los labios. Bajó juntamente con Albina por el paseo, dieron vuelta á los castaños y penetraron en los tilos. Era aquél un camino de amor. Sergio y Albina buscaban sobre la hierba las huellas de un pie, un tronco caído, algún indicio que les probara que iban por buena senda. La noche caía, y el bosque los llamaba

desde el fondo de sus follajes con voz moribunda.

—Oye—dijo Albina cuando llegaron enfrente del pabellón.—No subas hasta dentro de tres minutos

Y echó á correr alegremente, encerrándose en la habitación. Después de dejar que Sergio llamase dos veces á la puerta, la entreabrió discretamente y recibió á su compañero, haciéndole una reverencia á la moda antigua.

—Buenos días, mi querido señor—dijo abrazando á Sergio.

Esto les agradó mucho. Jugaron á los novios con puerilidad de chiquillos. Bebían toda la pasión que agonizaba allí; la aprendían como una lección que balbuceaban de manera adorable, sin acertar á besarse en los labios, contentándose con las mejillas, acabando por saltar uno enfrente de otro, riendo á carcajadas, envueltos en su ignorancia, que no sabía expresar de otro modo el placer que experimentaban amándose.

IX.

Al día siguiente, al amanecer, Albina quiso ir á dar un paseo que había proyectado la víspera. Saltaba alegremente diciendo que no volverían en todo el día.

—¿Dónde me llevas?—preguntó Sergio.

—¡Ya verás! ¡ya verás!—repuso ella.

Pero él, sujetándola por las muñecas, la miró cara á cara.

—Es preciso ser bueno—dijo;—no quiero que busques ni tu claro, ni tu árbol, ni tu hierba, ese sitio donde se muere. Ya sabes que está prohibido.

Albina enrojeció ligeramente, protestando, diciendo que ella no se ocupaba de aquellas cosas. Después añadió:

—¿Es decir que si lo encontráramos sin buscarlo, por casualidad, no te sentarías?..... Es muy poco lo que me amas.

Partieron juntos, atravesaron el Parterre de prisa, sin pararse á contemplar las flores. La mañana tenía un color sonrosado, una sonrisa de muchacho bonito que al despertar abre los ojos entre las blancuras de su almohada.

—¿Dónde me llevas?—repitió Sergio.

Albina reía sin quererle responder. Al llegar frente á una sabana de agua que cortaba el jardín en el extremo del Parterre, se detuvo muy consternada. El arroyo estaba aún muy crecido, efecto de las últimas lluvias.

—No podremos atravesarlo—murmuró.—Yo me quito los zapatos y me remango las faldas de

ordinario para pasar por aquí; pero hoy nos llegaría el agua á la cintura.

Caminaron á lo largo de la orilla buscando un vado. La muchacha decía que era inútil, que ella lo conocía todo. Al fin encontraron un puente natural, un puente de piedras esparcidas aquí y allá, por entre las cuales pasaba el agua formando remolinos de espuma.

—Súbete á mi espalda—dijo Sergio.

—No, no quiero—respondió la muchacha.—Si llegases á caer haríamos un famoso grupo..... No sabes lo traidoras que son estas piedras.

—Súbete á mi espalda—repitió Sergio.

Aquella proposición acabó por tentar á Albina. Tomó carrera y saltó como un muchacho, tan alto, que se puso á horcajadas en el cuello de Sergio. Al ver que éste vacilaba, le gritó que aun no estaba lo bastante fuerte, que quería bajar. Después saltó de nuevo por dos veces. Este juego les divertía mucho.

—¡Cuándo acabarás!—dijo el joven riendo. Vamos, tente firme, que voy á pasar.

Y en tres saltos atravesó el arroyo por el puente de piedra. Al llegar á la mitad del camino creyó Albina que Sergio vacilaba, y lanzó un grito, agarrándole con las manos por debajo de la barba;

Sergio la pasó, trotando como un caballo, á la orilla opuesta.

—¡Arre! ¡arre!—gritaba Albina muy divertida, entusiasmada.

Sergio corrió todo lo que ella quiso, sonando los piés, imitando el ruido de los cascos. Albina chasqueaba la lengua; le había cogido dos mechones de pelo y tiraba de ellos como de unas bridas para dirigirle á la derecha ó á la izquierda.

—Ya, ya estamos —dijo, dándole talonazos en la cintura.

Y saltó á tierra, mientras Sergio, bañado en sudor, se apoyó contra un árbol para tomar aliento. Entonces Albina le reprendió, amenazándole con no cuidarle si por capricho suyo se ponía malo.

—¡Déjame! esto me sienta bien—respondía el joven.—Cuando recobre todas mis fuerzas, te llevaré así mañanas enteras..... ¿Dónde me conduces?

—Aquí—repuso ella, sentándose con él bajo un peral gigantesco.

Estaban en el antiguo huerto del parque. Un seto vivo de oxiacanto, una muralla de verdura partida en brechas, hacía de aquel extremo del jardín una cosa aparte. Era una selva de árboles frutales que la hoz no recortaba hacía más de un siglo. Algunos troncos desgajados violentamente

por el embate de las borrascas que sobre ellos habían pasado, se extendían de través; otros, llenos de nudos enormes agujereados profundamente, parecían sostenerse en tierra con el solo auxilio de su corteza robusta. Las altas ramas, encorvadas por el peso de los frutos, extendían á lo lejos raquetas desmesuradas; otras ramas, partidas por el exceso de la carga, tocaban la tierra sin haber cesado de producir, sostenidas por el desborde incesante de la savia. Los árboles, vueltos á su estado natural, no eran más que pilares torcidos sosteniendo una bóbeda de hojas que se cruzaban, ya enlazándose bruscamente en la altura, ya arrastrándose por el suelo como los pliegues de un cortinaje. En derredor de cada uno de estos colosos, retoños salvajes erguían sus tallos, rodeándolos con el estrecho círculo de sus jóvenes hojas. Entre el resplandor del día, que se deslizaba como un arroyo de agua clara por aquel lecho de verdura, sólo era interrumpido el silencio por la caída de los frutos que el viento arrancaba de las ramas.

Había allí albaricoqueros patriarcales que soportaban gallardamente la vejez de sus años, paralíticos por un lado, pero vivos por la otra mitad y tan jóvenes, que los retoños hacían crujir la corteza por todas partes; ciruelos venerables tapizados de

musgo, que crecían siempre para beber los resplandores del sol, sin que una de sus hojas palideciera; cerezos que parecían ciudades con casas de varios pisos de escaleras raras, con habitaciones de ramas capaces de alojar á diez familias.

Después venían los manzanos con las extremidades rotas, los miembros acuchillados, semejantes á heridas enormes, con el pecho rodeado de vendas verdes; perales lisos rayando el horizonte con sus ramas amarillas; melocotoneros rosáceos abriéndose paso entre sus vecinos con una sonrisa amable y un avance lento, á modo de muchachas bonitas que atraviesan una turba. Todos los troncos, olvidando sus primeros puestos, se habían dado á vagabundear locamente. De tronco á tronco, de rama á rama, corrían sarmientos de viña. Las cepas subían como risas de locos, deteniéndose un instante en cada nudo para repartirse luego en risas más sonoras que invadían todas las hojas á ellas vecinas con la embriaguez dichosa de sus pámpanos. Era la suya una verdura tierna, dorada por el sol y ceñida como una corona de embriaguez á la frente de los colosales habitantes del huerto.

Á la izquierda, árboles más distanciados: almendros con el follaje dividido en claros, reflejando el sol sobre la tierra en forma de lunas caídas. Había

también, al borde de un arroyo que atravesaba el huerto, melones llenos de cicatrices y berrugas, perdidos entre una capa de hojas y semejantes, con su óvalo perfecto, á un grupo de huevos de avestruz. Las zarzas de grosella barrían á cada paso los antiguos paseos, mostrando los límpidos racimos de sus frutos, haz de rubíes, cada uno de cuyos granos se iluminaba con una gota del día.

Setos de frambuesas extendíanse como espinos salvajes, y el suelo no era más que un tapiz de fresales, una hierba sembrada de fresas maduras, cuyo olor tenía un ligero perfume de vainilla.

Pero el rincón encantado del huerto estaba más á la izquierda todavía; hacia la rampla de rocas que escalaba poco á poco el horizonte; allí se entraba en plena tierra ardiente, en un invernadero natural donde el sol caía á plomo. De primer intento era preciso atravesar higueras gigantescas que estiraban sus ramas á manera de brazos que se desperezan, apretando tanto el círculo de sus hojas, que era preciso para pasar romper los retoños que nacían al pie del tronco. Después se caminaba entre zafiros de madroños; luego venía una turba de majuelos, acerolos y azufaifos, á cuyos extremos los granados extendían sus hojas eternamente verdes. Las granadas no maduras aún parecían puños

de niño; las flores de púrpura nacidas al extremo de las ramas asemejábanse á esos pajarillos encarnados y diminutos que no encorvan con su peso los tallos de las hierbas donde viven. Finalmente se llegaba á un bosque de naranjos y de limoneros que arrancaban poderosamente del centro de la tierra. Los troncos derechos alzábanse en hilera como columnas amarillas; las hojas relucientes salpicaban con la alegría de sus claros matices el azul del cielo, rayando la sombra con pequeñas líneas que reflejaban sobre la tierra como los millones de palmas de una alfombra indiana. Era aquella una sombra encantadora como ninguna, después de la cual las sombras del huerto europeo resultaban miserables; una alegría tibia formada por polvos de luz que atraviesan un tamiz de oro volante; una seguridad de verdura perpetua; una fuerza de perfume continuo, el perfume penetrante de la flor, el perfume más temprano del fruto uniéndose para dar á los miembros esa laxitud misteriosa que domina al hombre en los países cálidos.

—¡Vamos á almorzar! —dijo Albina palmoteando.—Lo menos son las nueve, tengo mucha hambre.

Se había levantado. Sergio confesó que él también comería con gusto.

—Tonto—respondió ella—¿no has comprendido que te he traído á almorzar?

—Aquí no nos moriremos de hambre. Todo es para nosotros.

Y los dos penetraron debajo de los árboles, apartando las ramas, metiéndose en la espesura de los frutos. Albina, que marchaba delante con las faldas entre las piernas, se volvió, preguntando á su compañero con voz aflautada:

—¿Qué te gusta más, las peras, los albaricoques, las cerezas ó las grosellas?..... Te advierto que las peras están verdes todavía; pero aun así y todo, son muy buenas.

Sergio se decidió por las cerezas. Albina dijo que en efecto se podía comenzar por ellas, y al ver que su compañero quería cogerlas del primer cerezo que encontró á mano, le detuvo, obligándole á caminar cerca de diez minutos por entre un formidable cruzamiento de ramas. Tal cerezo tenía mala fruta; las cerezas de tal otro eran demasiado agrias; las del de más allá no estarían maduras hasta dentro de ocho días. Albina conocía todos los árboles.

—Vamos, sube á éste—dijo por fin, parándose delante de un cerezo tan cargado de fruta, que sus racimos colgaban hasta el suelo como collares de coral desatados.

Sergio se estableció cómodamente entre dos ramas y se puso á comer. No oía á Albina; supuso que estaba en otro árbol, á alguna distancia, cuando al bajar los ojos la distinguió echada tranquilamente boca arriba delante de él. Se había acostado allí y comía sin servirse de las manos, recogiendo con los labios las cerezas que el árbol descolgaba hasta su boca.

Al verse descubierta se echó á reir á carcajadas saltando sobre la hierba como un pescado blanco salido del agua, arrastrándose sobre el vientre, sobre los codos, dando vueltas al cerezo para seguir recogiendo con los labios las cerezas más gordas.

—Ya ves, me persiguen—gritó.—Mira una que acaba de caerme en el cuello. ¡Qué frescas están!.... ¡Me caen por los ojos, por las orejas, por la nariz, por todas partes! Si quisiera, despachurraría una para pintarme bigotes..... son más dulces las de abajo que las de arriba.

—¡Ca!—dijo Sergio riendo.—Lo que te ocurre es que tienes miedo de subir.

Albina, de puro indignada, enmudeció.

—¡Yo! ¡yo!—balbuceó al fin.

Y recogiendo su falda, sujetándola por delante á la cintura, sin cuidarse de que enseñaba las pier-

nas, abrazó el árbol nerviosamente y se encaramó sobre el tronco con un solo esfuerzo de sus puños. Una vez allí, corrió á lo largo de las ramas sin servirse de las manos; tenía los movimientos ligeros de la ardilla; daba vueltas alrededor de los nudos, equilibrando sobre un pie. Cuando estuvo en lo alto de todo sacudió con los pies el extremo de una rama, gritando con aire de triunfo:

—¿Qué tal? ¿tengo miedo de subir?

—¿Quieres bajar pronto?—imploró Sergio lleno de miedo.—Te lo ruego. Vas á hacerte daño.

Pero Albina, victoriosa, subió más arriba y se sostuvo en la misma punta de la rama, agarrando con las dos manos un puñado de hojas.

—¡Se va á romper la rama!—dijo Sergio asustado.

—¡Bueno, que se rompa!—respondió Albina riendo á carcajadas.—Así me evitará el trabajo de bajar.

Y en efecto, la rama se rompió, pero con delicadeza, lentamente, inclinándose poco á poco como para depositar con mimo en tierra á Albina. Esta no tuvo miedo; se balanceaba agitando sus piernas medio desnudas y gritando:

—Es muy cómodo. Parece un coche.

Sergio había saltado del árbol para recibirla en

sus brazos. Al verle pálido de emoción, Albina le consoló diciéndole:

—¡Bah! ¿caer de los árboles? Eso ocurre todos los días y uno no se hace daño. Riéte, tonto. Toma, date un poco de saliva detrás del cuello; eso es muy bueno.

Y echándose saliva en la punta de un dedo, le frotó con él.

—¿Ves? ya estás bueno—gritó escapando á saltos.—Vamos á jugar al escondite. ¿Quieres?

Se hizo buscar; se escondió gritando ¡cu! ¡cu! desde el fondo de verduras por ella sólo conocidas donde Sergio no podía encontrarla. Este juego del escondite iba acompañado de un terrible merodeo de frutas. El almuerzo continuaba en todos los rincones ocupados por aquellos niños grandes que se perseguían. Albina, rastreando bajo los árboles, alargaba la mano, ya para coger una pera verde, ya para llenarse la falda de albaricoques. En algunos puntos tenía encuentros tan agradables, que olvidándose del juego sentábase en tierra y se ponía á comer gravemente. Hubo un instante en que no oyó á Sergio y tuvo que buscarle á su vez, quedando muy sorprendida de encontrarle debajo de un ciruelo que ella no conocía y cuyas ciruelas maduras despedían un magnífico olor. Le repren-

dió furiosamente. ¿Quería Sergio comérselo todo, cuando no pronunciaba una palabra? Se hacía el tonto, pero tenía buen olfato para descubrir las cosas buenas. Sobre todo, estaba furiosa contra el ciruelo: un árbol que debía haber nacido durante la noche para burlarse de las gentes.

Sergio, al verla enfadada sin querer tomar una sola ciruela, probó á sacudir el árbol violentamente. Una lluvia, una granizada de ciruelas cayó; Albina, que estaba debajo del árbol, recibió ciruelas en los brazos, en el cuello, en mitad de la nariz. Ya no pudo contener sus risas; permanecía bajo el turbión gritando: ¡todavía! ¡todavía! gozando con las balas redondas que rebotaban sobre ella, arrodillándose en el suelo con las manos extendidas, los ojos cerrados y la boca entreabierta.

¡Mañana deliciosa aquella! Albina y Sergio pasaron allí las horas como dos escolares escapados del colegio, corriendo, gritando, persiguiéndose, sin que sus carnes inocentes experimentaran un estremecimiento. Aquello no era más que la diversión de dos camaradas que acababan por besarse en las mejillas. ¡Y qué rincón tan delicioso para su primera escapatoria! Una plazoleta de follaje con excelentes escondrijos; senderos á lo largo de los cuales no era posible entrar con seriedad;

á tal extremo sonreían las ramas. El parque tenía en aquel delicioso huerto tal jovialidad, tal frescura de sombra, que Sergio se abrazaba riendo á las piernas desnudas de Albina, sin temor á las reticencias maliciosas del silencio; nada que pudiera turbarle venía de aquel bosque, que parecía una escuela en horas de recreo.

Cuando estuvieron lejos de los albaricoqueros, de los ciruelos, de los cerezos, corrieron bajo los almendros comiendo las almendras verdes, buscando las fresas entre la hierba y lastimándose de que las sandías y los melones no estuvieran maduros. Albina acabó por correr con todas sus fuerzas seguida de Sergio que no lograba darle alcance. Se agarraba de las higueras, saltando entre sus ramas y arrancando hojas que arrojaba por detrás al rostro de su compañero. Al llegar entre los acerolos y los azufaifos, Sergio la perdió de vista. Al principio creyó que se había ocultado detrás de un granado; pero eran dos granadas en flor lo que había tomado por los puños de la muchacha. Entonces recorrió el bosque de naranjos encantado de la buena temperatura que hacía allí, creyendo estar en casa de los hijos del Sol. En medio del bosque distinguió á Albina, que, no pensando que él estaba tan cerca, recorría con los ojos las profundidades verdes.

—¿Qué buscas ahí?—le preguntó Sergio.—Ya sabes que eso está prohibido.

Albina enrojeció por la primera vez y se sentó al lado del joven, hablándole de los hermosos días en que los naranjos maduraban. El bosque estaba entonces dorado, lleno por la claridad de aquellas estrellas redondas que iluminaban con sus resplandores amarillos la bóveda verde.

Durante el regreso, Albina se detenía frente á cada retoño salvaje, llenándose el seno de peras sin madurar y de ciruelas agrias, diciendo que era para comer en el camino. Aquello era cien veces mejor que todo lo que habían probado.

Entraron en la casa satisfechos, dichosos, con el cuerpo rendido de tanto reir. Aquella noche Albina no tuvo valor para subir á su cuarto. Se durmió á los pies de Sergio, atravesada sobre su cama, y soñó que subía á los árboles, al tiempo que apretaba con sus manos las frutas que había arrojado sobre la cubierta del lecho.

X.

Ocho días después tuvo lugar un largo viaje por el parque. Albina y Sergio determinaron ir más allá del huerto, hacia la izquierda, del lado de las

praderas, atravesadas por cuatro arroyos. Estaban dispuestos á caminar muchas leguas sobre la hierba y á vivir de la pesca si era necesario.

—Llevo mi cuchillo—dijo Albina, enseñando un cuchillo de hoja ancha y dura.

Guardó en los bolsillos y el delantal bramante, pan, cerillas, trapos, un peine y agujas. Sergio llevaba una colcha, pero le molestaba tanto, que al final del paseo de tilos, frente á los escombros del castillo, la dejó sobre un trozo de muralla derribada.

El sol estaba ya muy alto. Albina se había retardado en sus preparativos, y ella y Sergio caminaban envueltos por el ambiente de aquella mañana calurosa, con tranquilidad, sin reir, hablando sosegadamente.

—Yo no me despierto nunca—dijo Albina.—He dormido muy bien esta noche. ¿Y tú?

—Yo también—respondió Sergio.

Albina le preguntó:

—¿Qué pasa cuando un pájaro habla en sueños?

—No sé..... ¿Qué decía tu pájaro?

—Se me ha olvidado..... Decía muchas cosas, muchas cosas que me parecían bastante desagradables..... Mira, ¿ves esa amapola allá abajo? ¡Pues no la cogerás! ¡no la cogerás!

Y echó á correr; pero Sergio, adelantándola con sus largas piernas, cogió la amapola y comenzó á agitarla victoriosamente. Albina le miró frunciendo los labios, sin pronunciar palabra, con muchas ganas de llorar. Sergio arrojó la flor al suelo y dijo para hacer las paces:

—¿Quieres subir á mis espaldas? Te llevaré como el otro día.

—No, no—repuso la muchacha.

Estaba furiosa. Pero aun no había andado treinta pasos, cuando se volvió sonriendo. Una rama la detenía por la falda.

—¡Vaya!—dijo.—Creí que eras tú que me tirabas á drede del vestido..... ¡Es ella la que no me deja andar!.... ¡Desenrédame!

Sergio lo hizo así, y los dos siguieron andando tranquilamente el uno al lado del otro. Albina sostenía que era muy agradable pasear así, como las personas formales.

Acababan de entrar en la pradera. Delante de ellos, en un espacio sin límite, extendíanse numerosas capas de hierba, cortadas de trecho en trecho por el follaje de las ramas que nacían junto á los arroyos. Las capas de hierba se desplegaban como piezas de encaje; eran de un color verde fuerte que palidecía poco á poco en los puntos más

lejanos, tiñéndose de un amarillo vivo hacia el límite del horizonte, bajo la hoguera del sol, que convertía los grupos de sauces en follajes de oro puro; un polvillo bullicioso danzaba en la punta de las ramas, mientras las hierbas se mecían con languidez de plantas acariciadas por el contacto del viento que atravesaba libremente aquella soledad desnuda. En los prados más próximos, una turba de margaritas, ya juntas, ya á la desbandada, ya formando grupos como una población que se dirige á una fiesta, poblaban con su alegría inquieta las negruras del musgo; enormes amapolas tornasoladas extendían á lo lejos sus flores color de vino, semejantes á las olas movedizas de un mar sanguinolento. A continuación venían alfombras de mazorcas desgreñadas y de lotos espesos; sabanas de alfalfa, de cardillos, de forraje. A la derecha, á la izquierda, enfrente, por todas partes las hierbas agrupadas parecían dormir bajo los resplandores del sol, y tomaban con la distancia tonos azulados como si reflejasen el azul del cielo.

Albina y Sergio caminaron á través de las praderas con la hierba hasta las rodillas. Creían avanzar por un campo de agua fresca que les refrescaba los pies. Hubo instantes en que pensaron atrave-

sar verdaderas corrientes, ríos de verdura que se deslizaban con rapidez por entre sus piernas; más adelante tropezaron con tranquilos y silenciosos lagos, con fuentes de césped menudo que apenas lamían sus tobillos. Allí no jugaban como en el huerto, no corrían, sino que, por el contrario, caminaban despacio, retardándose, con los pies sujetos por los dedos flexibles de las hierbas, gozando de un encanto, de una caricia de arroyo que calmaba en ellos la brutalidad de los primeros años. Albina fué á ocultarse en el fondo de una hierba gigante que la cubría hasta la barba; sólo quedaba al descubierto su cabeza; se detuvo un instante en aquel sitio y llamó á Sergio.

—Ven—le dijo.—Se está aquí como en un baño. Estoy rodeada de agua verde por todas partes.

Y se alejó de un salto sin aguardar á su compañero, siguiendo juntamente con él la orilla del primer riachuelo que interrumpió su marcha. Era este riachuelo, que deslizaba sus plateadas ondas entre dos masas de berros salvajes, poco profundo. Albina y Sergio tuvieron que seguir un buen rato á lo largo de la corriente para encontrar un árbol que bañase su sombra en aquellas aguas. Por muy lejos que dirigieran sus miradas, sólo veían el agua desnuda, dormida sobre un lecho de hierbas,

á sol descubierto, semejante á una culebra de azulada piel. Al fin llegaron á un grupo de tres sauces, dos de los cuales apoyaba sus pies en la corriente; el otro estaba plantado algo más arriba; su sombra era tan débil, que sólo extendía algunas líneas obscuras sobre la abrasada ribera. En aquel sitio el agua se agitaba un poco, como si su piel limpia se estremeciese de sorpresa al sentir caer sobre ella aquel velo sombrío. Un jirón del prado descendía en imperceptible rampa por entre las ramas, introduciendo amapolas en las hendiduras de los troncos. Hubiérase dicho una tienda verde de campaña plantada sobre tres puntales al borde de un arroyo, en un desierto movedizo de hierbas.

—¡Aquí es! ¡aquí es!—gritó Albina dejándose caer entre las ramas.

Sergio se sentó á su lado, con los pies cerca del agua. Miró en rededor suyo y murmuró:

—Lo conoces todo; sabes los mejores sitios..... Esto parece una isla de diez pies cuadrados encontrada en medio del mar.

—Sí—repuso Albina.—Estamos en nuestra casa, porque esto es una casa para nosotros. Aquí lo arreglaremos todo.

De pronto, como iluminada por una idea triun-

fante, se apoyó contra Sergio y le dijo cerca, muy de cerca, con explosión de gozo:

—¿Quieres ser mi marido? Yo seré tu mujer.

El joven quedó encantado de la invención, y replicó, riendo más alto aún que Albina, que si quería ser el marido.

Al oir esto, la muchacha se puso muy seria, tomando un aspecto grave de persona formal.

—Ya sabes—dijo—que yo soy quien manda..... Almorzaremos cuando hayas puesto la mesa.

Le dió órdenes imperiosas. Sergio debía colocar todo lo que ella sacaba del bolsillo, en las ramas de un sauce, al cual dieron el título de «armario». Los bramantes estaban en primer término; el peine representaba los avíos de tocador; el hilo y las agujas servirían para remendar los trajes de los exploradores. Las provisiones de boca consistían en la botellita de vino y en algunas frutas cogidas la víspera. Bien es cierto que aun quedaban los fósforos para asar los peces que se cogieran.

Sergió puso la mesa, la botella de vino en medio, las frutas alrededor; cuando terminó su cometido, hizo la observación de que el almuerzo sería muy escaso. Albina se encogió de hombros dándose aires de importancia, y añadió severamente metiendo los pies en el agua:

—Yo pesco. Tú mirarás.

Por espacio de media hora estuvo haciendo esfuerzos increibles para coger los peces con la mano. Se había remangado las faldas, sujetándolas con una cuerda, y avanzaba prudentemente, tomando precauciones infinitas para no remover el agua; al cabo se encontró cerca de un pez preso entre dos piedras, y alargó su brazo desnudo, pero sólo sacó entre las manos un puñado de arena. Sergió rió á carcajadas, y ella volvió á la orilla furiosa diciendo que no había motivo para reir.

—Pero—le dijo Sergio—¿con qué vas á asar el pescado? No hay leña.

Esta noticia acabó de desesperar á Albina. Además, aquellos peces no le parecían cosa notable. Salió del agua sin pensar en ponerse las medias y empezó á dar carreras por la hierba para secarse. Había recobrado su buen humor, porque las hierbas le hacían cosquillas en la planta de los pies.

—Mira, ¡pimpinelas!—exclamó de pronto arrodillándose.—¡Esto sí que es bueno! Vamos á regalarnos de lo lindo.

Sergio tuvo que poner en la mesa un manojo de pimpinelas, que comieron con pan. Albina decía que era el mejor bocado del mundo. Hacía el papel

de ama de casa, cortando pan para Sergio, á quien no confiaba el cuchillo.

—Soy tu mujer—respondía gravemente á todas las observaciones del joven.

Luego hizo que éste llevara al armario el resto de las provisiones, unas cuantas gotas de vino que habían quedado en el fondo de la botella; también le obligó á sacudir la hierba para transformar el comedor en alcoba. Después se acostó, diciendo:

—Ya comprenderás que ahora vamos á dormir. Acuéstate á mi lado, muy cerquita de mí.

Sergio obedeció. Los dos estaban unidos, tocándose desde los hombros hasta los pies, con las manos abiertas echadas hacia atrás por encima de la cabeza. Sus manos era lo que más embarazo les causaba. Conservaban una seriedad convenida y miraban al cielo con ojos muy abiertos, diciendo que dormían y que estaban muy bien.

—Ves—dijo Albina;—cuando uno se casa tiene calor..... ¿No me sientes?

—Sí—repuso Sergio;—pareces un almohadón de pluma..... Pero es preciso no hablar para dormir. Es mejor que no hablemos.

Y estuvieron un gran rato silenciosos y graves. Habían inclinado sus cabezas, acercándolas insensiblemente la una á la otra, como si el calor de sus

alientos les atrajera. Aquel silencio sólo fué interrumpido por esta frase de Sergio:

—Te quiero mucho.

Era esta frase el amor que precede al sexo; el instinto de amar que obliga á los hombres de diez años á ponerse al paso de las niñas vestidas de corto. En derredor de Sergio y Albina las praderas francamente dilatadas les libraban del ligero miedo que se tenían. Estaban observados por todas las hierbas, por el cielo azul que les miraba á través del follaje débil; y el manto de éste no les envolvía; la tienda de sauces, formaba sobre sus cabezas un dosel transparente, algo así como si Albina hubiera colgado entre las ramas una prenda de su vestido; la sombra era tan clara, que no podía envolverles con la languidez de las ramas espesas, ni con las solicitaciones de los rincones ocultos, de las alcobas verdes. Hasta ellos venía desde los extremos del horizonte un viento libre, un aire de salud, trayéndoles el aliento de toda aquella vegetación franca; el arroyo se deslizaba á sus pies como una infancia más, como un candor más; el murmullo fresco de las ondas les parecía la voz lejana y alegre de un camarada. ¡Soledad dichosa, llena de calma, donde se mezclaban inocentemente la ignorancia y la desnudez!

—Vaya, se acabó—dijo Albina levantándose.—Ya hemos dormido.

Sergio quedó algo sorprendido de que aquello hubiera terminado tan pronto, y sujetó á la muchacha por los cabellos: ella lanzó un grito ligero cuando se puso de pie. Sergio hundió la cara entre la hierba que guardaba el calor de sus cuerpos.

—Vaya, se acabó—dijo también, levantándose á su turno.

Corrieron por las praderas hasta bien entrada la tarde. Albina iba delante, sin decir nada, en busca del paraje que había visto en sueños. Sergio tenía para ella toda clase de atenciones; se precipitaba apresuradamente para apartar las hierbas demasiado altas, rodeaba el talle de la muchacha para ayudarla á saltar los arroyos con tal fuerza, que casi la hacía daño.

Así caminaba la joven pareja. Su alegría subió de punto al encontrar los tres riachuelos restantes. El primero corría sobre un lecho de guijarros entre dos filas apretadas de sauces, de cuyas ramas se colgaban los jóvenes para mirar sin peligro de caer; Sergio penetró el primero en la corriente, con el agua hasta las rodillas, y recibió á Albina en sus brazos para pasarla á la orilla opuesta, y librarla así de que se mojara. El otro riachuelo,

ennegrecido por la sombra, deslizábase á lo largo de altos y espesos follajes, por entre los cuales discurría lánguidamente; sabana obscura, brillante, medrosa, que Sergio y Albina tuvieron que atravesar con ayuda de un tronco tendido de orilla á orilla, por encima del cual caminaron poco á poco, entreteniéndose en agitar con el pie aquel espejo de acero bruñido, admirados de los ojos extraños que cada gota de agua desprendida de sus pies abría en el sueño de la corriente. En el último riachuelo se detuvieron más que en ninguno. El agua de aquel sitio era tan alegre como ellos; reía en algunas partes con risa juvenil; ya saltaba por entre enormes piedras, ya se detenía al abrigo de un bosquecillo de árboles, espumosa, vibrante todavía. Albina y Sergio atravesaron alegremente el río tomando por él para comenzar su regreso, siguiendo el camino del agua, deteniéndose frente á cada islilla que les cortaba el paso y desembarcando en ella para conquistar países salvajes y recostarse sobre enormes juncos ó inmensas espadañas que parecían haberse salvado para ellos, exclusivamente para ellos, de un naufragio. Regreso encantador, animado por el murmullo de la ribera, que festejaba la alegría de las aguas.

Al salir de ésta, Sergio comprendió que Albina

había ido buscando alguna cosa á lo largo de la orilla, en los islotes, entre las mismas plantas que dormían al ras de la corriente. Sin embargo, no dijo nada.

Al fin entraron en la casa, animados por el placer de la jornada, cogidos del brazo, como un matrimonio joven que vuelve de una excursión. Se miraron, se encontraron más bellos y más fuertes, y rieron, pero rieron de modo muy distinto al que habían reído por la mañana.

XI.

—¿No salimos más?—preguntó Sergio algunos días después.

Y al ver que Albina se encogía de hombros con aire indiferente, añadió como burlándose de ella:

—¿Has renunciado á buscar tu árbol?

Estuvieron bromeando toda la tarde á propósito de este asunto. El árbol no existía; era un cuento de viejas. Sin embargo, decidieron que al día siguiente irían á dar un paseo por el fondo del parque, bajo los altos arbolados que Sergio no conocía aún.

Aquella mañana Albina no quiso llevar ningu-

na cosa; estaba algo triste, sonriendo con mucha dulzura. Almorzaron en casa y no bajaron hasta muy tarde. El sol, bastante fuerte ya, les hacía languidecer, obligándoles á caminar lentamente uno detrás de otro, buscando las líneas de sombra. Atravesaron sin detenerse el Parterre y huerto. Una vez llegados bajo el fresco de las sombras espesas, anduvieron más despacio, sumergiéndose en el recogimiento silencioso del bosque, sin hablar palabra, suspirando con fuerza, como si hubieran experimentado una gran dicha al librarse del sol. Cuando no hubo más que hojas en rededor suyo, cuando ningún hueco les permitió ver las lejanías alumbradas del parque, se miraron sonriendo, presas de una vaga inquietud.

—¡Qué bueno es esto!—murmuró Sergio.

Albina bajó la cabeza sin responder, sintiendo como un nudo en la garganta. No iban cogidos por el talle según su costumbre. Marchaban sin tocarse, con la frente algo inclinada, los brazos caídos y las manos abiertas.

Sergio se detuvo al ver dos lágrimas que rodaban por las mejillas de Albina para ocultarse en un repliegue de su sonrisa.

—¿Qué tienes?—exclamó.—¿Sufres? ¿te has hecho daño?

—No; me río; ¡de veras!—repuso la muchacha. —No sé qué me pasa. Sin duda es el olor de los árboles lo que me hace llorar.

Y mirándole, añadió:

—Tu también lloras; sin embargo, esto es bueno.

—Sí—murmuró Sergio—pero esta sombra sorprende. Parece ¿verdad? que se penetra en alguna cosa extraordinariamente dulce que hace daño..... Es necesario que me digas si tienes algún motivo de tristeza..... No te he contrariado. ¿Estás descontenta de mí?

Albina juró que no. Era muy dichosa.

—Entonces, ¿por qué no te alegras?—le dijo Sergio.—¿Quieres que juguemos á correr?

—¡No! ¡correr no!—repuso ella haciendo un gesto de mujer seria.

Y al ver que el joven le hablaba de otros juegos, de subir á los árboles para coger nidos, de buscar fresas y violetas, acabó por replicarle con alguna impaciencia:

—Somos demasiado grandes para eso. Es una simpleza jugar todos los días. ¿Es que no te gusta andar así, al lado mío, tranquilamente?

Y en efecto, caminaba con tan agradable seriedad, que Sergio se complacía de oir el leve cru-

jido de sus botas sobre la grava del paseo. Nunca había el joven parado mientes en el balanceo gracioso del talle de Albina, en el movimiento de sus faldas, que producían detrás de ella un rumor semejante al rastrear de una culebra. Nunca había experimentado la dicha de verla como entonces marchar al lado suyo, dejándole descubrir nuevos encantos en el más imperceptible temblor de sus miembros.

—Tienes razón—dijo.—Esto es mejor que nada. Si lo quieres así, te acompañaré hasta el fin de la tierra.

Á los pocos pasos le preguntó si estaba cansada.

—Podemos sentarnos—murmuró con voz balbuciente.

—No—repuso la joven;—¡no quiero!

—Mira—añadió Sergio—nos acostaremos como el otro día, en medio de los prados. Tendremos calor, estaremos á gusto.

—¡No quiero! ¡no quiero!—gritó Albina, alejándose de un salto, como espantada, de aquellos brazos de hombre que pretendían sujetarla. Sergio la llamó «tonta, más que tonta» y quiso cogerla; pero como la tocara solamente con el extremo de los dedos, ella lanzó un gemido tan desesperado, que el joven se detuvo tembloroso.

—¿Te he hecho daño?—le preguntó.

—No: déjame; no me atormentes..... ¿Qué haremos cuando estemos abrazados? Prefiero andar.

Y añadió con aire serio que alejaba toda broma:

—Sabes de sobra que busco mi árbol.

Sergio se echó á reir, atreviéndose á buscar el árbol con ella y mostrándose muy dulce para no asustarla, pues aunque la veía caminar como antes á su lado, tranquilamente, la encontraba recelosa. Lo que iban á hacer estaba prohibido y los dos se sentían emocionados, llenos de un terror delicioso que los estremecía á cada suspiro lejano que sonaba en el bosque. El olor de los árboles, la claridad verdosa que se filtraba por entre las altas ramas, el silencioso cuchicheo de las hojas les llenaban de angustia como si temieran hallar á la vuelta del primer sendero una felicidad amenazadora.

Durante horas enteras siguieron su ruta á través de los árboles, conservando su calma de paseantes, sin pronunciar apenas una palabra, sin separarse un momento, siguiéndose por entre los más espesos matorrales de verdura. De pronto se internaron en una selva de matas, cuyos troncos eran gruesos como el brazo de un niño; tenían que separarlos abriéndose camino entre las ramas tiernas que les golpeaban los párpados con el manto

volante de sus hojas. Detrás de ellos se cruzaban los tallos, y el sendero abierto un instante cerrábase de pronto. Avanzaban al azar, perdidos, inciertos, no dejando otras huellas de su paso que el balanceo de las ramas. Albina, cansada de no ver á tres dedos de distancia, se sintió gozosa cuando hallaron el término de aquel obscuro laberinto. Estaban en el centro de una encrucijada de pequeñas sendas que cruzaban en todos sentidos, dividiéndose en paseos estrechos, revueltos sobre sí mismos, que se cortaban, se entorpecían y se alargaban en giros caprichosos. Los dos se empinaron sobre la punta de los piés para mirar por encima de los setos; pero no tenían deseos de salir; al contrario, hubieran permanecido á gusto en aquellas sendas, siguiendo sus rodeos imprevistos, disfrutando la alegría de marchar siempre sin llegar nunca, si no hubieran tenido enfrente la línea fiera de los árboles inmensos que buscaban. Entraron bajo su sombra religiosamente, con cierto sagrado temor, como se entra bajo la bóveda de una iglesia. Los tramos derechos, de un color obscuro de piedra antigua, subían desmesuradamente, alineándose en el infinito en forma de columnas. Cruzábanse á lo lejos las ramas como arcos flexibles empotrados en pilares pequeños, esculpidos, recama-

dos, formando una tan fina malla de hojas, que por entre ellas pasaba todo el azul del cielo. Un silencio profundo caía de aquellas ojivas gigantes; una desnudez austera transformaba en losas aquel suelo duro, sin una hierba, sembrado únicamente por el polvo sonrosado de las hojas marchitas. Albina y Sergio escuchaban el eco de sus pasos, sintiéndose invadidos por la grandiosa soledad de aquel templo.

Estaban seguros de encontrar allí el árbol tan buscado, cuya sombra desprendía la suprema felicidad. Le sentían aproximarse con el encanto que brotaba del crepúsculo cernido por las altas bóvedas. Los árboles les parecían seres bondadosos, llenos de vigor, de silencio, de inmovilidad feliz. Los miraban uno por uno, amándolos á todos, creyendo ver en su tranquilidad soberana algo oculto que los hacía revivir como á ellos en los placeres de una existencia venturosa. Los arces, los fresnos, los ojaranzos, los alcornoques eran un pueblo de colosos, una turba fuerte y dulce á la par, hombres buenos y heroicos que vivían sin meterse con nadie, cuando la caída de uno de ellos hubiese bastado para matar y herir la mitad de un bosque. Los olmos tenían cuerpos enormes, miembros robustos, repletos de savia; los abedules y los alisos

con sus blancuras de muchacha cimbreaban sus flexibles tallos, abandonando al viento su cabellera abundosa. Los plátanos descubrían su piel lisa tatuada de rojo. Los robles, los grandes robles, eran los reyes, apoyados negligentemente sobre su vientre robusto y estirando sus brazos dominadores que desafiaban al sol; árboles titánicos, despóticos, cuyos miembros musculosos y esparcidos dominaban toda la selva.

¿Sería el árbol que buscaban Albina y Sergio uno de aquellos robles hercúleos? ¿ó más bien sería uno de aquellos plátanos, uno de aquellos abedules blancos como mujeres, ó uno de aquellos olmos cuyos músculos crujían dulcemente? Albina y Sergio avanzaban siempre, sin saber más, perdidos entre aquella muchedumbre compacta. Hubo un instante en que creyeron haber encontrado lo que buscaban; estaban en el centro de un plantel de nogales, bajo una sombra tan fría que les hizo tiritar. Más lejos experimentaron otra emoción al atravesar un bosquecillo de castaños, cuyas ramas se extendían bizarramente, prontas á sostener sobre ellas el peso de una ciudad. Más lejos aún, Albina descubrió un claro, al cual se dirigieron los dos casi sin aliento. En el centro de un tapiz de hierba finísima, un algarrobo desgajado osten-

tábase como Babel de follaje, cuyas ruinas se cubrían de espléndida vegetación. Un montón de piedras apoyadas sobre el tronco, arrojadas y arrancadas del suelo por el oleaje creciente de la savia, se extendía alrededor del árbol. Las ramas más altas se encorvaban para echar raíces más lejos, rodeando el tronco de arcos profundos, de una población de troncos nuevos que se multiplicaba sin cesar. Por la corteza salpicada de desgarraduras sangrientas goteaba la savia; el fruto mismo del monstruo era un envite que le agujereaba la piel. Los jóvenes dieron la vuelta alrededor del árbol, atravesando los arcos de ramaje que se cruzaban como las calles de una ciudad, y se alejaron de él sin haber experimentado la dicha sobrehumana que buscaban.

—¿Dónde estamos?—preguntó Sergio.

Albina lo ignoraba. Nunca había venido por aquel lado del parque. Tropezaron también con un grupo de acacias, cuyas hojas desprendían un perfume muy dulce, casi azucarado.

—Nos hemos perdido—exclamó Albina riendo á carcajadas.—Te aseguro que no conozco estos árboles.

—Sin embargo—replicó Sergio—el jardin tiene un límite. ¿Conoces el límite del jardín?

Albina hizo un gesto prolongado, añadiendo:

—No lo conozco.

Los dos enmudecieron, satisfechos de la inmensidad del parque. Les encantaba encontrarse solos en un dominio tan grande, tan grande, que ellos mismos no le encontraban el fin.

—¡Bueno!—repitió Sergio.—Si nos hemos perdido, mejor. Nada hay tan agradable como no saber dónde se va.

Se detuvo y dijo:

—¿Tienes miedo?

—¡No!—dijo Albina.—En el jardin no estamos más que tú y yo..... ¿De qué quieres que tenga miedo? Las paredes son muy altas. Nosotros no las vemos, pero ellas nos guardan. ¿Comprendes?

El joven, que estaba muy cerca de ella, murmuró:

—Antes has tenido miedo de mí.

Ella le miró de frente, serena, sin bajar los ojos.

—Me hacías mal—repuso.—Sin embargo, tu aspecto es bondadoso. ¿Por qué te tendré miedo?

—Y ahora—dijo él—¿me permites cogerte como antes? Volveremos debajo de los árboles.

—Sí. Puedes cogerme á tu gusto. Iremos muy despacio, ¿verdad? para no encontrar el camino tan pronto.

Sergio le pasó un brazo por la cintura. Así caminaron por la espesura, cuyas bóvedas majestuosas protegían el paseo de aquellos niños grandes que se preparaban para el amor. Albina dijo que estaba algo fatigada y apoyó su cabeza en el hombro de Sergio. Ni uno ni otro hablaron de sentarse. No apetecían más, aquello les bastaba. ¿Qué alegría proporcionada por un descanso sobre la hierba podría compararse á la alegría que experimentaban ellos marchando juntos, fuertemente enlazados? El árbol legendario había desaparecido de su memoria. Sólo pensaban en acercar sus rostros para sonreirse muy cerca. La sombra clara de los árboles arrancó sus primeras palabras de ternura.

—¡Te amo!— dijo Sergio con voz suave, cuyo aliento levantó los ricillos rubios que caían sobre las sienes de Albina.

Quiso buscar otra palabra, y repitió:

—¡Te amo! ¡te amo!

Albina le escuchaba con dulce sonrisa, encantada de aquella música.

—¡Te amo! ¡Te amo!—repitió á su vez con más

dulzura, con la dulzura de su voz aflautada y vibrante.

Y levantando los ojos, donde resplandecía un amanecer de luz, preguntó á Sergio:

—¿Cómo me amas?

Sergio se detuvo un instante como para recoger su pensamiento. La espesura tenía una majestad dulce, las altas bóvedas guardaban el eco de los pasos ligeros de la joven pareja.

—Te amo más que á nada — replicó Sergio. — Eres más bella que todo cuanto veo por las mañanas al abrir las vidrieras de mi cuarto. Cuando te miro, tú me bastas. Quisiera no tenerte más que á tí, y sería dichoso.

Albina cerró los ojos y bajó la cabeza llena de confusión.

—¡Te amo!—continuó el joven.—No te conozco, no sé quién eres ; no sé de dónde vienes; no eres ni mi madre ni mi hermana, y te amo hasta darte mi corazón, hasta no guardar nada para el resto del mundo..... Escucha. Amo tus mejillas sedosas como el raso; amo tu boca que huele á rosas; amo tus ojos, en los cuales me miro con amor; amo hasta tus pestañas, hasta esas pequeñas venas que azulan la palidez de tus sienes..... Digo esto para decirte que te amo, que te amo, Albina!

—Sí, ¡te amo! —respondió ella. —Tienes una barba muy fina, que no me hace daño cuando apoyo mi frente sobre tu cuello. Eres fuerte, alto, hermoso. Te amo, Sergio.

Se detuvieron un instante sorprendidos. Parecíales que un canto suave les precedía; que sus palabras venían de una orquesta melodiosa que no acertaban á descubrir. No se fueron de allí sino poco á poco, colgados el uno del otro, dando vueltas sin fin entre los árboles gigantescos. Allá, á lo largo de las columnas, se descubrían resplandores de sol poniente semejantes á un desfile de muchachas vestidas de blanco que entraran en la iglesia bajo la melodía de los órganos, para asistir á una boda.

—¿Y por qué me amas? —preguntó Albina de nuevo.

Sergio sonrió y estuvo un instante sin responder. Luego dijo:

—Te amo porque has venido. Eso lo dice todo. Entretanto estamos juntos, nos amamos. Me parece que no viviría si dejara de amarte. Eres mi respiración.

Y añadió en voz baja como hablando consigo mismo:

—Esto no se sabe de pronto. Es preciso crecer,

estar fuerte..... ¿Te acuerdas cómo nos amábamos! pero no lo decíamos. Es uno niño, tonto..... De repente, un día cualquiera esto aparece muy claro..... ¡Bah! Nosotros no tenemos que preguntarnos por qué nos amamos..... Nos amamos porque amarnos es nuestra vida.

Albina, con la cabeza baja y los párpados completamente cerrados, contenía el aliento. Saboreaba el silencio caldeado por aquella caricia de palabras.

—¿Me amas? ¿me amas?—balbuceó sin abrir los ojos.

Sergió permaneció mudo, sin encontrar nada que decir para probar su amor. Paseaba lentamente los ojos sobre el semblante de Albina, aquel semblante sonrosado que parecía dormido; la boca formaba un pliegue adorable humedecido por una sonrisa; la frente era una pureza pálida blanca, teñida de oro hacia la raíz de los cabellos. Sergio hubiera querido darla todo su ser con la palabra que sentía sobre sus labios y que no acertaba á pronunciar. Se detuvo aún inclinándose, viendo en qué sitio de aquel rostro pondría la palabra suprema. Después no dijo nada; se oyó un rumor suave.

Sergio besaba los labios de Albina.

—¡Albina, te amo!

—¡Te amo, Sergio!

Se echaron hacia atrás estremecidos por aquel primer beso. Ella había abierto mucho los ojos, él permanecía con los labios ligeramente fruncidos hacia adelante. Los dos se miraban de frente sin enrojecer. Algo muy poderoso, muy soberano, los invadía. Era como un encuentro de largo tiempo esperado, en el cual se miraban engrandecidos, hechos el uno para el otro, unidos para siempre. Se detuvieron un instante, dirigiendo sus miradas á la bóveda religiosa del follaje, interrogando á aquel pueblo de árboles, como para encontrar el eco de su beso. Pero al ver la serena complacencia del arbolado, experimentaron una satisfacción de amantes impunes, una alegría prolongada, vibrante, llena por la explosión dichosa de su ternura.

—Mira—dijo Albina—cuéntame los días en que me has amado. Dímelo todo..... ¿Me amabas cuando dormías sobre mi mano? ¿Me amabas cuando caí del cerezo y te pusiste debajo con la cara pálida y los brazos extendidos? ¿Me amabas en medio de las praderas, cuando me cojías por el talle para hacerme saltar los arroyos?

—¡Déjame!—repuso Sergio;—¡déjame hablar!

Te he amado siempre..... Y tú, ¿me amabas? ¿me amas?

Hasta por la noche estuvieron pronunciando esta palabra «amar»; palabra que cada vez venía á ellos con nuevas dulzuras. La buscaban, la perseguían entre sus frases, la pronunciaban fuera de propósito, por el gusto de pronunciarla. Sergio no soñó siquiera en dar otro beso en los labios de Albina; su ignorancia con el perfume del primero tenía bastante. Cuando abandonaron el bosque, moría el crepúsculo y la luna elevaba su rostro blanco entre las verduras negras. Fué aquel un regreso adorable en compañía del astro que les miraba por entre los huecos de los árboles. Albina decía que la luna les seguía los pasos. La noche estaba bellísima, cubierta de estrellas. El bosque murmuraba á lo lejos, y Sergio, parándose á escuchar su murmullo, decía: «Habla de nosotros.»

Al atravesar el jardín caminaron entre un perfume dulcísimo, ese perfume lánguido, acariciador, que las flores desprenden durante la noche, y que es como la respiración de su sueño.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Albina.

Se habían cogido de las manos en el descansillo de la escalera, sin entrar en la habitación donde

tenían la costumbre de despedirse. Tampoco se abrazaron.

Cuando estuvo solo, sentado en el borde de la cama, Sergio escuchó largo rato los pasos de Albina, que se acostaba arriba, encima de su cabeza. Sentíase dominado por una dicha que le estremecía los miembros.

XII.

En el transcurso de los siguientes días, Albina y Sergio permanecieron como embarazados uno delante de otro, evitando hacer ninguna alusión á su paseo por debajo de los árboles. Desde entonces no habían cambiado un beso ni se habían vuelto á decir que se amaban; y no era precisamente la vergüenza la que les impedía hablar, sino algo así como recelo ó miedo de turbar su alegría. Cuando no estaban juntos, vivían de aquel hermoso recuerdo; sumergíanse en él saboreando las horas que habían pasado cogidos del talle, acariciándose el rostro con su aliento. Esto acabó por ponerlos febriles. Mirábanse con los ojos muertos, muy tristes, hablando de cosas indiferentes. En medio de aquellas pausas Sergio preguntaba á Albina:

—¿Sufres?

Ella bajaba la cabeza y respondía:

—No, no. Tú eres el que no estás bien. Tus manos arden.

El parque les producía una inquietud sorda que no acertaban á explicarse. Debía haber alguien oculto detrás de un sendero acechándoles para cogerlos por el cuello y echarlos á tierra; alguien que quería martirizarles. Nunca hablaban de estos temores; pero en los reflejos temblorosos de sus miradas se comunicaban aquella agonía que les obligaba á permanecer extraños el uno al otro como si fueran enemigos.

Una mañana Albina, después de muchas dudas, se atrevió á decir:

—Haces mal en estar siempre encerrado. Te pondrás enfermo.

Sergio sonrió tristemente.

—¡Bah!—dijo;—hemos ido por todas partes, conocemos todo el jardín.

Albina repuso que no con la cabeza; después añadió por lo bajo:

—No; no..... No conocemos las rocas; no hemos ido á los manantiales. Allí es donde yo me calentaba en el invierno. Hasta las piedras parecen vivas.

Al día siguiente salieron de la casa sin pronunciar una palabra. Tomaron por la izquierda, á la espalda de la gruta donde dormía la mujer de mármol. Al poner el pie sobre las primeras piedras, dijo Sergio:

—Esto es lo que nos tiene disgustados; es preciso verlo todo; puede que estemos más tranquilos después.

El día estaba muy caluroso. Sergio y Albina no habían osado cogerse por la cintura; caminaban uno detrás de otro, bañados por el sol.

Albina se aprovechó de un recodo del sendero para que Sergio pasara delante de ella; le inquietaba su aliento, sufría de sentirlo detrás de sí, tan cerca de sus vestidos. Alrededor de ellos se extendían los rocales; rampas dulces bordeaban campos de rocas salpicadas por una vegetación ruda. Allí crecían retamas de oro, retamas de tomillo, de salvia, de lavanda, todas las plantas balsámicas; seguían á éstas los amargos romeros de olor fuerte y penetrante. Á los dos lados del camino, aumentando por instantes, extendíanse setos enormes semejantes á obras delicadas de cerrajería; rejas de bronce negro, de hierro forjado, de cobre batido, muy complicadas en su ornato, abundante en flores espinosas. Sergio y Albina tuvie-

ron que atravesar un bosque de pinos para llegar á los manantiales; la estrecha sombra de aquellos árboles pesaba en sus espaldas como plomo; las ramas secas crujían en la tierra bajo sus pies, levantando un ligero polvo de resina que acabó de abrasarles los labios.

—Tu jardín no es muy divertido por esta parte—exclamó Sergio dirigiéndose á Albina.

Se detuvieron. Estaban al pie de los manantiales. Encontraron algún solaz en la presencia de aquellas aguas que no corrían bajo el follaje como las aguas de la llanura, pero que nacían á sol descubierto en un boquete de la roca, sin que ningún brote de hierba viniese á verdear sus ondas azuladas. Parecían de plata según relucían al reflejo de la luz. En el fondo de las mismas brillaba un lecho de granito, y al tocar el borde del agujero donde nacían, dividíanse en multitud de brazos para caer bruscamente, remedando en la curva que trazaban al caer un torso robusto de mujer blanca.

—Mete las manos—gritó Albina.—El agua está helada en el fondo.

En efecto, allí pudieron refrescarse las manos; se arrojaron agua á la cara y permanecieron inclinados un instante bajo la lluvia que les salpicaba desde el fondo de la corriente.

—¡Mira! ¡mira!—gritó de nuevo Albina.—Mira el Parterre, mira las praderas; mira el bosque.

El Paradou se extendía á sus pies.

—¿Ves—siguió diciendo la muchacha—cómo no se distingue el menor rastro de pared? Todo el país que hay hasta el límite del cielo nos pertenece.

Se habían cogido por la cintura sin saberlo, con un gesto involuntario y confiado. Los manantiales calmaron su fiebre. Cuando se alejaban, Albina, que parecía recordar alguna cosa, detuvo á Sergio y le dijo:

—Allí, debajo de las rocas, he visto la pared una vez: hace mucho tiempo.

—Pues no se ve nada—murmuró Sergio palideciendo ligeramente.

—Sí, sí..... Debe estar detrás de la avenida de castaños, detrás de esas zarzas.

Y al sentir el brazo de Sergio que la apretaba con ademán nervioso, añadió:

—Puede ser que me equivoque..... Sin embargo, recuerdo que la encontré de pronto delante de mí al salir del paseo. Me cortaba el camino, y era tan alta, que me dió miedo..... Me puse á examinarla y tuve una sorpresa. Estaba agrietada, tenía un agujero muy grande, por el cual se divisaban todos los campos vecinos.

Sergio la miró, reflejando una súplica en sus ojos inquietos. La muchacha se encogió de hombros para tranquilizarle y dijo:

—¡Bah! ¡Yo tapé el agujero! Además, ya te lo he dicho antes, estamos completamente solos..... Lo tapé al momento. Tenía mi cuchillo, corté con él unas ramas, puse muchas piedras. Desafío á un gorrión á que pase..... Si quieres iremos á verlo uno de estos días; eso te tranquilizará.

Sergio hizo un signo negativo.

Después se fueron cogidos de la cintura, aunque estaban llenos de ansiedad. Sergio miraba de reojo el rostro de Albina, la cual sufría mucho al verse mirada de aquella manera. Los dos hubieran querido volver á bajar, evitándose la molestia de un paseo más largo; pero á pesar suyo, como si cedieran á una fuerza ineludible é imperiosa, dieron la vuelta á una roca y llegaron á otra planicie donde el cálido ambiente no difundía ya el perfume lánguido de plantas aromáticas, como el tomillo y la la lavanda; en aquella planicie se erizaban plantas punzadoras; el absinto con su embriaguez amarga; la ruda con su olor de carne fétida; la valeriana ardiente, húmeda por su sudor afrodisiaco. Mandrágoras, belladonas, eléboros, cicutas, toda aquella atmósfera venenosa derramaba sobre

la cabeza de los dos jóvenes un vértigo, un amodorramiento que les obligó á caer uno en brazos de otro con el corazón oprimido.

—¿Quieres que te coja?—preguntó Sergio á Albina, notando que ésta se apoyaba con angustia contra su pecho; pero ella, desasiéndose rápidamente, respiró con fuerza.

—No—dijo—déjame. No sé lo que tengo. La tierra se mueve bajo mis pies. Mira, aquí es donde siento el mal.

Y cogiéndole una mano, la puso sobre su pecho. Sergio palideció también; estaba más pálido que ella; los dos lloraban al verse de aquel modo, sin encontrar remedio para su enfermedad. ¿Iban á morir allí así, de un mal desconocido?

—Vamos á la sombra, ven á sentarte—dijo Sergio.—Es el olor de las plantas lo que nos mata.

Y la apartó de allí, sujetándola con las puntas de los dedos, porque ella temblaba cuando él la tocaba, aunque no fuese más que en la muñeca. Albina se sentó debajo de un cedro que extendía á diez metros de distancia los extremos planos de sus ramas. Detrás de los cedros crecían otros árboles: los cipreses con su follaje aplastado y flojo como un encaje espeso; los abetos derechos y graves, semejantes á antiguas piedras consagradas, ennegreci-

das aún por la sangre de las víctimas; multitud de plantas, de hojas persistentes y vegetación tupida, ostentando su verdura color de cobre salpicada de un amarillo y un rojo que el sol no podía decolorar con sus rayos. Entre todas llamaba la atención una auracaria con sus grandes brazos regulares superpuestos, semejantes á una arquitectura de reptiles, con sus ojos erizados como las escamas de una serpiente furiosa. En aquel sitio, á la sombra, producía el calor un sueño voluptuoso. El aire dormía como en una alcoba. Un perfume de amor oriental, el perfume de los labios pintados de una sultana, se exhalaba de aquel montón de ojos tupidos.

—¿No te sientas?—le dijo Albina á Sergio, apartándose un poco para hacerle sitio.

Sergio permanecía de pie, y al ver que ella le invitaba de nuevo, cayó de rodillas á algunos pasos de distancia, murmurando:

—No; tengo más fiebre que tú; te abrasaría.... Escucha: si no tuviera miedo de hacerte daño, te cogería entre mis brazos y te apretaría tan fuerte, que no sentiríamos nuestros sufrimientos.

Y arrastrándose sobre las rodillas se aproximó un poco.

—¡Ah! ¡tenerte en mis brazos, tenerte dentro de

mi carne!.....—siguió diciendo.—No pienso más que en eso. De noche me desespero al apretar el vacío. De primera intención sólo quisiera cogerte por la punta de los dedos; después te poseería toda entera, lentamente, hasta que no quedase nada de tí, hasta que fueras mía desde los pies hasta la última de tus pestañas. Te conservaría siempre. Debe ser un encanto delicioso el de poseer así á quien se ama. Mi corazón latiría dentro de tu corazón.

Se aproximó más aún; con sólo extender las manos hubiera tocado el extremo de la falda de Albina.

—Pero no sé—añadió.—Me siento muy lejos de tí..... Se levanta entre nosotros un muro que yo con los puños cerrados no podría derribar. Sin embargo, estoy fuerte; podría rodearte con mis brazos, arrojarte á mi espalda, conducirte como á una cosa mía..... Y no es eso. No te tendría así tampoco. Cuando mis manos te cogen, no cogen más que una nada de tu ser..... ¿Dónde estás tú, toda entera, para que yo vaya á buscarte?

Y, apoyándose sobre los codos, prosternado, en actitud de adoración extática, depositó un beso en las faldas de Albina. Ésta, como si hubiese recibido el beso en la piel, se levantó, llevando sus ma-

nos á las sienes, temblorosa, balbuciente, dijo:

—No, te lo ruego; marchemos, marchémonos de aquí.

Ya no huía. Se dejaba seguir por Sergio y caminaba lentamente, como perdida, con los pies tropezando en las matas y la cabeza oculta entre las manos para librarse del rumor que la perseguía. Al salir del bosquecillo anduvieron algunos pasos sobre las gradas de la roca donde se agrupaba un pueblo de plantas horribles, una turba de bestias sin nombre entrevistas en una pesadilla; monstruos semejantes á la araña, á la oruga, á la cucaracha, pero extraordinariamente engrandecidos; unos con la piel desnuda y fría, otros con la piel erizada de pelos inmundos: era aquello un estremecimiento de miembros informes, de piernas abortadas, de brazos rotos; unas matas se hinchaban en forma de vientres obscenos, otras descubrían enormes jorobas; cuáles se abrían como esqueletos que se descubren á través de las carnes desgarradas. Las mamilarias ostentaban pústulas vivientes, muy parecidas á tortugas verdosas rodeadas de crines largas y duras como puntas de acero. Los áloes principalmente esparcían en masa sus ramas desiguales; los había de todos los verdes, tiernos, fuertes, amarillentos, grises, de

color de moho, de color de oro pálido; los había de todas las formas; de hojas grandes recortadas en forma de corazón, de hojas pequeñas como la hoja de un cortaplumas; unos rodeados de espinas, otros finamente adornados, inmensos, levantando al cielo sus ramas, de las cuales pendían collares de coral sonrosado, que se arrollaban á los tallos, remedando el cuerpo flexible de una culebra.

—Volvamos á la sombra—dijo Sergio con voz suplicante.—Te sentarás, y yo me pondré de rodillas y te hablaré.

Los rayos del sol caían como anchas gotas de una lluvia de fuego. El astro triunfaba allí, y cogiendo la tierra entre sus brazos la apretaba contra su pecho. Albina, aturdida por el calor, se sintió vacilar y dijo dirigiéndose á Sergio:

—Tómame.

Apenas se tocaron, unieron labio con labio, en silencio, sin decir nada. Pensaban que caían siempre como si la roca se hundiera bajo sus pies hasta el infinito. Sus manos erraban por el rostro, por la nuca, por los vestidos. Pero era la suya una aproximación tan llena de angustia, que se apartaron con rapidez, desesperados de no poder ir más lejos en el conseguimiento de sus deseos. Sergio huyó corriendo hacia su cuarto, y se dejó caer so-

bre la cama con la cabeza hecha fuego y el corazón angustiado. Albina no volvió hasta la noche, después de haber llorado todas sus lágimas en un rincón del jardín.

Era la primera vez que no regresaban juntos de sus largos paseos. Durante tres días se esquivaron. Eran muy desgraciados.

Y sin embargo, el Paradou les pertenecía por completo: el jardín, el huerto, las praderas, el bosque, las rocas, todo era suyo; los mismos animales reconocían su dominio; aves, cuadrúpedos, ni sectos, reptiles, todos les rendían vasallaje, todos parecían reunirse para entonar himnos á sus deseos aun no satisfechos. Pero ellos sufrían con aquella voluptuosidad que les rodeaba y maldecían del jardín, del huerto, de las praderas, de bosque, de las rocas, de todo.

Aquella misma noche, á la vuelta de su paseo, Albina había gritado al Paradou, al sentirle agitarse vivo y ardiente en rededor suyo:

—Si eres nuestro amigo, ¿por qué nos entristeces?

XIII.

Desde el siguiente día Sergio se atrincheró en su cuarto. El olor del Parterre le exasperaba. Co-

rrió los visillos de percal para no ver más el parque, para impedirle la entrada en su casa. Tal vez recobraría la paz de la infancia lejos de aquellas verduras cuya sombra le producía un estremecimiento sobre la piel. Durante sus largas conversaciones, ni Albina ni él hablaron de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou no existía; trataban de olvidarlo, y no obstante lo escuchaban vivir poderoso, enorme, detrás de los visillos estirados; el olor de la hierba penetraba por las rendijas de la madera; voces prolongadas hacían crujir los vidrios; toda la vida de fuera reía, cuchicheaba emboscada debajo de las ventanas, y ellos, pálidos, alzando la voz, buscaban algún entretenimiento que les impidiera oir.

—¿Has visto?—dijo Sergio cierta mañana en una de aquellas horas de espanto.—Hay allí encima de la puerta una mujer pintada que se te parece.

Y fueron á examinar las pinturas con objeto de entretenerse, subiéndose á la mesa para alcanzar bien.

—No—murmuró Albina—está mucho más gorda que yo. Además no es fácil averiguarlo: ¡está acostada de una manera tan rara!..... ¡con la cabeza hacia abajo!

Se detuvieron un instante: de la pintura, desteñida, comida por el tiempo, brotaba una escena que no habían visto otras veces. Era una resurrección de carnes tiernas saliendo del gris de la pared, una imagen resucitada, cuyos detalles parecían reaparecer uno por uno con el calor del verano. La mujer acostada se revolcaba abrazada por un fauno con pies de macho cabrío. Distinguíanse perfectamente los brazos extendidos, el completo abandono, la cintura redonda de aquella mujer sorprendida en un campo de flores pobladas amorcillos que arrojaban sin cesar puñados de de rosas sobre su lecho; distinguíase también el esfuerzo del fauno, su pecho jadeante. Al lado opuesto no se divisaban más que los pies de la mujer suspendidos en el aire como dos palomas sonrosadas.

—No—repitió Albina;—no se me parece..... es muy fea.

Sergio no dijo nada. Miraba á la mujer y miraba á Albina, comparando. Esta levantó una de sus mangas hasta el hombro para demostrar que su carne era más blanca. Se detuvieron por segunda vez, volviéndose hacia la pintura, teniendo sobre los labios mil preguntas que no se atrevían á formular. Los grandes ojos azules de Albina se mi-

raron un instante en los ojos grises de Sergio, cuyo fondo brillaba como iluminado por una llama.

—¿Has vuelto á pintar el cuarto?—dijo ella saltando de la mesa.—Diríase que esto es un mundo que resucita.

Y los dos se echaron á reir, pero con risa inquieta, dirigiendo ojeadas á los amores que retozaban y á las desnudeces esparcidas en aquellos cuerpos casi enteros. Quisieron verlo todo por gusto, deteniéndose admirados delante de cada lienzo, llamándose para enseñarse miembros de personajes que no estaban allí el mes pasado. Eran éstos caderas recostadas sobre brazos nerviosos, piernas descubiertas hasta el muslo, mujeres sujetas por abrazos de hombres cuyas manos extendidas no cogían, aparentemente, más que el vacío. Los amores de plata de la alcoba parecían también dedicados á retozos libertinos. Albina no hablaba ya de ellos como de niños que juegan; Sergio no se atrevía á hacer hipótesis en voz alta. Permanecían graves, deteniéndose delante de cada escena, sintiendo que la pintura estuviera borrosa, enlanguidecidos y turbados á un tiempo por los últimos velos que ocultaban las crudezas de los tableros. Aquellas reminiscencias voluptuosas acabaron de enseñarles la ciencia del amor.

Albina asustada se escapó de Sergio, cuyo aliento le abrasaba la nuca, y fué á sentarse en el borde del sofá, murmurando:

—Me dan miedo. Los hombres parecen ladrones; las mujeres tienen los ojos moribundos como si las estuvieran asesinando.

Sergio ocupó un sillón á algunos pasos de distancia y se puso á hablar de otra cosa. Los dos estaban fatigados como si hubieran dado una larga carrera; sentían cierto malestar creyendo que las pinturas les miraban. Los grupos de amores revivían entonces con sus carnes amorosas amenazándoles con apretarlos uno contra otro, como hacían con dos amantes que se abrazaban en un ángulo del techo; las parejas se animaban reconstruyendo la historia de aquella mujer desnuda amada por un fauno y abandonada luego en su lecho mientras el fauno se reía detrás de un rosal. Todas estas figuras, ¿no iban á bajar hasta ellos? ¿No era suyo aquel aliento que perfumaba la habitación con un aroma de voluptuosidad pasada?

—Esto aturde, ¿verdad?—dijo Albina.

—La otra noche—respondió Sergio—me despertó un perfume tan penetrante que te llamé creyendo que entrabas en el cuarto. Creía que era el

olor de tus cabellos cuando los adornas con heliotropo..... Al principio esto venía de muy lejos como una reminiscencia de perfume; pero ahora no puedo dormir; el olor crece hasta sofocarme. De noche sobre todo está la alcoba tan caliente, que acabaré por acostarme en el sofá.

Albina se puso un dedo en la boca, murmurando:

—Es la muerta. Ya sabes que ha vivido aquí.

Fueron á registrar la alcoba, mostrándose muy bromistas en la entrada, muy serios cuando llegaron al fondo. Seguramente nunca había surgido de aquella habitación un atmósfera tan penetrante. Las paredes semejaban repetir aún el roce de una falda de seda; la alfombra había conservado el ambiente dulce de las zapatillas de raso puestas delante de la cama; en la cama misma, sobre las ensambladuras de la cabecera, creyó encontrar Sergio la huella de una mano breve que había dejado allí un aroma persistente de violeta. A aquella hora surgía de todos los muebles el fantasma perfumado de la muerte.

—¡Mira el sillón donde debía sentarse!—gritó Albina.—Aun se siente su calor en el respaldo.

Y, sentándose en aquel sillón, hizo que Sergio se arrodillara para besarle la mano, y le dijo:

—¿Te acuerdas del día en que te recibí con estas palabras: «Buenos días, mi querido señor?»..... Pero eso no es todo, ¿verdad? Él la besaría las manos cuando cerraban la puerta. Toma tú también las mías; son para tí.

Trataron de reanudar sus pasados juegos para olvidarse del Paradou, cuya risa sentían creciendo siempre, para no ver las pinturas, para no ceder á las languideces de la alcoba. Albina hacía gestos riéndose de la figura de Sergio arrodillado á sus pies.

¡Tonto!—gritaba.—Cógeme por el talle, dime cosas agradables, ya que te he dado mi amor..... ¿No sabes cómo has de amarme?

Y cuando él la cogía, cuando él la levantaba brutalmente, se resistía, escapándose furiosa y murmurando:

—¡No: déjame; no quiero!..... Se muere en este cuarto.

Desde aquel día tuvieron miedo de la habitación, lo mismo que habían tenido miedo del jardín. Su último asilo era un lugar reducidísimo, donde no podían encontrarse juntos sin acariciarse con una mirada furtiva. Albina no volvió á penetrar en la alcoba; permanecía cerca de la entrada, con la puerta abierta, como si lo tuviera todo dis-

puesto para una fuga rápida. Sergio vivía solo en una ansiedad dolorosa, sufriendo siempre, acostándose en el sofá, procurando huir de los suspiros del parque, del olor de los muebles. Por las noches, las desnudeces de las pinturas le producían pesadillas locas, de las que sólo guardaba un recuerdo inquietante y nervioso. Creyóse enfermo otra vez; su salud necesitaba de algo para restablecerse por completo; sí, necesitaba una plenitud suprema, una satisfacción absoluta, y no sabía dónde iría á buscarla. Así pasaba los días, silencioso, con los ojos inciertos, animándose únicamente cuando Albina le visitaba. Permanecían el uno enfrente del otro, mirándose gravemente, dirigiéndose pocas pero muy dulces palabras. Los ojos de Albina estaban aun más apagados que los de Sergio.

Al término de una semana Albina sólo permanecía al lado de Sergio algunos minutos. Parecía evitarle. Llegaba á su lado con ansias de verle, y al verle permanecía de pie, sintiendo necesidad de salir. Cuando él la interrogaba, reprochándole que no fuera su amiga como antes, volvía la cabeza, no sabiendo qué responder. Nunca quería contarle lo que hacía por las mañanas mientras estaban separados; sacudía la cabeza pausadamente pretextando cansancio; si Sergio quería abrazarla, se

escapaba de un salto, dándole las buenas noches á través de la puerta con un simple «adiós.» Sergio comprendía que lloraba cuando estaba sola, y seguía en su rostro las fases de una esperanza defraudada á diario, de un deseo temeroso de satisfacerse. Albina se mostraba algunos días mortalmente triste, con la fisonomía contrariada; otros días presentaba un aspecto triunfante, como iluminada por un pensamiento del que no quería hablar aún y se agitaba inquieta; al día siguiente caía en sus tristezas, como si el pensamiento que antes la alegraba se hubiera desvanecido. Y todas aquellas dudas, todas aquellas esperanzas se traducían en una laxitud que le torturaba los miembros. En los instantes de confianza abandonábase en absoluto á sus ideas, soñando con los ojos abiertos.

Sergio cesó de preguntarla, comprendiendo que no quería responder. Cuando ella entraba en su cuarto la miraba con ansiedad, esperando que una tarde tendría que volver forzosamente hacia él. ¿Dónde podía disgustarse así? ¿Qué lucha diaria la dejaba tan pronto desolada como dichosa? Una mañana sintióse estremecido por un ligero paso que resonaba bajo las ventanas de su cuarto. Conocía muy bien aquel paso menudo que apenas doblaba el tallo de las hierbas. Albina recorría

él el Paradou. Del Paradou era de donde ella le traía los desfallecimientos, las esperanzas, todo aquel combate, toda aquella laxitud que la hacía morir. Él no ignoraba lo que Albina iba buscando en el fondo de las hojas, con esa constancia muda de la mujer que se ha prometido encontrar alguna cosa. Entretanto oía el rumor de sus pisadas sin atreverse á levantar los visillos para seguirla con los ojos, experimentando cierta dolorosa emoción al saber si se dirigía á la derecha ó á la izquierda, si se encaminaba al Parterre, si dilataba sus excursiones. Percibía entre la vida ardiente del parque, en medio de la voz murmuradora de los arbustos, del susurro de las aguas, del trino de los pájaros, el ruido de las botas de Albina, y lo percibía tan distintamente, que hubiera podido decir si marchaba sobre la arena de las riberas, sobre la tierra granosa del bosque, ó sobre la superficie de las rocas desnudas; llegaba hasta encontrar las alegrías ó las tristezas de la muchacha en el crujido de sus zapatos. Cuando ésta subía la escalera, Sergio se apartaba de la ventana para que no supiera nada de su espionaje; pero ella debía conocerlo, y así se lo advertía con una mirada.

—Quédate, no salgas—le dijo Sergio una maña-

na en que la vió entristecida aún por su paseo de la víspera.—Me desesperas.

Ella se escapó irritada, y él corrió á la ventana para ver el jardín animado por el paso sonoro de Albina. El ruido de las botas de la joven era una voz más que venía á llamarle; una voz dominante cuyo eco retumbaba en su corazón. Se tapaba los oídos, sin querer oir, pero el eco penetraba en su espíritu. Cuando ella regresaba, todo el parque venía detrás de su cuerpo con el recuerdo de las pasadas excursiones, de sus ternuras, engrandecidas por la complicidad de la naturaleza. Albina parecía más alta, más formal, como si hubiera madurado en sus paseos solitarios; nada quedaba en ella de la muchacha alegre; era la mujer que hacía crujir los dientes de Sergio con el rechinamiento de un deseo para él inexplicable.

Una mañana á las doce, Sergio oyó que Albina regresaba al galope. Sergio se había privado de oirla partir. Casi siempre volvía tarde, y aquel regreso le sorprendió tanto más, cuanto que la escuchaba venir saltando y rompiendo las ramas, hasta que se detuvo riendo debajo de las ventanas; cuando subía la escalera respiraba tan fuertemente, que el joven creyó recibir el calor de su aliento en la boca.

Albina abrió la puerta de par en par, gritando:

—¡Lo encontré!

Y se sentó, repitiendo dulcemente con voz sofocada:

—¡Lo encontré! ¡lo encontré!

Sergio se puso la mano sobre los labios, balbuceando:

—Te lo ruego, no me digas nada. No quiero saber nada. Si hablases me matarías.

Albina calló, con los ojos ardientes, apretando los labios para que las palabras no se le escapasen á pesar suyo; permaneció en la habitación hasta la noche, buscando la mirada de Sergio para confiarle algo de lo que ella sabía, de lo que ella acababa de encontrar; un resplandor semejante á una llama brillaba en su rostro, y olía tan bien, estaba tan exuberante de vida, que Sergio la respiraba, sintiéndola entrar por sus oídos y por sus ojos; la respiraba con todos sus sentidos y se defendía desesperadamente contra aquella lenta posesión de su ser.

Al día siguiente Albina se instaló en la habitación de Sergio.

—¿No sales?—la preguntó él, sintiéndose próximo á ser vencido si la muchacha continuaba allí.

Ella respondió que no, que no saldría más. A medida que pasaba el tiempo, Sergio la veía más fuerte y más triunfante. Pronto podría cogerle por el dedo y conducirle á aquel lecho de hierba cuyo silencio aumentaría sus venturas. Albina no habló nada aún, se contentó con atraerle á un cojin puesto delante de sus pies. Al día siguiente se atrevió á decirle:

—¿Por qué te aprisionas aquí? Se está muy bien debajo de los árboles.

Sergio se levantó suplicante, con los brazos extendidos, y ella añadió riendo:

—No, no iremos, ya que no quieres ir..... Esta habitación tiene un olor particular..... Estaríamos mejor en el jardín, más tranquilos, más á gusto..... Haces mal en despreciar el jardín.

Él se había arrojado á sus pies, mudo, con los párpados bajos, presa de un estremecimiento que le corría á lo largo del rostro.

—No, no iremos — repuso ella; — no te enfades..... ¿Pero es que no prefieres la hierba á estas pinturas? ¿Te acuerdas de todo lo que hemos visto juntos?.... Las pinturas tienen la culpa de nuestra tristeza. Son espías que nos miran siempre.

Y al ver que Sergio se inclinaba poco á poco hacia ella, le pasó un brazo alrededor de la gar-

ganta y puso la cabeza sobre sus rodillas, murmurando con voz muy baja:

—Verás qué bien estamos allí, es un sitio que yo conozco. No nos estorbará nadie. El aire fresco nos quitará la fiebre.

Se detuvo al ver que Sergio temblaba, temerosa de que una palabra dicha demasiado fuerte no le volviera á sus terrores; iba conquistándole poco á poco, paseando por su cara la caricia azul de sus ojos. Sergio había levantado los párpados y la miraba sin temblar; era suyo por completo.

—¡Ah! ¡si supieras!—murmuró Albina dulcemente en su oído.

Y continuó, al ver que él no cesaba de sonreir:

—Está libre; no lo guarda nadie..... Tú eres hombre y no debes tener miedo..... Si vamos allí y nos amenaza algún peligro, tú me defenderás, ¿no es cierto? ¿No me llevarías á cuestas? Yo estoy tranquila cuando me encuentro al lado tuyo..... Tienes los brazos fuertes. ¡No se debe temer nada cuando se tienen unos brazos como los tuyos!

Y le acariciaba con la mano los cabellos, la nuca, las espaldas.

—No, no está prohibido—añadió.—Esa historia es buena para los tontos. Los que la han contado otras veces tendrían interés en que nadie les estor-

bara en aquel sitio, el más delicioso del jardín..... Estáte seguro de que en el momento en que te sientes sobre aquella alfombra de hierba serás completamente dichoso. Allí estaremos solos, seremos los verdaderos amos..... Anda, ven conmigo.

Sergio rehusó con la cabeza, pero sin cólera, como hombre que juega á las negativas; y después de una pausa, conmovido al ver que Albina suspiraba, acariciándole aún, abrió los labios para preguntarle:

—¿Dónde está eso?

Albina no respondió al instante; parecía mirar á lo lejos.

—Allá abajo.....—murmuró.—No puedo indicártelo. Es preciso seguir á lo largo del paseo y después volver á la izquierda, y luego más á la izquierda. Hemos de pasar por su lado más de cien veces..... Sería mejor ir á buscarlo juntos; no lo encontrarás si yo no te llevo de la mano. Yo sí iré sin equivocarme; pero desde aquí me sería imposible enseñarte el camino.

—¿Y á tí quién te ha conducido?

—No lo sé..... Esta mañana todas las plantas se inclinaban de aquel lado; las ramas me empujaban por la espalda, las hierbas me hacían señas,

los senderos me salían al paso. Creo que hasta los animales se ocupaban de lo mismo; he visto un ciervo que galopaba delante de mí como invitándome á seguirle, mientras un enjambre de pájaros, saltando de árbol en árbol, me advertían con ligeros gritos cuando iba á tomar una senda equivocada.

—¿Y es muy hermoso eso?

Albina calló otra vez; un éxtasis profundo brillaba en sus ojos. Cuando pudo hablar, dijo:

—¡Hermoso como no podré decírtelo!..... Yo me he sentido presa de un encanto tal, que no he podido darme cuenta más que de una alegría sin nombre que caía desde los árboles para acostarse en las hierbas; he venido corriendo para llevarte conmigo, para no gozar sino contigo la ventura de sentarme en esa sombra.

Y le apretó el cuello con los brazos, suplicándole ardientemente, muy de cerca, con sus labios casi apoyados en los labios de él.

—¡Sí; tú vendrás!—balbuceaba.—Piensa que viviré muy triste si tú no vienes..... Es un capricho que tengo; un deseo lejano que ha aumentado de día en día y que hoy me hace sufrir. ¡Tú no querrás que yo sufra!..... Y aunque debieras morir, aunque esa sombra nos matara á los dos, ¿te-

merías? ¿Tendrías, por ventura, miedo? Nos acostaremos juntos al pié del árbol, dormiremos siempre el uno al lado del otro. ¿No te parece que eso es muy bueno?

—Sí, sí—suspiró él, contagiado por la locura de aquella pasión vibrante de deseos.

—Pero no nos moriremos—añadió Albina, alzando la voz y riendo con risa de mujer victoriosa.—Viviremos para amarnos..... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Ya verás; todo nos ayudará á la vez. Podrás tomarme como quieras hacerlo, tan estrechamente que ni un punto de mi cuerpo estará separado de tí. Yo imagino que entonces descenderá alguna cosa celeste sobre nosotros..... ¿Quieres?

Sergio palideció, cerrando los ojos como si le hubiera deslumbrado una gran claridad.

—¿Quieres? ¿quieres?—repitió ella con voz ardiente, poniéndose casi de pié.

Sergio, levantándose, la siguió vacilante, cogido á su cintura, sin poderse separar de ella; iba donde ella iba, aprisionado por la caliente atmósfera que desprendían sus cabellos.

Al ver que se quedaba un poco detrás, Albina volvió la cabeza, enseñándole un rostro tan lleno

de amor, una boca, unos ojos tentadores que le llamaban con tal imperio, que Sergio la hubiera acompañado siempre, á todas partes, con obediencia de perro fiel.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA CAIDA DEL PADRE MOURET.

EMILIO ZOLA

LA CAIDA DEL PADRE MOURET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

J. TADINCE

TOMO SEGUNDO

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO
—
1887

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID, 1887.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

LA CAIDA DEL P. MOURET.

XIV.

Descendieron y caminaron por el centro del jardín sin que Sergio dejara de sonreir. Éste sólo distinguía las verduras en las miradas claras de los ojos de Albina. El jardín, al verlos, tuvo como una risa prolongada, como un murmullo de satisfacción que voló de hoja en hoja hasta el extremo de las avenidas más hondas. Al cabo de tantos días debía esperar la vuelta de los jóvenes tal y como ellos aparecieron, cogidos por la cintura, reconciliados con los árboles, buscando en el lecho de la hierba su perdido amor. Un ¡chits! solemne corría sobre las ramas; el cielo á aquellas horas (las dos de la tarde) se coloreaba como una hoguera. Las plantas se alzaban para contemplarlos.

—¿Las oyes?—preguntó Albina á media voz.—Se alejan cuando nos acercamos, pero nos esperan

allá lejos, se confían de una en otra el camino que deben indicarnos..... Ya te había yo dicho que no tendríamos que inquietarnos por los senderos. Estos son los árboles que con sus brazos extendidos me enseñan el camino que debo seguir.

En efecto, parecía que el parque los empujaba lentamente. Detrás de ellos se erizaban las zarzas cerrándose como para impedirles volver atrás, mientras por delante se dilataban los céspedes como desplegando á su paso una alfombra mullida y suave.

—Los pájaros nos acompañan—murmuró Albina.—Son nuestros mensajeros. ¿Los ves?..... Saltan á lo largo de las ramas, se detienen en cada recodo para que no nos perdamos. ¡Ah! ¡si pudieramos entender su canto, escucharíamos cómo nos invitan á avanzar!

Y añadió seguidamente:

—Todos los animales del parque vienen con nosotros. ¿No los sientes? ¿No oyes un rozamiento continuo que nos sigue? Son los pájaros en los árboles, los insectos en las hierbas, las liebres y los ciervos entre las matas; hasta los peces agitan el agua con sus colas..... No te vuelvas; eso les asustaría; pero estoy segura de que llevamos un cortejo excelente.

Hablando así caminaron siempre con paso tranquilo: Albina no hablaba más que para encantar á Sergio con la música de su voz; Sergio obedecía á la menor presión de su mano; desconocían el sitio por donde caminaban, y, sin embargo, estaban seguros de llegar donde querían ir. A medida que iban hacia delante, el jardín se hacía más discreto, reteniendo los suspiros de su sombra, el murmullo de sus aguas, la vida ardiente de sus animales. Allí sólo reinaba un silencio vibrante, una atención religiosa.

Instintivamente Albina y Sergio levantaron la cabeza. Enfrente de ellos se extendía un follaje colosal. Al verlos dudar, una liebre, que los miraba con sus ojos dulces, penetró de un salto entre las matas.

—Aquí es—dijo Albina.

Y se adelantó la primera, volviendo la cabeza para llamar á Sergio; después desaparecieron juntos: sintióse un estremecimiento de hojas removidas, y todo recobró su calma. Entraron en un país delicioso.

En el centro del parque alzábase un árbol de sombra tan espesa, que era imposible penetrarla. Tenía una estatura gigantesca, un tronco que respiraba como un pecho, ramas que se extendían á

lo lejos, semejantes á miembros protectores. Parecía robusto, bueno, fecundo, poderoso; era el dueño del jardín, el padre del bosque, el orgullo de las hierbas, el amigo del sol, que se acostaba y se levantaba todos los días sobre su copa. De la bóveda verde formada por aquélla emanaba toda la alegría de la creación: perfumes de flores, cantos de pájaro, rayos de luz, suspiros frescos de la aurora, tibiezas adormecidas del crepúsculo: la sávia tenía tal pujanza, que se derramaba por la corteza, bañándola con un baño de fecundación, prestándole toda la virilidad de la tierra. Aquel árbol bastaba para el encanto del paraje; los árboles que crecían en derredor suyo eran como un muro impenetrable formado para proteger el aislamiento de su monarca en el fondo de un tabernáculo silencioso y obscuro; no se distinguía allí más que verdura; nada de cielo, nada de horizonte, nada más que una rotonda decorada por todas partes con la seda verde de las hojas que tocaban al suelo, tapizado por una alfombra de musgo fino. Entrábase allí como en el cristal de una fuente, en medio de una limpidez verdosa, bordada de plata con reflejos sonrosados. Colores, perfumes, sonidos, vibraciones, todo era vago, transparente, sin nombre, saturado de una dicha tal, que llegaba al desva-

necimiento de las cosas. Una languidez de alcoba, el ambiente de una noche de estío resbalando por la espalda desnuda de una mujer enamorada; un balbuceo de amor apenas perceptible; un estupor mudo cayendo sobre las ramas, no sacudidas por el menor soplo de viento; soledad nupcial, cámara vacía, dentro de la cual, en alguna parte, detrás de los cortinajes corridos, sentíase el suspiro ardiente de la naturaleza recostada en los brazos del sol. Las raíces del árbol crujían de tiempo en tiempo; sus miembros se remarcaban como los de una mujer á medio vestir; el sudor de vida que traspiraba su corteza caía goteando sobre los céspedes, exhalando deseos, llenando el aire de abandono y amor El árbol mismo desfallecía entonces. Con su sombra, con su tapiz de hierba, con sus apretados retoños era una voluptuosidad más.

Sergio y Albina estaban sorprendidos. Desde que el árbol les tomó bajo la protección de sus ramas, sintiéronse libres de la ansiedad intolerable que habían sufrido. Ya no experimentaban aquel miedo que les hacía huir, aquellas luchas ardorosas, desesperadas, que les martirizaban tanto, sin que llegaran á saber con qué enemigo combatían. Al contrario, una confianza absoluta, una serenidad suprema les dominaba; se apoyaban el uno en

el otro, gozando lentamente el placer de estar juntos, lejos de todo, en el fondo de un retiro milagrosamente descubierto. Sin comprender aún lo que el jardín quería de ellos, le dejaban disponer libremente de su ternura, oyendo sin turbarse lo que el árbol les hablaba. Y el árbol sumergíales en tal éxtasis de amor, que el claro desaparecía, transformándose en la esencia de un perfume.

—El aire sabe á fruta—murmuró Albina.

Sergio murmuró también por lo bajo:

—La hierba está tan viva, que al pisarla me parece que piso el extremo de tus ropas.

Bajaron la voz, dominados por un sentimiento religioso; no tuvieron la curiosidad de mirar hacia arriba para ver el árbol; bastábales con sentir la magnitud de su sombra en las espaldas. Albina preguntó con una mirada si había exagerado los encantos de aquel retiro; Sergio respondió con dos lágrimas claras que corrían por sus mejillas. Su alegría por encontrarse allí era indescriptible.

—Vén—dijo Albina al oído de Sergio con voz semejante á un suspiro.

Y fué á acostarse la primera debajo del árbol: después, sonriendo, tendió sus manos á Sergio, mientras éste de pie, sonriendo también, le alargaba las suyas; cuando las cogió, le atrajo hacia

ella lentamente. Él cayó á su lado, estrechándola con fuerza contra su pecho.

—¿Te acuerdas—dijo—de aquel muro que parecía separarnos?..... Ahora te toco y no encuentro nada entre los dos..... ¿Sufres?

—No—respondió ella.—Me gusta.

Guardan silencio sin separarse. Una emoción deliciosa, sin segundo, dulce como ninguna, les invadía. Sergio paseó sus manos por el cuerpo de Albina y dijo:

—Tu cara es mía; tus ojos, tu boca, tus mejillas..... Tus brazos son míos desde las uñas hasta los hombros..... Tus pies son míos, tus rodillas son mías. Toda tú eres para mí.

Y la besaba en la cara, en los ojos, en la boca, en las mejillas; la besaba los brazos con besos rápidos y ligeros, subiendo desde los dedos hasta los hombros; la besaba los pies, la besaba las rodillas; la inundaba de besos que caían sobre ella en anchas gotas tibias como las gotas de una tempestad de verano, derramándose por todas partes, por el cuello, por el pecho, por las caderas, por los muslos. Era una toma de posesión sin obstáculo, continua, en la que Sergio se hacía dueño hasta de las venitas azules que corrían por debajo de la piel sonrosada de Albina.

—Es para entregarme para lo que te tomo—la decía.—Quiero entregarme á tí por entero, para siempre. Porque, ahora lo sé bien, tú eres mi dueña, mi soberana, la que yo debo adorar de rodillas. No estoy aquí más que para obedecerte, para vivir á tus pies, esperando tus voluntades, protegiéndote con los brazos extendidos, apartando con mi aliento las hojas sueltas que lleguen á turbar tu paz..... ¡Oh! ¡permíteme que desaparezca; que me diluya en tu ser, que sea el agua que bebas, el pan que comas. Tú eres mi límite. Desde que he llegado á este jardín, he andado por tí, he crecido por tí. Siempre he visto tu gracia como recompensa cuando paseabas al sol con tu cabellera de oro, prometiéndome que algún día me dejarías conocer la necesidad de esta creación, de esta tierra, de estos árboles, de estas aguas, de este cielo cuya última palabra desconozco aún..... Te pertenezco, soy tu esclavo; escucharé tus palabras imprimiendo mis labios sobre tus piés.

Todas estas cosas las decía encorvado en tierra, adorando á la mujer. Albina, orgullosa, se dejaba adorar. Presentaba sus dedos, su pecho, sus labios á los besos devotos de Sergio. Sentíase señora al mirarle tan fuerte y tan humilde delante de ella. Le había vencido, le tenía á sus órdenes,

podía disponer de él con una sola palabra. Y lo que la tornaba más poderosa aún era el escuchar en rededor suyo que el jardín se alegraba de su triunfo, ayudándola con un clamor sordo que iba creciendo por instantes.

Sergio no hacía más que balbucear palabras; continuaba en sus besos y murmuraba aún:

—¡Ah! yo quisiera saber..... Quisiera tomarte, guardarte, morir acaso y elevarnos..... no puedo decirlo.

Los dos permanecieron mudos, faltos de aliento, con la cabeza vacilante. Albina tuvo fuerzas para levantar un dedo, haciendo á Sergio seña de que escuchara.

Era el jardín quien había querido la caída. Durante semanas enteras les inició lentamente en el aprendizaje de su ternura. Después, el último dia, acabó por conducirlos á una alcoba verde; en aquel instante él era quien los tentaba con todas sus voces palpitantes de amor. Del Parterre llegaban olores de flores enamoradas; un largo cuchicheo que refería las bodas de las rosas, las voluptuosidades de las violetas; nunca habían tenido un ardor tan sensual las solicitaciones de los heliotropos. El viento traía del huerto el aroma de los frutos maduros, un aroma espeso de fecundidad,

la vainilla de los albaricoques, el azahar de los naranjos. Las praderas elevaban una voz más honda, formada por millones de hierbas besadas por el sol, murmullo de una turba innumerable que avanzaba, trayendo con ella las caricias frescas de las riberas, las desnudeces de las aguas corrientes, al borde de las cuales se inclinaban las ramas sedientas de deseos. El bosque respiraba la pasión gigante de los robles, los cantos de órgano de las altas hojas: una música solemne festejando el matrimonio de los fresnos, de los ojaranzos, de los abedules, de los plátanos en el fondo de santuarios de follaje; mientras las zarzas y los retoños jóvenes, invadidos por un retozamiento adorable, por una truhanería de amantes que se persiguen, se arrojaban por tierra, saltando de placer entre el roce lascivo de las ramas. Y aquel enamoramiento de todo el parque extendíase á lo lejos sobre las rocas, donde el calor hacía estallar las piedras de pasión, donde las plantas espinosas amaban de una manera trágica, ardiente, sin que los manantiales pudieran calmar su sed, abrasados como estaban ellos mismos por el sol que se reclinaba en su lecho.

—¿Qué dicen?—murmuró Sergio desvanecido.—¿Qué quieren de nosotros para suplicarnos así?

Albina, sin hablar, le estrechó contra su pecho.

Las voces se habían hecho más claras. Los animales del jardín les hablaban también de amor. Las cigarras cantaban con ternura en el momento de morir; las mariposas remedaban besos al batir de sus alas. Los gorriones tenían caprichos de un segundo, caricias de sultanes que pasean en medio de un serrallo. Los pescados depositaban sus larvas en el fondo de las aguas corrientes y las ranas proferían en gritos ardientes y melancólicos. En el fondo de la selva los ruiseñores entonaban cánticos llenos de voluptuosidad; los ciervos bramaban, embriagados por una tal concupiscencia, que espiraban de laxitud al lado de sus hembras rendidas. En los estribos de las rocas, al extremo de las escuetas zarzas, las culebras, enroscadas de dos en dos, silbaban con dulzura, mientras grandes lagartos cubrían sus huevos, modulando con su garganta un ligero ronquido de éxtasis. De los más apartados rincones, de la tierra, de la espesura, subía un olor animal, un calor de celo constante. Toda aquella vida que se agitaba, desprendía un rumor de engendramiento. En cada hoja concebía un insecto, en cada tallo de hierba reposaba una familia, las moscas volaban cogidas las unas de las otras, fecundándose en el aire; las partículas

de vida invisible que pueblan la materia, los átomos de la materia mismos amaban, se unían, dando al suelo un resplandor voluptuoso, haciendo del parque un inmenso fornicio.

Sergio y Albina comprendieron entonces. Él no dijo nada, apretándola entre sus brazos con más fuerza que nunca. La fatalidad de la generación se impuso: cedieron á las exigencias del jardín. Aquel árbol fué el encargado de confiar al oído de Albina lo que las madres murmuran al oído de las desposadas la noche de sus bodas.

El jardín entero se abismó con aquella pareja en un último grito de pasión: los troncos rechinaron como bajo el impulso de un huracán: las hierbas dejaron escapar un sollozo de embriaguez: las flores desvanecidas con los pétalos abiertos exhalaron su alma: el cielo mismo palpitó de ventura. Aquello era una victoria para las bestias, para las plantas, para las cosas que habían querido la entrada de aquellos dos niños en la eternidad de la vida.

El parque aplaudía formidablemente.

XV.

Cuando Albina y Sergio se encontraron libres del estupor de su felicidad, sonrieron. Regresaban de un país de luz; bajaban de muy alto. Se estrecharon las manos para darse las gracias, y después mostraron su agradecimiento exclamando:

—¡Te amo, Albina!

—¡Sergio, te amo!

Nunca esta palabra «te amo» había tenido para ellos un sentido tan profundo. Lo significaba todo, lo explicaba todo. Durante algún tiempo no pudieron moverse y permanecieron allí en una calma deliciosa, extraviados aún. Saboreaban la perfeccion absoluta de su ser; la alegría de la creación les inundaba, igualándoles á las fuerzas más poderosas del mundo, haciendo de ellos las fuerzas mismas de la tierra. En medio de su dicha encontraban la certidumbre de haber cumplido una ley, la seguridad de haber llegado á un término lógico buscado paso á paso.

Sergio dijo, apretando á Albina entre sus brazos robustos:

—¿Lo ves? ya estoy bueno; me has devuelto toda mi salud.

Albina respondió abandonándose á él:

—Tómame toda entera: ten mi vida.

La plenitud de la vida subía á los labios de los amantes. Sergio al poseer á Albina había encontrado su sexo de hombre, la energía de sus músculos, la bravura de su corazón, la perfecta salud que le faltara durante su larga adolescencia. Ahora se sentía completo; tenía los sentidos más claros, la inteligencia más ancha. Al levantarse, sus pies se fijaron audazmente sobre el suelo, su cuerpo se estiró satisfecho de su poderío. Tendió las manos á Albina para que se levantase, y como la sintiera vacilar, la sostuvo.

—No tengas miedo—dijo.—Tú eres la que yo amo.

A su vez ella era la sierva: apoyaba la cabeza sobre la espalda de su amante, mirándole con ternura inquieta. ¿No le disgustaría nunca lo que había hecho? ¿No la reprocharía alguna vez aquella hora de adoración, durante la cual se había confesado esclavo suyo?

—¿No estás disgustado?—le preguntó humildemente.

Sergio sonrió acariciándola los cabellos, golpeándole las mejillas con la punta de los dedos como si fuera una niña. Ella siguió diciendo:

—Ya verás; haré lo que tú quieras; pero me dejarás vivir así, ¿verdad? en tus brazos: porque estoy necesitada de que me enseñes á andar..... Ahora mismo me parece que no sé andar.

Luego añadió con tono grave:

—Es preciso que me ames siempre; yo seré obediente; me ocuparé de tus dichas, te lo entregaré todo, hasta mis más secretas voluntades.

Sergio sintió redoblar su pujanza al verla tan sumisa, tan acariciadora, y la preguntó:

—¿Por qué tiemblas? ¿Qué puedo yo reprocharte?

Albina no respondió nada; miraba tristemente el árbol, las verduras, la hierba donde había estado echada momentos antes.

—Niña; ¡más que niña!—añadió él riendo.—¿Tienes miedo de que te guarde rencor por el don que me has hecho? Eso no puede ser nunca una falta. Nos hemos amado como debíamos amarnos..... Quisiera besar las huellas que ha dejado tu pie al conducirme aquí, lo mismo que beso tus labios que me enardecen, lo mismo que beso tu pecho que ha terminado la curación que empezaste, ¿te acuerdas? con tus manos pequeñas y frescas.

Albina bajó la cabeza, y volviendo los ojos para no ver el árbol, dijo en voz baja:

—¡Sácame de aquí!

Sergio la sacó de allí á pasos lentos, mirando el árbol por última vez, dándole las gracias. La sombra era cada vez más negra en aquel paraje; un estremecimiento de mujer sorprendida al acostarse caía de las hojas. Cuando salieron del follaje á la claridad del sol poniente, se encontraron muy asombrados. Sergio, sobretodo, hallaba en cada planta, en cada ser, un sentido nuevo. Todo se inclinaba en rededor suyo; todo rendía homenaje á su amor. El jardín no era más que un reflejo de la belleza de Albina, y parecía haberse engrandecido, haberse hermoseado al rumor de las caricias de sus dueños.

La alegría de Albina era una alegría inquieta; interrumpía sus carcajadas para prestar atención con estremecimientos bruscos.

—¿Qué tienes?—le preguntó Sergio.

—Nada—repuso ella, dirigiendo miradas furtivas en rededor suyo.

No sabían en qué sitio del parque estaban. Ordinariamente les complacía andar á capricho, sin saber por dónde; pero entonces experimentaron un temor, un embarazo singular. Apretaron el paso poco á poco, emboscándose más y más en un laberinto de zarzas.

—¿No has oído?—dijo Albina medrosamente, deteniéndose asustada.

Y al ver que Sergio escuchaba también dominado por la ansiedad que á ella la invadía, añadió:

—Las matas están llenas de voces; parecen gentes que se burlan..... Oye; ¿no es una risa lo que suena en aquel árbol? Y allá abajo, las hierbas aquellas, ¿no han prorrumpido en murmullos cuando yo las he rozado con mi falda?

—No; no—repuso él, queriendo consolarla. El jardín nos quiere; si habla, no será para reñirte. ¿No recuerdas las dulces palabras cuchicheadas por las hojas?..... Estás nerviosa; sueñas quimeras.

Pero ella movió la cabeza murmurando:

—Ya sé que el jardín es amigo nuestro..... Pero es que ha entrado alguno. Te aseguro que oigo á alguien. ¡Tengo mucho miedo! ¡llévame! ocúltame!

Emprendieron la marcha esquivando las matas, creyendo que aparecían rostros amenazadores detrás de cada tronco. Albina juró que alguien les buscaba á lo lejos.

¡Escondámonos! ¡escondámonos!—repetía con voz suplicante.

Albina estaba muy colorada. Era el suyo un pudor naciente, una vergüenza que la sorprendía como una enfermedad, manchado el candor de su piel, donde hasta entonces no había subido una nube de sangre. Sergio tuvo miedo al verla tan sonrojada, con las mejillas trémulas y los ojos llenos de lágrimas. Quiso abrazarla, calmarla con una caricia; pero ella se apartó haciendo un signo, indicándole con un gesto desesperado que no estaban solos. Miraba, enrojeciendo más y más, su traje deshecho que mostraba su desnudez, sus brazos, su garganta, su cuello. Sus cabellos desatados la estremecían al rozarle la espalda; trató de arreglarse el peinado; después lo dejó, temiendo descubrir la nuca. El roce de una rama, el ruido leve de un ala de insecto, el menor suspiro del aire la hacían temblar como el tacto deshonesto de una mano invisible.

—Tranquilízate—dijo Sergio en actitud de ruego.—No hay nadie..... Estás roja de fiebre. Descansemos un instante, ¡te lo suplico!

Albina dijo que no tenía fiebre, que quería llegar en seguida, para que nadie se riera al mirarla; y acelerando el paso más y más, cogía de las ramas de los árboles hojas, con las cuales cubría su desnudez. Anudó á sus cabellos un ramo de mo-

ras; se arrolló los brazos con hojas que ataba á sus muñecas; se puso en el cuello un collar de musgo, tan largo que le cubría el pecho.

—¿Vas de baile?—exclamó Sergio, que trataba de hacerla reir.

Pero ella, arrojando un puñado de las hojas que no cesaba de coger, le dijo en voz baja con tono de alarma:

—¿No ves que estamos desnudos?

Sergio tuvo vergüenza á su vez, y se ciñó las hojas á sus vestidos destrozados.

Entretanto no conseguían salir de las zarzas. De pronto, al final de un sendero, se encontraron en presencia de un obstáculo, de una masa gris, alta, dura. Era la pared.

—¡Ven! ¡ven!—gritó Albina.

Trató de alejarse. Pero aun no habían andado veinte pasos cuando volvieron á encontrar la pared. Entonces la siguieron corriendo llenos de pánico. La pared permanecía dura, sin una claridad. De pronto, en el límite de un prado pareció iluminarse. Una brecha abría sobre el valle próximo una ventana de luz. Aquel debía ser el boquete de que Albina habló un día; aquel boquete que trató de cubrir con sarmientos y piedras; los sarmientos estaban esparcidos por el suelo como

piernas cortadas, las piedras arrojadas á lo lejos. El boquete parecía agrandado por una mano furiosa.

XVI.

—¡Le oigo! ¡le oigo!—dijo Albina, lanzando un grito de suprema desesperación.—Te suplico que me apartes de aquí..... ¡Sergio, por favor, no mires!

Sergio miraba á pesar suyo por el agujero de la brecha. Abajo, en el fondo de la planicie, el sol poniente iluminaba con una franja de oro la aldea de los Artaud, semejante á una visión vomitada por el crepúsculo que invadía los campos vecinos. Distinguíanse perfectamente las casas construídas á la desbandada á lo largo del camino, los corrales llenos de estiércol, los jardinillos plantados de legumbres. Más allá, el ciprés del cementerio destacaba su perfil sombrío; las tejas rojizas de la iglesia parecían una hoguera, entre la cual la campana negra é inmóvil semejaba un tizón apagado; al lado de la iglesia el viejo presbiterio abría sus puertas al viento de la tarde.

—¡Por piedad!—repitió Albina sollozando—no mires, Sergio!..... Acuérdate de que me has

prometido amarme siempre. ¡Ah! ¿me amarás siempre? ¡siempre!..... Yen; déjame taparte los ojos con las manos. Ya sabes que son mis manos las que te han curado..... no puedes rechazarlas.

Sergio, mientras ella se abrazaba á sus rodillas, se pasó la mano por la cara como para apartar de sus ojos y de su frente los últimos vapores de un sueño. Allí estaba el mundo desconocido, el país extraño en el cual no había pensado nunca sin miedo. ¿Dónde había visto aquel país? ¿De qué pesadilla despertaba, para sentir aquella angustia mortal que le oprimía el pecho hasta el punto de desvanecerle? La aldea se animaba con el crepúsculo. Los hombres volvían del campo con el azadón sobre los hombros, caminando con paso de bestias fatigadas; las mujeres les llamaban desde las puertas de las casas, y los muchachos agrupándose bulliciosamente perseguían á pedradas á las gallinas. En el cementerio jugaban dos galopines, un muchacho y una muchacha, que caminaban á cuatro pies á lo largo del muro para no ser vistos. Una bandada de gorriones se acostaba sobre las tejas de la iglesia; una falda de percal azul acababa de aparecer en el vestíbulo del presbiterio, y era tan ancha que llenaba la puerta.

—¡Desdichada de mí!—balbuceó Albina.—

¡Mira! ¡mira!..... Óyeme. Has jurado obedecerme siempre. Te lo ruego; ¡vuélvete hacia mí; contempla tu jardín!..... ¿No has sido dichoso en este jardín? En él me he entregado á tí. ¡Qué días más felices nos reserva, qué inmensa dicha, ahora que conocemos todas las venturas de la sombra!..... La muerte entrará por ese agujero si no te salvas, si no me alejas de aquí. Mira, son aquellos, todo ese mundo, lo que va á interponerse entre nosotros. ¡Estamos tan bien solos, perdidos, ocultos entre los árboles!..... El jardín es nuestro amor. Mira al jardín, te lo suplico de rodillas.

Pero Sergio no la oía; recordaba con espanto. El pasado resucitaba. Distinguía claramente á lo lejos el contorno de la aldea. Aquellos labriegos, aquellas mujeres, aquellos niños, eran el alcalde Bambouse regresando de su campo de las Olivettes, aguardando la próxima vendimia; aquellos otros eran los Brichet, el marido gruñendo, la mujer llorando su miseria; Rosalía estaba detrás de una cerca dejándose abrazar por Fortunato; reconoció también en los dos galopines que cruzaban el cementerio, al pillo de Vicente y la desvergonzada de Catalina, persiguiendo los saltamontes por encima de las tumbas; con ellos iba también Voriau, el perro negro, ayudándoles, removiendo las hier-

bas, olfateando en cada grieta de las losas. Bajo las tejas de la iglesia reñían los gorriones antes de acostarse; los más audaces descendían, penetrando en el templo por los vidrios rotos, para recoger de las baldosas las migas de pan sobre ellas arrojadas. En el pórtico del presbiterio, la Teuse, que parecía más gorda, lucía una saya de percal azul y volvía la cabeza para sonreir á Desideria que regresaba del corral riendo á carcajadas, acompañada por todo un rebaño. Aquellas dos figuras desaparecieron, y Sergio desvanecido extendió los brazos.

—¡Es tarde!— murmuró Albina, arrojándose sobre un montón de ramas cortadas.—¡Ya no me amarás nunca!

Y rompió en sollozos.

Sergio escuchaba atentamente, persiguiendo sin cesar los menores ruidos por lejanos que fueran, esperando á que una voz viniera á explicarle todo aquello. La campana osciló un instante, y lentamente, rasgando el aire dormido de la tarde, las tres campanadas del *Angelus* llegaron hasta el Paradou. Eran como suspiros argentinos, como llamadas dulces, regulares. La campana parecía viva.

—¡Dios mío!— gritó Sergio, cayendo de rodi-

llas, estremecido por los acentos de la campana.

Se prosternó, sintiendo los tres golpes del *Angelus* atravesarle la nuca y resonar en su corazón. La voz de la campana se hizo más fuerte; vibrando implacable durante algunos minutos que le parecieron años. Aquel sonido evocaba toda su existencia anterior, sus infancias piadosas, sus placeres del seminario, sus primeras misas en el valle abrasado de los Artaud, donde había ido á buscar la soledad de los santos. Siempre le había hablado lo mismo; encontraba hasta los menores detalles de aquella voz de la iglesia, que sin cesar había resonado en sus oídos como una voz de madre, grave y dulce á la vez. ¿Por qué había dejado de oirla tanto tiempo? Ahora le anunciaba de nuevo la vuelta de María. ¿Y era María quien le había abandonado en el fondo de aquellas verduras felices, donde la voz de la campana no llegaba nunca? Jamás la hubiera puesto en olvido si la campana no hubiera cesado de sonar. Al hundir la cabeza entre las manos, tocó su barba y tuvo miedo de ella. No se reconocía con aquel pelo largo, con aquel pelo sedoso que le daba una belleza de fiera. Retorció su barba y se cogió los cabellos con las dos manos, buscando la desnudez de la tonsura; pero sus cabellos habían crecido

y la tonsura estaba cubierta por un bosque viril de rizos que le caían desde la frente hasta la nuca. Al notar esto, toda su carne se erizó con espanto.

—¿Ah, tenías razón! — dijo lanzando una mirada desesperada á Albina. — Merecemos un castigo horrible..... Pero, te lo aseguro, no oigo esas amenazas que pretendes escuchar á través de las hojas.

Albina trató de sujetarle entre sus brazos, murmurando :

—Levántate : huyamos juntos..... Puede que aun sea tiempo de amarnos.

—No; me faltan las fuerzas—replicó Sergio;— el menor guijarro me haría caer..... Escucha; me espanto de mí mismo. No sé qué hombre hay dentro de mí. Yo me he matado y tengo las manos llenas de sangre. Si tú me escondes, no verás ya nunca más que lágrimas en mis ojos.

Albina besó aquellos ojos que lloraban, y repuso con angustia.

—¡No importa! ¿me amas?

Sergio, aterrado, no acertó á responder. Detrás de la muralla, un paso rudo hacía rodar los guijarros. Era como la aproximación lenta de una tempestad de cólera. Albina no se equivocó al decir que

alguien estaba en aquel sitio turbando la paz de las matas con su aliento celoso. Entonces los dos quisieron ocultarse detrás de una zarza, dominados por la vergüenza. Pero era tarde: el hermano Archangias, de pié frente á la brecha, los miraba.

El hermano permaneció un instante sin hablar, con los puños cerrados, contemplando el grupo formado por Albina abrazada al cuello de Sergio, con el desprecio de un hombre que encuentra una impureza en el fondo de una zanja.

—Ya me lo figuraba—gruñó entre dientes.—Aquí tenía que estar escondido.

Y avanzando algunos pasos, gritó:

—Os veo; sé que estáis desnudos..... Eso es una abominación. ¿Sois una bestia para correr los campos con esa hembra? Ella os ha seducido, ella os ha arrojado en la obscuridad. Miraos cubierto de pelo como una fiera..... Arrancad una rama y rompedle los riñones.

Albina con voz ardiente decía por lo bajo:

—¿Me amas? ¿me amas?

Sergio, con la cabeza inclinada, se estremecía sin responder.

—Afortunadamente os he encontrado—siguió diciendo el hermano Archangias.—He descubier-

to este agujero..... Habéis desobedecido á Dios y habéis matado vuestra paz. La tentación os morderá siempre con su diente de llama, y ya no tendréis vuestra ignorancia para combatirla..... Es esta perra quien os ha tentado, ¿verdad? ¿No veíais la cola de serpiente retorcerse entre los mechones de su pelo? Tiene unos hombros cuya sola vista inspira náuseas..... Dejadla, no la toquéis más, porque ella es el principio del infierno..... ¡En el nombre de Dios, salid de ese jardin!

—¿Me amas? ¿me amas?—repetía Albina.

Sergio se había alejado de ella como si verdaderamente le abrasaran sus brazos desnudos y sus espaldas redondas.

—¡En el nombre de Dios! ¡en el nombre de de Dios!—repitió el hermano con voz tonante.

Sergio marchó hácia la brecha invenciblemente.

Cuando el hermano Archangias, dominándole con un gesto brutal, le hizo salir del Paradou, Albina, que se había arrastrado por el suelo con las manos locamente extendidas hacia su amor que se alejaba, levantóse con la garganta preñada de sollozos, y huyó, desapareciendo entre los árboles, batiendo troncos con las trenzas de su cabellera desatada.

LIBRO TERCERO.

I.

Terminado el *Pater*, el padre Mouret, inclinándose delante del altar, pasó del lado de la Epístola.

Bajó después la grada y fué á hacer el signo de la cruz sobre la frente de Fortunato y sobre la de Rosalía, que estaban arrodillados en el último escalón al pie del estrado.

—*Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Amen—respondió Vicente que ayudaba la misa, mirando curiosamente con el rabillo del ojo la cara de su hermano.

Fortunato y Rosalía bajaban la cabeza, un poco emocionados, aunque se daban con el codo de vez en cuando para hacerse reir. Vicente fué á buscar la pila y el hisopo, y Fortunato metió en la pila

un anillo de plata ancho y liso. El cura, después de bendecirlo y rociarlo en forma de cruz, se lo devolvió á Fortunato, quien lo puso en el dedo anular de Rosalía, cuya mano estaba enverdecida por manchas de hierba que el jabón no había podido quitar.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*— murmuró de nuevo el padre Mouret, echándoles una última bendición.

Era muy temprano; el sol no entraba aún por las anchas ventanas de la iglesia. Fuera, en las ramas del algarrobo, cuyo follaje decoraba los vidrios, sentíase el despertar bullicioso de los gorriones. La Teuse, que no había tenido tiempo de arreglar la iglesia, se empinaba sobre su pierna sana para sacudir los pies del Cristo pintado de amarillo y rojo; arreglaba las sillas lo más discretamente posible, inclinándose, santiguándose, golpeándose el pecho, sin descuidar los oficios de su plumero. Al pie de la capilla, cerca de los esposos, la madre Brichet, arrodillada, asistía sola á la boda, rezando devotamente con tan fuerte balbuceo, que la nave parecía invadida por un enjambre de moscas. En el extremo opuesto, del lado del confesonario, Catalina tenía entre los brazos un niño en mantillas que se había echado á llorar, por lo cual la mu-

chacha tuvo que dar la espalda á la misa, haciendo saltar al chico y entreteniéndole con la cuerda de la campana que le rozaba la nariz.

—*Dominus vobiscum*—dijo el cura volviéndose con las manos extendidas.

—*Et cum spiritu tuo*—respondió Vicente.

En aquel instante tres muchachas entraron en la iglesia, mirando curiosamente desde uno de los extremos, sin atreverse á avanzar. Eran tres amigas de Rosalía que se habían escapado de sus campos para venir á escuchar lo que el cura decía á los novios; llevaban grandes tijeras colgadas de la cintura, y acabaron por esconderse detrás de la pila bautismal, pellizcándose, empujándose, haciéndose cosquillas y apretando sus robustos puños para no estallar de risa.

—¡Vaya!—dijo á media voz la Rousse, una mocetona que tenía los cabellos y la piel de color de cobre.—¡No se matará nadie á la salida!

—¡Bah! el padre Bambouse tiene razón—murmuró Lisa, una muchacha pequeñita, morena, con ojos de fuego;—cuando se tiene niños, se les cuida..... Puesto que el señor cura se ha empeñado en casar á Rosalía, bien puede casarla él solo.

La otra joven, Babet, gruesa, de hueso robusto y algo coja, añadió:

—Allí está la madre Brichet. Esa es devota por toda la familia..... ¡Eh! ¿Oís como ronca? No perderá el día. ¡Ya sabe lo que se hace!

—¡Hace de órgano!—repuso la Rousse.

Las tres soltaron una carcajada. La Teuse las amenazó desde lejos con el plumero. El padre Mouret comulgaba en el altar. Cuando pasó del lado de la Epístola para que Vicente le echara sobre el pulgar y el índice el vino de la ablución, Lisa dijo por lo bajo:

—Esto acaba pronto. Después les hablará.

—Así—observó la Rosa—Fortunato podrá ir todavía á su campo, y la Rosalía no habrá perdido la vendimia. Es muy cómodo casarse por la mañana. Fortunato parece un estúpido.

—¡Claro!—murmuró Babet;—al hombre le molesta estar tanto tiempo de rodillas. Apuesto á que eso no le ha sucedido desde su primera comunión.

Vino á distraerlas de su conversación el chiquillo que Catalina sujetaba entre los brazos. Quería la cuerda de la campana y extendía las manos azul de cólera, á pique de ahogarse á puros gritos.

—¡Calla! ¡está ahí el pequeño!—dijo la Rousse.

El niño lloraba más fuerte, pataleando como un demonio.

—Póntelo sobre el vientre, dale teta—murmuró Babet dirigiéndose á Catalina.

Esta levantó la cara con su descaro de perra de diez años y se echó á reir.

—Esto no me divierte—dijo sacudiendo al muchacho. ¡Quieres estarte quieto, cochino!..... Mi hermana me lo ha dejado sobre las rodillas.

—Me parece bien—replicó Babet con malicia.—¡No iba á dárselo á guardar al señor cura!

Aquella vez la Rousse estuvo á punto de reventar de risa; se apoyó contra la pared, con los puños en los riñones, á pique de estallar. Lisa se había echado contra ella, pellizcándole las espaldas y las caderas. Babet tenía una risa de lobo que pasaba como un silbido por entre sus labios cerrados.

—Sin el pequeño—dijo—el cura hubiera perdido su agua bendita..... El padre Bambousse estaba dispuesto á casar á Rosalía con el hijo de Laurent, un mozo del cuartel de las Figuieres.

—Sí—añadió la Rousse entre dos carcajadas;—¿sabéis lo que hacía el padre Bambousse? Arrojaba terrones de tierra á las caderas de Rosalía para que no naciera el pequeño.

—Pues está muy gordo—murmuró Lisa.—Los terrones le han aprovechado.

Las tres se retorcían en un acceso de hilaridad loca, cuando la Teuse se les acercó furiosa. Había cogido la escoba de detrás del altar. Las muchachas, asustadas, retrocedieron, poniéndose muy serias.

—¡Perdidas!—gruñó la Teuse.—¡Venís todavía á decir aquí suciedades!..... ¡Tú no tienes vergüenza, Rousse! Tu puesto debería ser allá abajo, delante del altar, de rodillas, como Rosalía..... ¡Os advierto que os echaré fuera si volvéis á retozar de ese modo! ¿Lo entendéis?

Las mejillas cobrizas de la Rousse se colorearon ligeramente, mientras Babet la miraba á la cintura con sorna.

—Y tú—continuó la Teuse, dirigiéndose hacia Catalina.—¡quieres dejar tranquilo al muchacho! Le pellizcas para que grite. ¡No digas que no!..... Tráelo.

Y cogiendo al niño, le acarició un instante, poniéndole después sobre una silla, encima de la cual siguió durmiendo aquél con una paz de ángel. La iglesia recobró su calma triste, sólo interrumpida por el gorjeo de los gorriones que jugaban sobre el algarrobo. Vicente había llevado el misal á la derecha del altar, y el padre Mouret acababa de plegar el corporal, metiéndolo dentro de la tapa. Pro-

nunciaba las últimas oraciones con un recogimiento severo que no habían podido turbar ni los lloros del niño, ni las risas de las muchachas. Parecía no oir nada más que la voz que bajaba del cielo para bendecir la dicha de la pareja arrodillada. Aquella mañana el cielo estaba gris, cubierto de nubes calurosas que ocultaban el sol. Por los vidrios rotos sólo entraba un resplandor rosado como un anuncio de tempestad. Á lo largo de la pared los gravados del camino de la cruz descubrían los tonos brutales de sus manchas amarillas, azules y rojas. En el fondo de la nave crujían las maderas secas de la tribuna; las hierbas de la escalera, gigantescamente crecidas, dejaban pasar por la puerta grande sus tallos pajizos, salpicados de brotes morenos. El reloj, encerrado en su caja de madera, dió un ronquido sordo como para aclararse la voz, é hizo vibrar sordamente la campanada de las seis y media.

—*Ite misa est*—dijo el cura, volviéndose hacia la iglesia.

—*Deo gratias*—respondió Vicente.

El padre Mouret, luego que hubo besado el ara, se volvió de nuevo murmurando por encima de las cabezas inclinadas de los esposos la palabra final:

—*Deus Abraham, Deus Isaac, et Deus Jacob vobiscum sit*.....

La voz se fué apagando con dulzura monótona.

—Mirad; va á hablarles—murmuró Babet al oído de sus amigas.

—Está muy pálido—hizo notar Lisa.—Este no es como el padre Caffin, cuya cara gordinflona parecía reir siempre. Rosa, mi hermana menor, me dice que no se atreve á contarle nada cuando se confiesa con él.

—No importa—murmuró la Rousse.—No es feo. La enfermedad le ha envejecido un poco, pero eso no le sienta mal. Tiene los ojos más grandes y dos pliegues en los extremos de la boca que le dan aspecto de hombre..... Antes de su fiebre era demasiado niño.

—Yo creo que tiene una pena—replicó Babet.—Parece que está enfermo aún. Su cara es la de un muerto, pero sus ojos relucen mucho. ¿No veis cómo baja lentamente los párpados para ocultar sus ojos?

La Teuse agitó la escoba.

—¡Chist!—silbó tan enérgicamente, que parecía que entraba en la iglesia una bocanada de viento.

El padre Mouret se detuvo frente á los novios y comenzó á decir en voz baja:

—Hermano mío, hermana mía, estáis unidos en Jesús. La institución del matrimonio es la imagen de la unión de Jesús y de la Iglesia. Este es un lazo que nada puede romper, que Dios quiere que sea eterno, para que el hombre no separe lo que el cielo ha juntado. Al hacer al uno de un hueso del otro, Dios os ha indicado que tenéis el deber de caminar juntos como una pareja fiel, según las órdenes que dimanan de un poder supremo. Debéis amaros en el amor mismo de Dios. La menor falta entre vosotros será una desobediencia al Creador que os ha reunido en un solo cuerpo. Permaneced unidos para siempre, á semejanza de la imagen de la Iglesia desposada con Jesús, el cual nos ha dado á todos su cuerpo y su sangre.

Fortunato y Rosalía escuchaban remangando la nariz curiosamente.

—¿Qué dice?—preguntó Lisa, que no entendía bien.

—¡Diantre!—dice lo que se dice siempre—replicó la Rousse.—Tiene la lengua muy expedita, como todos los curas.

El padre Mouret seguía hablando, con los ojos desvanecidos, mirando por encima de la cabeza de los esposos á un rincón desierto de la iglesia. Su

voz se humedecía poco á poco, inundando de ternura á aquellas palabras por él aprendidas en un manual de sacerdotes. Se volvió ligeramente hacia Rosalía, y dijo, añadiendo frases vibrantes de emoción cuando la memoria le faltaba:

—Hermana mía, sed sumisa para con vuestro marido, como la Iglesia es sumisa para con Jesús. Recordad que debéis abandonarlo todo para seguirle como sierva fiel. Abandonaréis á vuestro padre y á vuestra madre para acatar á vuestro esposo; le obedeceréis, con objeto de obedecer á Dios mismo. Y vuestro yugo será un yugo de amor y de paz. Sed su reposo, su felicidad, el perfume de sus buenas obras. la salud de sus horas de desfallecimiento. Que siempre os encuentre á su lado como una gracia; que no tenga más que extender la mano para encontrar la vuestra. Así es como debéis caminar los dos sin separaros nunca, y así encontraréis vuestra dicha en el cumplimiento de las leyes divinas. ¡Oh, hermana mía, hija mía! vuestra humildad estará llena de frutos suaves; ella hará entrar en vuestra casa las virtudes domésticas, las alegrías del hogar, la prosperidad de las familias piadosas. Tened para con vuestro marido las ternuras de Raquel, tened la sabiduría de Rebeca, la eterna fidelidad de Sara. Pensad que

una vida pura conduce á todos los bienes. Pedid á Dios todas las mañanas fuerzas para vivir como una mujer que respeta sus deberes, porque las consecuencias de una falta serían horribles: perderíais vuestro honor. ¡Oh! vivir sin amor, arrancar la carne de su carne, no estar más con aquel que es la mitad de uno mismo, agonizar lejos de quien se ama! Le tenderéis los brazos y él huirá de vos. Buscaréis vuestras alegrías y sólo encontraréis vergüenza en el fondo de vuestro corazón. Oidme, hija mía: en vos, en vuestra sumisión, en vuestro amor, en vuestra pureza, es donde Dios ha puesto la fuerza de vuestra misión.

En este momento se oyó una risa en un extremo de la iglesia. El niño acababa de levantarse sobre la silla donde le había acostado la Teuse; pero no parecía descontento, al contrario reía solo, descubriendo sus pañales, por entre los cuales asomaban sus piececitos sonrosados que se agitaban en el aire. Aquellos piececitos eran los que le hacían reir.

Rosalía, á quien fatigaba la alocución del párroco, volvió rápidamente la cabeza para sonreir al niño.

Al verle solo sobre la silla, tuvo miedo y dirigió á Catalina una mirada furiosa.

—Ya puedes mirarme—murmuró aquélla.—No lo cogeré..... ¡Para que llore otra vez!

Y se marchó hacia la tribuna donde se puso á escarbar en un nido de hormigas que asomaba por una endidura de las baldosas.

—Mr. Caffin no hablaba tanto—dijo la Rousse.—Cuando casó á Miette no hizo más que darle dos palmaditas en los carrillos, diciéndole que fuera buena.

—Hermano mío—añadió el padre Mouret dirigiéndose á Fortunato—Dios es quien os ha dado hoy una compañera, porque Dios no quiere que el hombre viva solo. Pero si ha decretado que ella sea vuestra sierva, ha decidido también que vos seáis un dueño lleno de afección y dulzura. La amaréis, porque ella es vuestra carne misma, vuestra sangre y vuestro hueso. La protegeréis, porque Dios ha hecho fuertes vuestros brazos para que los extendáis sobre la cabeza de vuestra esposa en las horas de peligro. No olvidéis que os ha sido confiada; ella es la sumisión y la debilidad, de los cuales no podréis abusar nunca sin cometer un crimen. ¡Oh hermano mío, qué grande debe ser vuestra dicha! Ya no viviréis en el egoísmo de la soledad. Siempre tendréis un deber adorable. Nada tan bueno como amar, sino es proteger á

quien se ama. Vuestro corazón se ensanchará, vuestras fuerzas de hombre tomarán aumento. ¡Oh, ser un sostén, guardar una debilidad, ver una niña que se entrega á vos diciendo: «Tómame, haz de mí lo que quieras; tengo confianza en tus bondades»! ¡No seréis dichoso si la abandonáis! ¡Será un horrible abandono que Dios no perdonará nunca. Desde que se os entrega, es vuestra para siempre Llevadla en vuestros brazos, no la dejéis en tierra sino cuando no haya peligro. Apartad todo, hermano mío.....

El padre Mouret, con la voz profundamente alterada, no dejó oir más que un murmullo indistinto. Había bajado completamente los párpados, con la cara pálida como la cera, hablando con emoción tan dolorosa, que Fortunato mismo lloraba sin entenderle.

—Aun no ha concluído—dijo Lisa.—No tiene miedo de fatigarse. ¡Mira, Fortunato llora!

—Los hombres son más flojos que las mujeres—murmuró Babet.

—Ha hablado muy bien—añadió la Rousse.—Estos curas siempre buscan unas cosas, yo no sé dónde.....

—¡Chist!—gritó la Teuse, que se disponía á apagar los cirios.

El padre Mouret hablaba aún, tratando de encontrar las palabras finales:

—Por esto, hermano mío, por esto, hermana mía, debéis vivir en la fe católica, que es la única que puede asegurar la paz de vuestra casa. Vuestras familias os han enseñado á amar á Dios, á rezar por la mañana y por la tarde, á no contar más que con los dones de su misericordia.....

No terminó. Volvióse para coger el cáliz de sobre el altar, y entró en la sacristía con la cabeza inclinada, precedido de Vicente, que casi tiró las vinajeras y la toalla, entretenido en ver lo que hacía Catalina en el fondo de la iglesia.

—¡Corazón mío!—dijo Rosalía abandonando á su marido para tomar al niño entre sus brazos.

El niño reía; su madre le besaba, arreglándole el pañal y amenazando á Catalina con el puño.

— Si se llega á caer—la decía—te hubiera dado un par de bofetones.

Fortunato avanzó muy satisfecho; las tres muchachas se dirigieron á él frunciendo los labios.

—¡Mirad qué contento está!—murmuró Babet al oído de las otras.—El tunante ha ganado los escudos del padre Bambousse detrás del molino.....

Yo le veía todas las tardes con ella andando á cuatro patas á lo largo de la pared.

Las muchachas se rieron. Fortunato, plantado delante de ellas, rió más fuerte pellizcando á la Rousse, dejándose llamar bestia por Lisa. Era un mocetón robusto que se burlaba del mundo. El cura le había cansado con su plática.

—¡Eh, madre!—gritó con su voz áspera.

Pero la vieja Brichet mendigaba á la puerta de la sacristía, permaneciendo delante de ella llorosa compungida, hablando con la Teuse que le llenaba de huevos los bolsillos del delantal. Fortunato no tuvo vergüenza por eso. Guiñó los ojos, murmurando:

—¡Es fina mi madre! ¡Qué demonio! ¡puesto que el cura quiere tener gente en la iglesia!.....

Rosalía, calmada ya, preguntó á Fortunato, antes de irse, si había rogado al señor cura que fuera por la noche á bendecir su alcoba, según la costumbre del país.

Fortunato corrió á la sacristía, atravesando la nave á zancadas como si atravesara un campo. A poco rato apareció diciendo que el cura iría. La Teuse, escandalizada del descaro de aquellas gentes, que trataban la iglesia como si fuera una carretera, se acercó á ellas, empujándolas para que se marcharan.

—Esto se ha concluído— decía—retiraos; ¡á trabajar!

Ya creía que todos estaban fuera, cuando divisó á Catalina y á Vicente en un extremo de la iglesia, donde se inclinaban con ansia sobre un nido de hormigas. Catalina hurgaba en el agujero con una paja, tan violentamente, que un ejército de hormigas comenzó á desparramarse por las baldosas. Vicente decía que era preciso llegar hasta el fondo para encontrar á la reina.

—¡Ah tunantes!—gritó la Teuse.—¿Qué estáis haciendo ahí? ¡Queréis dejar tranquilos á esos animales! Son las hormigas de la señorita Desideria. Se pondrá contenta si os ve!

Los muchachos se alejaron á escape.

II.

El padre Mouret, en sotana, con la cabeza desnuda, había vuelto á arrodillarse delante del altar. Iluminada por la claridad gris que caía de las ventanas, la tonsura dibujaba sobre su cabeza una mancha grande y pálida. El sacerdote rogaba ardientemente, con las manos juntas, tan perdido en el fondo de sus ruegos, que no oía los pasos de la

Teuse, que daba vueltas en rededor suyo sin atreverse á interrumpirle; parecía sufrir al verle de aquel modo, triste, con las rodillas martirizadas; hubo un momento en que creyó que lloraba, y se puso detrás del altar para observarle. Desde su regreso al presbiterio no quería dejarle solo en la iglesia, donde le había encontrado una noche desmayado en el suelo, con los dientes apretados y las mejillas frías como si estuviera muerto.

—Venid, señorita—le dijo á Desideria, que asomaba la cabeza por la puerta de la sacristía.—Aun está allí martirizándose..... Ya sabéis que no escucha á nadie más que á vos.

Desideria sonrió dulcemente.

—Es preciso almorzar—murmuró.—Yo tengo hambre.

Y se acercó á su hermano con paso de lobo; cuando estuvo á su lado le rodeó el cuello con los brazos y le dijo:

—Buenos días, hermano. ¿Te has propuesto matarme hoy de hambre?

El padre Mouret levantó su rostro tan descolorido, que Desideria le abrazó, besándole cariñosamente. El sacerdote pareció salir de una agonía; reconoció á su hermana y trató de alejarla con dulzura; pero ella, sujetándole por las manos, no le

dejaba; apenas si le permitió santiguarse, y le dijo ayudándole á levantar:

—Ven conmigo, tengo hambre. Tú también tienes hambre, ¿verdad?

La Teuse había preparado el almuerzo en el fondo del jardín, bajo dos morales cuyos brazos extendidos formaban una cortina de follaje. El sol, venciendo al fin las nubes tormentosas del amanecer, iluminaba los cuadros de legumbres, mientras el moral extendía un ancho lienzo de sombra sobre la mesa de pino, donde se veían dos tazas de leche acompañadas de gruesas tortas.

—Ves, ¡esto es muy bonito!—exclamó Disideria encantada de almorzar al aire libre.

Y cortaba pedazos de torta que comía con apetito desmesurado. Al ver que la Teuse permanecía delante de ellos, le preguntó:

—¿Y tú no almuerzas?

—Luego—respondió la vieja criada.—Estoy hirviendo mi sopa.

Y haciendo una pausa, maravillada por el apetito de Desideria, añadió encarándose con el cura:

—Al menos eso es una dicha..... ¿No os da hambre, señor cura, verla comer?..... ¡A la fuerza!

El padre Mouret sonreía mirando á su hermana.

—Sí, lo hace muy bien—murmuró.—Cada día está más gorda.

—¡Claro! porque como—gritó Desideria.—Si tú comieras, también engordarías..... ¿Estás enfermo aún? Tienes el aire muy triste..... No quiero que ocurra otra vez..... ¿Entiendes? Pasé muy malos ratos cuando te sacaron de aquí para curarte.

—Tiene razón—dijo la Teuse.—No hacéis bien, señor cura. No es vivir, vivir con dos ó tres migajas de pan al día como un pájaro..... ¡Naturalmente, así no tenéis una gota de sangre! Eso es lo que os pone tan pálido..... ¿No os da vergüenza seguir delgado como un hilo, mientras nosotras que somos dos mujeres estamos tan gordas? Cualquiera creería que no os dejamos nada en los platos.

Y las dos, rebosantes de salud, le reprendían amigablemente. Él abrió sus ojos, unos ojos muy grandes y muy claros, detrás de los cuales se veía como un vacío, y repuso sin dejar de sonreir:

—No estoy malo. He bebido casi toda la leche.

Había bebido dos tragos, sin tocar á las tortas.

—Los animales—dijo Desideria con seriedad—se portan mejor que las personas.

—Muchas gracias por el favor—gritó la Teuse riendo.

Pero aquella inocente de veinte años no tenía ninguna malicia.

—Seguramente—continuó.—A las gallinas no les duele nunca la cabeza, ¿verdad? A los conejos se les engorda todo lo que se quiere. ¿Y mi cerdo? No dirás que mi cerdo ha estado triste alguna vez.

Y añadió volviéndose hacia su hermano con rostro satisfecho:

—Le llamo Mathieu, porque se parece á ese hombre gordo que trae las cartas; está muy fuerte. Haces mal en negarte á verlo todos los días. ¿Querrás que te lo enseñe una de estas mañanas? Responde.

Y sin dejar de acariciarle, cogió las tortas de su hermano y empezó á morderlas con sus hermosos dientes. Ya había acabado con una y se disponía á empezar la segunda, cuando la Teuse se enteró.

—¡Eso no es para vos!—le dijo.—¿Vais á dejar á vuestro hermano sin comer?

—Dejadla—repuso el padre Mouret dulcemente.—Yo no las hubiera tocado. Come, come tú, querida mía.

Desideria permaneció un instante llena de confusión, mirando la torta, conteniéndose para no llorar. Después se echó á reir y continuó, acabando de devorar lo que quedaba.

—Tampoco mi vaca está triste como tú. No estabas aquí cuando me la regaló el tío Pascal, haciéndome prometer que sería buena. ¡Si vieras qué contenta estaba cuando la abracé por vez primera!

Prestó oído. Un canto de gallo venía del corral; luego un rumor creciente, batir de alas, gruñidos, gritos roncos: un pánico de animales sorprendidos.

—¡Ah! ¿no sabes?—dijo palmoteando alegremente.—Debe estar preñada..... Se la llevé á un toro á tres leguas de aquí, en Béage.

—¡Es un fastidio que no haya toros por todas partes!..... Mientras la vaca estuvo allí, quise quedarme para ver.

La Teuse se encogió de hombros, mirando al cura con aire contrariado.

—Haríais mejor, señorita—dijo—en ir á poner la paz en el corral entre vuestras gallinas..... Todo vuestro mundo se asesina allá abajo.

Pero Desideria quería contar su historia y prosiguió tranquilamente:

—Él montó sobre ella, apretándola entre sus patas..... se reía.

—Es natural que se riera..... Es bueno que las madres tengan hijos, ¿no es cierto? Responde: ¿crees que la vaca tendrá un ternero?

El padre Mouret hizo un gesto vago; sus párpados se bajaron ante la mirada limpia de la muchacha.

—¡Corred!—gritó la Teuse.—Se devoran.

La reyerta del corral se hizo tan formidable, que Desideria se dispuso á salir corriendo; su hermano la detuvo para decirla:

—¿Y la leche, querida? No has acabado la leche.

Y le alargó su taza, en la que apenas si habían tocado sus labios.

Desideria bebió la leche sin el menor escrúpulo, á pesar de las miradas furiosas que le dirigía la Teuse. Después echó á correr en dirección al corral, donde al poco rato se la oía poner paz. Debía haberse sentado entre sus animales, y cantaba dulcemente como para dormirlos.

III.

—La sopa está muy caliente — refunfuñó la Teuse, que volvía de la cocina con una escudilla, por encima de la cual asomaba el cabo de una cuchara de madera.

Sentóse delante del padre Mouret y empezó á

comer con el extremo de la cuchara, usando de ciertas precauciones. Esperaba animar al cura y sacarle del silencio en que permanecía. Desde su regreso del Paradou, Mouret decía que estaba curado; no se quejaba nunca; sonreía siempre de un modo tan agradable, que su enfermedad, á juicio de los habitantes de los Artaud, había aumentado su santidad. Sin embargo, le dominaban crisis silenciosas, durante las cuales parecía debatirse en una tortura que le privaba de fuerzas para moverse; era la suya una agonía muda que le martirizaba, que durante horas enteras le volvía estúpido, sumergiéndole en alguna lucha interior, cuya violencia poníase de manifiesto por el sudor angustioso de la frente. Cuando ocurría esto, la Teuse no le abandonaba, aturdiéndole con una nube de palabras hasta que el clérigo recobraba poco á poco su aspecto dulce, apareciendo como vencedor de las sacudidas de su sangre. Aquella mañana la vieja, dispuesta á un ataque mucho más rudo que los anteriores, se puso á hablar abundantemente, sin echar en olvido la cuchara, que le abrasaba la lengua.

—Verdaderamente—dijo—es preciso vivir en un país de lobos para ver cosas semejantes. ¿En qué aldea honrada se casa la gente sin que nadie la acompañe?..... Eso prueba lo que son los Ar-

taud?..... Yo he visto siempre en Normandía que las bodas revolucionaban al país en dos leguas á la redonda. Se comía durante tres días; el cura estaba allí; el alcalde también; en la boda de una de mis primas vinieron hasta los mismos alguaciles. ¡Cómo se divertía una!..... Pero levantar, para casarse, al sacerdote antes del sol, cuando las gallinas están acostados todavía, ¡es una barbaridad!..... En vuestro puesto, yo hubiera rehusado, señor cura..... Claro, no habéis dormido; puede que os hayáis enfriado en la iglesia. Eso es lo que os ha puesto malo. ¡Y todo para casar á dos bestias como Rosalía y ese perdido, con más el muñeco que se ha meado en una silla..... Habéis hecho mal en no decirme que os sentíais enfermo. ¿Queréis que os haga alguna cosa caliente?..... ¡Eh, señor cura, respondedme!

Mouret respondió dulcemente que estaba bien, que sólo necesitaba un poco de aire. Se había recostado contra uno de los morales, respirando trabajosamente.

—¡Bueno, bueno! No hagáis más que vuestro gusto—respondió la Teuse. —Casad á las gentes aunque no tengáis fuerzas para ello y estéis seguro de caer malo. Ya lo sabía yo; lo dije ayer..... Como ahora; si me escuchaseis, no permaneceríais

aquí, sabiendo que el olor del corral os hace daño. En este momento huele muy mal. No sé lo que tendrá que remover aún la señorita Desideria. ¡Y canta! Se burla porque eso le da buenos colores..... ¿Qué quería yo deciros?..... ¡Ah! He hecho todo lo posible para impedirla estar allí cuando el toro cubrió á la vaca. Pero vuestra hermana se os parece mucho en lo testaruda. Afortunadamente para ella, eso no traerá ninguna consecuencia desagradable..... Vamos, señor cura, sed razonable. Dejad que os conduzca á vuestra habitación. Allí os acostaréis y descansaréis un poco..... ¿No queréis? Bueno; tanto peor si sufrís. No deben guardarse los males en la conciencia para reventar á solas con ellos.

Y tragó con furia una enorme cucharada de sopa, á trueque de abrasarse la garganta. Golpeaba la escudilla con el mango de madera, refunfuñando, hablando consigo misma.

—Nunca se ha visto un hombre como éste. Se dejaría hacer pedazos antes que pronunciar una palabra..... ¡Ah, puede ocultarse! sé mucho; no me será difícil averiguar el resto..... Sí, sí, que se calle. Tanto mejor.

La Teuse estaba celosa. El doctor Pascal había tenido que librar con ella un terrible combate para arrebatarle su enfermo cuando juzgó al cura per-

dido si permanecía en el presbiterio. Tuvo que explicar á la vieja que la campana aumentaba la fiebre de Sergio; que las imágenes santas de su habitación llenaban su cerebro de alucinaciones; en una palabra, que le era preciso un olvido completo, un nuevo ambiente donde pudiera renacer bajo la paz de una existencia nueva. La Teuse movía la cabeza diciendo que en ninguna parte encontraría el «querido niño» una enfermera mejor que ella. Al cabo consintió, resignándose á verle ir al Paradou, no sin protestar contra aquel capricho inexplicable del médico. Desde entonces guardaba contra el Paradou una rabia sorda; sentíase herida, sobre todo, por el silencio que guardaba el padre Mouret á propósito de su estancia en aquel sitio; se había ingeniado inútilmente para hacerle hablar. Aquella mañana, exasperada de verle tan pálido, sufriendo sin pronunciar una palabra, acabó por agitar su cuchara como si fuera un bastón, gritando:

—Debíais volver allá abajo, señor cura, puesto que os encontrabais tan bien allí..... Allí hay una persona que os cuidará, sin duda, mejor que yo.

Era la primera vez que hacía una alusión directa. El golpe fué tan duro, que el sacerdote prorrumpió en un ligero grito, levantando su rostro

dolorido. Al verle, la Teuse recobró su indulgente bondad.

—Verdad—murmuró—que la culpa es de vuestro tío. Ya se lo dije yo; pero esos sabios se atienen á sus ideas..... Os condujo allí para curaros: eso decía él..... Yo estaba tan encolerizada, que no he querido hablar á nadie de ello. Sí, señor; si nadie ha sabido dónde estáis, me lo debéis á mí; me he callado porque lo juzgaba abominable. Cuando el padre Guyot, de Saint-Eutrope, que os ha reemplazado durante vuestra ausencia, venía á decir misa los domingos, yo le contaba cuentos, jurándole que estabais en Suiza. No sé dónde está eso..... la Suiza..... No quiero contrariaros, pero seguramente allá abajo es donde habéis cogido esa enfermedad. Os han curado pésimamente. Hubieran hecho mejor en dejaros conmigo, que me hubiera dado muy buenas mañas para haceros entrar en razón.

El padre Mouret había inclinado nuevamente la cabeza y no interrumpía. La Teuse se sentó en tierra, á algunos pasos de él, tratando de encontrar sus ojos, y añadió maternalmente, satisfecha de la complacencia con que él parecía escucharla:

—Nunca habéis querido conocer la historia del padre Caffin. Cuando hablo de eso me hacéis ca-

llar..... ¡Pues bien! El padre Caffin tenía enemigos en nuestro país, en Canteleu. Sin embargo, era un buen hombre con un carácter de oro. Pero, ¿qué queréis? era muy dulce; amaba las cosas delicadas. Alrededor suyo daba vueltas una muchacha, hija de un molinero; sus padres la tenían allí. Naturalmente, ocurrió lo que debía ocurrir..... Comprendéis, ¿verdad?..... Cuando la cosa se supo, todo el país se levantó contra el cura. Se le buscaba para matarle á pedradas. Se fugó á Rouen y se fué llorando al palacio del arzobispo. Después le enviaron aquí. El pobre era muy desdichado en esta cueva..... Más tarde he tenido noticias de la muchacha. Se ha casado con un ganadero de toros y es muy dichosa.

La Teuse, encantada de haber contado su historia, vió correr un estremecimiento por la inmovilidad del sacerdote, y al advertirlo siguió diciendo:

—¡El pobre Mr. Caffin!..... No guardaba secretos conmigo, me hablaba sin inconveniente de su culpa. Eso no le impedía estar en el cielo, ¡os respondo de ello! Podía dormir tranquilo aquí mismo, sobre la hierba, porque no había hecho daño á nadie..... No comprendo por qué se enfurecen tanto contra los curas cuando pecan. ¡Es muy na-

tural! No será bueno, sin duda; resultará una porquería que desagrada á Dios, pero mejor es hacer eso que no ir á robar por los caminos. ¡Se confiesa uno, y en paz!..... ¿No es verdad, señor cura, que un verdadero arrepentimiento lo borra todo?

El padre Mouret se incorporó. Mediante un esfuerzo supremo, había conseguido dominar su angustia. Pálido aún, dijo con voz firme:

—¡No se debe pecar nunca, nunca, nunca!

—¡Bah!—exclamó la criada.—¡Sois demasiado severo, señor cura! ¡No es bueno tener tanto orgullo!..... En vuestro lugar yo no guardaría silencio como lo hacéis vos. Habla uno de su mal, no se parte el corazón de un golpe en cuatro pedazos; se habitúa uno á la separación. Eso pasa poco á poco. Pero vos, al contrario, no pronunciáis ni el nombre de las gentes. Prohibís que se hable de ellas; como si estuvieran muertas. Desde vuestro regreso no me he atrevido á daros la menor noticia. ¡Pues bien! hablaré, diré lo que sepa, porque sé que todo ese silencio os destroza el alma.

El sacerdote la miró severamente, levantando un dedo para hacerla callar.

—Sí, sí—continuó la Teuse;—tengo noticias de allá abajo, noticias recientes, y os las daré.....

Comienzo por deciros que aquella persona no es más dichosa que vos.

—¡Callad!—dijo el padre Mouret, que tuvo fuerzas suficientes para ponerse de pie en actitud de alejarse.

La Teuse se levantó también, cerrándole el paso con su enorme masa, y le gritó con enfado:

—¡Ya queréis marcharos!..... Pues me escucharéis. Os consta que yo no quiero mucho á aquellas gentes, ¿verdad? Si hablo de ellas es por vuestro bien..... Pretenden que estoy celosa. Pues bien; me atrevo á conduciros allá abajo. Vendréis conmigo: no os sucederá nada malo. ¿Queréis?

Mouret, con gesto dulce y semblante tranquilo, repuso:

—No quiero nada; no sé nada..... Mañana tenemos misa mayor. Es preciso preparar el altar.—Y, andando ya, añadió con una sonrisa:—No os inquietéis, mi querida Teuse. Estoy más fuerte de lo que pensáis. Me curaré solo.

Y se alejó, con el aire firme y la cabeza erguida: había vencido. La Teuse, que permanecía en el mismo sitio, recogió su escudilla y su cuchara de madera refunfuñando. Murmuraba entre dientes palabras, acompañadas de grandes encogimientos de hombros.

—Se hace el valiente; se cree hecho de distinta madera que los demás hombres, porque es cura..... La verdad es que tiene mucho tesón. Es capaz de arrancarse el corazón como se arranca una espina. Dios debe darle tanta fuerza.

Entraba en la cocina cuando divisó al padre Mouret parado frente á la puerta del corral. Desideria le había detenido para hacerle tomar á peso un capón que estaba engordando hacía algunas semanas. Mouret decía muy complacido que pesaba mucho, lo cual satisfizo mucho á su hermana.

—También los capones se arrancan el corazón como una espina—murmuró la Teuse furiosa.—Pero ellos tienen sus razones para hacerlo. En su caso no tiene gran mérito vivir santamente.

IV.

El padre Mouret pasaba los días en el presbiterio, evitando los largos paseos que solía emprender antes de su enfermedad. Las tierras abrasadas de los Artaud, los ardores de aquel valle, poblado solamente de viñas tortuosas, le inquietaban mucho. Por dos veces aquella mañana había intentado salir á leer su breviario por los caminos;

pero antes de llegar á la aldea tuvo que volverse, turbado por los olores, por los rayos del sol, por la inmensidad del horizonte. Al anochecer solamente, con el fresco del crepúsculo, aventuraba algunos paseos delante de la iglesia en la explanada que se extiende hasta el cementerio. Durante el día, por entretenerse, dominado por un deseo de actividad que no sabía cómo satisfacer, se ocupaba en colocar vidrieras de papel sobre las ventanas de la nave. Estuvo ocho días muy afanado para distribuir su trabajo de una manera artística, recortando el papel con delicadezas de bordadora, extendiendo la cola de suerte que no goteara ni manchase su obra. La Teuse vigilaba al pie de la escalera. Desideria gritaba que era preciso no tapar todas las ventanas, para que los gorriones tuvieran acceso en la iglesia; con objeto de que no llorase, el cura dejó sin cubrir dos ó tres huecos en cada una de aquéllas. Terminada sufaena, su ambición le impulsó á embellecer la iglesia sin ayuda de albañiles, de carpinteros ni de pintores. Estos trabajos manuales, á su juicio, le entretenían devolviéndole sus fuerzas. Cada vez que su tío Pascal iba al curato, Mouret le aseguraba que aquella fatiga era mejor para él que todas las drogas del mundo. En tal creencia no tenía punto de reposo.

Comenzó por tapar con puñados de yeso los boquetes de las paredes; recompuso los altares á martillazos; machacó colores para dar una mano de pintura al púlpito y al confesonario. Esto fué un acontecimiento en el país; se hablaba de él á dos leguas en contorno. Los aldeanos acudían con las manos detrás de la espalda á ver trabajar al señor cura, el cual, con un delantal azul atado á los riñones y los puños remangados, se absorbía en aquella tarea ruda que le daba un pretexto para no salir. Pasaba las horas en medio del yeso; allí vivía tranquilo, casi sonriente, olvidando lo de fuera, los árboles, el sol, los vientos suaves, todo lo que perturbaba su ánimo.

—El señor cura es libre de hacer lo que guste desde el momento en que eso no cuesta nada al concejo—decía en son de mofa el padre Bambousse, que iba todas las tardes á inspeccionar los trabajos.

El padre Mouret dispendió allí sus economías del seminario. Era aquel un embellecimiento cuya humilde pobreza hacía sonreir. Al cura le fatigaba mucho el trabajo de albañilería, y se contentó con blanquear el recinto de la iglesia á la altura de un hombre. La Teuse amasaba el yeso. Cuando ésta hablaba de reparar también el presbiterio, que le

producía á diario, según ella, el temor de verlo caer sobre su cabeza, Mouret la contestaba que él no era bastante, que sería necesario un albañil, lo cual producía entre ellos furiosas contiendas. La Teuse gritaba que no era razonable embellecer tanto una iglesia en la cual nadie tenía que acostarse, habiendo en el curato habitaciones donde los encontrarían muertos cualquier mañana, aplastados por la techumbre.

—Seguramente—gruñía—acabaré por hacerme la cama en la iglesia detrás del altar. De noche tengo mucho miedo.

Al terminarse el blanqueo, la vieja no volvió á ocuparse del cementerio. Después la admiraban mucho las pinturas que el señor cura hacía. Estas pinturas fueron el encanto de aquella faena. Al cura le agradaba extender sobre todas las maderas un hermoso color amarillo; servíase para ello de un gran pincel, el cual tenía un balanceo tan dulce, que lograba adormecer sus dolores, dejándole sin pensamiento horas enteras, ocupado solamente en seguir las líneas grasientas de la pintura. Cuando todo estuvo amarillo, el confesonario, el púlpito, el estrado, hasta la caja del reloj, se dedicó á pintar, imitando al mármol, el pie del altar, que resultó magnífico con sus vetas blancas, amarillas

y azules. Gentes que desde hacía cincuenta años no asistían á misa, vinieron en procesión para verlo.

Las pinturas se secaron pronto. Ya no le restaba al padre Mouret más que extender un filete obscuro por el borde de las mismas. Desde el principio de la tarde se puso á trabajar, queriendo dejarlo terminado todo antes de la noche: el dia siguiente era día de misa mayor, como se lo había recordado á la Teuse. Ésta se ocupaba en arreglar el altar; había puesto sobre el ara los candeleros y la cruz de plata, los floreros de porcelana adornados con flores artificiales, la sábana guarnecida de encajes destinada á las grandes fiestas. Los filetes opusieron tantas dificultades, que ya era de noche cuando el cura terminó de pintarlos.

—Estará muy bonito—dijo una voz ruda que salía de entre las sombras grises con que el crepúsculo llenaba la iglesia.

La Teuse, que se había arrodillado para seguir mejor la marcha del pincel sobre la regla, experimentó un estremecimiento medroso.

—¡Ah! es el hermano Archangias—dijo volviendo la cabeza.—¿Habéis entrado por la sacristía? Toda la sangre se me ha revuelto. He creído que la voz venía de debajo de las baldosas.

El padre Mouret había vuelto á su trabajo después de saludar al hermano con un ligero signo de cabeza. El hermano permanecía de pie, silencioso, con sus manos rollizas cruzadas por delante de la sotana. Después de encoger los hombros, al ver cómo se afanaba el cura para que los filetes estuvieran derechos, repitió:

—Estará demasiado bonito.

La Teuse, distraída, tembló otra vez al oirle.

—¡Vaya!—gritó.—¡Ya me había olvidado de que estabais ahí! Podíais toser antes de hablar. Tenéis una voz que parece la voz de un muerto.

Se había levantado, retrocediendo, para admirar la obra del clérigo.

—¿Por qué demasiado bonito?—exclamó.—Nada es demasiado bonito cuando se trata de Dios..... Si el señor cura hubiera tenido oro, oro hubiera puesto en lugar de pintura.

Cuando el padre Mouret terminó su trabajo, la Teuse se dispuso á arreglar la sabanilla del altar, cuidando de no echar á perder los filetes. Después arregló simétricamente los candeleros, los floreros y la cruz. El cura había ido á apoyarse al lado del hermano Archangias contra la barandilla de madera que separaba el coro de la nave. No se cruzó entre ellos una palabra. Miraban la cruz de plata

que, á pesar de las sombras, irradiaba chispas de luz sobre los pies, en el costado izquierdo y en la sien derecha del Cristo.

La Teuse, al terminar sus operaciones, avanzó con aire de triunfo.

—¡Eh!—dijo.—Me parece que está bien arreglado. Mañana vendrá á misa todo el mundo. Esos paganos no entran en la casa de Dios sino cuando le creen rico..... Entretanto, señor cura, será preciso adornar también el altar de la Virgen.

—Dinero perdido—barboteó el hermano Archangias.

La Teuse se enfadó, y al ver que el padre Mouret guardaba silencio, los condujo á los dos delante del altar de la Virgen, empujándoles, tirándoles de la sotana.

—¡Mirad! ¡mirad! ¡Os parece esto bien, cuando el altar mayor está tan elegante! Ni siquiera se ve si ha tenido pintura. He querido limpiarlo esta mañana. La madera hervía de polvo..... Está negro, está feo..... ¿Sabéis lo que dirán, señor cura? Dirán que no amáis á la Virgen.

—¿Y después?—preguntó el hermano Archangias.

La Teuse repuso muy sofocada:

—¿Después?..... ¡Eso será un pecado, sí, señor,

un pecado!..... El altar parece la tumba abandonada de un cementerio. Sin mí, las arañas harían en él sus telas, hasta crecería musgo. De tiempo en tiempo, cuando me dan un ramo de flores, se lo pongo á la Virgen..... Antes todas las flores de nuestro jardín eran para ella.

Y subiendo al altar, bajó de él dos ramos secos, olvidados sobre las gradillas del ara.

—Ya véis que están como las de los cementerios—añadió, arrojando las flores marchitas á los pies del padre Mouret.

Éste las recogió sin responder. Era completamente de noche. El hermano Archangias tropezaba en las sillas á peligro de caer. Juraba y perjuraba, mascullando frases sordas, entre las cuales salían los nombres de María y de Jesús.

La Teuse, que había ido por una lámpara, entró en la iglesia y preguntó al cura sencillamente:

—¿Puedo meter las latas y los pinceles en el granero?

—Sí—respondió él.—Ya he concluído. Más adelante veremos lo que se hace.

La Teuse caminaba delante de ellos, mirándolo todo, callándose por temor de decir demasiado. El padre Mouret conservaba en la mano los dos ramos

secos, y el hermano Archangias le gritó al pasar por delante del corral de Desideria:

—¡Arrojad eso!

El cura dió todavía algunos pasos con la cabeza inclinada. Después arrojó las flores al estercolero por el hueco de la claraboya.

V.

El hermano, que había comido ya, permaneció á horcajadas sobre una silla durante la comida del cura. Desde que éste regresó á los Artaud, aquél no faltaba ni una tarde siquiera en el presbiterio. Nunca se impuso con tanta rudeza. Sus enormes zapatos partían el suelo, su voz tonante asustaba el silencio, y sus puños robustos deshacían los muebles, contando las palizas que había dado á los chicos por la mañana ó resumiendo su moral en fórmulas duras como bastonazos. Con objeto de entretenerse jugaba con la Teuse á «la guerra» siempre á «la guerra» porque la vieja no estaba en edad de aprender juegos nuevos. El padre Mouret, que sonreía durante las primeras jugadas, caía poco á poco en una inmovilidad profunda y durante horas enteras se olvidaba de todo,

no reparando ni en las ojeadas desafiadoras del hermano Archangias.

Aquella tarde estaba la Teuse de tan mal humor, que habló de acostarse en cuanto levantó el mantel. El hermano Archangias, que quería jugar, le daba golpecitos en las espaldas y acabó por hacer que se sentara, empujándola con tal fuerza, que la silla dió un crujido. Desideria, que detestaba al ignorantino, desapareció con el postre, que tenía costumbre de comer en la cama.

—Quiero las encarnadas—dijo la Teuse.

La lucha se empeñó. Al comienzo la Teuse tuvo mejores cartas que el hermano. Después dos ases cayeron al mismo tiempo sobre la mesa.

—¡Guerra!—gritó la vieja con emoción extraordinaria.

Echó un nueve, lo cual la dejó consternada; pero al ver que el hermano echaba un siete, levantó las cartas con aire de triunfo. A cabo de media hora sólo tenía dos ases; la partida estaba equilibrada. Al tercer cuarto de hora había perdido un as. Los caballos, las sotas y los reyes se revolvían furiosamente entre sus manos.

—¡Eh! ¡Es una partida famosa!—dijo el hermano Archangias, volviéndose hacia el padre Mouret.

Y viéndole desvanecido, muy lejos de allí, mostrando sobre los labios una sonrisa inconsciente, alzó brutalmente la voz.

—¿Eh, señor cura, no miráis? Sois muy poco político..... Sólo jugamos por vos. Buscamos la manera de entreteneros..... Vamos, mirad el juego. Eso os valdrá más que otra cosa. ¿¡Dónde estabais hace un instante?

El cura se estremeció, y sin responder palabra hizo un esfuerzo para seguir el juego con sus pupilas inquietas. La partida siguió encarnizadamente. La Teuse recuperó su as y volvió á perderlo. Algunas noches se disputaban el as por espacio de cuatro horas, y otras se iban á acostar furiosos sin haber podido vencerse.

—¡Tengo sueño!—gritó de pronto la Teuse, que tenía miedo de perder.—El señor cura debe salir esta noche. Ha prometido á Fortunato y á Rosalía bendecir la alcoba según costumbre..... ¡Vamos, señor cura! El hermano os acompañará.

El padre Mouret se puso de pie para buscar su sombrero; pero el hermano Archangias, que no había soltado las cartas, se enfadó.

—¡Dejadlos!—dijo.—¿Qué necesidad tiene de bendiciones esa cueva de cerdos? ¡No tendrá nada de nuevo para ellos lo que hagan en la alcoba.....!

Debíais abolir esa costumbre. No es de la incumbencia de un cura meter las narices entre las sábanas de los recién casados..... Quedaos aquí. Acabaremos la partida. Será lo mejor.

—No—repuso el cura—lo he prometido. Esas buenas gentes podrían ofenderse..... ¡Quedaos vos! Terminad la partida mientras yo vuelvo.

La Teuse, muy inquieta, dirigió una mirada al hermano.

—¡Pues bien, me quedo!—gritó éste.—¡Eso es una bestialidad!

Pero aun no había abierto el padre Mouret la puerta para salir, cuando se dispuso á seguirle, tirando violentamente las cartas. Antes de marcharse dijo á la Teuse:

—Iba á ganar..... No mováis los naipes. Mañana continuaremos la partida.

—¡Bah! ya está todo revuelto—respondió la criada, que se había apresurado á barajar las cartas.—¡Si creeréis que voy á guardar debajo de una mesa vuestro montón! Además, ¿por qué habíais de ganar? Me quedaba un as todavía.

El hermano Archangias alcanzó en dos zancadas al padre Mouret, que bajaba por el estrecho sendero que da acceso á los Artaud. Se había impuesto la tarea de velar por él y le tenía sometido

á un espionaje completo; le acompañaba siempre, le hacía seguir por un chico de la escuela cuando él no podía hacerlo por sí propio. Decía con su terrible risa que era «el gendarme de Dios.» Y á la verdad, el cura parecía un culpable aprisionado en la sombra negra de la sotana del hermano; un culpable que inspiraba desconfianza, á quien se juzgaba demasiado débil y pronto á recaer en falta desde el momento en que se le abandonase. Era el del hermano un acosamiento de vieja celosa; un afán minucioso de carcelero que extrema su deber hasta el punto de tapar los pedazos de cielo entrevistos por las rendijas de su cárcel. El hermano Archangias permanecía siempre de este modo, tapando el sol, impidiendo la llegada del más inocente perfume, tapando el calabozo á piedra y lodo para que nada de fuera penetrase en él. Espiaba las menores debilidades del sacerdote, registrando con mirada penetrante sus pensamientos de ternura, los cuales mataba con una frase, sin piedad, como si fueran bestias dañinas. Los silencios, las sonrisas, las palideces de la frente, los estremecimientos de Sergio le pertenecían, eran suyos. Por otra parte, nunca le hablaba claramente de su falta; su sola presencia era un reproche mudo de la misma. Pronunciaba las pala-

bras con cierto tonillo agrio semejante á un latigazo; ponía en sus gestos todo el desprecio que le inspiraba aquel pasado. Como esos maridos tontos que mortifican á sus mujeres con alusiones de las que ellos solos notan la crueldad, no hablaba de la escena del Paradou, contentándose con evocarla por medio de una palabra para sujetar durante las horas de crisis aquella carne rebelde. El también había sido engañado por aquel sacerdote manchado por el adulterio divino, traidor á sus juramentos, que le traía con su presencia el recuerdo de caricias prohibidas cuyo solo perfume era suficiente á exasperar su continencia de buey.

Eran cerca de las diez. La aldea dormía, y sólo en un extremo de ella del lado del molino alzábase una casa, por una de cuyas ventanas surgía una brillante claridad. El padre Bambousse había cedido á su hija y á su yerno un rincón de la casa que habitaba, reservándose las mejores habitaciones.

En aquella casa se bebía el último trago esperando al cura.

—¡Están borrachos!—dijo el hermano Archangias.—¿No oís cómo vocean?

El padre Mouret no respondió nada. La noche estaba hermosa, iluminada por la luna, que refle-

jaba sobre el azul del cielo como sobre un lago dormido. El sacerdote detuvo su marcha como si se sintiera lleno de bienestar por aquellos resplandores suaves; deteníase frente á algunos claros de luz con ese estremecimiento delicioso que produce la proximidad del agua fresca. El hermano le seguía con sus largas piernas, regañándole y haciendo gestos de mal humor.

—¡Venid!—le decía.—Es perjudicial pasear por el campo á estas horas. Estaríais mejor en la cama.

De pronto, á la entrada de la aldea, se detuvo bruscamente en el centro del camino; miraba hacia lo lejos, donde las líneas blancas de la carretera iban á perderse entre las manchas negras de los pinares. Gruñía como un perro que olfatea un peligro.

—¿Quién baja tan tarde por allí?—murmuró.

El cura, sin oir nada, sin ver nada tampoco, quiso á su vez que el ignorantino apresurara el paso.

—¡Dejadme, ya viene!—replicó éste con viveza.—Acaba de doblar el recodo. La luna le alumbra; podréis verlo perfectamente..... Es un hombre con un bastón.

Y al cabo de una pausa añadió con voz ronca, alterada por la ira.

—¡Es él! ¡ese perro!.... Me lo figuraba.

Cuando el recién venido estuvo al término de la cuesta, el padre Mouret reconoció á Jeanbernat. A pesar de sus ochenta años, el viejo pisaba tan fuerte, que sus zapatones claveteados partían los guijarros, despidiendo sus pedazos hasta las lindes del camino. Marchaba derecho como una encina, sin servirse del bastón, que llevaba al hombro en forma de fusil.

—¡El condenado!—gritó el hermano Archangias sin hacerse atrás. —¡Que el demonio le eche encima todos los tizones del infierno!

El cura, que estaba muy conmovido, desesperanzado de arrancar de allí á su compañero, volvió la espalda con objeto de proseguir su marcha y librarse de la presencia de Jeanbernat, llegando cuanto antes á casa de los Bambousse; pero aun no había andado cinco pasos cuando la voz del viejo le gritó casi al oído:

—¡Eh, cura, esperad! ¿Os doy miedo?

Y al ver que el padre Mouret se detenía, siguió diciendo, aproximándose á él:

—¡Diablo! vuestras sotanas no son muy cómodas; impiden correr. Además, la noche está muy clara, y os he reconocido desde muy lejos..... En lo alto de la cuesta me he dicho: ¡Calla! ¡si es

el curita el que está allá abajo! Aun tengo buenos ojos..... ¿No queréis venir ya á mi casa?

—Tengo tantas ocupaciones.....—murmuró el sacerdote, que estaba muy pálido.

—Bueno, bueno—repuso Jeanbernart;—todo el mundo es libre. Os he dicho eso para demostraros que, aunque seáis cura, no os guardo ningún rencor. Ni siquiera de vuestro Dios pienso hablaros; me es indiferente. La pequeña cree que soy yo quien os impide volver allí. Yo le he respondido: el cura es un imbécil. Así lo creo. ¿Os he comido durante vuestra enfermedad? Ni siquiera he subido á veros..... Todo el mundo es libre.

Hablaba con su eterna indiferencia, aparentando no haberse dado cuenta del hermano Archangias; pero al ver que éste prorrumpía en un gruñido más pronunciado, exclamó:

—¡Cómo, cura! ¿tenéis la costumbre de pasearos con vuestro marrano?

—¡Calla, ladrón!—repuso el hermano cerrando los puños.

Jeanbernat se dirigió á él con el bastón levantado.

—¡Abajo las patas!—gritó.—¡Ah! ¿eres tú, sandio? Hubiera debido conocerte por el olor..... Tenemos que arreglar juntos una cuenta. He jurado

ir á cortarte las orejas en medio de tu escuela. Eso entretendrá á los muchachos que envenenas con tu enseñanza.

El hermano retrocedió delante del palo, con la garganta repleta de injurias. Balbuceaba sin acertar bien con las palabras:

—¡Te enviaré los gendarmes, asesino, ladrón! ¡Has escupido á la iglesia! ¡lo he visto yo! Haces mal de ojo á todo el mundo con sólo pasar por delante de las puertas. En Saint-Eutrope hiciste abortar á una joven, obligándola á morder una hostia que habías robado. En Béage has ido á robar niños y te los has llevado á la espalda para tus abominaciones..... ¡Todo el mundo sabe eso, miserable! ¡Eres el escándalo del país! ¡El que te estrangulara ganaría de golpe el paraíso!

El viejo le escuchaba, golpeando el suelo con el pie y haciendo el molinete con el bastón. Entre dos injurias del otro, dijo á media voz:

—¡Bah! ¡bah! ¡Desahógate, serpiente! Siempre estoy á tiempo de romperte las patas.

El padre Mouret quiso intervenir, pero el hermano Archangias le sujetó diciéndole:

—Vos habéis estado con él. ¿No es cierto que os ha hecho pisotear la cruz? ¡Decid lo contrario!

Y volviéndose de nuevo hacia Jeambernat, añadió:

—¡Ah Satanás! ¡Has debido gozar mucho al apoderarte de un sacerdote!.... ¡El cielo execrará á todos los que te han ayudado al sacrilegio!.... ¿Qué hacías por la noche cuando él estaba durmiendo? ¿Verdad que ibas á mojarle la tonsura con tu saliva para que sus cabellos creciesen rápidamente? Le soplabas sobre la barba y sobre las mejillas para que la barba creciera un dedo en una noche. Le frotabas todo el cuerpo con tus maleficios, introduciéndole en la boca la baba de un perro rabioso..... ¡Así es como le has transformado en bestia, brujo!

—¡Es un estúpido!—dijo Jeambernat echándose el bastón al hombro.—¡Me fastidia!

El hermano, envalentonado, le metió los puños por la naríz.

—¿Y tu perra?—gritó.—¡Tú eres quien la ha metido desnuda en el lecho de este sacerdote!

Al decir esto tuvo que dar un salto de espaldas. El bastón del viejo, volteando con fuerza, acababa de romperse en sus riñones. Retrocedió más aún, y cogiendo de un montón de piedras que había en el borde del camino un peñasco grande como dos puños unidos, lo arrojó á la cabeza de Jeambernat. Éste, que de no inclinarse hubiera sido herido en la frente, corrió hacia otro montón

de guijarros, proveyéndose también de piedras. De uno á otro montón entablóse una furiosa pelea. Los peñascos se sucedían. La luna iluminaba el combate.

—¡Sí, la has arrojado en su lecho!—repetía el hermano furioso.—Y habías metido un Cristo debajo del colchón para que la impureza cayera sobre él..... ¡Ah! ¡ah! ¿te encolerizas porque yo lo sé todo? Tú esperas algún monstruo de esa fornicación. Haces todas las mañanas los tres signos del infierno sobre el vientre de tu perra para que ella conciba el Antecristo. ¡Quieres el Antecristo, bandido!..... ¡Toma! ¡que este guijarro te sepulte!....

¡Y que éste te parta la lengua, imbécil!—repuso Jeambernat que había recobrado su calma. Este animal está necio de veras con sus historias. ¿Te has empeñado en que te rompa la cabeza antes de irme? ¿Es tu catecismo quien te ha hecho tan bruto?

—¡El catecismo!—gritó el hermano.—¿Quieres conocer el catecismo que yo enseño á los réprobos de tu especie? Sí; te enseñaré á hacer la señal de la cruz..... Este es por el Padre, y éste por el Hijo y éste por el Espíritu Santo..... ¿Aun estás de pie? ¡Aguarda! ¡aguarda!

Y le arrojó un puñado de piedras en forma de

metralla. Jeambernat, después de sortearlas, avanzó tranquilamente, mientras el hermano Archangias cogía otros dos puñados del montón, exclamando:

—¡Te extermino! ¡Es Dios quien lo quiere! ¡Dios está en mi brazo!

—¡Te callarás!—dijo Jeambernat agarrándole por el pescuezo.

Hubo una corta lucha entre la polvareda del camino, iluminada por la luna. El hermano, reconociéndose más débil, trató de morder. Los músculos secos del viejo eran como tiras de cuerdas, apretándole tan estrechamente, que sentía entrar los nudos en su carne. Se defendía rugiendo, imaginando alguna traición. Cuando tuvo á su contrario debajo de él, el viejo exclamó en son de mofa:

—Me dan ganas de romperte un brazo para romper tu Dios..... Ya ves que tu Dios no es el más fuerte. Yo soy quien te extermino..... Por de pronto voy á cortarte las orejas. Me has fastidiado mucho.

Y tiró tranquilamente de un cuchillo. El padre Mouret, que se había interpuesto varias veces entre los combatientes sin conseguir separarlos, lo hizo ahora tan vivamente, que el viejo acabó por acceder á dejar la operación para más adelante.

—Hacéis mal, cura—murmuró.—Este granuja tiene necesidad de una sangría. En fin, puesto que os empeñáis, esperaré. Ya nos encontraremos.

Y al ver que el hermano refunfuñaba, se interrumpió para gritarle:

—No gruñas, ó te las corto en seguida.

—Pero—dijo el cura—estáis sentado sobre su pecho. Alzaos para que pueda respirar.

—No, no; volvería á empezar con sus estupideces. Le dejaré cuando me vaya..... Os decía antes, cuando este animal se ha arrojado entre nosotros, que allá abajo seréis siempre bien recibido. La pequeña es el ama, ya lo sabéis. No la contrarío más que mis legumbres. Es justo que..... sólo imbéciles como este marrano pueden ver eso mal..... ¿Dónde has visto el mal, cobarde? ¡Tú eres quien has inventado el mal ¡bruto!.....

Y golpeó de nuevo al hermano.

—Dejad que se levante—suplicó el padre Mouret.

—Ahora mismo..... La pequeña no está muy divertida desde hace algún tiempo. Yo no me daba cuenta de nada, pero ella me lo ha dicho. Ahora voy á llamar á vuestro tío Pascal en Plassans. De noche va uno más tranquilo, no se encuentra á nadie..... Sí, sí; la pequeña está mala.

El cura no sabía qué responder. Había bajado la cabeza y suspiraba.

—Se pone muy contenta cuando piensa en vos—siguió diciendo el viejo.—Cuando fumo mi pipa, la oigo reir y esto me basta. Las muchachas son como los oxiacantos: cuando dan flores dan todo lo que pueden dar..... En fin, ya vendréis si el corazón os lo aconseja. Puede que eso agrade á la pequeña..... Buenas noches, cura.

Se levantó poco á poco, apretando las muñecas del hermano como si desconfiara de un último golpe traidor. Después se alejó sin volver la cabeza, tomando su paso largo y duro. El hermano se arrastró silenciosamente hasta el montón de guijarros, y esperando á que el viejo estuviera á alguna distancia, comenzó á apedrearle furiosamente; pero las piedras se perdían entre el polvo del camino. Jeambernat, sin volver la cara, se alejó como un árbol en el fondo de la noche serena.

—¡Maldito! ¡poseído de Satán!—balbuceó el hermano Archangias arrojando la última piedra. —¡Un viejo á quien debía matarse con un soplo! Está amasado con el fuego del infierno. He sentido las llamas.

Su rabia impotente se desahogaba sobre los gui-

jarros esparcidos. De pronto exclamó con brusquedad, dirigiéndose al padre Mouret:

—¡Habéis hecho mal! Debisteis ayudarme, y entre los dos le hubiéramos estrangulado.

El rumor había crecido en casa de los Bambousse. Escuchábase distintamente el ruido de los vasos al chocar sobre la mesa. El cura emprendió nuevamente su camino sin levantar la cabeza, dirigiéndose hacia la inmensa claridad que, semejante á un fuego de sarmientos, aparecía en la ventana. El hermano iba detrás de él, sombrío, con la sotana manchada de polvo y la mejilla sangrando, efecto de un guijarrazo. Al cabo de una pausa dijo con su áspera voz de siempre:

—¿Vais á ir?

El padre Mouret siguió andando sin responderle.

—¡Guardaos!—añadió el hermano;—recaéis en la culpa. Ha sido bastante que ese hombre apareciese para que toda vuestra carne se estremeciera. A la luz de la luna os he visto pálido como una mujer..... ¡Guardaos, guardaos; creedme! Esta vez no os perdonaría Dios. Caeríais en la última afrenta..... ¡Ah pecador, pecador; la impureza os arrastra!

El cura levantó por fin la cabeza. Lloraba silenciosamente y dijo con inmensa dulzura:

—¿Por qué me habláis así?..... Siempre estáis allí; conocéis mis luchas de cada hora. No dudéis de mi fuerza para vencer las tentaciones.

Estas sencillas palabras, humedecidas por lágrimas mudas, tomaron en la noche un tal carácter de dolor sublime, que el hermano Archangias, á pesar de su rudeza, sintióse conmovido, y sin añadir palabra sacudió su sotana, engujando la sangre que inundaba sus mejillas. Cuando estuvieron frente á la casa de los Bambousse, rehusó entrar, sentándose sobre una piedra cercana, donde se puso á esperar con paciencia de dogo.

—Ya está aquí el señor cura—gritaron á un tiempo los Bambousse y los Brichet.

Y llenaron nuevamente los vasos. El padre Mouret tuvo que tomar uno.

No se había celebrado la boda. Por la tarde, únicamente, después de comer, habían puesto sobre la mesa un pellejo de cincuenta litros para desocuparlo antes de irse á la cama. No eran más que diez, y el padre Bambouose apretaba casi inútilmente el pellejo, del cual salía tan sólo un hilillo rojo y obscuro. La Rosalía, muy contenta, acercaba á la boca de su hijo un vaso lleno, mientras Fortunato daba vueltas alrededor de la sala levantando sillas con los dientes. Todo el mundo entró

en la alcoba. Era la costumbre que el cura bebiese allí un vaso de vino. A esto se le llamaba «bendecir la alcoba.» En tiempo de Mr. Caffin todo sucedía á maravilla; el anciano cura gustaba de las diversiones y tenía fama de beber el vino sin dejar una gota en el fondo; las mujeres de los Artaud suponían que cada gota no bebida era un año menos de amor para los esposos. El padre Mouret no era tan jovial como el otro. Bebió el vino de un trago, lo cual pareció disgustar al padre Bambousse. La vieja Brichet miró, haciendo un gesto, al vaso de vino, donde habían quedado algunas gotas. Delante de la cama, un pariente que era guarda de campo refería anécdotas muy picantes, haciendo reir á Rosalía, á quien Fortunato, en son de caricia, había tirado de espaldas contra los colchones. Cuando todos dijeron su cosa, dieron la vuelta á la sala. Vicente y Catalina se habían quedado solos. Vicente, subido á una silla, sujetando el pellejo con las dos manos, acababa de vaciarlo sobre la boca abierta de Catalina.

—Gracias, señor cura—gritó Bambousse, acompañando á Mr. Mouret.—¡Bueno! ya se han casado! Estaréis contento. ¡Ah granujas! ¿Creéis que van á estar rezando siempre *Padre nuestros* y *Ave Marías?* Buenas noches: dormid bien, señor cura.

El hermano Archangias se levantó poco á poco de la piedra donde estaba sentado.

—¡Que el diablo—murmuró por lo bajo—eche carbones encendidos entre sus colchones y que ardan todos!

Acompañó al padre Mouret al presbiterio sin desplegar los labios. Una vez allí, esperó á que éste hubiera cerrado la puerta para retirarse, no sin volver dos veces más con objeto de ver si trataba de salir.

Cuando el sacerdote estuvo solo en su cuarto, se dejó caer vestido sobre la cama, con las manos en las orejas y el rostro hundido entre la almohada para no oir ni ver. Al cabo de una hora dormía con un sueño de muerto.

VI.

Al día siguiente fué domingo: La Exaltación de la Santa Cruz. Era día de misa mayor, y el padre Mouret había querido celebrar esta fiesta con todo aparato. Sentía devoción extraordinaria por la Cruz, habiendo reemplazado en su cuarto la imagen de la Virgen por un gran crucifijo de madera negra, delante del cual pasaba largas horas

de adoración. Exaltando la Cruz, poniéndola enfrente de él por encima de todas las cosas, como una gloria, como el único anhelo de su vida, le daba fuerzas para luchar y para sufrir. Comparábase con Jesús coronado de espinas, con los miembros rotos y el costado abierto, y se preguntaba quién era él para dolerse de sus penas, cuando su Dios, sangrando por todo el cuerpo, tenía la sonrisa de la redención en los labios. Y por miserable que fuera, ofrecía al Cristo su herida en holocausto, llegando á tal extremo de éxtasis que imaginaba que la sangre corría también por su frente, por sus miembros y por su pecho. En aquellas horas de solaz llegaba al vencimiento de sus impurezas. Tenía heroísmos de mártir, imponiéndose horribles torturas para dominar los estremecimientos lascivos de su carne.

Aquella mañana, desde el amanecer, se arrodilló delante del crucifijo, y la gracia vino á él abundante como un rocío. No tuvo que emprender ningún esfuerzo; bástale con doblar las rodillas para recibirla sobre su corazón, para sentirse penetrado hasta los huesos de una calma deliciosa. La víspera estuvo agonizando sin que la gracia descendiera; permanecía sorda á sus lamentaciones de condenado, y sólo llegaba á él cuando la

imploraba como un niño, con las manos juntas. Aquella mañana cayó sobre él como una bendición, inundándole de un reposo tan absoluto, de una fe tan completa, que llegó á olvidar sus angustias de los días anteriores, entregándose todo entero al gozo triunfante de la Cruz. Sobre sus hombros se extendía una armadura tan fuerte, que al mundo no le era posible penetrarla. Cuando bajó anduvo con aire de victoria y serenidad. La Teuse, muy complacida, fué á buscar á Desideria para que le abrazase. Las dos palmoteaban diciendo que no le habían visto tan bueno desde hacía dos meses.

En la iglesia, durante la misa mayor, acabó por encontrar á Dios. Hacía largo tiempo que no se acercaba al altar con tanta ternura; tuvo que contenerse apretando los labios contra él para no romper en llanto. Era una misa mayor solemne. El tío de Rosalía, el guarda de campo, cantaba en el coro con una voz de bajo tan profunda, que sonaba como un órgano en el recinto de la iglesia. Vicente, adornado con una sobrepelliz muy larga que había pertenecido al padre Caffin, balanceaba un viejo incensario de plata, prodigiosamente divertido por el rumor de las cadenas, é incensando muy alto para hacer más humo, volvía de vez en cuando

la cabeza con objeto de enterarse de si provocaba las toses de alguno. La iglesia estaba llena de gente deseosa de admirar las pinturas del padre Mouret. Las aldeanas se reian porque el incienso daba buen olor, y los hombres, apiñados en el fondo debajo de la tribuna, bajaban la cabeza aturdidos por el canto del chantre. Eran las diez de la mañana; un sol brillante, atravesando las ventanas decoradas con vidrios de papel, entraba en la iglesia, arrojando sobre las paredes reflejos dorados y tornasolando las cofias de las mujeres. Hasta los ramos artificiales del altar tenían el aspecto alegre de flores frescas recién cortadas.

Cuando el cura se volvió para bendecir á los concurrentes, sintióse muy enternecido al ver la iglesia tan limpia, tan llena, tan inundada de música, de incienso y de luz.

Terminado el ofertorio, dejóse oir un murmullo entre las aldeanas. Vicente, que había vuelto la cabeza, arrojó sobre la casulla del cura la mitad del fuego del incensario, y al ver que éste le observaba severamente, queriendo excusarse murmuró:

—El tío del señor cura acaba de entrar.

El padre Mouret distinguió á Mr. Pascual en el fondo de la iglesia, apoyado contra una de las columnillas que sustentaban la tribuna. El médico no

tenía en aquel instante su cara de siempre, sonriente y burlona. Estaba descubierto, grave, duro, siguiendo la misa con visible impaciencia. El espectáculo del cura en el altar, su recogimiento, sus gestos dulces, la serenidad de su rostro, parecieron irritarle más todavía. No pudo aguardarse al final de la ceremonia. Salió dirigiéndose hacia su coche, cuyo caballo estaba atado á una de las rejas del presbiterio.

—¿Ese mozo no piensa acabar nunca de echar incienso?—preguntó á la Teuse que regresaba de la sacristía.

—Ya ha terminado—respondió la vieja.—Entrad en la sala..... El señor cura está desnudándose; ya sabe que os encontráis aquí.

—¡Diablo, de no estar ciego!.... — murmuró el médico siguiendo á la Teuse hasta la pieza fría y mal decorada que ella llamaba pomposamente el salón.

Dió algunos paseos lentamente. La habitación, llena de una claridad gris, redoblaba su disgusto. Al andar golpeaba con los nudillos sobre los muebles, que sonaban como si fueran de granito. Después, fatigado, se recostó contra la chimenea donde un San José de yeso se ostentaba, cubierto de horribles chafarrinones, debajo de un fanal.

—¡Este no es desgraciado!—dijo; y dirigiéndose hacia el cura, añadió:

—¿Sabes que me has hecho tragar la mitad de tu misa? Hace mucho tiempo que he venido..... Tenía que verte hoy mismo con toda precisión. Quiero hablar contigo.

No terminó, contemplando al cura con sorpresa. Hizo una pausa y añadió luego:

—¿Estás bueno?

—Sí; voy mejor—repuso el padre Mouret sonriendo.—No os esperaba hasta el jueves. Como no soléis venir los domingos... . ¿Tenéis alguna cosa que decirme?

Mr. Pascual no respondió al pronto. Continuaba examinando al cura, que lleno aún por la atmósfera de la iglesia, conservaba en los cabellos el olor del incienso, reflejando en sus ojos la alegría de la Cruz. El médico movió la cabeza en presencia de aquella paz triunfante.

—Salgo del Paradou—dijo bruscamente.—Jeambernat vino á buscarme anoche..... He visto á Albina, que me trae muy inquieto. Necesita muchas distracciones.

Al tiempo que hablaba seguía estudiando al cura, que ni siquiera movió los párpados al oir el nombre de Albina.

—En fin—añadió el médico con más rudeza,—te aguarda. Sin ella es posible, hijo mío, que á estas horas estuvieras en una jaula de las Tulettes con la camisa de fuerza atada al cuerpo. Pues bien le he prometido que irías, y te llevo conmigo. Se trata de un adiós. Albina quiere marcharse.

—Yo no puedo más que rogar por esa persona de que me estáis hablando—repuso el padre Mouret dulcemente.

Y al ver que el doctor se enfadaba dando un puñetazo sobre el sofá, añadió con firmeza:

—Soy sacerdote y no tengo más que mis plegarias.

—¡Es cierto, tienes razón!—gritó Mr. Pascal dejándose caer con furia sobre uno de los sillones.—Yo soy un viejo loco. He llorado á solas en mi carruaje, como un niño, cuando venía aquí..... Eso es lo que tiene vivir entre libracos. Se hacen hermosas experiencias, pero se vuelve uno un mal hombre..... ¡Yo he debido suponer que esto acabaría mal!

Alzóse del sillón y comenzó á pasearse desesperadamente.

—Sí, sí—añadió,—he debido suponerlo. Esto es lógico, pero es abominable en tí. Eres distinto á los demás hombres..... Pues escucha: te aseguro

que sin ella estabas perdido. Sólo la atmósfera que ella creara en rededor tuyo podía salvarte de la locura. En fin, ya me entiendes; no necesito decirte nada. Esta es una de mis mejores curas. Sí; te he curado y ahora la muchacha se muere!

El padre Mouret permanecía derecho, calmado con la serenidad pétrea del mártir á quien nada humano puede conmover.

—Dios tendrá misericordia de ella—dijo.

—¡Dios! ¡Dios!—murmuró el doctor sordamente.—Mejor será que no se meta en estas cosas. Echará á perder el asunto.

Y continuó, alzando la voz:

—Yo lo había calculado todo, menos esto..... ¡Soy un imbécil!..... Tu convalecencia duraría un mes. La sombra de los árboles, el aliento fresco de la muchacha, toda esa juventud te pondrían de pie. Por otra parte, la muchacha perdería su salvajismo, tú la humanizarías, y los dos haríamos de ella una señorita que hubiera podido educarse en cualquier parte. Eso estaba perfectamente; el abuelo, ese filósofo de Jeambernat, se quedaría guardando sus coles..... Pero es verdad; yo que no he salido de mi laboratorio, tenía hechos estudios acerca de..... Esa es mi falta. Soy un malvado.

Se detuvo furioso y quiso salir. Buscaba por to-

das partes el sombrero que tenía puesto en la cabeza.

—Adiós—balbuceó,—me voy..... ¿De veras te niegas á venir? Vamos, hazlo, aunque sólo sea en obsequio mío; ya ves lo que sufro. Te prometo que partirá en seguida..... Está convenido..... Tengo mi carruaje. Dentro de una hora estás de vuelta..... Ven, te lo suplico.

El cura hizo un gesto, uno de aquellos gestos que el médico le había visto hacer en el altar, y repuso:

—No, no puedo.

Y añadió mientras acompañaba á su tío:

—Decidle que se arrodille y que ruegue á Dios..... Dios la oirá como me ha oído á mí; él la consolará como á mí me ha consolado. No hay otro remedio.

El doctor le miró cara á cara alzando terriblemente los hombros.

—Adiós—le dijo.—Estás bueno. No necesitas de mí.

Pero cuando desataba su caballo, Desideria, que había oído su voz, llegó corriendo. Adoraba á su tío; cuando ella era más joven éste escuchaba sin cansarse sus tonterías de chicuela inocente. Entonces la acariciaba aún, mostrando interés por

su corral, tanto, que llegó á pasar una tarde con ella entre los conejos y los patos, sonriéndola con sus ojos penetrantes de sabio.

Desideria se arrojó á su cuello con ternura, gritándole:

—¿Te quedas? ¿almuerzas con nosotros?

Mr. Pascal la abrazó, rehusando, procurando librarse de sus caricias. Ella, riendo con fuerza, vino á colgarse de los hombros.

—Haces mal—repuso.—Tengo huevos frescos de mis gallinas..... Han puesto catorce esta mañana..... Nos hubiéramos comido un pollo, el blanco, el que pica á los otros. Tú estabas el jueves cuando le saltó un ojo al manchado.

Mr. Pascal estaba contrariado porque no podía deshacer el nudo de las bridas. Desideria se puso á dar vueltas en rededor suyo, saltando, palmoteando, gritando con voz de flauta:

—Sí, sí, ¡quédate..... nos lo comeremos!

La cólera del tío se dió por vencida. Alzó la cabeza y se puso á reir. Desideria estaba fuerte, alegre, robusta; surgía de ella una alegría natural y franca como los rayos del sol que doraban su rostro.

—¡Tonta!—murmuró el doctor encantado.

Después dijo, sujetándola por las muñecas mientras ella seguía saltando:

—Mira, hoy no puedo. Tengo una pobre muchacha enferma; pero vendré otra mañana..... Te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿el jueves?—insistió Desideria.

—Ya sabes, la vaca está embarazada..... Hace dos días que no parece buena..... Tú que eres médico, encontrarás fácilmente una medicina para ella.

El padre Mouret, al oir esto, no pudo contener una imperceptible sonrisa. El doctor subió alegremente á su carruaje diciendo:

—Está bien, curaré á la vaca..... ¡Acércate, inocente, para que te abrace! Hueles bien, respiras la salud. Tú vales más que todo el mundo. ¡Si todo el mundo fuera como tú, la tierra sería muy hermosa!

Y animando á su caballo con un ligero chasquido de lengua, continuó hablando sólo mientras seguía su camino.

—Sí, brutos; no debía haber más que brutos. Se estaría siempre hermoso, alegre y robusto..... ¡Esto es la herencia!..... Buena para la chica, que es tan dichosa como su vaca; mala para el chico que agoniza debajo de su sotana. Un poco más de sangre, un poco más de nervios, y se cambia una vida..... ¡Estos muchachos son verdaderos Rou-

gon, verdaderos Macquart! La cola de la banda. La degeneración final.

Y animando á su caballo, subió al trote la cuesta que conducía al Paradou.

VII.

El domingo era un día muy ocupado para el padre Mouret. Día de vísperas recitadas por lo común frente á las sillas desiertas, la Brichet misma no llevaba su devoción hasta el punto de frecuentar la iglesia por la tarde. El hermano Archangias reunía á los muchachos para que el señor cura les hiciese recitar su lección de catecismo; el recitado duraba hasta muy tarde. Cuando los muchachos se insurreccionaban, era de cargo de la Teuse imponerles miedo con la escoba.

Aquel domingo, á las cuatro, Desideria se encontraba sola en el presbiterio. Se fastidiaba y fué á arrancar hierba para sus conejos en el cementerio, donde crecían unos magníficos árboles que los conejos adoraban. Arrastrábase también sobre las tumbas recogiendo delantales llenos de hierbas espesas, en las cuales dormían perfectamente los bichos.

—¡Oh, qué hermosas plantas!—murmuró la muchacha acurrucándose, rendida por la faena, delante del sepulcro de Mr. Caffin.

En efecto, allí, entre las junturas de la piedra, plantas magníficas extendían sus largas hojas. Desideria terminaba de llenar su delantal, cuando creyó percibir un ruido extraño; un roce de ramas, un rumor de guijarros desprendidos subía del foso que se alarga por uno de los lados del cementerio, dando paso á la Mascle un torrente que bajaba de las alturas del Paradou. Era aquél un camino tan difícil, tan impracticable, que Desideria pensó que el ruido lo hacía algún perro perdido ó alguna cabra escapada. Avanzó, sin embargo, y al inclinarse no pudo contener su sorpresa al ver en medio de las piedras una muchacha que subía apoyándose en las menores salientes de la roca con extraordinaria agilidad.

—Esperad y os daré la mano—gritó.—¡Vais á romperos la cabeza!

La muchacha, al verse descubierta, dió un salto medroso como si tratara de huir. Pero levantando la cabeza, se repuso hasta el extremo de aceptar la mano que se le tendía.

—¡Ay, os conozco!—dijo Desideria gozosa, recogiendo su delantal á la cintura para tender la

mano á la joven aparecida. — Sois quien me ó los mirlos. Los pobrecillos se han muerto. De veras que lo sentí mucho.... También sé vuestro nombre, se lo he oído repetir á la Teuse cuando Sergio no está en casa ; me prohibe repetirlo delante de él..... Veréis, veréis cómo lo recuerdo.

É hizo, poniéndose muy seria, grandes esfuerzos de memoria.

Luego, encontrando lo que buscaba, se puso muy alegre y repitió, haciendo vibrar el nombre como si fuera una música.

—¡Albina! ¡Albina!.... Es muy dulce. Al principio creí que erais una paloma, porque yo tengo una paloma que se llama poco más ó menos así; no recuerdo bien.

Albina se sonreía. Estaba muy pálida, con un resplandor de fiebre en los ojos. Algunas gotas de sangre corrían por sus manos. Cuando tomó aliento, dijo rápidamente:

—No, dejadlo; mancharíais vuestro pañuelo si me limpiáseis. No es nada; unos rasguños..... No he querido venir por la carretera, porque me hubieran visto. He preferido seguir el torrente..... ¿Está Sergio?

Desideria no reparó en la manera familiar y febril con que había sido pronunciado este nombre

Dijo que su hermano estaba en la iglesia enseñando el catecismo.

—Conviene que no hablemos alto—añadió poniéndose un dedo en la boca.—Sergio me prohibe hablar alto cuando enseña el catecismo. De seguro que vendrían á gruñirnos..... Vamos á meternos en la cuadra, ¿queréis? Estaremos bien y hablarémos.

—Quiero ver á Sergio—dijo Albina.

Desideria bajó más la voz y murmuró arrojando miradas furtivas á la iglesia:

—Sí, sí..... Sergio se quedará muy sorprendido. Venid; nos esconderemos sin que nadie nos oiga..... ¡Esto me divierte mucho!

Recogió las hierbas que se le habían caído del delantal, y saliendo del cementerio entró en el curato con grandes precauciones, recomendado á Albina que se ocultara detrás de ella, achicándose todo lo posible. Cuando se refugiaban corriendo en el corral, vieron á la Teuse que atravesaba la sacristía y que no pareció enterarse de nada.

—¡Chits! ¡chits!—dijo Desideria gozosa cuando estuvieron en el fondo de la cuadra. Aquí no nos encontrará nadie..... Hay paja. Tendeos en ella.

Albina tuvo que sentarse en un monton de paja.

—¿Y Sergio?— preguntó de nuevo como perseguida por la tenacidad de una idea inmutable.

—Callad; se oye su voz. Cuando dé un golpe con las manos habrá concluído y se irán los pequeños..... Escuchad; está contándoles una historia.

En efecto, la voz dulce del padre Mouret llegaba hasta ellas por la puerta de la sacristía, que indudablemente la Teuse se olvidó de cerrar. Fué como un suspiro religioso, un murmullo que repitió por tres veces el nombre de Jesús. Albina, estremeciéndose, quiso levantarse para correr en busca de aquella voz amada, cuyas caricias sentía llegar hasta ella; pero se detuvo como rechazada por la puerta, que se cerró bruscamente. Sentóse de nuevo y pareció escuchar con las manos juntas, mientras una idea, todo su pensamiento, brillaba en el fondo de sus ojos claros. Desideria, echada á sus pies, la contemplaba con entusiasta admiración.

—¡Qué hermosa sois!—le dijo.—Os parecéis á una imágen que Sergio tenía en su cuarto. Era blanca como vos, tenía unos bucles muy grandes que le caían sobre la espalda, y descubría su corazón rojo en el mismo sitio donde yo siento latir el vuestro..... No me escucháis; parecéis triste..... ¿Queréis que juguemos?

Se interrumpió de pronto, gritando entre dientes con voz sostenida :

—¡Pícaros! Van á hacer que nos descubran.

No se había quitado su delantal lleno de hierbas, y sus animales lo tomaban por asalto. Una bandada de gallinas había acudido cacareando á picotear los tallos verdes que asomaban por las puntas del delantal. La cabra, metiéndole la cabeza por debajo del brazo, mordía las anchas hojas. La misma vaca atada á la pared tiraba de la cuerda, alargando el hocico y soplándole en el rostro con su caliente vaho.

—¡Ladrones!—repetía.—Esto es para los conejos. ¿Queréis dejarme tranquila?....¡Mira que te voy á pegar. Tú, ¡si te cojo, te retuerzo el cuello..... ¡Avariciosos! Serían capaces de comerse mis manos.

Apartaba á la cabra, dispersaba á las gallinas á puntapiés y golpeaba con toda la fuerza de sus puños el hocico de la vaca. Pero los animales, retirándose un instante, volvían luego más engolosinados, saltando sobre ella, rodeándola, mordiéndole el delantal. Desideria, guiñando los ojos, murmuró al oido de Albina como si temiese ser escuchada por las bestias:

—¡Son muy tunantes, los queridos! Esperad, vais á verlos comer.

Albina miraba con aire serio.

—Vamos, sed buenos—añadió Desideria.—Habrá para todos, pero cada uno á su tiempo..... Lisa primero. ¡Cómo te gustan las plantas! ¿Eh?

Lisa era la vaca. Reunió lentamente las anchas hojas que crecían en la tumba del padre Caffin. Unhilo de baba le caía por el morro. Sus grandes ojos pardos brillaban con dulzura acariciadora.

—Ahora tú—continuó Desideria dirigiéndose á la cabra.—¡Ya veo que quieres ababoles! Y los prefieres en flor, ¿verdad? con botones que crujan bajo tus dientes como piñones de cáscara roja..... Ten; aquí hay uno muy bueno. Son del rincón de la izquierda, donde se enterró el año pasado.

Y al tiempo que hablaba, ofrecía á la cabra un puñado de flores senguinolentas que el animal mordía con gula; cuando no le quedaron en la mano más que los tallos, los metió entre los dientes de aquélla. Las gallinas le picoteaban furiosamente la ropa por detrás. Les arrojó achicorias salvajes y dientes de león que había recogido entre las losas rotas esparcidas alrededor del muro de la iglesia. Las gallinas se disputaron los dientes de león sobre todo con tal voracidad, con tal movimiento de alas y patas, que las restantes bestias del corral llegaron á oirlo. Aquello fué

una invasión. El gallo Alejandro apareció el primero; picoteó un diente de león y lo partió en dos pedazos sin tragarlo; cacareaba llamando á las gallinas que estaban fuera y haciéndoles sitio para que pasaran adelante. Primero entró una gallina blanca, después una gallina negra; después una hilera de gallinas que se amontonó acabando por correr apresuradamente como un mar de plumas. Detrás de las gallinas vinieron los pavos, los patos y los gansos..... Desideria reía en medio de esta marea creciente, desvanecida, encantada, repitiendo :

—Siempre que traigo hierba del cementerio ocurre lo mismo. Se matarían unos á otros por comer..... La hierba debe ser exquisita.

Y se defendía, levantando los últimos puñados de hierba, procurando salvarla de los picos glotones que se dirigían hacia ella, y repitiendo que era para los conejos, que iba á enfadarse y á poner á todos á pan duro si no la dejaban en paz. Pero acabó por desfallecer. Los gansos tiraban de su delantal con tal fiereza, que la obligaron á arrodillarse; los patos le devoraban los tobillos. Dos pollos se le habían subido á la cabeza; las gallinas escalaban sus hombros. Aquella era una ferocidad de bestias, despertada por el olor de la carne, de

las plantas jugosas, de los ababoles sanguinolentos, de los dientes de león, engordados por una savia donde había un poco de vida de los muertos. Desideria reía mucho y estaba á punto de ceder arrojándoles los dos últimos puñados, cuando un gruñido terrible introdujo el pánico en rededor suyo.

—¿Eres tú, gordinflón?—gritó entusiasmada.—¡Cómetelos! ¡Defiéndeme!

El cerdo asomó por la puerta. Ya no era el cochinillo de color de rosa, un juguete recién pintado, con el trasero mal cubierto por una cola que parecía un cabo de bramante, sino un cerdo robusto, bueno para la matanza, redondo como una bola, con el lomo cubierto de ásperas cerdas que chorreaban grasa. Tenía el vientre de color de ámbar de tanto restregarse en el estercolero. Con el hocico hacia delante, arrastrando las patas se arrojó en medio de los otros animales, lo cual permitió á Desideria escaparse y correr á dar á sus conejos las hierbas que había salvado. A su regreso estaba firmada la paz. Los gansos balanceaban el cuello blandamente, estúpidos é inmóviles; los patos y los pavos se alejaban á lo largo de las paredes con paso cachazudo; las gallinas cacareaban por lo bajo, picoteando en el suelo de la cuadra granos invisibles, mientras el cerdo, la cabra y la vaca gui-

ñaban los ojos como adormecidos. Por la parte de afuera comenzó á caer una lluvia de tormenta.

—¡Bueno, una nube!—dijo Desideria restregándose contra la paja. Tendréis que quedaros aquí con mi gente si no queréis daros un baño.

Albina permanecía silenciosa. Las risas de Desideria debatiéndose entre aquellos cuellos voraces, entre aquellos picos golosos que la registraban, que la besaban como si quisieran comerle la carne, la habían puesto más pálida. Tanta alegría, tanta salud, tanta vida, era para ella una desesperación. Apretaba los brazos febrilmente, oprimiendo su pecho seco por el abandono.

—¿Y Sergio?—volvió á preguntar con su voz de siempre, clara y distinta.

—¡Chits!—dijo Desideria.—Acabo de oirle; aun no ha terminado. Hemos hecho mucho ruido. Es preciso que la Teuse esté sorda esta tarde..... Permanezcamos tranquilas entretanto. Es agradable oir caer la lluvia.

El agua entraba por la puerta entreabierta, salpicando el suelo de anchas gotas. Las gallinas inquietas habían retrocedido hasta el fondo de la cuadra. Todos los animales se refugiaron allí alrededor de las faldas de las dos jóvenes; sólo tres patos paseaban tranquilamente bajo la lluvia.

El fresco del agua venía á la cuadra, trayendo con él la respiracion ardiente del corral. Hacía mucho calor entre la paja. Desideria había cogido dos grandes botas vacías, transformándolas en almohada y acostándose sobre ellas llena de contento.

Se está muy bien; ¡muy bien!—murmuraba.—Acostaos como yo. Me hundo; estoy sostenida por todas partes; la paja me hace cosquillas en el cuello..... Y el frotarse es muy agradable también.

Y se restregaba contra la paja, dando palmadas á derecha é izquierda. Después permaneció con la cabeza hacia abajo y las rodillas en el aire, repitiendo:

—¿No rodáis vos sobre el pajar en vuestra casa?..... Yo no encuentro nada mejor..... Algunas veces me hago cosquillas en los pies; eso es también muy entretenido. ¿Os hacéis vos cosquillas en los pies?

El gallo, que se había aproximado gravemente al verla acostada, se le subió á la garganta.

—¡Quieres irte, Alejandro!—gritó Desideria.—¡Es tonto este animal! No puedo acostarme sin que se me ponga encima..... Me aprietas mucho, me haces daño con las uñas, ¿entiendes?..... No tengo inconveniente en que sigas ahí, pero has de ser bueno; no me picarás los cabellos, ¿eh?

No se inquietó más por aquello. El gallo se agarraba con fuerza á su corpiño, haciendo ademán de mirarla por debajo de la barba con sus ojos de brasa. Los otros animales se recostaban en sus vestidos. Después de moverse un poco, Desideria había acabado por adoptar una posición cómoda, con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás.

—Esto es tan bueno, que en seguida me da pereza. La paja produce sueño, ¿verdad?..... A Sergio no le gusta esto. Puede que á vos tampoco..... ¿Qué os puede gustar entonces? Decídmelo para que yo lo sepa.

Y permaneció un instante con los ojos muy abiertos, como buscando algo que le era desconocido. Después bajó los párpados con una sonrisa tranquila, satisfecha del todo. Parecía dormida, cuando á poco tiempo abrió los ojos para decir:

—La vaca tendrá un ternero..... Eso también es muy bonito. Me entretendrá más que nada.

Y cayó en un sueño profundo. Los animales habían acabado por subírsele encima; estaba cubierta por un velo de plumas vivientes. Las gallinas cubrían sus pies, los gansos le introducían sus enormes cuellos á lo largo de las piernas. Por la izquierda el cerdo le calentaba la cintura, mien-

tras que por la derecha la cabra alargaba su cabeza barbuda hasta tocarle el pecho; y ella dormía acariciada por el aliento de la vaca, bajo los pies del gallo, el cual, sostenido algo más abajo de su cuello, con las alas abiertas y la cresta encendida y el vientre rojo, la cubría como una caricia de fuego que penetraba á través de sus ropas.

Fuera caía la lluvia con menos ímpetu. Una franja de sol, escapándose por entre el encaje de una nube, rayaba de oro el agua desprendida de la atmósfera. Albina permanecía inmóvil mirando dormir á Desideria, aquella hermosa muchacha que consideraba dicha bastante la de restregar contra la paja su cuerpo robusto. Ella también hubiera deseado dormir así, y envidiaba aquellos brazos fuertes, aquel pecho duro, aquel organismo poderoso desarrollado entre el calor fecundante de una turba de bestias, aquel esparcimiento puramente animal que hacía de la joven la hermana de la vaca dormida en un rincón del establo. Albina también hubiera querido ser amada por el gallo rojo, y amar á su vez como los árboles, sin vergüenza, abriendo cada una de sus venas á los avances de la savia.

Entretanto había cesado la lluvia. Los tres gatos de la casa, uno detrás de otro, avanzaban por

el corral á lo largo de la pared, tomando precauciones infinitas para no mojarse. Alargaron la cabeza por la puerta de la cuadra, y al ver á Desideria dormida se dirigieron hacia ella, acostándose á su lado y rozándole suavemente la piel con sus patas. Moumou, el gato negro, acostado cerca de una de las mejillas de la joven, se puso á acariciarle suavemente la barba.

—¿Y Sergio?—murmuró Albina maquinalmente.

¿Dónde estaba el obstáculo? ¿Quién la impedía satisfacerse, ser dichosa en plena naturaleza? ¿Por qué no amaba, por qué no era amada, al sol, libremente, como aman y son amados los árboles? No lo sabía, sintiéndose abandonada, infeliz para siempre, y experimentaba un deseo ansioso de recobrar su bien entre sus brazos y huir con él y ocultarse de todo el mundo. Albina se levantó. La puerta de la sacristía acababa de abrirse; un palmoteo suave, seguido por el rumor de un grupo de muchachos que hacían sonar sus zapatos contra las baldosas, turbó el silencio. La lección de catecismo había terminado. La joven abandonó cautelosamente la cuadra, encaminándose hacia la sacristía. Al atravesar el corredor distinguió las espaldas de la Teuse que entraba en la cocina sin

volver la cabeza. Segura de no ser vista, empujó la puerta, sosteniéndola con la mano para que se cerrara sin ruido.

Estaba en el interior de la iglesia.

VIII.

Al principio no distinguió nada. Fuera comenzaba de nuevo la lluvia, una lluvia fina y persistente. La iglesia no tenía más que un color: el gris. Albina, pasando por detrás del altar mayor, avanzó hasta el púlpito. En el centro de la nave no quedaban más que los bancos desarreglados por la impaciencia de los chicos mientras recitaban el catecismo. El péndulo del reloj se balanceaba sordamente en medio de aquel vacío enorme. La joven se dirigía hacia el confesonario, cuando al atravesar por delante de la capilla de los muertos vió al padre Mouret arrodillado á los piés del Cristo, extático, sin parar mientes en el ruido que sonaba detrás de él, atribuyéndolo á la Teuse que debía estar arreglando los bancos.

Albina le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Sergio, vengo á buscarte.

El sacerdote, estremecido por aquella voz, levantó la cabeza y se puso muy pálido. Siguió, sin embargo, de rodillas, santiguándose, balbuceando por lo bajo una plegaria.

—Te he esperado—siguió diciendo Albina.—Cada mañana, cada noche aguardaba que vinieras. Al principio conté los días..... después he dejado de contar las semanas..... Al saber que no vendrías más, he decidido venir yo. Me he dicho: «Yo lo llevaré.....» Dame tus manos y vámonos.

Y le tendió las manos como para ayudarle á levantar. El sacerdote, después de mirarla, se santiguó otra vez y siguió rezando. Había vencido el primer estremecimiento de su carne. La gracia que le inundaba desde el amanecer como un baño celeste, le dió fuerzas para la lucha.

—Este no es vuestro sitio—dijo gravemente.—Retiraos..... Aumentáis vuestra desgracia.

—No sufro—repuso ella sonriendo;—me encuentro mejor; te veo; estoy buena..... Créelo; me he fingido más mala de lo que estoy, para que vinieran á buscarte. Ha sido una mentira mía, como la promesa de partir luego de abandonar estos sitios después de verte. ¿Te imaginas que lo hubiera hecho? No; de hacerlo, te hubiera llevado conmigo en mis hombros..... Los otros no lo sa-

ben; pero tú sabes que al presente yo sólo puedo vivir colgada de tu cuello.

Sentíase dichosa, reproducía sus caricias de niña inconsciente, sin ver la rigidez fría del sacerdote, y se impacientaba hasta el extremo de batir alegremente las manos gritando:

—¡Vamos, Sergio, decídete! Estamos perdiendo mucho tiempo. No hace falta reflexionar tanto. ¡Quédemonio! ¡nos vamos juntos! eso es muy sencillo. Si quieres que no nos vean, nos iremos por la Maule. El camino no es cómodo, pero yo lo he seguido sola hace un momento; ahora somos dos y nos ayudaremos..... Conoces el camino, ¿verdad? Atravesaremos el cementerio, bajaremos al borde del torrente, y después no necesitamos más que seguirlo hasta el jardín. ¡Y qué bien se está allá abajo, en el fondo! No hay nadie, de veras, nadie más que las zarzas y las piedras redondas. El lecho está casi seco del todo. Al tiempo de venir pensaba yo: «Cuando él esté conmigo, caminaremos lentamente, abrazándonos.....» Vamos, despacha, Sergio; te estoy esperando.

El cura parecía no comprender; se entregaba á sus plegarias, pidiendo al cielo el valor de los santos. Antes de comenzar la lucha suprema se armaba con las espadas flamígeras de la fe. Hubo

un instante en que se juzgó débil. Le era preciso tener un heroísmo de martir para seguir de rodillas mientras Albina le llamaba: su corazón se dirigía á ella, y sentía impulsos de arrojarse en sus brazos para satisfacer un deseo irremediable, invencible: el de besar sus cabellos. La joven había resucitado, con el sólo perfume de su aliento, los recuerdos de su ternura, el inmenso jardín, los paseos bajo los árboles, la alegría de su unión. Pero la gracia volvió á caer sobre él como abundante y consolador rocío. Su tortura duró un momento para vaciar la sangre de sus venas; nada de humano quedaba ya en él. Era la cosa de Dios.

Albina tuvo que tocarle otra vez en el hombro. Estaba inquieta: fué irritándose poco á poco y le dijo:

—¿Por qué no me respondes? Tú no puedes rehusar; has de seguirme..... Piensa que me moriré si rehusas. Pero no; no es posible. Acuérdate: estamos reunidos para siempre, no debemos separarnos nunca. Te has entregado á mí veinte veces. Me decías que te tomara todo entero; que tomara tu aliento, tu respiración, tu vida..... Me acuerdo bien de eso. No hay un pedazo de tu cuerpo que no me hayas entregado, ni uno de tus cabellos que no me pertenezca. Tus manos son para mí;

las he estrechado entre las mías horas enteras. Tu cara, tus labios, tus ojos, tu frente, todo es mío, dispongo de ello para mis caricias..... ¿Entiendes, Sergio?

Y se inclinó delante de él, soberana, alargando las manos, repitiendo con voz más fuerte:

—¿Entiendes, Sergio? eres mío.

El padre Mouret se alzó lentamente, y apoyándose contra el altar, repuso:

—No; os equivocais; soy de Dios.

Estaba lleno de serenidad. Su rostro frío semejaba al de un santo de piedra que no tuviese calor alguno en las entrañas; su sotana caía á pliegues rígidos, semejante á un sudario, sin descubrir la menor línea de su cuerpo. Albina se hizo atrás en presencia de aquel fantasma sombrío de su amor. No encontraba en Sergio ni la barba sedosa, ni la cabellera ondulante; al contrario, en medio de sus cabellos cortados distinguía una mancha circular, la tonsura, que la inquietaba como un mal desconocido, como una enfermedad pegajosa, engrandecida poco á poco para comerse el recuerdo de los días felices. No reconoció tampoco ni sus manos tibias en otro tiempo por el calor de sus caricias, ni su garganta henchida de risa, ni sus pies nerviosos que la conducían al trote por el fondo

de la espesura. ¿Era éste aquel muchacho de músculos fuertes, de cuello desnudo hasta descubrir el pecho, con la piel tostada por el sol, los miembros palpitantes de vida y la espalda exuberante de fuerza? Á la hora presente parecía falto de carne; su pelo había caído de una manera vergonzosa; toda su virilidad se agostaba debajo de aquel traje talar que parecía neutralizarle el sexo.

—¡Oh!—murmuró Albiua—¡me asustas!..... ¿Me has creído muerta para vestirte de luto? Quítate eso negro; ponte una blusa; abandona ese traje.. .. Tus brazos están más flojos que los míos.

Y acercó su mano á la sotana como para arrancarla de un tirón. El padre Mouret la detuvo con un gesto, sin tocarla. La miraba, afirmándose contra la tentación, sin separar de ella los ojos. Parecióle que había crecido. Ya no era la chiquilla cubierta de flores salvajes, arrojando al viento sus risas de bohemia; no era tampoco la enamorada vestida de blanco, balanceando su falda flexible, caminando suavemente por detrás de las zarzas. Ahora un vello de fruta madura sombreaba su labio superior, sus caderas se desarrollaban en libertad, su pecho había agrandado como un capullo que se abre. Era mujer, con su cara redonda, que tenía un cierto aspecto de fecundidad. En sus

caderas reposaba la vida; sobre sus mejillas, debajo de la piel, extendíase la adorable madurez de su carne. El sacerdote, envuelto por aquel perfume de mujer hecha, experimentaba un goce amargo al saborear con el pensamiento la caricia de sus labios rojos, la risa de sus ojos, el latido de su garganta, la embriaguez que se desprendía de ella á cada instante. Es más: llevaba su temeridad hasta el punto de buscar en aquel cuerpo los sitios que había besado locamente en otro tiempo, los pliegues de los párpados, los pliegues de la boca, las sienes, estrechas, suaves como el raso, la nuca de ámbar cubierta por un velo claro de pelillos rubios. Al lado de Albina nunca había experimentado los placeres que ahora sentía, martirizándose en presencia de aquella pasión que rechazaba. De pronto creyóse dispuesto á ceder de nuevo á las imposiciones de la carne. Bajó los ojos y dijo con dulzura:

—No os puedo oir aquí. Salgamos si queréis hablarme todavía..... Vuestra presencia en este lugar es un escándalo. Estamos en la casa de Dios.

—¿Quien es Dios?—gritó Albina enfurecida, sintiendo resucitar en ella la mujer criada en medio de la naturaleza.—No conozco á tu Dios; no quiero conocerle, si te me roba, á mí que nunca

le he hecho nada. Mi tío Jeambernat tiene razón cuando dice que tu Dios es una invención estúpida, una treta para entristecer á las gentes y hacerlas llorar..... Mientes; no me amas; tu Dios no existe.

—Estáis en su casa—replicó el padre Mouret con firmeza.—Blasfemáis de él, que con un soplo podría reduciros á polvo.

Albina lanzó una carcajada soberbia y levantó los brazos desafiando al cielo.

—¡Es decir—repuso—que prefierés tu Dios á mí! ¿Le crees más fuerte que yo? ¿Imaginas que te amará más que yo?..... ¡Vaya, eres un niño! Déjate de tonterías. Vamos á volver juntos al jardín para amarnos, para ser dichosos, para ser libres. Esa es la vida.

Aquella vez le sujetó por la cintura, apretándole contra sus caderas; pero el sacerdote se deshizo con un estremecimiento de los brazos que le unían, y volvió á apoyarse en el altar, olvidándose de todo, rechazándola de nuevo con un ademán.

—Véte—balbuceó.—Si me amas todavía, véte..... ¡Oh, Señor, perdonadla; perdonadme á mí también de manchar vuestra casa! Si atravieso la puerta con ella, puede que la siga. Aquí, en vues-

tra casa, soy fuerte. Permitid que permanezca en este sitio para defenderos.

Albina permaneció un instante silenciosa. Luego dijo con voz sosegada:

—Está bien; quedémonos aquí..... Quiero hablarte. Tú no puedes ser malo; tú me comprenderás; tú no me dejarás partir sola. No, no tengas miedo, no volveré á tocarte, puesto que eso te hace daño. Ya lo ves, estoy tranquila. Vamos á hablar dulcemente, como hablábamos cuando nos perdíamos y nos volvíamos á encontrar por el parque para hablar más tiempo.

Y sonriéndose, continuó:

—Yo, yo no sé nada. El tío Jeambernat me prohibía venir á la iglesia, diciéndome: «Tonta, puesto que tienes un jardín, ¿qué irás á hacer en una casa donde no se ama?.....» Yo he sido buena siempre. Miraba los nidos sin tocar los huevos; no cortaba las flores por temor de herir á las plantas. Ya sabes que nunca he cogido un insecto para atormentarlo..... Entonces, ¿por qué ha de estar Dios furioso contra mí?

—Es preciso conocerle, rogarle, rendirle á toda hora los homenajes que le son debidos—respondió el cura.

—¿Y serás dichoso si hago eso?—respondió ella.

—¿Me perdonarás? ¿me amarás aún?.... Pues bien, yo quiero lo que tú quieras. Háblame de Dios, creeré en él, sabré adorarle. Cada una de tus palabras será una verdad que yo oiré de rodillas. ¿Por ventura he tenido yo nunca otro pensamiento que el tuyo?..... Volveremos á emprender nuestros largos paseos; tú me instruirás, haciendo de mí lo que te plazca. ¡Oh, consiente! ¡te lo ruego!

El padre Mouret señaló á su sotana.

—No puedo—dijo tranquilamente.—Soy sacerdote.

—¡Sacerdote!—repitió Albina dejando de sonreir.—Si mi tío pretende que los sacerdotes no tienen ni mujer, ni hermana, ni madre. ¿Y eso es verdad?..... Entonces, ¿por qué has mentido? Tú eres quien me ha tomado por hermana, por mujer. ¿Mentías entonces?

Mouret levantó su faz pálida, por donde corría un sudor de angustia.

—Pequé—dijo.

—Yo—continuó ella—al verte libre, he creído que no eras ya sacerdote. Pensé que aquello había terminado, que permanecerías conmigo siempre, para mí, por mí..... ¿Y qué quieres que haga ahora, si te llevas toda mi vida?

—Lo que yo hago—respondio él.—Arrodi-

llaros, morir de rodillas hasta que Dios perdone.

—¡Eres un infame!—exclamó la joven con los labios temblorosos de cólera.

El sacerdote guardó silencio. Un sufrimiento horrible le atenaceaba la garganta; pero era más fuerte que su dolor. Levantaba la cabeza sonriendo con dulzura angustiosa. Albina le desafió un instante con mirada fija. Después añadió encolerizándose de nuevo:

—¡Vamos, concluye! acúsame, dí que yo he ido á tentarte. Eso será el colmo. Permito que te excuses; pégame si quieres; prefiero tus golpes á tu rigidez de cadáver. ¿No tienes sangre? ¿no oyes que te llamo infame? Sí, eres infame y cobarde; no debes amarme, porque no puedes ser un hombre..... ¿Es tu traje negro el que te pone así? Arráncalo; cuando estés desnudo puede que seas otro.

El cura repitió con lentitud las mismas palabras:

—He pecado; no tengo excusa. Hago penitencia de mi falta sin aguardar perdón. Si arrancara mis vestiduras arrancaría mi carne, porque me he dado á Dios por completo con mis huesos, con mi alma. Soy sacerdote.

—¡Y yo! ¡y yo!—gritó Albina.

Mouret no bajó la cabeza.

—¡Que vuestros sufrimientos — dijo — me sean contados como otros tantos crímenes! ¡Que sea castigado eternamente por el abandono en que os dejo! Será justo..... Indigno y todo como soy, ruego por vos todas las tardes.

Albina encogió los hombros, presa de un triste desfallecimiento. Su cólera cedía, aproximándose á la piedad.

—Estás loco — murmuró. — Guarda tus oraciones. Lo que yo quiero de tí eres tú. No me entenderás nunca. ¡Tenía tantas cosas qúe decirte! Me has encolerizado con tus historias del otro mundo..... Vamos, seamos razonables los dos. Procuremos tener calma. Hablaremos aún..... Es imposible que yo me vaya así; es imposible que yo te deje en este sitio; por estar en él pareces un muerto, y tienes la piel tan fría que no me determino á tocarte. Dejemos de hablar; esperemos.

Calló y anduvo algunos pasos examinando la iglesia. El agua seguía golpeando los vidrios como un polvo de ceniza. Una luz fría, llena de humedad, parecía mojar los muros. Fuera no se escuchaba más ruido que el golpeteo monótono de la lluvia. Los gorriones debían estar ocultos debajo de las tejas. El algarrobo balanceaba sus ramas

mojadas. Dieron las cinco, arrancándose golpe á golpe del pecho metálico del reloj, y después todo quedó sumergido en un silencio más sordo, más terrible, más desesperado. Las pinturas, no del todo secas, daban al altar mayor y á las otras maderas una limpieza triste, un aspecto de capilla de convento donde no entra el sol nunca. La nave parecía llena de la espantosa agonía que brotaba de sangre esparcida por los miembros del Cristo; á lo largo de la pared destacábanse las catorce imágenes de la pasión, reflejando el cruento drama, pintarrajeado de amarillo y de rojo, sudando el horror. Entre aquel estrecimiento de muerte, sobre aquellos altares semejantes á tumbas, en medio de aquella desnudez de cámara fúnebre, agonizaba la vida. Todo hablaba de la pena, de la noche, del terror, del agotamiento, del vacío. Un vago perfume de incienso llenaba el templo como la respiración de un ser que agonizara retorciéndose sobre las losas.

—¡Ah!—dijo Albina.—¡Qué bien estábamos al sol! ¿Te acuerdas? Una mañana, ocurría esto á la izquierda del jardín, caminábamos por entre un plantel de rosales. Hago memoria hasta del color de la hierba; era casi azul, con motas verdes. Cuando llegamos al extremo del plantel de rosas,

volvimos sobre nuestros pasos; tan dulce era el olor del suelo. Así paseamos aquella mañana; veinte pasos hacia delante, veinte pasos hacia atrás, siempre en aquel rincón dichoso, del que tú no querías separarte. Las abejas zumbaban en rededor nuestro; una alondra saltaba de rama en rama; un ejército de animales pasaba por delante de nosotros para ir á sus quehaceres. Tú decías: «¡Qué hermosa es la vida!» ¡La vida! es decir, las hierbas, los árboles, las aguas, el cielo, la tierra, sobre la cual caminábamos nosotros, iluminados por el sol.

Se detuvo un instante y añadió:

—La vida era el Paradou. ¡Qué grande nos parecía! nunca le encontrábamos el fin. Las hojas se extendían hasta el horizonte, en libertad, con un murmullo de ondas. ¡Y cuánto azul sobre nuestras cabezas! Podríamos crecer, volar, extendernos como las nubes, sin encontrar más obstáculo que el que encontraban ellas. El espacio era nuestro.

Se echó hacia atrás, y señalando con un gesto las paredes sombrías de la iglesia, dijo:

—Aquí estás como en una fosa. Es imposible alargar los brazos sin tropezar con las manos en la piedra. La bóveda te oculta el cielo y te roba tu parte de sol. Esto es tan pequeño, que tus

miembros se deshacen como si estuvieras enterrado vivo debajo de tierra.

—No—dijo el sacerdote—la iglesia es grande como el mundo. Dios está en ella.

Albina señaló con otro gesto la cruz, los Cristos moribundos, los suplicios de la pasión.

—Vives en medio de la muerte—repuso.—Las hierbas, los árboles, las aguas, el cielo, el sol, todo agoniza en rededor tuyo.

—No—exclamó el cura.—Todo revive, todo se purifica, todo sube á los espacios de la luz.

Se había incorporado; una llama brillaba en sus ojos. Abandonó el altar, sintiéndose invencible, despreciando las anchuras de la tentación, y cogiendo la mano de Albina, tuteando á ésta como si fuera su hermana, la llevó frente á las imágenes dolorosas del camino de la cruz.

—Mira—dijo—mira lo que ha sufrido mi Dios..... Jesús es azotado. ¿Lo ves? sus espaldas están desnudas, sus carnes se abren, la sangre corre hasta sus pies..... Jesús es coronado de espinas; lágrimas rojas ruedan de su frente desgarrada; una herida más ancha que las otras le penetra en la sien..... Jesús es insultado por los soldados. Sus verdugos le ponen en son de mofa un manto de púrpura sobre los hombros, y le abo-

fetean y le insultan, y le clavan con el cuento de sus lanzas la corona en la frente.....

Albina volvió la cabeza para no ver aquellas imágenes de colorido fuerte que cortaban con salpicaduras de vermellón las carnes amarillas de Jesús. El manto de púrpura, sujeto á los hombros de éste, parecía un jirón desgarrado de su piel.

—¿Para qué mirar eso?—dijo.....—¡Te acuerdas, Sergio!..... Aquel día me dijiste que estabas fatigado. Yo sabía que me engañabas, porque el aire era fresco y sólo habíamos andado un cuarto de hora; pero tú querías sentarte para cogerme en tus brazos. Había, ya lo sabes, en el fondo del huerto un cerezo plantado al borde de un arroyo; no podías pasar por delante de él sin sentir el deseo de besarme las manos, con besos muy dulces que subían por mis hombros hasta mis labios..... Cuando pasó el tiempo de las cerezas, comías de mis labios..... Las flores que se marchitaban nos hacían llorar. Un día que encontraste un pájaro muerto entre la hierba, me apretaste contra tu corazón, como para evitar que la tierra se apoderase de mí.

El sacerdote la condujo delante de las otras estaciones.

—Espérate—gritó—mira aún; escucha aún. Es

necesario que te prosternes de dolor y de piedad..... Jesús se doblega bajo el peso de la cruz. La subida del Calvario es ruda; ha caído de rodillas; no seca el sudor de su rostro; se levanta y prosigue su camino..... Jesús cae otra vez bajo el peso de la cruz. A cada paso vacila. Esta vez ha caído sobre el pecho, con tal rudeza, que permanece un instante desvanecido. Sus manos yertas han abandonado la cruz; sus pies doloridos dejan huellas sangrientas detrás de él. Un desfallecimiento angustioso le domina, porque lleva sobre su espalda los pecados del mundo.....

Albina había mirado á Jesús caído debajo de la cruz, cuyo color negro reflejaba tristemente el reflejo de la aureola del mártir. Pero fija en sus recuerdos, murmuró:

—¡Y los senderos de los prados!..... ¿No haces memoria, Sergio? ¿No recuerdas ya los caminos de hierba fina que se extienden por las praderas entre mares gigantescos de verdura?..... El día á que yo me refiero salimos por una hora. Después seguimos andando, andando..... ya se levantaban las estrellas y nosotros andábamos aún. ¡Era tan suave, tan dulce aquel tapiz fino como la seda! Nuestros pies no tropezaban con un guijarro. Parecía un mar verde lamiendo nuestros pies. Y nos-

otros sabíamos á donde nos llevaban aquellos senderos, que parecían no conducir á ninguna parte. Nos conducían á nuestro amor, á la dicha de vivir abrazados, á la certidumbre de la felicidad..... Regresamos sin fatiga. Tú estabas más ágil que al salir, porque me habías dado tus caricias y yo no había podido devolvértelas todas.....

El padre Mouret, indicando con sus manos temblorosas las últimas imágenes, balbuceó:

—Jesús es atado á la cruz. Los clavos entran á martillazos por sus manos abiertas. Un clavo es suficiente para los pies, cuyos huesos crujen. Él, mientras su carne padece, sonríe con los ojos puestos en el cielo..... Jesucristo está entre dos ladrones. El peso de su cuerpo agranda horriblemente sus heridas. De su frente, de sus miembros todos cae un sudor de sangre. Los dos ladrones le injurian, los espectadores le escarnecen, los soldados se reparten sus vestidos. Las tinieblas crecen y el sol se oculta..... Jesús muere sobre la cruz. Lanza un grito y entrega el alma. ¡Muerte espantosa! El velo del templo se parte en dos, la tierra tiembla, las piedras saltan, los sepulcros se abren.....

Había caído de rodillas, con la voz preñada de sollozos, puestos los ojos en las tres cruces del Calvario, donde se retorcían los cuerpos de los

crucificados, que lo grosero del dibujo descarnaba afrentosamente. Albina se puso delante de las imágenes para que Sergio no las viera.

—Una tarde—le dijo—durante el crespúsculo, había yo puesto mi cabeza sobre tus rodillas..... Era en el bosque, al límite de aquel paseo de castaños que el sol poniente iluminaba con su último rayo. ¡Qué hora tan dulce! El sol se detenía á nuestros pies diciéndonos adiós con sonrisa amistosa. El cielo palidecía lentamente. Yo te decía riendo que se quitaba su traje azul y se ponía un traje con flores de oro para ir de baile. Tú te incomodabas con la sombra, inquietándote por no tener la compañía del sol. Y no era la noche quien venía á nosotros; era una dulzura discreta, una quietud dulce, un algo misterioso semejante á esos senderos sombríos, bóvedas de hojas debajo de las cuales se oculta uno un momento, seguro de encontrar el sol á la salida. Aquella tarde el crepúsculo anunciaba con su palidez tranquila una mañana esplendorosa..... Yo fingí entonces dormirme; pero ahora puedo decírtelo, no dormía, mientras tu me besabas en los ojos. Disfrutaba de tus besos. Tenía yo un aliento regular que era bebido por tí. Después, cuando se hizo completamente de noche, me pareció que me acariciaban cantando·

Los árboles no dormían más que yo..... Por la noche, ¿te acuerdas? las flores tienen un perfume más fuerte.

Y al ver que seguía de rodillas con la faz inundada de lágrimas, cogióle por las muñecas, levantándole y gritando con pasión:

—¡Oh, si tú supieras! vendrías conmigo, rodearías tu brazo á mi cuello, porque yo no puedo ir sin tí..... Ayer quise ver el jardín de nuevo. Está más grande, más insondable. He encontrado allí olores nuevos, tan dulces que me han hecho llorar. He encontrado en los paseos lluvias de sol que me estremecieron. Las rosas me han hablado de tí. Los zarzales se sorprendieron al verme sola. Todo el jardín suspiraba..... ¡Oh, ven! nunca han tenido las hierbas mayor finura. He señalado una flor para reconocer el lugar perdido adonde quiero llevarte. Es en el fondo de un zarzal, un montón de verduras ancho como una cama grande. Desde él se oye vivir al jardín con sus árboles, con sus aguas, con su cielo. La misma respiración de la tierra nos arrullará..... ¡Oh, ven; nos amaremos con un amor inmenso!

El sacerdote la rechazó. Había llegado junto á la capilla de los muertos, á presencia del Cristo de cartón pintado, de aquel Cristo de la altura de un

niño de diez años, que agonizaba con espantosa realidad.

Los clavos imitaban el hierro. Las heridas parecían llagas vivientes brutalmente desgarradas.

—¡Jesús que has muerto por nosotros, convéncela de nuestra nada!—gritó el sacerdote.—¡Díle que somos polvo, miseria, podredumbre! ¡Ah, Señor, permitid que cubra mi cabeza con un cilicio, que sepulte mi frente á vuestros pies, que permanezca inmóvil delante de ellos hasta que la muerte me destruya! La tierra no existirá, el sol habrá desaparecido para mí; no veré nada, no sentiré nada, no oiré nada. Nada de este mundo miserable vendrá á distraerme de vuestra adoración.

Y exaltándose más y más, se dirigió hacia Albina con los brazos extendidos, gritándole:

—Tienes razón: es la muerte lo que está aquí, la muerte que yo quiero, la muerte que salva, la muerte que borra todas las impurezas..... ¡Óyeme! Niego la vida, la rehuso, reniego de ella. Tus flores emponzoñan, tu sol mata, tu hierba da la lepra á quienes se acuestan en ella; tu jardín es un osario donde se descomponen los cadáveres de las cosas. La tierra suda abominación. Mientes cuan-

do hablas de amor, de luz, de vida venturosa en el fondo de tu palacio de follaje. En tu palacio no hay más que tinieblas. Tus árboles destilan un veneno que transforma en bestias á los hombres; tus hierbas se ennegrecen con la baba de las víboras; tus riberas conducen la peste sobre sus aguas azules. Si arrancases á tu naturaleza su traje de sol, su cinturón de hojas, la verías hediente como un pudridero, esqueletoidea, manchada de vicios. Y aunque dijeras verdad, aunque tuvieras las manos llenas de dichas, aunque me llevaras sobre un lecho de rosas para darme en él las venturas del paraíso, me defendería más desesperadamente contra tus asechanzas. Entre nosotros hay una guerra secular, implacable. ¿Ves la iglesia? es muy pequeña, es fría, es pobre; tiene un confesonario y un púlpito de pino, un baptisterio de cal, los altares hechos de cuatro tablones que yo mismo he repintado. ¡Qué importa! Así y todo, es más grande que tu jardín, que el valle, que la tierra toda. Esta es una fortaleza inexpugnable que nadie puede derribar. Los vientos y el sol, los bosques y los mares, todo lo que vive puede asaltarla; ella permanecerá de pie sin estremecerse. Sí, que se agiganten las zarzas, que sacudan los muros con sus ramas espinosas, que nubes de insectos salgan del suelo

para roer y desgastar las paredes; ¡la iglesia, por ruinosa que sea, no será derrotada por ese desbordamiento de la vida! Es la muerte inexpugnable. ¿Quieres saber lo que sucederá un día? La pequeña iglesia se transformará en un coloso, desprendiendo de ella una sombra tal, que la naturaleza sucumbirá á su impulso. ¡Sí, la muerte, la muerte de todo, con un cielo bendito para recibir nuestras almas, libres por fin de las abominables impurezas del mundo!

Y así gritando, empujó á Albina violentamente hasta la puerta. Aquélla, muy pálida, retrocedió paso á paso. Cuando el sacerdote se detuvo falto de fuerzas, le dijo gravemente:

—¿Es decir que todo ha concluído, que me echas?..... Sin embargo, soy tu mujer. Tú eres quien lo ha querido. Dios, después de haber tolerado aquello, no puede castigarnos de esa manera.

Al llegar al umbral de la puerta, añadió:

—Todos los días, cuando el sol se acueste, te aguardaré en el extremo del jardín, enfrente del pedazo de muralla roto. Allí te espero.

Y se fué.

La puerta de la sacristía retumbó á sus espaldas, lanzando como un suspiro de triunfo.

IX.

En el interior de la iglesia reinaba el silencio, sólo interrumpido por el ruido de la lluvia que caía sobre sus muros. En presencia de aquella calma cedió la cólera del sacerdote, cambiándose en enternecimiento que le hizo arrojarse á los pies del Cristo, con la garganta preñada de sollozos y los ojos llenos de lágrimas. Un grito de gracias, entusiasta, ardiente, brotó de sus labios.

—¡Oh!—exclamó;—gracias, Dios mío, por los socorros que me habéis enviado. Sin vuestra gracia yo hubiera escuchado la voz de mi carne, reincidiendo miserablemente en la culpa. Vuestra gracia me ha ceñido la cintura como un cinturón de combate; vuestra gracia era mi armadura, mi valor, el apoyo interno que me sostenía de pie, ajeno á la debilidad. ¡Oh Dios mío! vos estabais en mí; vos erais quien hablaba por mí, porque yo no recordaba entonces mis cobardías de hombre y estaba dispuesto á romper todas las ligaduras de mi corazón. Aquí está ese corazón sangrando; no es para nadie más que para vos; para vos se lo he arrebatado al mundo. Pero no creáis, Dios mío,

que me siento vanidoso por esta victoria. Sé que sin vos no soy nada, y me prosterno á vuestros pies lleno de humildad.

Y se dejó caer sobre la grada del altar, sin encontrar palabras, dejando salir su aliento como un incienso por entre sus labios medio cerrados. La plenitud de la gracia le sumergía en éxtasis inefable; replegábase sobre sí mismo, buscando á Jesús en el fondo de su ser, en el santuario de amor que preparaba á cada instante para recibirle dignamente. Y Jesús estaba allí, el sacerdote lo sentía en aquella dulzura extraordinaria que le inundaba. Entonces entabló con Jesús una de esas conversaciones íntimas, durante las cuales se aleja el hombre de la tierra para dialogar frente á frente con Dios. Balbuceó el versículo sagrado: «Cuando mi bien está conmigo y yo estoy con él, él reposa entre lirios hasta que la aurora se levanta y las sombras declinan.» Meditó sobre las palabras de la *Imitación:* «Es un gran arte saber hablar con Jesús, y se necesita gran prudencia para saberlo retener al lado de uno.» Á estas palabras sucedía una familiaridad adorable. Jesús bajaba hasta él, dejándole hablar horas enteras de sus desdichas, de sus venturas, de sus esperanzas. Eran dos amigos que después de una

separación vuelven á encontrarse y se refieren, á orillas de cualquiera ribera solitaria, sus más íntimos pensamientos; porque Jesús en aquellas horas de abandono divino se dignaba ser amigo suyo, el mejor, el más fiel, el que no le hacía traición nunca, el que le entregaba poco á poco, con su afecto, todos los tesoros de la vida eterna. En aquella ocasión principalmente el sacerdote quiso poseerlo durante largo tiempo. Daban las seis en la iglesia muda, y aun seguía escuchando aquella voz que resonaba en el silencio.

Confesión entera de su ser, espontánea, libre, sin los embarazos del lenguaje; efusión natural del alma, esparciéndose antes que el pensamiento mismo. El padre Mouret se lo decía todo á Jesús como á un Dios impuesto en la intimidad de su ternura, el cual podía entenderlo todo; el sacerdote repetía á Jesús que amaba siempre á Albina, sintiéndose admirado de haberla podido maltratar, despedir, sin que sus entrañas se desgarrasen; esto le maravillaba, haciéndole sonreir con serenidad como si estuviera en presencia de un acto milagrosamente fuerte, realizado por otro. Jesús le respondía que aquello no debía sorprenderle; que los mayores santos habían recibido armas inconscientes de la mano de Dios. Entonces el clérigo

expresaba una duda: ¿no era un demérito suyo refugiarse al pie del altar para defenderse contra la pasión? ¿No era una prueba de debilidad la de no atreverse á combatir solo? Pero Jesús se mostraba tolerante, explicándole que la debilidad del hombre es la tarea continua de Dios, el cual prefiere las almas que sufren para venir á sentarse entre ellas como un amigo al lado de otro amigo. Luego se sucedían otras preguntas y otras respuestas. ¿Era un pecado amar á Albina? No, si ese amor iba lejos de la carne, refugiándose en una esperanza de la otra vida. ¿Cómo era preciso amarla? Sin palabras, sin dirigirse á ella, dejando que su amor se exhalara sólo como un perfume agradable al cielo. Aquí Jesús sonreía con benevolencia, y el cura, enardeciéndose poco á poco, le iba detallando la belleza de Albina. Tenía los cabellos rubios como los de los ángeles; era muy blanca, con los ojos grandes y dulces como las santas ceñidas de una aureola. Jesús callaba, pero reía siempre. ¡Y cómo había crecido! ¡Parecíase á una reina, con sus hombros anchos y su talle redondo! ¡Oh, cogerla por el talle, aunque sólo fuera un instante, y sentir sus hombros cerca de su cuello! La sonrisa de Jesús palidecía, muriendo como un rayo de sol en el límite del horizonte. El padre Mou-

ret hablaba solo ya. Verdaderamente, había estado muy duro. ¿Por qué despedir á Albina sin una palabra de ternura, cuando el cielo permitía su amor?

—¡La amo! ¡la amo!—gritó en voz alta, con voz desvanecida que retumbó por todos los ámbitos de la iglesia.

La contemplaba aún tendiéndole los brazos, amorosa, capaz de hacerle romper todos sus juramentos. Y se arrojaba á su garganta sin respeto á la iglesia, y abrazaba sus carnes, y la cubría con una lluvia de besos. Hincábase de rodillas á sus pies implorando misericordia, pidiéndole perdón de sus brutalidades, explicándole que á ciertas horas sonaba en él una voz que no era la suya; que él no la hubiera maltratado nunca; que era la voz extraña la que hablaba en él. ¿Cómo había de ser él, que no hubiera tocado sin estremecerse á uno de sus cabellos? La había arrojado, y la iglesia estaba desierta. ¿Dónde correr para buscarla, para consolarla, para enjugar sus lágrimas con sus caricias?

La lluvia caía con más fuerza, los caminos estarían llenos de lodo, y el sacerdote se representaba la imagen de Albina combatida por la borrasca, tiritando á lo largo de los baches, con las faldas

remangadas y el vestido pegado á la carne. No, no era él, era el otro, la voz celosa, la que había tenido la crueldad de querer la muerte de su amor.

—¡Oh, Jesús!—gritó desesperadamente.—¡Sed bueno! ¡devolvédmela!

Pero Jesús no estaba allí..... El padre Mouret, al comprender esto, se puso horriblemente pálido, se aterró: no había sabido guardar á Jesús; perdía á su amigo; estaba sin defensa contra el mal. En vez de aquella claridad luminosa que le inundaba momentos antes, y en la cual había recibido á Dios, no encontraba ahora más que tinieblas, una hoguera opaca que le abrasaba la carne. Jesús se había llevado la gracia al retirarse. El sacerdote, tan fuerte desde por la mañana con los socorros del cielo, sentíase de repente miserable, abandonado, débil como un niño. ¡Y qué horrible caída, qué inmensa desgracia! ¡Haber luchado heroicamente, haber permanecido tenaz, invencible, implacable mientras la tentación estuvo allí, viva, con su cintura redonda, sus hombros soberbios, su olor de mujer apasionada; y sucumbir vergonzosamente, sentirse presa de un deseo abominable cuando la tentación se alejaba, no dejando en pos de sí más que un rumor de faldas y un perfume delicado de cabellos rubios! Y esta imagen, este

recuerdo eran entonces tan poderosos, que llenaban toda la iglesia.

—¡Jesús! ¡Jesús!—gritó el sacerdote una vez más. — ¡Volved! ¡entrad en mí! ¡habladme todavía!

Pero Jesús estaba sordo. El padre Mouret imploró por un instante al cielo con los brazos levantados. Su pecho crujía al rumor creciente de sus ruegos; sus manos cayeron otra vez con desesperación. Había en el cielo uno de esos silencios que los devotos conocen bien. El cura se dejó caer de nuevo sobre la grada del altar, desfallecido, con la cara terrosa, apretándose los costados con los codos como si quisiera disminuir sus carnes y repitiendo, mordido por el diente de la tentación:

—¡Me abandonáis, Dios mío! Hágase vuestra voluntad.

Y no dijo más, respirando fuertemente, semejante á una bestia que, acosada por una traílla, permanece inmóvil por temor de las mordeduras. Desde su caída era siempre juguete de los caprichos de la gracia. Ésta no hacía caso de los llamamientos más ardorosos, y llegaba de pronto, imprevista, deleitosa, cuando él no esperaba poseerla en muchos años. Las primeras veces Mouret se rebelaba, hablando con despotismo de amante,

exigiendo la pronta vuelta de aquel consuelo cuyos besos le hacían fuerte. Más tarde, después de sus gritos estériles de cólera, comprendió que la humildad no era tan dolorosa, y que ella sola podía ayudarle á sufrir su martirio; y durante horas, durante días permanecía humillado, con la esperanza de un consuelo que no llegaba nunca. Inútil le era ponerse en las manos de Dios, entregarse á él, repetir hasta la saciedad las plegarias más eficaces: no sentía á Dios; su carne furiosa se sublevaba por el deseo; sus palabras morían en sus labios, terminando en un balbuceo impuro. Agonía lenta de la tentación, durante la cual resbalaban de sus manos, una tras otra, las armas de la fe, convirtiéndole en una cosa inerte, desgarrada por las pasiones. y haciéndole asistir, espantado, á su propia ignominia, sin tener valor para levantar un dedo enfrente de su culpa. Ni un día, ni uno solo, se encontraba libre de aquellas pruebas. La culpa adquiría mil formas, entrándole por los ojos, por los oídos, apretándole las sienes y la garganta, saltándole traidoramente sobre los hombros, torturándole hasta los huesos. Siempre estaba allí la tentación: la desnudez de Albina extendiéndose como un sol sobre los follajes del Paradou; sólo dejaba de verla cortos instantes, cuando

la gracia tenía á bien cerrarle los ojos con sus caricias frescas. Ocultaba su mal como un mal vergonzoso, encerrándose en aquellos silencios terribles que nadie acertaba á romper, llenando el presbiterio con su martirio y su resignación y desesperando á la Teuse, que de pie detrás de él levantaba al cielo sus puños cerrados.

En la ocasión presente estaba solo; podía agonizar sin vergüenza. La culpa le había golpeado con tal violencia, que se hallaba impotente para abandonar el escalón del altar donde se apoyaba. Continuaba allí, respirando con fuerza, abrasado de angustia, sin encontrar una lágrima. A su memoria acudía la vida serena de otros tiempos. ¡Qué paz, qué confianza cuando vino á los Artaud! Parecíale el de la santidad un hermoso camino; en aquella época se reía al oir hablar de la tentación. Vivía en medio del mal sin conocerlo ni temerlo, con la esperanza de vencer siempre. Era un sacerdote perfecto, tan casto, tan ignorante en presencia de Dios, que Dios le conducía por la mano como si fuera un niño. Aquella puerilidad había muerto; Dios le probaba; la tentación arrojaba su vida sobre la tierra. Con la edad, con la falta, vino el eterno combate. Era que Dios le amaba más entonces. Todos los grandes santos dejaron desga-

rrones de su cuerpo entre las espinas de su vida dolorosa. El sacerdote trataba de buscar un consuelo en esta creencia. A cada estremecimiento de su carne, á cada crujido de sus huesos prometíase recompensas extraordinarias. El cielo le hería, porque le amaba. Llegó hasta el punto de despreciar su serenidad de antes, su fervor fácil, que le hacía arrodillarse como á un niño sin sentir en sus rodillas el dolor de las losas. Ingeniábase para encontrar voluptuosidad en medio de su sufrimiento y acostarse y dormir. Pero con sus bendiciones á Dios mezclábase el crujido espantoso de sus dientes; la voz de su sangre le gritaba que todo aquello era falso, que la única dicha cierta era arrojarse en los brazos de Albina entre los rosales del Paradou.

Comenzó por abandonar á María por Jesús, sacrificando su corazón para vencer su carne, dispuesto á introducir la virilidad en su fe. María le turbaba demasiado con las ondas de sus cabellos, con sus manos extendidas, con su sonrisa de mujer. No le era posible arrodillarse delante de ella sin bajar los ojos temeroso de distinguir el borde de su túnica. Además la acusaba de haber sido demasiado dulce para él en otras ocasiones; le había guardado tanto tiempo entre sus faldas, que

había pasado de sus brazos á los de una criatura humana sin darse cuenta de que cambiaba de amor. Recordaba las brutalidades del hermano Archangias, su oposición á adorar á María, la mirada desdeñosa con que la contemplaba siempre. Él estaba seguro de levantarse nunca á la altura de esta rudeza, y la abandonó sencillamente, ocultando sus imágenes, huyendo de su altar; pero la Virgen seguia en el fondo de su corazón como un amor invariable, presente á todas horas. El pecado, por un sacrilegio cuyo horror le desvanecia, servíase de ella para tentarle. Cuando la invocaba aún en ciertas horas de desfallecimiento, era Albina la que se presentaba con el velo blanco, con la túnica azul anudada al cuerpo y las dos rosas de oro sobre sus pies desnudos. Todas las Vírgenes, la Virgen con su manto de oro, la Virgen coronada de estrellas, la Virgen visitada por el ángel de la Anunciación, la Virgen entre un lirio y una rueca, todas, en fin, le traían un recuerdo de Albina, en sus ojos sonrientes, en su boca delicada, en la curva suave de sus mejillas. Su culpa había matado la virginidad de María. Entonces, con un esfuerzo supremo, abandonaba á la mujer de la religión, refugiándose en Jesús, cuya dulzura no dejaba tampoco de inquietarle. Le hacía

falta un Dios celoso, un Dios implacable, el Dios de la Biblia, precedido por las tormentas, no mostrándose más que para destruir al mundo espantado: ni santos, ni ángeles, ni vírgenes, nada más que Dios, un amo omnipotente que exigiese para él todas las respiraciones. El cura sentía la mano de aquel Dios agarrándole por los riñones y agitándole en el espacio y en el tiempo como á un átomo culpable. No ser nada, sufrir, recordar el infierno, debatirse estérilmente contra los monstruos de la tentación, era lo justo; de Jesús no tomaba más que la cruz; tenía la locura de la cruz, y seguía á Jesús con ella, no teniendo otro deseo que el de sucumbir bajo aquella cruz y el llevarla de rodillas con la espalda destrozada; veía en ella la fuerza del alma, el gozo del espíritu, el límite de la virtud, la perfección de la santidad; todo se encontraba en ella, todo era motivo para morir sobre ella. Padecer, morir: estas palabras sonaban en sus oídos como el límite de la sabiduría humana, y al sentirse atado sobre la cruz disfrutaba el consuelo inmenso del amor de Dios. Ya no era á María á quien amaba con ternura de hijo, con pasión de amante. Amaba por amar; perdido en lo absoluto del amor, amaba á Dios por encima de él mismo, por encima de todo, en el fondo de un esparcimien-

to de luz; era una llama consumiéndose en su propia claridad. La muerte no era á sus ojos más que un gran suspiro de amor.

Se preguntó entonces en qué había faltado aquel día para ser sometido á pruebas tan rudas. Enjugó con la mano el sudor que corría por su frente, y recordó que por la mañana hizo examen de conciencia sin encontrar en él ninguna ofensa grave. ¿No llevaba una vida de austeridades y maceraciones? ¿No amaba á Dios solo, inmensamente? ¡Ah! ¡cómo le hubiera bendecido si hubiera tenido á bien devolverle su paz, juzgándole bastante castigado por su falta! Pero acaso esa falta no podria expiarse nunca. Y á pesar suyo volvía su pensamiento á Albina, al Paradou, á los recuerdos lúbricos. Al principio buscó excusas. Habia caído enfermo sobre los ladrillos de su habitación, dominado por una fiebre cerebral. Por espacio de tres semanas fué esclavo de aquella crisis de su carne. La sangre galopaba furiosa por sus venas, recorriendo todos sus miembros, agitándose dentro de él como un torrente desbordado. Su cuerpo, desde el cráneo hasta los pies, había sido vaciado, renovado, rehecho por un tal trabajo de su enfermedad, que muchas veces, durante su delirio, creyó sentir los martillazos de cien obreros claveteándole

los huesos. Una mañana despertó como nuevo; nacía por segunda vez, desembarazado de todo lo que habian depositado en él veinticinco años de vida: sus devociones de niño, su educación del seminario, su fe de sacerdote joven, todo había desaparecido, sumergiéndose, huyendo, dejando vacío el campo. Sí; la enfermedad le preparó para el pecado, dejándole sin armas, convirtiendo sus entrañas en un lecho de molicie donde el mal pudiera acostarse y dormir. Y él seguía inconsciente, abandonándose á esta lenta aproximacion de la culpa. Al abrir los ojos en el Paradou, sintióse bañado de infancia, sin memoria de lo que fué, no hallando en él nada del sacerdote. Sus órganos experimentaban un placer dulce, un estremecimiento de sorpresa al recomenzar la vida, como si no la conociesen y tuvieran una alegría sin límites al aprenderla. ¡Oh aprendizaje dichoso, reencuentros felices, hallazgos adorables! El Paradou era una inmensa ventura. Al ponerle allí, el infierno estaba seguro de que no tendría defensa. Nunca, ni en su primera juventud, había disfrutado una voluptuosidad semejante. Si evocaba entonces su primera juventud, aparecíasele negra, falta de luz, ingrata, deleznable, insegura. ¡Con qué placer había saludado al sol! ¡Cómo le maravillaron el primer ár-

bol, la primera flor, el menor insecto, el más imperceptible grano de arena! Las piedras mismas le encantaban; el horizonte era un prodigio extraordinario. Los senderos, una mañana clara entrevista por sus ojos, un perfume de jazmín, el canto de una alondra, producíanle emociones tan fuertes, que sus miembros desfallecían. ¡Y la mañana en que Albina estuvo sola al lado suyo en medio de las rocas! Aun le arrancaba una sonrisa de éxtasis este recuerdo. Albina alzábase como un astro necesario al mismo sol, iluminándolo todo, explicándolo todo. El cura, dominado por esta imagen, recorría con ella los cuatro ángulos de Paradou; recordaba en aquel instante los cabellos rubios que se rizaban en la nuca de la muchacha cuando ésta corría delante de él; olía muy bien, balanceando sus faldas, cuyos rozamientos eran semejantes á caricias; le tomaba entre sus brazos desnudos y suaves, y aun creía verla enlazarse á su cuerpo como una culebra y dormirse colgada de su cuello; ella era quien marchaba delante; ella le conducía por un sendero tortuoso que cruzaban despacio para no llegar tan pronto á su límite; ella le daba la pasión de la tierra, y él aprendía á amar viendo amarse á las hierbas. Felicidad por largo tiempo tanteada, hasta que por

fin una tarde sorprendieron los dos la alegría suprema bajo un árbol gigante en una sombra que sudaba savia. Habían llegado al extremo de su camino; Albina, volviéndose hacia él con la cabeza emboscada entre sus cabellos, le tendía los brazos. Él la tomó de un golpe. ¡Oh! ¡tomarla, poseerla aún, sentir el contacto de sus caderas temblorosas de fecundidad, crear la vida, ser Dios!

El sacerdote exhaló bruscamente un grito sordo; alzóse como si obedeciera al impulso de unos dientes invisibles y se desplomó de nuevo. La tentación acababa de morderle. ¿Por qué evocaba aquellos recuerdos impuros? ¿No sabía que Satán usa de todas las tretas, que se aprovecha hasta de las horas de examen interno para introducir en el alma su cabeza de serpiente? ¡No, no tenía excusa! La enfermedad no autorizaba el pecado. Él debía haberse quedado, procurando encontrar á Dios al salir de su fiebre, y por el contrario, tuvo placer en refugiarse dentro de su carne. ¡Y á qué pruebas le sometían sus abominables apetitos! No podía confesar su culpa sin caer, á pesar suyo, en la necesidad de cometerla aun con el pensamiento. ¡No impondría silencio á su carne! É imaginaba vaciarse el cráneo para no pensar, abrirse las venas para no ser atormentado más por su sangre

culpable. Permaneció un instante con la cabeza entre las manos, sollozando, estremeciéndose al contacto de sus miembros, como si las bestias que se agitaban en rededor suyo le hubiesen erizado el vello con su respiración de fragua.

Pero todo era inútil; sus pensamientos no le abandonaban, la sangre seguía golpeando furiosamente contra su corazón. Sus ojos, que se apretaba con los puños, descubrían entre la negrura de las sombras las líneas suaves del cuerpo de Albina dibujándose como un contorno de llamas. Tenía el pecho desnudo, potente como el sol. Y á cada esfuerzo del sacerdote para cerrar los ojos, para destruir aquella visión, hacíase la visión más luminosa, presentándose con estremecimientos de caderas, con llamamiento de brazos extendidos que arrancaban del pecho del padre Mouret un estertor de angustia. ¿Le abandonaba Dios sin concederle un lugar de refugio?..... No obstante la tensión de su voluntad, la culpa aparecía siempre precisándose con realidad abrumadora. Veía los tallos de hierba sujetos á las faldas de Albina; encontraba en los cabellos de ésta una flor que él había humedecido con sus labios; todo venía á él, los olores, el jugo de las matas, hasta el recuerdo de aquellos sitios donde creía escuchar aún el

grito de los pájaros, luego un gran silencio, y después un suspiro pasando sobre los árboles. ¿Por qué el cielo no le enviaba uno de sus rayos? Hubiera sufrido ménos. Y sin embargo, gozaba en su abominación con voluptuosidad de condenado. Sintióse dominado por la rabia al recordar las palabras por él proferidas á los pies de Albina. Aquellas palabras repercutían entonces para acusarle delante de Dios. Él había reconocido á la mujer como soberana; se había entregado á ella como esclavo, besando sus pies, deseando ser el agua que bebiera, el pan que comiese. Ahora comprendía por qué no le era posible arrepentirse. Dios le entregaba á la mujer. Pero él la destruiría aplastándole la cabeza; ella era la carne impura, la esclava á quien la Iglesia ha rehusado el alma. Y al decir esto, el padre Mouret se dirigía hacia la imagen de Albina con los puños cerrados; pero al tocarla, sus puños se abrían, sus manos resbalaban á lo largo de aquellas espaldas desnudas, acariciándolas suavemente, mientras su boca, llena de anatemas, apoyábase sobre aquella cabellera destrenzada, balbuceando palabras de pasión.

El padre Mouret abrió los ojos; la imagen de Albina había desaparecido. Fué éste un consuelo brusco, inesperado. El sacerdote pudo llorar.

Las lágrimas refrescaron sus mejillas y consiguió respirar con más libertad, sin atreverse todavía á mover la cabeza, temeroso de ser cogido por la nuca. Escuchaba un murmullo impuro detrás de él; pero le resultaba tan dulce no sufrir tanto, que se decidió á gozar de aquel bienestar.

La lluvia había cesado; el sol se acostaba entre un inmenso resplandor rojo que parecía adornar las ventanas con cortinajes de seda color de rosa. La iglesia estaba como viva, arrullada por el último aliento del sol. El sacerdote agradeció á Dios de una manera vaga, el consuelo que le había prestado. Un rayo enorme, un polvo de oro, atravesando la nave, iluminaba la iglesia, el reloj, el púlpito, el altar mayor. ¿Era la gracia la que venía á él por este sendero de luz desprendido del cielo? Extasiábase en la contemplación de los átomos que iban y venían á lo largo de aquel rayo con vitalidad prodigiosa, remedando mensajeros afanosos que sin cesar traían á la tierra noticias del sol. Mil cirios encendidos no hubieran iluminado tanto la iglesia. Detrás del altar mayor se extendían dos tapices de oro; por las gradas corrían arroyos del mismo metal; los candeleros brillaban como espigas; los incensarios parecían una hoguera de piedras preciosas; los vasos sagrados

alzábanse poco á poco con resplandores de cometa; extendíase por todas partes una lluvia de flores luminosas cayendo entre encajes volantes, gasas, ramos y guirnaldas de rosas, cuyos capullos se abrían derramando estrellas. Nunca había visto el cura riqueza semejante en su pobre iglesia, y sonreía, haciendo el propósito de fijar allí para siempre tales magnificencias, disponiéndolas á su gusto. Hubiera preferido ver colgados más arriba los cortinajes de oro; los vasos parecíanle mal colocados, y trataba de recoger las flores dispersas, anudando mejor los ramos, dando á las guirnaldas una curva nueva. ¡Y qué alegría cuando toda aquella pompa estuviese instalada de tal modo! Y él..... él era el pontífice de una iglesia de oro. Obispos, príncipes, mujeres cubiertas con mantos reales, turbas devotas con la frente hundida en el polvo, acudirían á visitarle, acampando en el valle, aguardando semanas enteras á la puerta para poder entrar. Le besarían los pies, porque sus pies eran de oro también y abundantes en milagros. El oro le subiría hasta las rodillas. Un corazón de oro latiría en su pecho de oro con sonido musical tan vibrante, que las turbas lo escucharían desde fuera. Sintióse dominado por un orgullo inmenso. Era un ídolo. El rayo de sol, siempre

subiendo, inundaba el altar, y el sacerdote creyó que la gracia volvía hacia él para concederle aquel supremo gozo. El murmullo amenazador que sonaba á sus espaldas volvíase tierno. No sentía en su nuca más que el roce suave de una pata de raso, algo así como si un gato enorme le acariciase.

El sacerdote continuaba en éxtasis; nunca había visto las cosas iluminadas por tan espléndido resplandor. Todo le parecía natural entonces; encontrábase fuerte. Puesto que Albina le esperaba, saldría á su encuentro. Esto era lógico. Él casó por la mañana á Rosalía y á Fortunato. La iglesia no era contraria á su matrimonio; aun los veía sonriéndose al pie del altar y haciéndose señas con el codo; por la noche le habían enseñado su lecho. Cada una de las frases que había pronunciado retumbaba ahora solemnemente en sus oídos. Decía á Fortunato que Dios le enviaba una compañera porque Dios no quería que el hombre viviese en la soledad; manifestaba á Rosalía que era de su obligación obedecer á su marido, no abandonarle nunca, serle sumisa. Y todas estas cosas habíalas dicho también por él y por Albina. ¿No era ésta su compañera, su sierva sumisa, la que Dios le enviaba para que su virilidad no se agostase inútilmente? Estaban unidos para siem-

pre y se sorprendía mucho de no haberlo comprendido al instante, de no haberse ido con ella como lo exigía su deber. Pero ya era cosa resuelta; iría á buscarla al día siguiente; bastábale media hora para llegar á su lado. Atravesaría la aldea tomando el camino más corto. Todo estaba á su alcance, era el dueño, nadie le diría nada. Si le miraban haría que todas las frentes se humillasen ante uno solo de sus gestos. Después viviría con Albina, llamándola su mujer, y serían dichosos.

El oro subía nuevamente por entre sus dedos; estaba sumergido en un baño de oro. Se llevaría los vasos sagrados para su uso particular, y pagaría á sus gentes con pedazos de cáliz que no le sería difícil partir con sus dedos omnipotentes. Colgaría su lecho de boda con el cortinaje de oro del altar. Entregaría á su mujer, como alhajas, los corazones de oro, los collares de oro, las cruces de oro sujetas á la garganta de la Virgen y de los Santos. La iglesia misma, si á él le agradaba, podía trocarse en palacio nupcial. Dios no se ofendería porque Dios gustaba del amor. ¡Qué le importaba á Dios lo demás! Además, ¿no era él entonces el Dios con sus pies de oro abundantes en milagros y besados por la turba?

El padre Mouret se levantó é hizo un gesto

parecido al de Jeanbernat, un gesto de negación que llenaba todo el horizonte.

—No hay nada, nada—dijo.—Dios no existe.

Pareció que la iglesia se estremecía al eco de estas palabras. El sacerdote, conmovido, lleno de palidez mortal, escuchaba. ¿Quién había hablado? ¿De dónde salía aquella blasfemia? De repente, la caricia dulce que acariciaba su nuca, convirtióse en punzada feroz; unas garras crueles penetraron su carne; su sangre corrió apresuradamente. Permaneció derecho luchando con la crisis, injuriando al pecado triunfante que saltaba alrededor de sus sienes, donde todos los martillazos del mal se sucedían con furia. ¿No conocía él las traiciones de la culpa; no sabía de sobra que ésta acaricia primero dulcemente, para hundir después sus garras como cuchillos en los huesos de sus víctimas? Al pensar así redoblaban sus iras. Siempre estaría por tierra con la culpa echada victoriosamente sobre su pecho. ¡Ya negaba á Dios! Era la pendiente fatal. La fornicación mata la fe; después el dogma se deshace. Una duda de la carne creciendo con toda su impureza basta para derribar el cielo. La regla divina irrita, los misterios hacen sonreir; después vienen las otras tentaciones, el oro, el poder, la vida libre, una necesidad irre-

mediable de huir, todo junto encaminándose hacia la lujuria, que aguarda acostada sobre un lecho de riqueza y orgullo. ¿Dios quería lo contrario? ¿Condenaba como impureza el trato del sacerdote con la mujer? Pues bien, él estaba condenado y nada le causaba espanto. El pecado podía hablar todo lo fuerte que quisiera. Lo mejor era no luchar. Los monstruos que rodaron antes por detrás de su nuca cobijábanse entonces en sus entrañas, y él, dilatando sus músculos para hacerles espacio, abandonóse á ellos con ansia febril. Mostró á la iglesia sus puños cerrados. No; él no creía en la divinidad de Jesucristo, no creía en la Santísima Trinidad; no creía más que en él, en sus músculos, en los apetitos de su organismo. Quería vivir; necesitaba ser hombre. ¡Sí, correr al aire libre, ser fuerte, no sufrir á un amo despótico, matar á sus enemigos á pedradas, llevar sobre sus hombros á las mujeres que encontrase al paso! Sí, el resucitaría de la tumba donde le arrojaron unas manos implacables; recobraría su virginidad, que solamente debía estar dormida. ¡Y que espirase de vergüenza si encontraba muerta su virilidad! ¡Que Dios fuese maldito si le había retirado de entre las criaturas, marcándole con el dedo á fin de guardarlo únicamente para su servicio!

El sacerdote seguía de pie, alucinado. Creyó que la iglesia se desmoronaba ante aquella blasfemia. La nube de sol que doraba el altar mayor, habíase agrandado lentamente, alumbrando los muros semejante á un resplandor rojizo de incendio. Las llamaradas subieron aún lamiendo el techo, extinguiéndose luego con resoplído de hoguera agonizante. La iglesia se ennegreció bruscamente, como si el fuego de aquella puesta de sol acabara de romper los techos, de hundir las paredes, de descubrir brechas por todas partes, brechas abiertas á los ataques del exterior. La iglesia se cubría de sombras aguardando un asalto formidable. La noche avanzaba rápidamente.

Entonces el cura oyó á lo lejos un murmullo que subía de la aldea. Otras veces no pudo comprender el ardiente lenguaje de aquellas tierras abrasadas, donde no crecían más que pies de viñas desnudas, almendros desgajados, viejos olivos desfalleciendo sobre sus inseguras raices. El sacerdote atravesaba aquella pasión escudado en la serenidad de su ignorancia. Pero al presente, instruído por la carne, dábase cuenta hasta de los menores suspiros de las hojas acostadas bajo el sol. Al principio, en el fondo del horizonte temblaron las colinas, calientes aún por el último

adiós del sol, y parecieron avanzar con el pateamiento sordo de una columna en marcha; después, las rocas aisladas, las piedras de los caminos, todos los guijarros del valle alzáronse también, rodando, saltando, como empujados hacía adelante por la necesidad de moverse; detrás de ellos los mares de tierra roja y los reducidos campos conquistados á golpes de azada, comenzaron á correr y á henchirse á semejanza de los ríos desbordados, arrastrando en su marea de sangre las concepciones de las simientes, el ayuntamiento de las raíces, la cópula de las plantas. A seguida todo pareció agitarse: los sarmientos de las viñas rastreaban como insectos enormes; las plantas, las hierbas secas parecían escuadrones de lanzas; los árboles echaban á correr estirando sus miembros como los gladiadores que se aprestan al combate; las hojas caídas avanzaban, el polvo de los caminos avanzaba también. Era aquello una multitud reclutando fuerzas nuevas á cada paso, un pueblo en marcha, una tempestad de vida, un aliento de fornicación empujándolo todo delante de él, un torbellino colosal de engendramiento.

El ataque comenzó bruscamente; la campiña toda, las colinas, los guijarros, las tierras, los árboles cayeron sobre la iglesia. La iglesia crujió

á este primer envite; los muros se hendieron, las tejas saltaron. El Cristo permaneció de pie.

Hubo un corto descanso. Fuera se elevaban gritos furiosos, entre los cuales creyó distinguir el sacerdote el murmullo de voces humanas; aquellas voces eran la aldea, los Artaud, el puñado de bastardos, plantados sobre las rocas como las zarzas, que lanzaban un murmullo cargado por toda una agitación de seres. Los Artaud fornicaban por tierra, plantando de trecho en trecho un bosque de hombres que lo devoraban todo en derredor suyo; subían hasta la iglesia, golpeaban furiosamente la puerta, amenazando llenar la nave con las ramas invasoras de su raza. Detrás de ellos, entre las hojas de las zarzas se agitaban las bestias: los toros procurando agujerear los muros con sus cuernos; ganados de asnos, de cabras, de corderos, golpeando la iglesia como ondas vivientes; las hormigas y los grillos atacando el cimiento, desgarrándolo con sus dientes de sierra. Y esto no era todo: por el lado opuesto aparecía el corral de Desideria, cuyo estercolero exhalaba vapores de asfixia. Alejandro, el gallo rojo, llamaba al asalto con su clarín; las gallinas desmoronaban las piedras á picotazos; los conejos minaban la tierra para llegar debajo de los altares y

destruirlos; el cerdo, gordo como nunca, gruñía esperando á que los ornamentos sagrados fuesen un monton de ceniza caliente para devorarlos. Oyóse un ruido formidable; el segundo asalto comenzaba. La aldea, las bestias, toda aquella vida desbordada luchó cuerpo á cuerpo con la iglesia; las hembras arrojaban sin cesar nuevos combatientes de sus entrañas. Esta vez la iglesia perdió un lienzo de muralla, el techo crujió, las maderas de las ventanas se desclavaron, la silueta del crepúsculo, ennegrecida por el asalto, danzaba burlonamente en el interior del templo. El Cristo seguía en su puesto, pero sólo se sostenía en la cruz por el clavo de la mano izquierda.

La caída del lienzo de muralla fué saludada con un clamoreo. Pero la iglesia se defendía aún, á pesar de sus heridas. Mostrábase tenaz, sombría, muda, apoyándose en las menores estribaciones de sus cimientos. Parecía que á aquella ruina le bastaba el más imperceptible apoyo para sostenerse de pie por un prodigio de equilibrio. Entonces el padre Mouret vió unirse á la obra de destrucción á las plantas nacidas entre las durezas de las rocas, aquellas plantas nudosas como serpientes, de madera dura rebosante de músculos. Los líquenes, semejantes á una lepra inflamada, se co-

mieron el yeso de las paredes ; los tomillos introdujeron sus raíces entre los ladrillos á manera de garfios de hierro ; las lavandas agarraban con sus anchos dedos la mampostería, tirando de ella, agrietándola con esfuerzo lento y continuo. Las retamas, los romeros, las zarzas espinosas subían más alto, dando á izquierda y á derecha golpes mortales. Las mismas hierbas, las hierbas cuyos tallos varios pasaban por las rendijas de la puerta grande, penetraron en la nave como picas de acero, arrancando las losas una por una. Aquello era la naturaleza revolucionaria levantando barricadas con los altares derribados, demoliendo la iglesia que le hacía sombra desde muchos siglos atrás. Los otros combatientes dejaban hacer á las hierbas, á los tomillos, á las lavandas, á los líquenes, asalto de pequeños más destructor aún que los mazazos de los fuertes, socavamiento por la base, tarea sorda que acabaría de destruir el edificio.

De pronto, bruscamente, llegó al fin. El algarrobo, cuyas altas ramas se extendían ya bajo la bóveda desde las vidrieras rotas, penetró con violencia, plantándose en medio de la nave; una vez allí, creció desmesuradamente. Su tronco adquirió proporciones colosales hasta el punto de hacer es-

tallar la iglesia como un cinturón demasiado estrecho; las ramas extendieron por todas partes nudos enormes, cada uno de los cuales se llevaba un pedazo de muralla, un montón de tejas; y aquellas ramas se multiplicaban sin término, ramificándose hasta el infinito; de cada nudo nacía un árbol nuevo con tal furor de crecimiento, que las paredes de la iglesia, agujereadas ya como una criba, volaron en pedazos, sembrando por los cuatro puntos del horizonte un polvo ceniciento y fino. El árbol gigantesco tocaba las estrellas; su bosque de ramas era un bosque de miembros, de piernas, de brazos, de espaldas, de vientres que sudaban savia; de ellas pendían cabelleras de mujer; cabezas de hombres hacían estallar la corteza; en lo alto parejas de amantes recostados sobre los nidos llenaban el aire con la música de sus placeres y el olor de su fecundidad. Un último golpe del huracán que había invadido la iglesia barrió el polvo de la lucha, el púlpito y el confesonario deshecho, los santos destrozados, los vasos hendidos, todos los escombros que picoteaba ansiosamente la banda de los gorriones desalojados de sus tejas. El Cristo, desprendido de la cruz, quedó sujeto por un instante á una de las cabelleras de mujer que caían del árbol y después des-

apareció, perdiéndose como una sombra en el fondo de la noche negra. El árbol de vida acababa de romper el cielo y penetraba por en medio de las estrellas.

El padre Mouret aplaudía frenéticamente como un condenado los progresos de aquella invasión. La iglesia estaba vencida, Dios no tenía casa; ya no le hacía sufrir más tiempo. Ya le era posible recurrir á Albina, puesto que ella triunfaba. ¡Cómo se reía entonces el sacerdote de aquellas palabras suyas á propósito de que la sombra de la iglesia se comería á la tierra! Aquella risa loca vino á sacarle de su alucinación. Estúpido, insensible, contempló la nave bañada por las últimas tintas del crepúsculo; en las ventanas se veían jirones de cielo salpicados de estrellas. Ya alargaba los brazos con la idea de reconocer los muros, cuando la voz de Desideria le llamó desde la sacristía.

—¡Sergio! ¿estás ahí?—gritó su hermana.—Habla. Hace media hora que te busco.

Desideria entró con una lámpara en la mano, y entonces el sacerdote pudo ver que la iglesia seguía siempre firme. Sin embargo, no comprendió del todo, permaneciendo dudoso entre aquella iglesia insensible que resucitaba de sus propias

cenizas, y Albina tan potente que ocultaba á Dios con el perfume de su aliento.

X.

Desideria se aproximó al padre Mouret, inundándole con su alegría sonora.

—¡Estás ahí! ¡estás ahí! —gritó.—¡Me parece bien! ¿Jugabas al escondite? Te he llamado más de diez veces con todas mis fuerzas..... Creí que habías salido.

Registraba la sombra con aire de curiosidad, y fué hasta el confesonario con paso malicioso, como si tratara de sorprender á alguno que estuviera escondido allí; pero volvió desengañada, repitiendo:

—¿Conque estás solo? ¿Dormías acaso? ¿En qué te puedes entretener cuando esto se pone negro?.... Vamos, ven, ya está la comida.

El cura pasó por su frente sus manos febriles para apartar de ella los pensamientos que á su juicio todo el mundo iba á leer, y comenzó á abotonarse maquinalmente la sotana, que le pareció rugosa y desordenada con un desorden vergonzoso. Después siguió á su hermana con faz severa, sin estremecerse, reanimado por un esfuerzo de voluntad que le permitía esconder las angustias

de su carne bajo su dignidad de sacerdote. Desideria no se hizo cargo de aquella actitud y dijo simplemente al entrar en el comedor:

—Yo he dormido muy bien ; tú has debido trajinar mucho, estás completamente pálido.

Por la noche, después de comer, el hermano Archangias vino á jugar su partida de «guerra» con la Teuse. Aquella tarde estaba muy alegre. Cuando el hermano estaba satisfecho, lo demostraba dando puñetazos en los costados de la Teuse, que se los pagaba con manotones furibundos. Esto les hacía reir con una risa capaz de derribar los techos. El ignorantino imitaba burlas extraordinarias ; partía con los dientes el borde de los platos ; aparentaba derribar á espaldarazos la puerta del comedor, echaba todo el tabaco de su tabaquera en el café de la criada, ó bien cogía un puñado de arena y se lo arrojaba á la vieja por dentro del corpiño, empujándolo con la mano hasta la cintura. Aquellos desbordamientos de alegría sanguínea estallaban por nada, en medio de sus continuas cóleras ; por un hecho del cual nadie se hubiera reído, experimentaban ellos un verdadero ataque de locura feliz, golpeando los pies, dando vueltas como una peonza, apretándose el vientre con los puños.

—¿No queréis decirme por qué estáis contento?—le preguntó la Teuse.

Él no respondió nada. Se había puesto á caballo sobre una silla y daba la vuelta al galope en rededor de la mesa.

—Sí, sí; haced el bestia—añadió la criada.—¡Dios mío, si sois bestia! Si Dios os ve, debe estar muy contento de vos.

El hermano acababa de dejarse caer al suelo con la espalda sobre los ladrillos y los pies en el aire. Sin abandonar aquella postura, dijo gravemente:

—Me ve y está contento de verme. Él es quien quiere que yo esté alegre..... Cuando él se sirve enviarme alguna diversión, repica gordo en mis pulmones. Entonces yo me echo á rodar, y eso hace reir á todo el paraíso.

Caminó sobre la espalda hasta la pared; después, apoyándose en la nuca, alzó los talones lo más alto que pudo. La sotana, que le caía sobre la cabeza, dejaba al descubierto sus pantalones negros, remendados por las rodillas con dos pedazos de paño verde.

—Señor cura, mirad hasta dónde llego—dijo el hermano.—¿A que vos no sois capaz?..... Vamos, reid un poco. Mejor es arrastrarse sobre la

espalda que tener por colchón la piel de una perdida. Ya me entendéis. Es uno bestia por un momento, se restrega y descansa. Yo, cuando me restrego imagino que soy el perro de Dios; por eso digo que todo el paraíso está asomado á las ventanas riéndose de verme así..... También vos podéis reir, señor cura. Ésta es por los Santos y por vos. Aguardad, esta otra voltereta es por San José, y esta otra por San Juan, y esta otra por San Miguel; una por San Marcos, una por San Mateo.....

Y continuó nombrando un ejército de Santos mientras daba volteretas al rededor de la habitación. El padre Mouret, que había permanecido silencioso con los puños apoyados sobre la mesa, acabó por sonreir. Ordinariamente le inquietaban las alegrías del hermano; éste al pasar junto á la criada le dió un puntapié.

—Vamos—dijo ella,—¿jugamos ó no?

El hermano Archangias respondió con un gruñido; se había puesto á cuatro pies y marchaba derechamente hacia la Teuse haciendo el lobo; cuando estuvo á su lado metió la cabeza por debajo de sus faldas y le dió un mordisco en una pantorrilla.

—¡Queréis dejarme en paz!—gritó ella.—Ahora sois vos quien hacéis porquerías.

—¡Yo!—balbuceó el hermano, tan sorprendido por aquella idea que permaneció en el suelo sin acertar á levantarse. —¡Atiende! casi me ahogo con haber probado tu pantorrilla..... Muerdo á las mujeres y después las escupo. ¿Ves?

Y la tuteaba escupiéndole en los vestidos. Cuando pudo ponerse de pie, respiró fuerte, restregándose los riñones. Su vientre se sacudía de risa como una odre que está acabándose de vaciar. Por fin dijo con voz firme y seria:

—Juguemos..... Si río á nadie le importa..... Vos, Teuse, no necesitáis saber por qué lo hago.

La partida se empeñó; fué terrible. El hermano echaba las cartas á puñetazos; cuando gritaba ¡guerra! crujían los vidrios. El triunfo era para la Teuse. Contaba con tres reyes desde largo rato, y miraba al cuarto con ojos relucientes. Entretanto el hermano Archangias seguía haciendo gracias..... De repente entonó las *Vísperas* con voz de chantre, sin detenerse, golpeando las cartas con la palma de la mano á cada versículo. Cuando su alegría llegaba al colmo cuando no tenía palabras para expresarla, cantaba las *Vísperas* durante horas enteras. La Teuse, que le conocía mucho, se inclinó para gritarle en medio de los mujidos con que llenaba el comedor:

—¡Callaos, eso es insoportable!..... Esta noche estáis muy alegre.

El hermano entonó las *Completas*. El padre Mouret se había sentado cerca de la ventana, sin oir, sin darse cuenta de lo que pasaba en rededor suyo. Durante la comida había estado como de costumbre, llegando hasta á responder dulcemente á las eternos preguntas de Disideria. Ahora se abandonaba, herido, convulso, inmóvil, á la lucha sin tregua empeñada en su interior. La misma fuerza de esa lucha le impedía levantarse para ir á su cuarto, temeroso de que al volver el rostro hacia la luz no se vieran sus lágrimas, que le era imposible reprimir. Apoyó la frente sobre un vidrio y se puso á contemplar las tinieblas, amodorrándose poco, á poco presa de un estupor soñoliento.

El hermano Archangias, sin dejar su canto interminable, guiñó los ojos, señalando al cura dormido con un movimiento de cabeza.

—¿Qué—preguntó la Teuse.

El hermano repitió, acentuándolo, su guiño de antes.

—¡Vamos, desahogad el corazón!—dijo la criada.—Hablad y os entenderé..... ¡Cómo! ¡un rey!..... ¡Bueno! yo cojo vuestra sota.

El ignorantino, dejando un momento las cartas, se inclinó sobre la mesa y dijo al oído de la Teuse:

—La perra ha venido.

—Ya lo sé—respondió la vieja.—La he visto entrar en el corral con la señorita.

El hermano Archangias la miró terriblemente y repuso apretando los puños:

—¿La habéis visto y la habéis dejado entrar? Vuestro deber era avisarme; la hubiéramos colgado por los pies de un clavo de la cocina.

La Teuse replicó enojada, pero sin alzar la voz para no despertar á su amo:

—¡Sí; estáis aviado! ¡Como que yo iba á permitiros colgar á nadie en mi cocina!..... La he visto; ¿y qué? Yo misma he vuelto la espalda cuando la muchacha ha ido á buscar al señor cura dentro de la iglesia. Allí han podido hacer lo que les diera la gana.... ¿Por qué me miráis?..... Yo la abomino, ya lo sabéis; pero desde el momento en que ella es la salud del señor cura..... puede venir á todas las horas del día y de la noche. Soy capaz, si lo piden, de encerrarlos juntos.

—Si hacéis eso—replicó el hermano con rabia fría—os estrangularé.

La Teuse se echó á reir y dijo tuteándole á su turno:

—¡No digas barbaridades, pequeño! Ya sabes que las mujeres te están prohibidas como el *Padre nuestro* á los asnos. Prueba á estrangularme si quieres, y verás algo bueno..... No seas tonto; acabemos la partida..... ¿Ves? otro rey.

El ignorantino, sin soltar las cartas refunfuñó:

—Es necesario que haya venido por algún camino que no conozcan más que el diablo y ella, para habérseme escapado hoy. Todas las tardes me pongo de acecho allá arriba en el Paradou. Si vuelvo á encontrarlos juntos haré que la perra esa trabe conocimiento con un palo de alcornoque que he cortado exprofeso para ella..... Por si acaso, espiaré la iglesia también.

Y se agitó sobre la silla, dominado por una risotada enorme. Aquella noche no podía enfadarse seriamente; puso una carta sobre la mesa y murmuró:

—No importa; si le ha visto, ha debido llevarse chasco..... Tengo necesidad de contaros eso, Teuse. Ya sabéis que llovía. Yo estaba en la puerta de la escuela cuando la ví descender de la iglesia. Iba muy altanera, con aire orgulloso á pesar de la lluvia. De pronto, al llegar al camino, cayó todo lo larga que es, sin duda á causa de la tierra que estaba resbaladiza. ¡Yo reí, reí palmoteando!.... Al

levantarse tenía sangre en una muñeca; eso me ha proporcionado alegría para una semana. No puedo imaginar que está caída en tierra, sin sentir en la garganta y en el vientre estremecimientos que me hacen reventar de risa.

E inflando los carrillos cantó el *De profundis.* Después volvió á empezarlo de nuevo.

La partida se terminó acompañada por aquella lamentación, que el hermano acentuaba más y más para disfrutarla á su gusto. Tocóle perder, pero esto no le produjo contrariedad alguna. Cuando la Teuse le puso en la puerta, después de haber despertado al padre Mouret, se oyó al ignorantino perderse entre las negruras de la noche, repitiendo con acento de inmenso júbilo el último versículo del salmo:

Et ipse redimet Israël ex omnibus iniquitatibus ejus.

XI.

El padre Mouret dormía con un sueño de plomo. Cuando abrió los ojos, más tarde que de costumbre, pudo notar que tenía la cara y los ojos llenos de lágrimas. Había estado llorando toda la

noche durante su sueño. Aquella mañana no dijo misa. No obstante su largo reposo, su laxitud de la pasada tarde le dominaba aún con tal fuerza, que tuvo que permanecer en su cuarto hasta el mediodía, sentado sobre una silla al pie de la cama. El estupor que le invadía más y más llegó á privarle hasta de las sensaciones del sufrimiento; experimentaba un vacío inmenso y permanecía inútil, amputado, desvanecido; costóle gran trabajo leer su breviario; el latín de los versículos parecióle una lengua bárbara cuyas palabras eran de todo punto impronunciables; y arrojando el libro sobre la cama, pasó las horas contemplando la campiña por la ventana entreabierta, sin atreverse á apoyar los codos en el alféizar de la última.

A lo lejos distinguíase el muro del Paradou como una imperceptible línea pálida extendiéndose por las alturas entre las manchas sombrías de los bosques de pino. A la izquierda, detrás de uno de estos bosques, se encontraba la brecha; el cura no podía verla, pero la recordaba con precisión, dándose cuenta hasta de las menores ramas esparcidas entre las piedras. La víspera aun no hubiera osado levantar los ojos sobre aquel horizonte maldito; ahora podía recorrer impunemente las ramas de follaje que recortaban la muralla con sus

varios y flotantes matices. Aquel espectáculo no aceleraba la circulación de su sangre. La tentación, como si desdeñara la pobreza de su sangre, había abandonado aquella carne mezquina. Le había dejado incapaz para la lucha, tan inútil para la gracia como inútil para la culpa, dispuesto á aceptar por hábito todo lo que rechazaba furiosamente la víspera.

El sacerdote quedó muy sorprendido al notar que hablaba alto; puesto que la brecha estaba siempre allí, él iría á buscar á Albina al ponerse el sol. Aquella decisión le produjo algún enojo; pero creyó que no podía hacer otra cosa. Ella le aguardaba, era su mujer. Cuando pretendía evocar el rostro de Albina, veíalo muy pálido, muy lejano, como una sombra. Después inquietábale bastante el cómo se arreglarían para vivir juntos. Seríales muy difícil permanecer en el país; lo más conveniente era huir sin que nadie se enterara; pero una vez ocultos en alguna parte, necesitarían mucho dinero para ser felices. Por veinte veces trató de combinar un plan que fuera útil á su futura existencia de amantes dichosos. No encontró nada. Ahora que el deseo no enloquecía su ánimo, todas las dificultades de su situación presentábansele bosquejando los enormes trabajos que le aguarda-

ban. ¿De qué cabo asirse para salir á flote? Si se iban á pie, ¿no los detendrían como á dos vagabundos? Por otra parte, ¿sería él capaz de ser empleado, de descubrir una ocupación cualquiera que asegurara el pan de su mujer? A él no le habían enseñado nunca estas cosas; estaba ignorante de la vida; no encontraba, al registrar su pensamiento, más que plegarias, detalles de ceremonial, páginas de la *Instruction théologique*, de Bouvier, rutinas aprendidas en el Seminario, cosas sin importancia que le embarazaban mucho. Preguntóse luego si se atrevería á dar el brazo en la calle á su mujer. Seguramente no acertaría á caminar con una mujer cogida del brazo; parecería tan torpe, que llamaría la atención de todo el mundo, el cual, al saber que era sacerdote, llenaría de insultos á Albina. En vano procuraría lavarse del sacerdocio, á su lado estaban como compañeros inseparables su palidez triste, su olor á incienso. ¿Y si llegaban á tener hijos? Este pensamiento le hizo estremecer, provocando en él una repugnancia profunda. Los hijos eran dos: un niño y una niña; él los apartaba de su lado, sufriendo porque sus manos tocaban sus vestidos; érale imposible acariciarles con la alegría con que otros padres acarician á sus hijos; imposible habituarse á aquella carne de su

carne que sudaba á todas horas sus impurezas de hombre. La niña le inquietaba principalmente con sus grandes ojos negros, en los cuales brillaban ya las ternuras de la mujer. Pero no, él no tendría hijos; él se evitaría aquel horror que experimentaba á la sola idea de ver sus miembros retoñar y revivir sin descanso. La esperanza de ser impotente parecíale muy dulce. Sin duda toda su virilidad había huído durante su larga adolescencia. Esto le decidió; por la tarde huiría con Albina.

Pero aquella tarde el padre Mouret sintióse tan cansado, que le fué preciso remitir su marcha al día siguiente. Al día siguiente encontró otro pretexto: no podía dejar á su hermana sola con la Teuse; escribiría una carta para que la llevasen á casa de Mr. Pascal. Tres días estuvo pensando en escribir aquella carta. Al tercero se fué sin escribirla. Había tomado su sombrero, de súbito, idiota, obediente, resignado, encaminándose al Paradou, como á una emboscada que le era imposible evitar. La imagen de Albina había desaparecido, no la contemplaba ya; el cura obedecía simplemente á sus antiguas voluntades, muertas en él ya, pero agitándose aún en el gran silencio de su espíritu.

Una vez fuera, no tomó precauciones para ocultarse. Se detuvo un instante en el límite del pueblo para hablar con Rosalía; ésta le dijo que su hijo tenía convulsiones, y se lo dijo sin abandonar aquella risa fruncida que le era común. Después el sacerdote penetró entre las rocas, dirigiéndose en derechura á la brecha. Por costumbre llevaba consigo el breviario, y al ver que el camino era largo, abrió el libro y leyó las oraciones reglamentarias. Cuando se lo puso debajo del brazo, se había olvidado del Paradou. Iba hacia delante, siempre hacia delante, soñando en una casulla nueva que necesitaba comprar para que reemplazase á la casulla de paño de oro, que estaba inservible. Ahorraba hacía tiempo piezas de veinte sueldos, y calculaba que dentro de ocho meses tendría bastante dinero. Estaba ya cerca de la altura, cuando el canto de un aldeano, resonando á lo lejos, le recordó un cántico que había aprendido en el Seminario, y se puso á buscar, sin poder encontrarlos, los primeros versículos del cántico que recordaba: llegó á enojarse de tener tan poca memoria. Al fin acabó por recordar, experimentando inmensa alegría en repetir á media voz aquellas palabras que venían á sus labios una tras otra. Tratábase de un homenaje á María, y sonrió

como si hubiera recibido en el rostro una ráfaga fresca de su juventud. ¡Qué dichoso era entonces! Verdad que aun podía serlo; no había crecido; demandaba siempre las mismas dichas: una paz serena, un rincón de iglesia donde imprimir las huellas de sus rodillas, una vida solitaria llena por sus recuerdos infantiles..... Y así pensando, alzaba la voz cantando con dulzura..... De pronto la brecha se presentó delante de él.

Al principio pareció sorprendido. Luego, cansado de sonreir, murmuró sencillamente:

—Albina debe esperarme. El sol se pone ya.

Cuando se disponía á agarrarse de las piedras para subir, le detuvo un ronquido terrible y hubo de hacerse atrás para no poner el pie sobre el cuerpo del hermano Archangias, quien echado en tierra boca arriba dormía profundamente. El sueño le había sorprendido sin duda mientras guardaba la entrada del Paradou. Su sotana barría el suelo, y él estaba con las piernas abiertas, conservando una postura de animal rendido. Su mano derecha, doblada por detrás de la cabeza, no había soltado el palo de alcornoque que parecía blandir como una espada flamígera. Roncaba entre las rocas, de cara al sol, sin que su cuero duro y negruzco experimentara un estremecimiento. Un

enjambre de moscardones volaba por encima de su boca entreabierta.

El padre Mouret le miró un instante, envidiando aquel sueño de santo acostado en el polvo; quiso apartar las moscas; pero éstas, engolosinadas, volvían, deteniéndose en los labios violáceos del hermano, que no las sentía.

El cura, saltando por encima de aquel cuerpo grosero, entró en el Paradou.

XII.

A algunos pasos detrás de la muralla, Albina estaba sentada sobre un tapiz de hierba. Al distinguir á Sergio se levantó.

—¡Vienes!—gritó temblando.

—Sí;—repuso él pasivamente.—He venido.

Albina se arrojó á su cuello, pero no le abrazó; había sentido el frío de los cordones del manteo en su brazo desnudo. Le examinó con inquietud, murmurando:

—¿Qué tienes?..... No me has besado en las mejillas como otras veces; ya sabes, cuando tus labios cantaban..... Si sufres, yo sabré curarte. Ahora que estás aquí, volveremos á comenzar

nuestras dichas..... No habrá tristezas..... ¿Ves? ya sonrío: es necesario sonreir, Sergio.

Y al ver que éste permanecía grave, le dijo:

—Yo también me puse muy triste: ¡claro! ¿Verdad que aun estoy pálida? Hace ocho días que vivo sobre esta hierba. No quería más que una cosa: verte entrar por el hueco de la muralla. Al menor ruido me levantaba y corría á tu encuentro. No eras tú, eran las hojas arrastradas por el viento. Pero yo estaba segura de que vendrías. Te hubiera esperado años enteros.

Después le preguntó:

—¿Me amas todavía?

—Sí—respondió él;—te amo todavía.

Permanecieron uno enfrente de otro, algo apartados; un silencio profundo se alzaba entre ellos. Sergio, tranquilo, no lo quiso romper. Albina abrió la boca dos veces, pero se detuvo, asombrada de las ideas que subían á sus labios. No encontraba más que frases amargas. ¿Qué le sucedía para no ser dichosa cuando su amante estaba de vuelta?

—Escucha—dijo por fin;—no necesitamos estar en este sitio; ese agujero es el que nos hiela..... Entremos en nuestra casa. Dame la mano.

Y penetraron en el Paradou.

El otoño avanzaba; los árboles estaban tristes

con sus ramas amarillas que se despojaban hoja tras hoja. En los senderos había un lecho de verdura muerta, saturada de humedad, donde los pasos crujían como suspiros; del fondo de la selva salía como un humo que teñía de luto las lejanías azules. El jardín entero se agostaba, respirando un aliento melancólico semejante á una convulsión de agonía.

Sergio se estremeció al atravesar el paseo de árboles que habían tomado, y dijo á media voz:

—¡Qué frío hace aquí!

—¿Tienes frío?—murmuró tristemente Albina. —¿No te calienta mi mano? ¿quieres que te cubra con un extremo de mi falda?..... Ven; vamos á resucitar todas nuestras ternuras.

Le condujo al Parterre. El bosquecillo de rosas permanecía fragante; las últimas flores exhalaban perfumes amargos, mientras los follajes, desmesuradamente crecidos, cubrían la tierra como una marejada soñolienta. Sergio demostró tal repugnancia á penetrar entre aquellas espinas, que permanecieron en la entrada, siguiendo con los ojos los senderos donde habían pasado la primavera. Ella se acordaba de los más insignificantes lugares, señalándole con el dedo la gruta donde dormía la mujer de mármol, las cabelleras flotantes de las

madreselvas y de las clemátidas, los campos de violetas, la fuente adornada de claveles rojos, la inmensa escalera invadida por un arroyo de alelíes, la columnata en ruinas en el centro de la cual formaban los lirios un pabellón blanco. Allí era donde estuvieron sentados al sol, y Albina recordaba á su amante los menores detalles de esta su primera excursión por el jardín, la postura en que caminaban, el olor que el aire tenía á la sombra. Él parecía escuchar; después con una pregunta demostraba que no había comprendido. El frío no se apartaba de él.

Albina le condujo al huerto, en el cual no pudieron entrar. El arroyo estaba muy crecido, y Sergio no pensó en tomar á la muchacha sobre sus hombros y conducirla en dos saltos á la orilla opuesta. Allí estaban los manzanos y los perales cargados todavía de fruta; la viña protegía con sus anchas hojas los robustos racimos dorados, cada uno de cuyos granos reflejaba las transparencias sonrosadas del sol. ¡Cuánto habían correteado á la sombra deliciosa de aquellos árboles venerables! Aun eran entonces dos pilluelos. Albina corrió recordando la manera desvergonzada que tenía de enseñar las piernas cuando se encaramaba por las ramas arriba. ¿Se acordaba él por lo menos de las

ciruelas que habían comido juntos? Sergio replicaba con movimientos de cabeza; parecía estar muy lejos de allí. El bosque con su manto verdoso, su cruzamiento de tallos musgosos, le inquietaba, trayéndole el recuerdo de un lugar húmedo, poblado de ortigas y de serpientes.

La joven le condujo á las praderas. Allí tuvieron que andar algunos pasos sobre la hierba que les subía hasta las espaldas, semejante á un ejército de brazos menudos que se ligaban á sus miembros para sumergirles y ahogarles en el fondo de aquel mar verdoso y profundo. Sergio suplicó á Albina que no fuese más lejos. Ella siguió adelante sin detenerse; pero al ver que Sergio sufría, se puso á su lado, entristeciéndose poco á poco, llegando á experimentar los mismos estremecimientos que él. Sin embargo, le habló, indicándole con un gesto los arroyos, los grupos de sauces, las sabanas de hierba que se extendían hasta el límite del horizonte. Todo era para ellos otra vez. Pasarían allí días enteros. Allá abajo, entre los sauces, al borde del agua, jugaron á los novios; en aquella época hubieran querido que las hierbas fuesen más altas que ellos, con objeto de perderse en su tranquilo oleaje, de estar solos, lejos de todo, como dos alondras ocultas en el fondo de un campo de trigo.

¿Por qué temblaban hoy sólo con sentir hundirse los extremos de sus piés en aquella superficie tranquila?

Desde la pradera le condujo al bosque. Los árboles sorprendieron á Sergio; no los reconocía al verlos desnudos, con el tronco pelado. Parecíale que su pasado había muerto entre aquellas ramas descarnadas por entre las cuales atravesaba libremente el día. Las primeras lluvias habían borrado las huellas de sus pasos sobre la arena de los paseos; el viento se había llevado todo lo que de ellos guardaban los zarzales. Albina, con la garganta seca por la angustia, protestó con una mirada. Ella encontraba aún sobre la arena los menores vestigios de sus excursiones, y en cada zarza el antiguo perfume de sus risas. Trataba con ojos suplicantes de despertar los recuerdos de Sergio. Por aquella senda habían caminado silenciosos, conmovidos, sin atreverse á decir que se amaban. En aquel claro se habían detenido una noche hasta muy tarde para contemplar las estrellas que llovían sobre ellos como gotas de calor. Más lejos, bajo aquella encina, se habían dado el primer beso: la encina conservaba el recuerdo de este beso. Era una locura decir que el bosque estaba silencioso y vacío. Sergio volvía la cabeza para evitar la fatiga que le causaban los ojos de Albina.

Esta le condujo á las rocas. Acaso allí no sintiera Sergio aquel temblor que le desesperaba. Las enormes rocas estaban tibias aún por el último beso del sol poniente; conservaban siempre su pasión trágica, su lecho ardiente de guijarros, donde crecían plantas jugosas abrazadas monstruosamente. Sin hablar palabra, sin volver la cabeza, Albina hizo subir á Sergio la ruda pendiente, queriendo llevarle más alto, más alto todavía, por encima de los manantiales, hasta que estuviesen de nuevo iluminados por el sol. Encontraron el cedro donde habían experimentado la angustia del primer apetito carnal; pero bien pronto los piés de Sergio se entumecieron dolorosamente; no podía andar y cayó de rodillas por vez primera. Albina le alzó con un esfuerzo supremo, levantándole un instante; él volvió á caer, permaneciendo arrodillado en medio del camino. Enfrente de él, á su espalda, extendíase la inmensidad del Paradou.

—¡Has mentido!—gritó Albina.—¡No me amas ya!

Y lloraba, de pie, á un lado, juzgándose impotente para conducirle más arriba; aun no estaba encolerizada; lloraba la agonía de sus amores. Él permaneció arrodillado.

—El jardín está muerto—murmuró.—Tengo frío siempre.

Albina cogiéndole la cabeza, le mostró el Paradou con un gesto y le dijo:

—¡Mira!..... ¡Ah! son tus ojos los que están muertos; son tus oídos, tus miembros, tu cuerpo. Has atravesado por medio de todas nuestras alegrías sin sentirlas, sin oirlas, sin verlas. No has hecho más que tiritar, y has venido á caer aquí temblando de laxitud y de fastidio..... No, no me amas ya.

Sergio protestó dulce, tranquilamente. Albina sintióse dominada por la violencia.

—¡Calla!—le gritó.—¡El jardin no morirá nunca! Dormirá durante el invierno, pero en Mayo estará despierto para devolvernos todas las ternuras que nosotros le hemos confiado; nuestros besos repercutirán por todo el Parterre; nuestros juramentos reposan en las hierbas y en los árboles..... Míralo, entiéndelo; está más emocionado que nunca; ama de una manera más dulce en esta estación del otoño, porque su amor está adormecido por la fecundidad..... Tú no me amas ya y no puedes saber nada de eso.

Sergio levantó sus ojos hacia Albina como suplicándole que no se enfadase. Tenía la cara muy

triste, empalidecida por un terror infantil; el eco de su voz le estremecía. Al fin obtuvo de la joven que se sentara á su lado, reposando un instante cerca de él en el centro del camino. Hablarían tranquilamente, se explicarían. Y los dos juntos, en presencia del Paradou, sin tocarse ni á la punta de los dedos, comenzaron á hablar de su amor.

—¡Te amo, te amo!—dijo Sergio con voz monótona.—Si no te amase, no hubiera venido..... Es verdad que estoy desfallecido, ignoro por qué. Creí que en este sitio volvería á encontrar aquel calor cuyo solo recuerdo era una caricia, y tengo frío, y el jardín me parece negro y no encuentro aquí nada de lo que aquí dejé. Pero no es culpa mía; me esfuerzo por estar como tú. Quisiera consolarte.

—¡No me amas ya!—repitió Albina.

—Sí, te amo. He sufrido mucho el otro día después de arrojarte..... ¡Oh! te amo con tal vehemencia, que te hubiera deshecho contra mi corazón si hubieras vuelto á arrojarte en mis brazos. Nunca te he deseado tan furiosamente. Durante muchas horas has permanecido delante de mí avasalladora, terrible, apretándome con tus dedos en la mano. Cuando cerraba los ojos, tú me alumbrabas

como un sol, envolviéndome con tu llama..... Entonces he saltado por encima de todo y he venido.

Hizo una pausa dolorosa y continuó:

—Y sin embargo, me parece que tengo los brazos rotos. Si quisiera apretarte contra mi pecho, no sabría sostenerte, te dejaría caer..... Aguárdate á que este temblor desaparezca. Me darás tus manos y yo las besaré siempre. Sé buena; no me mires con esos ojos irritados. Ayúdame tú á encontrar mi corazon.

Manifestaba una tristeza tan verdadera, un tan evidente deseo de recomenzar su vida pasada, que Albina llegó á conmoverse y le preguntó con dulce solicitud:

—¿Dónde sufres? ¿cuál es tu enfermedad?

—No lo sé: Me parece que toda la sangre de mis venas se aleja..... Al venir he creído que me arrojaban sobre las espaldas un vestido helado que se pegaba á la piel y me convertía desde los piés hasta la cabeza en un cuerpo de granito. Ya he sentido otras veces esa vestidura sobre mis espaldas..... No me acuerdo dónde.

Albina le interrumpió con una carcajada sarcástica, diciéndole:

—Eres una criatura; habrá tomado frío y nada más..... Díme, al menos, ¿no tendrás miedo

de mí? Este invierno no estaremos en el fondo del jardín como dos salvajes. Iremos donde quieras, á una ciudad grande. Nos amaremos en medio del mundo tan tranquilamente como en medio de los árboles. Ya verás como no soy sólo una aldeana que coge nidos y no sabe otra cosa..... Cuando yo era niña, llevaba vestidos bordados, con cintas, con adornos, con encajes. ¿Nadie te ha contado eso?

Sergio, que no la oía, dijo bruscamente, lanzando un grito.

—¡Ah! ¡ya me acuerdo!

—¿De qué?—preguntó ella.

No quiso responderle. Acababa de experimentar sobre sus espaldas la sensación que experimentaba en la capilla del Seminario. Aquella era la ropa fría que le transformaba en un cuerpo de piedra; sintióse dominado insensiblemente por su existencia de sacerdote. Los vagos recuerdos despiertos en él durante su marcha desde los Artaud al Paradou, se acentuaron, imponiéndose con soberana autoridad. Mientras Albina seguía hablándole de la vida feliz que pasarían juntos, él escuchaba los tañidos de la campana llamando á la oración, veía á los monjes levantando cruces de fuego por encima de las turbas arrodilladas.

—Sí—dijo ella—por tí volveré á ponerme aque-

llas ropas..... Quiero verte satisfecho. Buscaremos todo lo que pueda distraerte. Puede que me ames más cuando me veas elegante, vestida como las señoras. Ya no me pondré más la peineta atravesada sobre los cabellos; ya no me levantaré las mangas hasta el codo; arreglaré mi ropa para no enseñar mis hombros. Sé saludar y caminar reposadamente balanceando un poco la cabeza. Ya verás, seré una mujer muy bonita cuando vaya contigo cogida del brazo por las calles.

—¿Entrabas en la iglesia cuando eras niña?—le preguntó Sergio á media voz, como si continuara en voz alta, á pesar suyo, las reflexiones que le impedían enterarse de lo demás.—Yo no podía pasar por delante de un templo sin entrar en él. Cuando la puerta se cerraba detrás de mí, parecíame estar en el paraíso, entre coros de ángeles que me contaban al oído historias deliciosas, rodeado por el aliento de los Santos, cuyas caricias sentía en todo mi cuerpo..... Sí, yo hubiera querido vivir siempre allí, oculto en el fondo de aquella beatitud.

Ella le miró con sus ojos fijos, cuya ternura comenzaba á iluminarse con una llamarada de enojo, y sonrió con acento sumiso todavía.

—Seré como á tus caprichos les plazca. Antes

sabía música, era una señorita muy instruída que encantaba á todos..... Volveré á la escuela, recordaré la música. Cuando quieras que cante alguna canción que te guste, no tendrás más que decírmelo; yo la aprenderé durante meses, si es preciso, para hacértela oir una tarde, en nuestra casa, en una habitación cuyas cortinas estén todas corridas, y tú me recompensarás con un solo beso..... ¿quieres? Un beso de mis labios te devolverá todo tu amor, y entonces podrás cogerme y ahogarme entre tus brazos.

—Sí, sí—respondió él sin responder más que á sus propios pensamientos.—Mis grandes placeres eran al principio encender los cirios, preparar las vinajeras, llevar el misal con las manos juntas. Más tarde he disfrutado la aproximación lenta de Dios, y he creído morir de gozo..... No tengo otros recuerdos; no sé nada. Si levanto las manos, es para bendecir; si junto los labios, es para besar el altar; si busco mi corazón, no lo encuentro; se lo he ofrecido á Dios y Dios lo ha tomado.

Ella se puso más pálida; sus ojos ardían. Sin embargo, continuó con voz trémula:

—Yo no quiero que mi hija me abandone. Tú, si quieres, mandarás al chico á la escuela; yo conservaré á la niña sobre mi falda; yo seré quien la

enseñe á leer. Sí, yo me acordaré; tomaré maestros si se me ha olvidado..... Viviremos con todo ese pequeño mundo en las rodillas. Tú serás dichoso, ¿verdad? Responde; dime que tendrás valor, que sonreirás, que no echarás nada de menos.

—Yo pienso ahora—respondió él—en los santos de piedra que se están incensando desde hace siglos en el fondo de sus urnas. Deben tener incienso hasta en las entrañas. Yo soy como uno de esos santos; tengo incienso en el más recóndito pliegue de mis órganos, y esto es lo que produce mi serenidad, la muerte tranquila de mi carne, la paz que disfruto con no vivir..... ¡Sí, que nada me arranque de mi inmovilidad! Permaneceré rígido, frío, con una sonrisa sin fin en mis labios de piedra; impotente para descender en medio de los hombres. Este es mi único deseo.

Albina se levantó irritada, amenazadora, y le sacudió por un brazo, gritando:

—¿Qué dices? ¿qué recuerdas en voz alta?.... No soy yo tu mujer?.... ¿No has llegado aquí para ser mi marido?

Sergio retrocedió convulso, murmurando:

—No; déjame; ¡tengo miedo!

—¿Y nuestra vida común? ¿Y nuestra dicha? ¿Y nuestros hijos?

—No, no, tengo miedo.

Y terminó la frase con este grito horrible y desesperado:

—¡No puedo! ¡no puedo!

Albina permaneció un instante silenciosa, muda, enfrente de aquel desventurado que lloraba á sus pies. Una llamarada brotó de su rostro; había abierto los brazos como para cogerle y estrecharle contra ella en una convulsión palpitante de deseos; pero pareció reflexionar, y no hizo más que tomarle por la mano y ponerle derecho.

—¡Ven!—le dijo.

Y le condujo al árbol gigantesco, al mismo lugar donde se le había entregado, donde él la había poseído. Allí estaban el mismo aliento de fecundidad, el mismo tronco que respiraba como su pecho, las mismas ramas que se extendían como brazos protectores. El árbol seguía bueno, robusto, poderoso, fecundo. Como en el día de sus nupcias, una languidez de alcoba, un perfume de noche de estío resbalando por la espalda de una mujer desnuda, un balbuceo de amor cuasi indistinto inundaban el paraje, bañado por una claridad verdosa. A lo lejos el Paradou, á pesar del primer suspiro del otoño, recobraba sus cuchicheos ardorosos para convertirse en cómplice. Del Parterre,

del huerto, de las praderas, del bosque, de las anchas rocas, del cielo inmenso llegaba una risa voluptuosa, un hálito de fecundación. Nunca, ni en los mejores días de la primavera, había ostentado el jardín mayores encantos que aquella tarde de otoño, en que las plantas se decían adiós antes de morir. El olor de los gérmenes maduros respiraba una embriaguez de deseo á través de las hojas marchitas.

—¿Oyes, oyes?— balbuceó Albina al oído de Sergio, acostándose con él sobre la hierba al pié del árbol.

Sergio lloraba.

—Ya ves que el Paradou no ha muerto—le dijo ella;—grita que nos amemos; quiere hoy, como siempre, nuestra unión. ¡Oh, recuerda! ¡Abrázate á mi cuello! ¡Seamos el uno del otro!

Sergio lloraba.

Albina calló, y apretándole contra su pecho con furioso abrazo, puso sus labios sobre aquel cadáver para devolverle la vida.

Sergio lloraba siempre.

Después de un silencio espantoso, Albina habló. Estaba de pié, despreciativa, resuelta.

—¡Véte!—le dijo en voz baja.

Sergio se levantó haciendo un esfuerzo, cogió

su breviario, que había caído sobre la hierba, y echó á andar.

—¡Véte!—repitió Albina que le seguía, empujándole delante de ella y alzando la voz.

Así le condujo de árbol en árbol, de zarza en zarza, hasta la brecha; y una vez allí, como Sergio la contemplara sollozando, gritó con violencia:

—¡Véte! ¡véte!

Después penetró en el Paradou lentamente, sin volver la cabeza.

Avanzaba la noche. El jardín no era más que un inmenso círculo de sombra.

XIII.

El hermano Archangias, de pie frente á la brecha, golpea las piedras con su palo, jurando de una manera abominable:

—¡Que el diablo les tronche las piernas! ¡que los clave por la espalda uno con otro como los perros! ¡que los cuelgue por los pies! ¡que les haga hocicar en sus impurezas!

Pero al ver á Albina arrojando al sacerdote, quedó muy sorprendido. Luego golpeó más fuerte, riendo de una manera terrible y gritando:

—¡Adiós, perra! ¡Buen viaje! Vuelve á fornicar con tus lobos!.... ¡Ah! ¿no tienes bastante con un santo? ¡Necesitas riñones más sólidos! ¡Te harán falta encinas! ¿Quieres mi palo? Toma, acuéstate con él. Es un mozo que puede contentarte.

Y, reuniendo todas sus fuerzas, arrojó á Albina el palo, que fué á perderse entre las sombras del crepúsculo. Después, mirando al padre Mouret, le dijo:

—No ignoraba vuestra presencia. Las piedras estaban derribadas..... Oidme, señor cura; vuestra falta me hace vuestro superior, y Dios os dice por mi boca que el infierno guarda tormentos espantosos para los sacerdotes dominados por la carne. Si Dios os perdona, será demasiado bueno, quebrantará su justicia.

Los dos se encaminaron lentamente hacia los Artaud. El sacerdote no había abierto los labios. Poco á poco fué levantando la cabeza; ya no temblaba. Al distinguir á lo lejos, sobre el cielo violáceo, la línea negra del Solitario y la mancha roja del tejado de la iglesia, sonrió; en sus ojos claros se esparcía una gran serenidad.

Entretanto el hermano Archangias golpeaba los guijarros del camino. De pronto se volvió, apostrofando á su compañero en esta forma:

—¿Ha acabado eso esta vez?..... Yo, cuando tenía vuestra edad, estaba también poseído; un demonio me devoraba los riñones. Después se marchó. Ya no tengo riñones y vivo tranquilo..... Ya sabía yo que vendríais ahí; hace tres semanas que os acecho. Miraba al jardín por la abertura de la muralla; hubiera querido cortar los árboles; les arrojaba piedras; cuando conseguía romper una rama, estaba contento..... Decidme, ¿es muy extraordinario lo que os ha ocurrido allá dentro?

Había parado al padre Mouret en medio del camino, mirándole con ojos relucientes de curiosidad. Las delicias por él entrevistas en el Paradou le torturaban. Semanas enteras había permanecido al acecho de aquellas alegrías pecaminosas. Pero al ver que el cura guardaba silencio, se puso á andar de nuevo, murmurando palabras equívocas. Después dijo elevando el tono de su voz:

—Ya veis, cuando un sacerdote hace lo que vos habéis hecho, escandaliza á los otros sacerdotes..... Yo mismo no me siento lo bastante casto al ir junto á vos. Emponzoñáis el sexo..... Ahora estáis razonable. No, no tenéis necesidad de confesarlo. Conozco ese estacazo. El cielo os ha partido los riñones como á los otros. ¡Tanto mejor! ¡tanto mejor!

Y palmoteó con aire de triunfo.

El cura no le escuchaba, perdido en sus propios pensamientos. Su sonrisa había aumentado. Cuando se despidió del hermano en la puerta del presbiterio, dió la vuelta y penetró en la iglesia. Esta aparecía gris como aquella tarde terrible de la lluvia, aquella tarde en que la tentación le había sacudido tan rudamente; pero aparecía recogida, humilde, sin arroyos de oro, sin suspiros de angustia venidos del campo, guardando un silencio solemne, llena tan sólo por un aliento de misericordia.

Arrodillándose delante del Cristo de cartón pintado, llorando lágrimas que resbalaban por sus mejillas como otros tantos signos de ventura, el sacerdote murmuró:

—¡Oh, Dios mío, no es cierto que seáis implacable! Me habéis perdonado, lo veo: lo veo en vuestra gracia, que desde hace horas desciende sobre mí gota á gota, trayéndome la salud de una manera lenta y segura..... ¡Oh, Dios mío! en el momento en que yo os abandonaba, era cuando más eficazmente me protegíais. Os ocultabais de mí para retirarme mejor del mal. Permitíais que mi carne fuese adelante, para convencerme de su impotencia..... También veo, Dios mío, que me habéis marcado con vuestro sello, ese sello imborrable,

lleno de delicias, que coloca á un hombre fuera de los demás hombres; sello que se imprime hasta sobre los miembros culpables. Me habéis herido con el pecado y con la tentación, para desgastar mis fuerzas con vuestra llama. Habéis querido que mi ser esté en ruinas, para bajar á él con seguridad. Soy una casa vacía, dentro de la cual podéis aposentaros. ¡Bendito seáis, Dios mío!

Y se prosternó balbuceando una plegaria.

La iglesia había vencido; alzábase triunfante por encima de la cabeza del sacerdote con sus altares, su confesonario, su púlpito, su cruz, sus imágenes santas. El mundo no existía ya. La tentación se había extinguido como un incendio apagado por sí propio, después de haber servido para la purificación de aquella carne.

El padre Mouret entraba en la paz suprema, y agradecido á ella, lanzó este grito supremo:

—¡Por encima de la vida, por encima de las criaturas, por encima de todo, soy vuestro, Dios mío, vuestro sólo, eternamente!

XIV.

En aquel momento Albina vagaba aún por el Paradou con la angustia muda de una bestia heri-

da. No lloraba; su rostro pálido parecía de cera; á través de su frente extendíase una arruga profunda, y en su cerebro agolpábanse ideas amargas. ¿Por qué sufría? ¿De qué falta era culpable, para que el jardín se negara á cumplirle promesas que le había hecho desde niña? Y se interrogaba caminando hacia delante, sin ver los paseos, cuya sombra se iba aumentando poco á poco. Siempre obedeció á los árboles; nunca lastimaron sus manos una flor; fué siempre la hija querida de las verduras, escuchándolas sumisamente, entregándose á ellas llena de fe en las dichas que la presagiaban. El día en que el Paradou le dijo que se acostara bajo el árbol gigante, ella lo había hecho abriendo los brazos, repitiendo la lección murmurada en sus oídos por las hierbas. No encontraba nada que reprocharse; el jardín era, por consiguiente, quien la hacía traición, quien la atormentaba por el solo gusto de verla sufrir.

Se detuvo un instante para mirar en rededor suyo. Las enormes masas sombrías de follaje guardaban un silencio mortal. Los senderos, á cuyos lados se alzaban las hojas como una muralla negra, asemejábanse á tenebrosos callejones sin salida; á lo lejos, sobre las sabanas de verdura dormían los vientos. Albina extendió las manos

desesperadamente, lanzando un grito de protesta. «Aquello no podía concluir así.» Pero su voz fué á perderse bajo los árboles silenciosos. Por tres veces conjuró al Paradou para que la respondiera, sin que bajase una explicación de las altas ramas, sin que ninguna de las hojas se conmoviera de piedad. Cuando se puso á caminar de nuevo, sintió que marchaba en la fatalidad del invierno. Y ahora que no hacía preguntas á la tierra, escuchaba un murmullo dulce y apagado que corría al ras del suelo: el último adiós de las plantas felicitándose por una muerte dichosa. ¡Haber bebido el sol á torrentes; haber vivido siempre rodeada de flores, exhalando un perfume continuo, y después marcharse al primer tormento con la esperanza de reposar en alguna parte! ¿No era esta suficiente vida? ¿No era una desventura vivir más? ¡Ah! ¡qué bien se debía estar muerta, teniendo una noche sin término delante de sí, para soñar en los días pasados, para fijar eternamente las alegrías fugitivas!

Se detuvo otra vez, pero sin protestar del inmenso recogimiento del Paradou. Ya lo comprendía todo. Indudablemente el jardín la brindaba la muerte como una felicidad suprema. Sí, era á la muerte donde él la había llevado por tan dulce

camino. Después del amor no había en él más que la muerte, y ella había estado muy ingrata al acusarle; seguía siendo su hija más querida. Los follajes silenciosos, los senderos ceñidos de tinieblas, los céspedes donde el viento dormía, no se callaban más que para invitarla al disfrute de un silencio infinito. Querían tenerla con ellos durante su reposo invernal; querían llevársela envuelta entre las hojas marchitas, con los ojos helados como el agua de los manantiales, los miembros secos como las ramas desnudas y la sangre dormida en el sueño mismo de la savia. Viviría la misma existencia que ellos hasta su fin, hasta su muerte. Acaso tenían ya determinado que fuera en la primavera cercana un rosal del Parterre, un sauce de las praderas ó un abedul joven de la selva. Sí, tal era la gran ley de la vida: Albina iba á morir.

Entonces, por última vez, emprendió su carrera á través de aquel jardín silencioso y muerto. ¿Qué planta olorosa tenía necesidad de sus cabellos para aumentar el perfume de sus gérmenes? ¿Qué flor le pediría el regalo de su piel de seda, la blancura de sus brazos, el nácar de su cuello? ¿A qué arbusto enfermo debería ofrecer su sangre joven y llena de vida? Hubiera querido ser útil á las hierbas que vegetaban en el borde de los paseos,

matarse allí para que una planta brotase de ella, soberbia, fuerte, llena de pájaros en Mayo y ardientemente acariciada por el sol en el estío. Pero el Paradou permanecía silencioso aún sin atreverse á confiarle en qué último beso le iba á traer la muerte. Albina tuvo que volver por todas partes, haciendo el resumen de sus paseos. Era completamente de noche y ella creía que entraba poco á poco en la tierra. Subió hasta las rocas interrogándolas, preguntándoles si era sobre sus lechos de granito donde debía espirar; atravesó el bosque, confiando, con un deseo que acortaba su marcha, en que alguna encina se desgajase y la sepultara bajo la majestad de su caída; costeó los riachuelos de las praderas, inclinándose á cada paso con objeto de ver si tenían preparado algún lecho para ella entre las negruras de su fondo. La muerte no le tendía sus manos de hielo, no la llamaba desde ninguna parte. Sin embargo, ella no se equivocaba; el Paradou la había enseñado á morir como la había enseñado á amar; atravesó las acacias con mayor afán que los días en que buscaba entre ellas su amor. De pronto, al llegar al jardín, sorprendió la muerte en el perfume de la noche. Corrió, lanzando una sonrisa voluptuosa. Allí era: debía morir entre las flores.

Dirigióse de primer intento al bosquecillo de rosas. Allí, con el último resplandor del crepúsculo, examinó las ramas, cogiendo de ellas todas las rosas enlanguidecidas por la proximidad del invierno; las cogía de la tierra sin cuidarse de las espinas, de delante de ella, con las dos manos, de encima de su cabeza, empinándose sobre los pies y apoyándose en los troncos. Hallábase dominada por tal deseo, que rompía las ramas, ella que había respetado siempre los menores brotes de hierba. Bien pronto tuvo los brazos llenos de rosas: un fardo de rosas que la hacía vacilar. Luego de haber despojado el bosquecillo hasta de sus pétalos más insignificantes, entró en el pabellón, y dejando caer su carga en el suelo de la cámara azul, volvió al Parterre.

Una vez en él, comenzó á cortar las macetas, con las cuales hacía ramos enormes que apoyaba, uno por uno, contra su pecho. En seguida se puso á buscar los claveles, cortándolo todo, hasta los botones, formando haces gigantes de claveles blancos como una espuma deshecha, haces gigantes de claveles rojos como borbotones de sangre; buscó todavía las damas de noche, los heliotropos, los lirios, devastando las matas de damas de noche, apenas abiertas aún al viento de la tarde; destro-

zando los campos de heliotropos, arrancando en montón los grupos de flores, y se puso debajo del brazo inmensos paquetes de lirios. Cuando estuvo cargada otra vez, regresó al pabellón para arrojar al lado de las rosas las violetas, los claveles, las damas de noche, los heliotropos, los lirios, y sin tomar aliento volvió al jardín.

Aquella vez dirigió sus pasos al paraje melancólico, que era como el cementerio del Parterre. Un otoño de fuego había sembrado allí una segunda primavera. Albina se encarnizó principalmente con las matas de tuberosas y de jacintos, arrodillándose sobre la hierba y emprendiendo su resolución con precauciones de avaro. Las tuberosas le parecían flores de joyería que debían destilar gota á gota oro, riquezas, bienes extraordinarios. Los jacintos eran como collares de perlas, cada uno de cuyos granos debía ocultar placeres desconocidos de los hombres. A pesar de encontrarse casi abrumada por el peso de las tuberosas y de los jacintos que llevaba entre los brazos, despojó todavía un campo de adormideras y encontró forma de arrasar otro campo de caléndulas. Unas y otras se extendieron por encima de las tuberosas y de los jacintos. Albina corrió con su carga al pabellón, cuidando de que el vien-

to no se llevara ni un pistilo. Después volvió á bajar.

¿Qué más buscaba? Había recorrido todo el Parterre. Al empinarse sobre la punta de los pies, no pudo ver á través de la sombra más que el Parterre muerto, sin rosas, sin claveles, sin heliotropos. Sin embargo, no podía volver con los brazos vacíos, y cortó las hierbas, las verduras, arrastrándose con el pecho contra el suelo, tratando por un supremo esfuerzo de pasión de llevarse la tierra consigo. Llenó su falda de citrones, de menta, de verbenas. Encontró una planta balsámica y no dejó una hoja; tomó también dos grandes hinojos que sujetó sobre sus hombros como si fueran dos árboles pequeños. De haber podido, se hubiera llevado entre los dientes toda la verde sabana del jardín. Al llegar á la puerta del pabellón volvió los ojos para dirigir una última mirada al parque. El Paradou estaba negro, la noche, absolutamente dueña de todo, le había envuelto con un manto de tinieblas.

Albina entró para no volver á salir.

La inmensa habitación fué decorada con prontitud. La joven había puesto una lámpara encendida sobre la consola; escogía las flores arrojadas por el suelo, formando con ellas ramos que distri-

buía por todas partes. De primer intento, sobre la consola, detrás de la lámpara, colocó los lirios, formando una pantalla que amortiguaba la luz con las purezas de su blancura; después arrojó puñados de claveles en el viejo sofá, cuyo tapiz estaba sembrado de ramos rojos marchitos hacía años; el tapiz antiguo desapareció bajo un nuevo tapiz de claveles. Albina arrastró luego los cuatro sillones hacia la puerta de la alcoba, llenando el primero de caléndulas, el segundo de adormideras, el tercero de damas de noche y el cuarto de heliotropos. Finalmente, se ocupó del lecho; puso cerca de la cabecera una mesilla, sobre la cual arrojó un montón enorme de violetas, cubrió al lecho á brazadas con todos los jacintos y todas las tuberosas que había traído; la cubierta era tan espesa, que se desbordaba por todas partes, por delante, por los pies, por la cabecera, como una colcha con flecos de flores; el lecho no era más que un ramo gigante. Quedaban aún las rosas, que fueron arrojadas al azar por todas partes. Albina no miraba en donde caían; la consola, el sofá, los sillones las recogieron; un extremo del lecho fué invadido. Durante algunos minutos fué aquello una lluvia de rosas, transformada después en ríos que se arrastraban por el suelo. Sin embargo, el mon-

tón no se acababa, y Albina tuvo que tejer guirnaldas, que colocó después en las paredes. Los amorcillos de plata que retozaban por encima de la alcoba vieron ceñidos por guirnaldas de rosas su cuello, sus brazos, sus riñones; sus vientres desnudos, sus traseros desnudos también, fueron vestidos de rosas. El techo azul, las ensambladuras, las pinturas deslustradas por el tiempo, encontráronse ceñidos también por un manto de rosas. La habitación estaba dispuesta. Albina podía morir.

Por un instante permaneció de pie mirando en rededor suyo para cerciorarse de que la muerte estaba allí; y recogiendo los citrones, las verbenas, los bálsamos, todas las plantas aromáticas, las retorció formando tapones, con ayuda de los cuales fué á cubrir las menores hendiduras, los menores huecos de la puerta y de las ventanas. Después corrió las cortinas de percal blanco cosido á largas puntadas, y silenciosa, muda, sin lanzar un suspiro, se tendió en el lecho sobre la alfombra de tuberosas y jacintos.

Aquello fué para Albina una última voluptuosidad; con sus grandes ojos abiertos sonreía á la habitación. ¡Cuánto había amado en aquel sitio! ¡Qué dichosa moría en él! ¡En tal instante ninguna impureza venía á ella de los amores de plata,

nada vergonzoso bajaba de los frescos de la pared; bajo aquel techo azul sólo existía el perfume penetrante de las flores, y este perfume no podía ser otro que el del amor pasado que inundaba la alcoba siempre, un olor engrandecido, centuplicado, fuerte entonces hasta el extremo de convertirse en asfixiante. Acaso no era más que el aliento de la dama muerta allí hacía un siglo.

Albina sentíase penetrada por aquel aliento; sin moverse, con las manos juntas sobre el corazón, sonreía siempre, escuchando á los perfumes cuchichear en su cabeza desvanecida, produciendo una música extraña que la iba adormeciendo poco á poco. Al principio fué un preludio alegre, infantil; sus manos, que habían retorcido las plantas balsámicas, exhalando un perfume de hierbas locas, recordábanle sus carreras de muchacha á través de la agitación salvaje del Paradou. En seguida se hizo oir un canto de flauta, pequeñas notas salteadas que se desprendían del manojo de violetas puestas sobre una mesa cerca de la cabecera de la cama; aquella flauta, bordando su melodía con la respiración suave, con el acompañamiento regular de los lirios de la consola, cantaba sus primeros encantos de amor, el primer suspiro, el primer beso sobre las mejillas. Luego su sofo-

cación aumentaba; la pasión venía con el canto brusco de los claveles, cuyos besos vibrantes dominaban todas las otras; hubo un momento en que creyó agonizar bajo la voz ardiente de las calén-dulas y de las adormideras que le recordaban las torturas de sus deseos. De pronto se apaciguó todo, la joven respiró con más libertad, experimentando una dulzura inmensa al escuchar el cántico de los heliotropos, cuyos perfumes de vainilla le anunciaban la proximidad de sus bodas. Las damas de noche profirieron en un trino suave. Después se hizo un silencio; las rosas hacían lánguidamente su entrada; por el techo corrían sus voces como un coro lejano que fué creciendo hasta inundarla con sonoridades vibrantes que la desvanecían, el momento de las bodas había llegado, el canto de las rosas anunciaba el momento feliz. Albina, apretando más y más las manos contra su pecho, respiraba trabajosamente, desfallecida, moribunda. Entreabría la boca buscando el beso que debía abrasarla cuando las tuberosas y los jacintos la envolvieron con un último suspiro tan profundo que cubrió el coro de las rosas.

Albina había muerto entre el último y supremo abrazo de las flores.

XV.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, la Teuse y el hermano Archangias platicaban en la escalera del presbiterio, cuando vieron el carruaje del doctor Pascal que atravesaba la aldea á todo el galope de su caballo. Por la capota estirada salía una mano sacudiendo tremendos latigazos.

—¿Dónde irá tan corriendo?—murmuró la vieja.—Va á desnucarse.

El carruaje llegó delante de la iglesia, el caballo se encabritó bruscamente haciéndose atrás, y la cabeza del médico, pálida y ceñuda, apareció por un costado de la capota.

—¿Está Sergio?—gritó con furia.

La Teuse, que se había dirigido á él, repuso:

—El señor cura está en su habitación: debe leer su breviario..... ¿Tenéis que decirle alguna cosa? ¿queréis que le llame?

Mr. Pascal, cuyos ojos relumbraron de cólera, hizo un gesto terrible con su mano derecha que empuñaba el látigo; y gritó inclinándose más, á pique de caer:

—¡Ah! ¡lee su breviario!..... No, no le llaméis.

Le estrangularía, y eso es inútil..... ¡Quería decirle que Albina ha muerto! Decídselo vos de mi parte. ¡Ha muerto!

Y se ocultó, dando á su caballo un latigazo tan furioso, que el bruto se encabritó. A los veinte pasos se detuvo de nuevo, y asomando otra vez la cabeza, gritó más fuerte:

—¡Decidle también de mi parte, que estaba embarazada! ¡Eso le complacerá!

El carruaje emprendió su carrera loca, saltando con golpes inquietantes el camino pedregoso que conducía al Paradou. La Teuse estaba sofocada; el hermano Archangias fijaba en ella sus ojos, donde resplandecía un goce feroz. Ella le dió un empujón rudo que le hizo resbalar sobre la escalera, y le dijo con tono irritado:

—¡Idos de ahí! ¡Acabaré por detestaros! ¿Es posible que esa muerte os regocije?..... Yo no quería á la muchacha; pero, cuando se muere á esa edad, no debe uno alegrarse. ¡Idos de ahí! ¡No os riáis, ú os meto las tijeras por los ojos!

Hacía una hora próximamente que un aldeano ido á Plassans para vender sus legumbres notició á Mr. Pascal la muerte de Albina, diciéndole de paso que Jeanbernat le esperaba. El doctor sentíase algo consolado por el grito que acababa de

lanzar frente á la iglesia; había alargado su ruta para darse aquella satisfacción. Se reprochaba la muerte de Albina como un crimen del cual era cómplice. Por todo el camino no hizo más que vomitar injurias, secándose los ojos con objeto de conducir bien al caballo y metiendo el coche entre los montones de piedras como si sintiera necesidad de caer y romperse algún miembro. Mientras costeaba el muro interminable del Paradou, tuvo una esperanza. Acaso lo de Albina era un síncope. El labriego le había dicho que la joven se había asfixiado con flores. ¡Ah! ¡si llegase á tiempo, si pudiera salvarla! Y aguijoneaba furiosamente su caballo.

La tarde era hermosa. El pabellón se mostró á los ojos del médico alumbrado por el sol como en los mejores días de Mayo; pero la hiedra que subía hasta el tejado estaba marchita y las abejas no zumbaban alrededor de los tallos que brotaban de entre las grietas. Mr. Pascal detuvo vivamente su caballo y atravesó la barrera del pequeño jardín. En éste reinaba siempre aquel silencio grave, en medio del cual Jeanbernat fumaba su pipa; pero el viejo no estaba allí, en su banco, delante de las legumbres.

—¡Jeanbernat!—gritó el médico.

No le respondió nadie. Entonces, atravesando el vestíbulo, vió una cosa que no había visto nunca. En el fondo del corredor, debajo de la caja de la escalera, abríase una puerta que conducía al Paradou; el inmenso jardín, bañado por el sol poniente, doblegaba sus hojas pálidas ante las melancolías del otoño.

Mr. Pascal, franqueó aquella puerta y adelantó algunos pasos sobre la hierba húmeda.

—¡Ah! ¿Sois vos, doctor?—dijo Jeanbernat.

El viejo abría un hoyo con su azada al pie de un moral. Al ruido de los pasos enderezó su cuerpo y después siguió tranquilamente su tarea.

—¿Qué hacéis ahí?—le preguntó el médico.

—Hago un hoyo.—respondió el viejo sencillamente.—A ella le gustaba mucho el jardín. Dormirá en él.

Al doctor le vinieron ganas de ahogar al filósofo. Permaneció un instante al borde de la fosa sin poder hablar, contemplando la faena del viejo.

—¿Dónde está?—dijo por fin.

—Allá arriba, en su cuarto. La he dejado sobre la cama; quiero que la escuchéis en el corazón antes de meterla aquí dentro. Yo he escuchado y no he oído nada.

El doctor subió á escape. La habitación estaba

intacta; sólo se había abierto una vidriera. Las flores marchitas, ahogadas en su propio perfume, desprendían el ambiente angustioso de la muerte. En el fondo de la alcoba percibíase aún un triste olor de asfixia que parecía correr por el cuarto, deshaciéndose en ligeras columnas de humo. Albina, muy pálida, apoyando las manos sobre su corazón, dormía sonriendo en su lecho de tuberosas y jacintos. Era muy feliz, estaba bien muerta. El doctor, de pie delante del lecho, la miraba intensamente, con esa fijeza de los sabios que intentan las resurrecciones. No quiso desunir sus manos, y la besó en la frente, donde la maternidad había ya extendido una ligera sombra. Abajo en el jardín la azada de Jeanbernat sonaba siempre con golpes sordos y regulares.

Al cuarto de hora el viejo subió. Había terminado su obra. Encontró al doctor sentado delante de la cama, invadido por una afección tan profunda, que no se daba cuenta de las lágrimas que corrían una á una por su rostro. Los dos hombres no hicieron más que dirigirse una mirada.

Al cabo de una pausa dijo Jeanbernat lentamente, repitiendo su gesto escéptico:

—¿Véis como tenía razón? No hay nada, nada, nada..... Es una farsa todo.

Siguió de pie, y recogiendo las flores caídas del lecho, las arrojó una por una sobre las ropas de Albina, murmurando:

—Las flores no viven más que un día. Las ortigas como yo desgarran la piedra en que se apoyan. Ahora, buenas tardes; ya puedo estallar. Me han robado mi último rayo de sol. Todo es farsa.

Y se sentó á su vez. No lloraba; tenía la desesperación sorda de un autómata cuyo mecanismo se rompe. Alargó maquinalmente la mano para coger un libro de la mesilla, cubierta de violetas. Era uno de los volúmenes del granero, un volumen descabalado de Holbach, en el cual leía desde por la mañana velando el cuerpo de Albina. Al ver que el doctor guardaba silencio, se puso á volver las páginas. De pronto tuvo una idea luminosa.

—Si me ayudáis—dijo—la bajaremos entre los dos y la enterraremos con todas sus flores.

Mr. Pascal sintió un estremecimiento. Después explicó al anciano que no era posible enterrar á los muertos de aquel modo.

—¡Cómo! ¿eso no está permitido?—gritó Jeanbernat.....—¡Bueno! ¡Yo me lo permitiré!..... ¿Es que ella no es mía? ¿Creéis que voy á dejármela robar por los curas? ¡Que prueben! ¡que vengan! Los recibiré á tiros.

Se había levantado, blandiendo terriblemente su libro. El doctor le cogió las manos y se las apretó entre las suyas, suplicándole que tuviera calma. Durante largo tiempo estuvo hablándole, diciéndole todo lo que le venía á las mientes; se animaba, dejaba escapar terribles juramentos, amenazando vagamente á los que habían matado á Albina.

—Oidme—dijo por fin:—ella no es vuestra; es necesario devolvérsela.

Jeanbernat movió la cabeza, rehusando con un gesto..... Después de una lucha sorda acabó por decir:

—Esta bien; que la tomen; ¡ojalá les rompa los brazos! Quisiera que saliese de la fosa para que los matara de miedo..... Por otra parte, yo tengo que arreglar un negocio allá abajo..... Iré mañana. Adiós, doctor. El hoyo será para mí.

Cuando se fué el médico, Jeanbernat, sentándose á la cabecera de la muerta, reanudó gravemente la lectura de su libro.

XVI.

Era aquella mañana de grandes tareas en el corral del presbiterio. El carnicero de los Artaud

acababa de matar á Mathieu (el cerdo) en el sotechado. Desideria, muy entusiasmada, había sostenido por los pies al cerdo durante la operación, besándole en el lomo para que sintiera menos el cuchillo, y diciéndole de paso que era necesario matarle porque estaba muy gordo. Nadie como ella para partir el cuello de un pato de una cuchillada, ó para abrir el vientre de un pollo con un par de tijeras. Su amor por los animales no se oponía á tales operaciones. Es necesario—exclamaba la muchacha.—Hay que hacer hueco á los que nacen. Aquel día estaba muy satisfecha.

—Señorita—murmuraba la Teuse á cada momento,—os vais á hacer daño. No hay razón para ponerse de ese modo porque se mate un cerdo. Estáis roja como si no hubierais cesado de bailar en toda la tarde.

Pero Desideria palmoteaba, yendo y viniendo, llena de ocupaciones. La Teuse tenía rotas las piernas, según su propio dicho. Desde las seis de la mañana paseaba su enorme cuerpo desde el corral á la cocina y viceversa. Era de su cargo hacer el embutido, y no acababa nunca su tarea, porque la señorita la llamaba por nada á cada instante. Se hace necesario decir que á la misma hora en que el carnicero sangraba á Mathieu, Disederia

experimentó una emoción enorme al entrar en la cuadra. Lisa, la vaca, estaba de parto. La joven al saberlo estuvo á punto de perder la cabeza; tan alegre se puso.

—¡Se va uno y viene otro!—gritaba, saltando, haciendo piruetas sobre la punta de los pies.—¡Ven á verlo, Teuse!

Eran las once. En la iglesia sonaba un canto monótono, al que se unía un murmullo continuo de voces tristes, un balbuceo de plegarias salpicadas á trechos de frases latinas dichas en alta voz.

—¡Vienes!—repitió Desideria por la vigésima vez.

—¡Habrá que sonarle también los mocos!—gruñó la criada.—No acabaré nunca..... ¿Qué queréis, señorita?

Pero no aguardó la respuesta, arrojándose sobre una bandada de gallinas que bebían glotonamente la sangre del cerdo puesta en unos barreños. Las dispersó á puntapiés furiosa. Luego cubrió los barreños, gritando:

—¡Veis!..... Sería mejor que en lugar de atormentarme hubiérais cuidado de estas perras..... Si las dejáis hacer, nos quedaremos sin embutido. ¿Entendéis?

Desideria reía, replicando que no era ningún

mal el que las gallinas hubiesen bebido un poco de sangre; eso las engordaba. Después quiso llevar á la Teuse al lado de la vaca. La criada se resistía.

—Tengo que tocar la campana—dijo.—El entierro va á salir..... ¿estáis?

En aquel instante las voces de la iglesia crecieron, apagándose luego poco á poco con un sonido moribundo. Oyóse un ruido de pasos que avanzaba de una manera gradual.

—No; mira—replicó Desideria, empujando á la Teuse hacia la cuadra.—Es preciso que me digas lo que debo hacer.

La vaca, extendida sobre la paja, volvía la cabeza, siguiendo á la joven con sus grandes ojos. Desideria aseguraba que el animal quería alguna cosa. Acaso podría ayudársela para que sufriera menos. La Teuse se encogió de hombros. «¿Es que los animales no sabían arreglar sus asuntos por sí propios? Era preciso no atormentar á la vaca, y nada más.» Dicho esto, se encaminaba hacia la sacristía, cuando al pasar por delante del sotechado lanzó un nuevo grito.

—¡Aguarda! ¡aguarda!—dijo extendiendo los puños.—¡Ah ladrona!

El cadáver de Mathieu esperaba á ser hecho

cuartos, con el lomo en el suelo y las piernas por el aire. La herida abierta en su garganta por el cuchillo estaba fresca, y la sangre goteaba de ella poco á poco. Una gallina blanca, pequeña, de aspecto delicado, picoteaba una de aquellas gotas.

—¡Qué demonio! se regala—dijo Desideria sencillamente.

Y golpeando con su mano el vientre del cerdo, añadió:

—¡Eh, gordinflón! Tú te has comido muchas veces su sopa, para que te incomodes porque ellas te coman ahora un poco de sangre.

La Teuse se quitó rápidameute el delantal, arrollándolo al cuello de Mathieu, y acto seguido penetró en la iglesia. La puerta grande de ésta dió un crujido sobre sus goznes mohosos; el rumor del canto se extendió por el aire, turbando la tranquilidad del sol. La campana comenzó á sonar con golpes regulares; Desideria, que permanecía arrodillada delante del cerdo, levantó la cabeza, escuchando, sin cesar de sonreir, y al encontrarse sola dirigió una investigadora mirada en rededor suyo y penetró en la cuadra, cerrando la puerta cautelosamente. Iba á dar ayuda á la vaca.

La verja del cementerio, que se había abierto

de par en par para que pasaran los ataúdes, colgaba del muro, medio arrancada. En el campo desierto el sol dormía sobre las hierbas secas. La comitiva penetró en el cementerio salmodiando el último versículo del *Miserere*. Al terminar éste hubo un instante de silencio.

—*Requiem æternam dona ei, Domine*—exclamó el padre Mouret con voz grave.

—*Et lux perpetua luceat ei*—añadió el hermano Archangias con mugido de chantre.

El primero de todos iba Vicente con sobrepelliz, llevando la cruz, una cruz muy grande de cobre medio plateado, que el chico levantaba con sus dos manos á la mayor altura posible. Detrás de él caminaba el padre Mouret con casulla negra, pálido, la cabeza erguida, cantando con un ligero temblor de labios y los ojos puestos muy lejos delante de sí. El cirio encendido que llevaba en la mano apenas si manchaba el día con un resplandor vacilante; á dos pasos de distancia, casi tocándole, seguía el ataud de Albina, que dos labradores conducían sobre unas angarillas pintadas de negro. El ataud, mal cubierto por un paño demasiado corto, enseñaba por los piés las junturas de la madera, sobre las cuales relucían las cabezas de los clavos como chispas de acero. Sobre

el paño, esparcidas aquí y allá, veíanse las flores, puñados de rosas blancas, jacintos y claveles recogidos en la cama de la muerta.

—¡Tened cuidado!—gritó el hermano Archangias á los labriegos, al ver que éstos inclinaban un poco el ataud para que pasara sin tropezar la verja.—¡Vais á tirarlo todo!

Y sostuvo el ataud con sus manos robustas. A falta de un segundo clérigo, llevaba el hisopo, sustituyendo al mismo tiempo al chantre, al guarda de campo, que no había podido venir.

—Entrad vosotros también—añadió volviéndose hacia la verja.

Era otro cortejo; el del hijo de Rosalía, muerto la víspera entre dolorosas convulsiones. Iban con él la madre, el padre, la vieja Brichet, Catalina y dos mozas, la Rousse y Lisa. Las últimas sostenían el ataud del niño cada una por un lado.

De pronto cesaron las voces, restableciéndose el silencio. La campana sonaba siempre, sin apresurarse, de una manera lenta. El cortejo atravesó el cementerio, dirigiéndose al ángulo que formaban la iglesia y la pared del corral. Los saltamontes se alejaron á saltos, los lagartos entraron apresuradamente en sus nidos. Un calor sofocante brotaba de la tierra removida. El ruido de las hierbas

rotas bajo los piés de la comitiva asemejábse á un rumor de suspiros ahogados.

—Estaos ahí—dijo el hermano, deteniendo en el camino á las dos mozas que llevaban el ataud del muchacho. Aguardad vuestro turno. No hay necesidad que os metáis entre nuestras piernas.

Las mozas pusieron al niño en tierra; Rosalía, Fortunato y la Brichet hicieron alto en el centro del cementerio, mientras Catalina seguía cautelosamente al hermano Archangias.

La fosa de Albina se alzaba á la izquierda del sepulcro del padre Caffin. El hoyo preparado, reciente, de por la mañana, abríase entre un manto espeso de hierbas; en el jardín oscilaban los tallos de una planta á medio arrancar; una flor había caído en el fondo de la hoya, tiñendo la negrura de la tierra con sus pétalos rojos. Cuando avanzó el padre Mouret, la tierra cedió bajo sus piés y tuvo que hacerse atrás para no rodar por la abertura de la fosa.

Ego sum..... cantó con voz llena que dominaba los lamentos de la campana.

Durante la oración los concurrentes dirigían miradas furtivas al fondo de aquel agujero vacío. Vicente, que había plantado la cruz encima de la fosa y enfrente del cura, empujaba con el pié los

granos de tierra, cuya caída era para él un entretenimiento, y otro entretenimiento para Catalina, que se apoyaba en el hombro del muchacho con objeto de ver mejor. Los aldeanos habían puesto el ataud sobre la hierba y se estiraban los brazos, mientras el ignorantino preparaba el hisopo.

—¡Aquí, Voriau!—gritó Fortunato.

El perro negro, que había ido á olfatear el ataud, volvió gruñendo en son de amenaza.

—¿Por qué habéis traído al perro?—dijo Rosalía.

—¡Qué demonio! nos ha seguido—repuso Lisa.—¿Qué íbamos á hacer?

Toda aquella gente hablaba por lo bajo en rededor del ataud del niño muerto. El padre y la madre lo olvidaban de cuando en cuando y detenían su conversación cuando lo encontraban allí, entre ellos, á sus piés.

—¿El padre Bambousse no ha querido venir?—preguntó la Rosa.

La Brichet levantó los ojos al cielo.

—Ayer—murmuró—cuando la muerte del niño, hablaba de romperlo todo. No es bueno ese hombre; ya lo he dicho delante de tí, Rosalía..... Ha querido estrangularme diciendo que le había-

mos robado y que hubiera dado uno de sus campos de trigo por que el chico se muriera tres días antes del matrimonio.

—Eso no podía saberse—dijo Fortunato con aire malicioso.

—¡Pues no sé por qué se enfada el viejo!—añadió Rosalía.—Tan casados estábamos entonces como ahora.

Y los dos echaron á reir por encima del ataud, con ojos chispeantes de malicia. Lisa y la Rousse se dieron con el codo, y todos recobraron su seriedad. Fortunato tiraba piedras á Voriau que corría por entre las sepulturas.

—Creo que eso va á concluirse—murmuró la Rosa por lo bajo.

El padre Mouret había terminado el *De profundis* delante de la fosa. Después, acercándose al ataud con paso lento, se detuvo y le miró un instante sin bajar los párpados. Parecía más alto, como transfigurado por la serenidad que brillaba en su rostro. Inclinóse, y recogiendo un puñado de tierra, lo esparció sobre el ataud en forma de cruz, recitando con voz tan clara que ninguna sílaba fué perdida, el versículo

—*Revertitur in terram suam urde erat, et spiritus redit ad Deum qui dedit illum.*

Los concurrentes se estremecieron, y Lisa dijo con aire entre pensativo y enojado:

—No se puede estar alegre cuando se piensa que á una le ha de ocurrir lo mismo.

El hermano Archangias había alargado al sacerdote el hisopo. Éste lo sacudió repetidas veces sobre el cadáver, murmurando:

—*Requiescat in pace.*

Amen—respondieron á un tiempo Vicente y el hermano Archangias, éste con tono tan grave y aquél con acento tan agudo, que Catalina tuvo que meterse los puños en la boca para no estallar en una carcajada.

—No, no tiene nada de divertido—continuó Lisa.....—Y no ha venido nadie al entierro. Sin nosotros el cementerio estaría vacío.

—Dicen que se ha matado—dijo la Brichet.

—Sí, yo estoy enterada de eso—interrumpió la Rosa.—El hermano no quería que se la enterrara cristianamente; pero el señor cura ha respondido que la eternidad es para todo el mundo. Yo estaba allí..... No importa; el filósofo hubiera podido venir.

Rosalía les hizo una seña, murmurando:

—¡Chist! mirad; ahí está el filósofo.

Efectivamente, Jeanbernat entraba en el ce-

menterio, marchando directamente hacia el grupo que se agrupaba en rededor de la fosa; su paso, firme, como siempre, era entonces tan cauteloso, que no hacía ruido alguno. Cuando hubo llegado al borde de la sepultura, permaneció detrás del hermano Archangias, examinándole con ojos tenaces, y en el mismo instante en que el padre Mouret puso término á sus oraciones, sacó tranquilamente un cuchillo de la blusa y abriéndolo cortó de un solo golpe la oreja derecha del hermano.

Nadie tuvo tiempo de intervenir. El hermano lanzó un rugido.

—La izquierda será para otra vez— dijo Jeanbernat con voz apacible, tirando la oreja al suelo.

Y dicho esto, se fué; nadie se ocupó de perseguirle; á tal punto habían quedado todos sorprendidos. El hermano Archangias se arrojó contra el montón de tierra fresca sacado del hoyo, restañándose con un pañuelo la sangre de la herida. Uno de los cuatro enterradores quiso levantarle y conducirle á su casa; pero él, rehusando con un gesto, permaneció allí, feroz, aguardando, queriendo ver bajar á Albina á la fosa.

—Ahora nos toca á nosotros—dijo Rosalía suspirando.

El padre Mouret permanecía delante de la fosa, mirando á los enterradores que ataban con cuerdas el ataud de Albina para hacerlo resbalar suavemente hasta el fondo. La campana sonaba aún; pero la Teuse debía fatigarse, porque los golpes eran más tardos, como si se irritara por la larga duración de la ceremonia. El sol era más fuerte, la sombra del Solitario paseábase lentamente sobre las hierbas que crecían sobre las tumbas. Cuando el padre Mouret retrocedía para ceder la plaza á los enterradores, sus ojos tropezaron con el sepulcro del padre Caffin, aquel cura que había amado y que dormía allí tranquilamente, bajo el perfume de las flores salvajes.

Luego, de pronto, mientras descendía el ataud sujeto por las cuerdas, cuyos nudos hacían crujir la madera, subió del corral un murmullo bullicioso y ensordecedor. La cabra balaba; los patos, los gansos y los pavos mezclaban sus graznidos al batir de sus alas; las gallinas cacareaban al poner los huevos; Alejandro, el gallo sultán, lanzaba su grito vibrante; los conejos hacían sonar sus dientes al roer las tablas de sus compartimientos, y por encima de toda la vida robusta de aquel reducido pueblo de animales percibíase una risa alegre y un roce de faldas. Desideria, despeinada, con los

brazos desnudos hasta el codo y la cara roja de entusiasmo, apareció con las manos apoyadas en el borde de la pared. Debía haberse subido sobre el montón del estercolero.

—¡Sergio! ¡Sergio!—gritó.

En aquel momento el ataud de Albina llegaba al fondo de la fosa. Uno de los aldeanos arrojaba sobre ella la primera paletada de tierra.

—¡Sergio! ¡Sergio!—gritó Desideria palmoteando.—La vaca ha parido un ternero.

FIN DE LA CAIDA DEL P. MOURET.

COMO SE MUERE.

COMO SE MUERE.

I.

El conde de Verteuil tiene cincuenta y cinco años; pertenece á una de las más ilustres familias de Francia y posee una gran fortuna; se ha ocupado mucho de política, ha publicado artículos en periódicos serios, artículos que le dieron entrada en la Academia de Ciencias morales y políticas; se ha mezclado en los negocios públicos, apasionándose sucesivamente de la agricultura, de la industria, de las bellas artes. También ha sido diputado, distinguiéndose por la violencia de su oposición.

La condesa Matilde de Verteuil tiene cuarenta y cinco años y aun se la cita como á la rubia más hermosa de París; parece que la edad ha blanqueado su piel; antes era un poco delgada; al presente sus hombros engrosando han adquirido la

redondez de un fruto maduro. Nunca ha estado más bella. Cuando entra en un solón con sus cabellos de oro y su garganta de estatua parece un astro que nace. Las mujeres de veinte años la tienen envidia.

El matrimonio del Conde y la Condesa es uno de esos matrimonios que no dan lugar á murmuraciones. Se casaron como se casa en el mundo la mayor parte de la gente, y se asegura que han vivido en paz seis años. Durante aquella época tuvieron un hijo, Roger, que es subteniente en la actualidad, y una hija, Blanca, casada el año anterior con Mr. de Busac, importante y conocido personaje. El marido y la mujer se ven retratados en sus hijos. A pesar de su rompimiento permanecen amigos, tratándose con exquisita galantería, en la cual palpita un fondo enorme de egoísmo. Se consultan, están unidos delante del mundo, pero viven completamente separados en sus habitaciones, donde reciben por separado á las personas de su intimidad.

Una noche Matilde vuelve de un baile á las dos de la mañana; su doncella la desnuda, y al retirarse de la alcoba le dice:

—El Sr. Conde se ha puesto algo enfermo esta noche.

La Condesa, medio dormida, vuelve perezosamente la cabeza y murmura:

—¡Ah! ¡ah!

Y añade después, recogiendo el embozo de la sábana:

—Despiértame mañana á las diez; espero á la modista.

Al día siguiente, viendo que el Conde no se presenta en el comedor á la hora del almuerzo, la Condesa pregunta primeramente por el estado de su salud y se decide luego á subir á su cuarto. Encuentra á su marido en la cama, muy pálido, pero muy correcto. Tres médicos se han reunido en consulta, y después de hablar en voz baja y de dictar algunas disposiciones se han retirado, prometiendo volver por la tarde. El enfermo está asistido por dos criados que pasean graves y silenciosos, procurando suprimir el ruido que producen sus pies al apoyarse sobre la alfombra. La habitación, grande y al presente casi falta de luz, ostenta una severidad fría; no hay ni una cortina desarreglada, ni un mueble en desorden. Es aquella la enfermedad digna y grave, la enfermedad ceremoniosa que espera visitas de cumplido.

—¿Estáis enfermo, amigo mío?—pregunta la Condesa al entrar.

El Conde hace un esfuerzo para sonreir y contesta:

—No; es un poco de fatiga nada más. Sólo necesito algún reposo..... Agradezco mucho la molestia que os habéis tomado.

Pasan dos días; la habitación conserva su dignidad de costumbre; todos los objetos están en su sitio; las medicinas desaparecen sin manchar los muebles. Las caras afeitadas de los criados no se permiten expresar ningún sentimiento. El Conde sabe que está en peligro de muerte; ha exigido á los médicos que no le engañen, y les deja hacer á su gusto, sin mostrar inquietud ninguna. Permanece por lo común con los ojos cerrados; en ocasiones mira fijamente enfrente de él como si escudriñara su soledad.

La Condesa dice en el mundo que su marido está enfermo. No ha cambiado su género de vida; come, duerme, se pasea á las horas de costumbre, y dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, sube á la habitación del Conde para enterarse personalmente del estado de su salud.

—¿Qué tal, amigo mío?—le pregunta. ¿Estáis mejor?

—Sí—responde él—mucho mejor; gracias, mi querida Matilde.

—Si queréis, me quedaré á vuestro lado.

—No, es inútil. Tengo bastante con Julián y con Francisco..... ¿Para qué os habéis de fatigar sin motivo?

Los dos se comprenden muy bien; han vivido separados, y separados quieren morir. El Conde experimenta esa alegría amarga del egoísta que desea irse solo, sin tener en torno de su cama las enojosas comedias del dolor. Procura evitar, tanto por él como por la Condesa, el disgusto de la suprema y última entrevista. Su postrera voluntad consiste en desaparecer correctamente como hombre de mundo que no quiere molestar ni reprender á nadie.

Una tarde se siente muy enfermo; comprende que no pasará de la noche, y cuando la Condesa sube para hacerle su acostumbrada visita, le dice, encontrando para ello una última sonrisa:

—No salgáis..... no me encuentro bien.

Quiere evitar á su esposa las murmuraciones del mundo, y ella, agradeciendo la advertencia, la recoge y se instala en la habitación. Los médicos no se separan del agonizante; los criados continúan desempeñando su servicio con la gravedad silenciosa de siempre. Roger y Blanca, los dos hijos, á quienes se ha enviado á buscar, permane-

cen de pie delante del lecho, al lado de su madre. Los demás parientes ocupan un gabinete próximo. Así pasa la noche el enfermo, rodeado de una atención grave; por la mañana se le administran los últimos sacramentos; el Conde comulga delante de todos, para ofrecer este último apoyo á la religión. El ceremonial está cumplido y puede morir.

Pero ni aun en ese instante desfallece; parece que encuentra fuerzas para evitar una muerte vulgarizada por gestos y convulsiones. Su aliento vibra en la severa habitación con el ruido desigual de un reloj que se descompone. El Conde es un hombre que se marcha dignamente, y después de abrazar á su mujer y á sus hijos, se despide de ellos con un gesto, se vuelve de cara á la pared y muere solo.

Entonces uno de los médicos se inclina, cierra los ojos del cadáver y dice á media voz:

—Ya no existe.

Suspiros y lágrimas interrumpen el silencio. La Condesa, Roger y Blanca se han arrodillado, con las manos tan juntas sobre el rostro, que éste no puede vérseles. Después los dos jóvenes apartan de allí á su madre, que al llegar á la puerta hace crujir su pecho con un último sollozo, como si

quisiera probar su desesperación. Desde aquel instante el muerto pertenece á la empresa de pompas fúnebres.

Los médicos se han alejado encogiéndose de hombros, con aspecto un si es no es desolado; háse dado aviso á un cura de la parroquia para que vele el cuerpo. Los dos criados permanecen sentados sobre dos sillas, graves y dignos; llegan por fin al término de aquel servicio enojoso. Uno de ellos distingue una cuchara olvidada encima de un mueble, y se levanta, guardándola vivamente en un bolsillo de su americana, para evitar que se perturbe el orden de la habitación.

Fuera, en el salón grande, escúchase un ruido de martillos; son los tapiceros que transforman aquel lugar en capilla ardiente. La tarde se dedica al embalsamamiento del cadáver; las puertas se cierran, y el embalsamador se queda solo con sus aparatos y colirios. Cuando al día siguiente se expone al Conde en la sala fúnebre, éste se presenta elegantemente vestido y con la faz coloreada por la frescura de la juventud.

El día de los funerales, desde las nueve de la mañana, comienza á llenarse el palacio de un rumor de voces. Los hijos y el yerno del difunto reciben al cortejo en la sala principal, inclinándo-

se ceremoniosamente, mostrando una cortesanía muda de gente afligida. Todas las celebridades están allí representadas: la nobleza, el ejército, la magistratura, sin exceptuar varios senadores y algunos miembros del Instituto.

A las diez emprende la comitiva fúnebre el camino de la iglesia. El ataud, puesto en un carro de primera clase y cubierto de plumas, está adornado por un manto negro con franjas de plata; sostienen las cintas un mariscal de Francia, un duque, antiguo amigo del difunto, un ex ministro un académico. Roger de Verteuil y Mr. de Bussac presiden el duelo. Detrás sigue el cortejo; una masa humana enguantada y vestida de negro; personajes importantes que se fatigan por la rudeza del piso y caminan con el pataleo sordo de un ganado que se desbanda.

El barrio entero está asomado á las ventanas; la gente apiñada en la acera se descubre mirando el cortejo é inclinando la cabeza delante de él. La circulación se interrumpe con motivo de la larga fila formada por los carruajes, vacíos en su mayor parte, que componen el acompañamiento: los ómnibus y los coches se arremolinan en las bocacalles, y se escuchan por todas partes los juramentos de los cocheros y los chasquidos de los látigos.

Durante la ceremonia la Condesa de Verteuil permanece en su casa, encerrada en su habitación, habiendo dado orden de decir que el dolor la tiene enferma. Extendida sobre un canapé, juega con el broche de su cinturón, mirando al techo, silenciosa y grave.

La ceremonia eclesiástica dura próximamente dos horas. Todo el cabildo está en movimiento; desde las primeras horas de la mañana cruzan el templo curas con sobrepelliz que dan órdenes y se enjugan la frente y se suenan con ruido estrepitoso. En el centro de la nave se levanta un alto catafalco vestido de negro. El cortejo se divide al llegar allí, poniéndose los hombres á un lado y las mujeres á otro; los órganos prorrumpen en lamentaciones; los chantres gimen sordamente, los niños de coro estallan en sollozos agudos, mientras en los hachones relucen anchas llamas verdosas que añaden su palidez fúnebre á la pompa de la ceremonia.

—¿No va á cantar Faure?—pregunta un diputado á su vecino.

—Creo que sí—responde éste, un ex prefecto, hombre invencible que sonríe á las señoras que están enfrente de él; y añade por lo bajo cuando la voz del cantante estremece los ámbitos de la iglesia.

—¡Eh! ¡qué método! ¡qué amplitud!

Todos los concurrentes se muestran seducidos por aquella voz. Las señoras, sonriendo casi imperceptiblemente, recuerdan las veladas de la ópera:

—Faure es un verdadero portento.....

Un amigo del difunto llega á decir:

—¡Nunca ha cantado mejor.....! Es una lástima que no pueda oirle el pobre Verteuil: ¡él que gustaba tanto de Faure!

Los chantres, envueltos en capas negras, se pasean alrededor del catafalco. Los curas, en número de veinte, complican el ceremonial, saludando, repitiendo frases latinas, agitando los hisopos. Al fin los concurrentes empiezan á desfilar por delante del ataud; los hisopos se transmiten de uno á otro, y cada uno de los invitados da al pasar un apretón de manos á los individuos de la familia. Un sol espléndido aguarda en la puerta á la comitiva.

Es un hermoso día de Junio, invadido por ondas de luz. El cortejo se apiña delante de la iglesia y tarda algún tiempo en organizarse de nuevo. Los que no quieren ir más lejos, desaparecen. Á doscientos metros, en el extremo de una calle, se distinguen confusamente los plumeros del carro fúnebre que conduce el ataúd, y aun no han podido ponerse en orden los restantes coches.

Escúchase un ruido brusco de portezuelas que se abren y se cierran; los caballos patean sobre el empedrado; los cocheros se ponen en fila, y la comitiva emprende el camino del cementerio.

Reina tal contento en los carruajes, que pudiera creerse que aquello era un grupo del París elegante paseando por el bosque de Bolonia. Como no se distingue el ataud, todos se olvidan del entierro; las conversaciones se suceden y se empeñan; las mujeres hablan de las próximas excursiones veraniegas; los hombres tratan de negocios.

—Decidme, querida, ¿este año váis también á Dieppe?

—Sí, es posible; pero no será hasta principios de Agosto..... Salimos el sábado para nuestra quinta de la Loire.

—Sí, amigo mío; él ha sorprendido la carta y se han batido; pero no ha sido nada; un simple rasguño..... Por la tarde comí con él en el círculo y me ganó veinticinco luises.

—¿No es eso? La reunión de accionistas se verificará pasado mañana..... Quieren nombrarme del Consejo; pero estoy tan ocupado, que acaso no no me sea posible.

Mientras estos diálogos se oyen en los coches, el cortejo atraviesa un paseo de árboles, por entre

cuyas ramas, que esparcen una sombra fresca, se filtran empalidecidos los rayos del sol. En presencia de aquel espectáculo, una señora, algo aturdida, se inclina á una portezuela y exclama:

—¡Oh, qué hermoso es esto!

En aquel momento la comitiva llega al cementerio de Montparnase. Las conversaciones cesan, y sólo se escucha el ruido que producen las ruedas al resbalar por la arena de los paseos. Es necesario llegar hasta el fin: la sepultura de los Verteuil está en el fondo, á la izquierda; es un inmenso mausoleo de mármol blanco, una especie de capilla adornada por artísticas esculturas. Deposítase el ataud frente á la puerta de aquella capilla, y empiezan los discursos.

Estos son cuatro: el ex ministro retrata la vida política del difunto, á quien presenta como un genio modesto que hubiera salvado á Francia de no haber despreciado como despreciaba las intrigas. Después un amigo habla de las virtudes privadas del difunto con tanta elocuencia, que todo el mundo se echa á llorar. En seguida toma la palabra un señor desconocido, como delegado de una sociedad industrial de la que era presidente honorario el Conde de Verteuil; y finalmente, un hombrecillo enjuto pronuncia el discurso por delegación

de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Durante el tiempo que dura esta parte de la ceremonia, los concurrentes examinan las tumbas próximas, leyendo las inscripciones en ellas escritas. Los que prestan oído, sólo consiguen recoger algunas palabras. Un viejo, de labios finos y mordaces, después de oir esta frase: «.....las cualidades del corazón, la generosidad y la nobleza de los grandes caracteres.....», se encoge de hombros y murmura:

—¡Bah! yo le he conocido. Era un perro.

El último adiós se pierde en el aire. Cuando los curas terminan de bendecir el cadáver, el mundo se retira, y sólo quedan en aquel rincón apartado los enterradores que bajan el ataud; las cuerdas gimen sordamente, la madera cruje: el señor Conde de Verteuil está en su casa.

Y la Condesa continúa recostada en el canapé. Nada ha cambiado en ella; sigue jugando con el broche de su cinturón, con los ojos fijos en el techo, perdida en un recuerdo que tiñe poco á poco de rubor las mejillas de aquella hermosa rubia.

II.

Madame Guérard es viuda. Su marido, muerto hace ocho años, era magistrado; pertenece á la alta clase media y posee una fortuna de dos millones: tiene tres hijos, tres varones, cada uno de los cuales ha heredado quinientos mil francos á la muerte de su padre. Pero en estos hijos de aquella familia severa, circunspecta y fría han brotado como retoños salvajes, apetitos y locuras venidos no se sabe de dónde; en el transcurso de algunos años se han comido sus quinientos mil francos. El mayor, Carlos, se ha apasionado por la mecánica, consumiendo su fortuna en perseguir inventos extraordinarios; el segundo, Jorge, se ha dejado devorar por las mujeres; el tercero, Mauricio, ha sido robado por un amigo que le metió en la empresa de construir un teatro. Al presente los tres viven á expensas de su madre, que quiere cuidarles y satisfacerles, pero que lleva siempre con ella, por prudencia, las llaves de los armarios.

Viven todos juntos en una inmensa casa de la calle de Turena, en el Marais. Madame Guérard tiene sesenta y ocho años, y con ellos han venido

numerosas manías: exige en su casa una gravedad y una rigidez conventuales; es avara, cuenta los terrones de azúcar, guarda las botellas del vino, y da los paños y la vajilla paulatinamente, según lo exigen las necesidades del servicio. Sus hijos la quieren mucho, á no dudarlo, y ella tiene sobre todos, á pesar de su mayoría de edad, autoridad absoluta; pero al encontrarse sola con aquellos tres diablos experimenta inquietudes sordas, temiendo á diario peticiones de dinero que no sabría cómo rehusar. Así es que ha procurado invertir su fortuna en bienes inmuebles y posee tres casas en Paris, en los terrenos que se extienden por el lado de Vincennes. Estas propiedades le dan mucho que hacer, pero vive tranquila, porque en ellas encuentra excusa para no dar á sus hijos grandes cantidades de dinero.

Por otra parte, Carlos, Jorge y Mauricio están en su casa el menor espacio de tiempo posible, y cuando esto sucede, se disputan todas las cosas, reprochándose unos á otros su ambicioso carácter. La muerte de su madre ha de enriquecerles otra vez; ellos lo saben, y tienen bastante con este pretexto para no ocuparse de nada. Aunque nunca hablan del asunto, su preocupación continua consiste en saber cómo tendrán que hacerse las par-

ticiones: si no llegan á un acuerdo, habrán de vender sus propiedades, y ésta es siempre una operación ruinosa. Piensan en tales hechos sin ningún mal deseo, únicamente porque es bueno estar prevenidos. Son cariñosos, buenos chicos, de mediana honradez; desean, como todo el mundo, que su madre viva el mayor tiempo posible, no les molesta. Esperan; eso es todo.

Una tarde, al acabar de comer, Mad. Guérard se siente enferma; sus hijos la obligan á acostarse y la dejan acompañada de la doncella, asegurándose antes, por lo que la anciana les dice, de que ésta está mejor y sólo tiene una fuerte jaqueca. Pero al día siguiente el estado de la enferma empeora y el médico de la familia, inquieto, pide una consulta. Mad. Guérard está en inminente peligro. En el espacio de ocho días se representa un drama en torno del lecho de la moribunda.

El primer sueño de ésta, cuando se ha visto detenida en la alcoba por la enfermedad, ha sido hacerse entregar todas las llaves y ocultarlas debajo de la almohada. Quiere todavía gobernarlo todo desde su lecho y proteger los armarios contra el pillaje. En su interior se combaten dudas que la desgarran; no logra decidirse sino después de lar-

gas vacilaciones; sus tres hijos están presentes, y ella los estudia con sus ojos apagados, esperando una inspiración feliz.

Un día es Jorge el inspirador de su confianza; le hace señas de que se aproxime y le dice en voz baja:

—Toma; es la llave del aparador; saca azúcar..... cierra bien y traeme la llave en seguida.

Otro día desconfía de Jorge y le sigue con los ojos como temerosa de verle guardar en sus bolsillos los diversos objetos que adornan la chimenea. Llama á Carlos y le da otra llave, murmurando:

—La doncella irá contigo; obsérvala cuando saque los manteles y cierra después.

Tal es el suplicio de su agonía; no poder vigilar todos los rincones y todos los muebles de la casa. Recuerda las locuras de sus hijos y los contempla perezosos, glotones, con el cráneo cerrado y las manos abiertas. Desde hace mucho tiempo está muy disgustada con ellos, porque no han realizado ninguno de sus deseos, porque turban sus hábitos de economía y rigidez. Sólo su afecto puede encontrar disculpas para el perdón. En el fondo de sus ojos suplicantes se lee claramente que les ruega que esperen para arreglar sus cau-

dales y hacer las particiones, á que ella desaparezca. La partición de los bienes en su presencia sería una tortura para su avaricia espirante.

Carlos, Jorge y Mauricio, por su parte, se muestran muy conmovidos y muy cariñosos; han arreglado las cosas de tal modo, que siempre está uno de ellos al lado de la enferma. En sus menores actos descúbrese una afección sincera; pero, á pesar de ellos, traen al cuarto de su madre los rumores de fuera, el olor de los cigarros que han fumado, el eco de las noticias que circulan por la ciudad; y el egoísmo de la enferma sufre viendo que no lo es todo para sus hijos en su última hora. Cuando habla, sus desconfianzas introducen cierta frialdad entre los jóvenes y ella; si ellos no soñasen con la fortuna que deben heredar, despertaría sus ansias por aquel dinero el afán con que lo defiende su madre, la cual les mira con ojos tan perspicaces, tan llenos de claridad y penetración, que les obliga á volver la cabeza; la anciana piensa que sus hijos aguardan el momento de su agonía, y á la verdad, algo piensan en ella; la trae á su memoria á cada instante la interrogación muda que brilla en la mirada de la enferma; y ésta, comprendiéndolo así, cada vez que sorprende á uno de los jóvenes ocupado en tal idea, le dice:

—Acercáte..... ¿En qué estás pensando?

—En nada, madre.

La enferma le mira, mueve lentamente la cabeza y añade:

—Os doy mucho que hacer, hijos míos. Pero no os atormentéis; esto acabará pronto.

Sus hijos la rodean jurándole que la aman y que están seguros de salvarla. Ella les responde que no con un movimiento de cabeza y se hunde de nuevo en su desconfianza. Es la suya una agonía cruel emponzoñada por el dinero.

La enfermedad dura tres semanas, durante las cuales han tenido efecto cinco consultas y se ha apelado á los conocimientos de todas las celebridades médicas. La doncella ayuda á los hijos en el cuidado de la paciente; á pesar de todas las precauciones échase de ver algún desorden en la habitación. La última esperanza se ha perdido; el médico anuncia que la enferma puede morir de un momento á otro.

Una mañana en que sus hijos la creen dormida, hablan entre ellos cerca de una ventana, á propósito de una dificultad que se ofrece. Es el día 16 de Julio, y la enferma tiene por costumbre extender y cobrar en esa época los recibos de sus casas; los jóvenes están muy preocupados, no sabiendo

de qué forma valerse para hacer entrar aquel dinero en la caja; los porteros piden orden para hacer el cobro; dado el estado de debilidad en que se encuentra la enferma, es completamente imposible hablarle de negocios; y sin embargo, si sobreviene una catástrofe es necesario tener arreglado aquel asunto.

—¡Dios mío!—dice Carlos en voz baja.—Yo iré, si os parece, á presentarme en casa de los inquilinos..... Estos comprenderán la situación y no tendrán inconveniente en pagarme.

A Mauricio y á Jorge no les agrada aquel medio. Ellos también participan respectivamente de la desconfianza de su madre.

—Nosotros podemos acompañarte—dice el primero.—Será conveniente que vayamos los tres.

—Yo traeré el dinero—responde Carlos.—No creo que me creáis capaz de guardarlo para mí solo.

—No; pero bueno es que vayamos todos. Resulta más lógico.

Y se miran con ojos en los que relucen ya los rencores y las iras de la partición. La sucesión está abierta; cada uno quiere asegurarse la mejor parte. Carlos añade, continuando en voz alta las reflexiones que sus hermanos se hacen mentalmente:

—Entendámonos y será mejor..... Si hoy empezamos por querellarnos, vamos á comernos mañana.

Un ruido ligero les obliga á volver la cabeza. Su madre se ha incorporado, pálida, con los ojos desvanecidos y el cuerpo sacudido por un estremecimiento. Les ha oído y extiende hacia ellos los brazos, repitiendo con voz aterradora:

—¡Hijos míos..... hijos míos!.....

Una convulsión la arroja contra la almohada y muere herida por el horrible pensamiento de que sus hijos la roban.

Estos caen aterrados de rodillas delante del lecho. Besan las manos de la muerta y cierran sus párpados sollozando. En aquel instante vuelve á sus corazones toda la ternura de la infancia; pero aquella muerte desesperada permanece en el fondo de ellos como un remordimiento y como una recriminación.

La doncella amortaja el cadáver; se envía á buscar una Hermana de la Caridad para que vele el cuerpo, y durante aquel intervalo los hijos se ponen en movimiento para anunciar el suceso, para redactar las esquelas de defunción, para disponer la ceremonia fúnebre. Por la noche velan al lado de la religiosa, relevándose de tiempo en tiem-

po. En la habitación, cuyos cortinajes se han corrido, permanece la muerta estirada sobre la cama, con la cabeza recta, las manos en cruz y un crucifijo de plata sobre el pecho. Al lado del cadáver brilla un cirio; una rama de boj asoma en el borde de un jarro lleno de agua bendita; la luz palidece ante el resplandor de la mañana, y la religiosa pide un vaso de leche caliente, porque no se encuentra bien del todo.

Una hora antes de la ceremonia la escalera se llena de gente. La puerta central está colgada de paños negros con franjas de plata; allí es donde se ha colocado el féretro como en el fondo de una capilla ardiente, rodeado de luces, cubierto de coronas y de ramos. Toda persona que entra mete la mano en la pila de agua bendita y sacude los dedos sobre el cuerpo. A las once el cortejo se pone en marcha. Los hijos de la difunta presiden el duelo. Detrás de ellos van muchos magistrados, algunos industriales ricos, toda una burguesía grave é importante, que marcha con paso severo, mirando de reojo á los curiosos que contemplan el desfile desde la acera. Detrás del cortejo van doce carruajes enlutados. La gente del barrio los cuenta y habla á propósito de ellos.

Los concurrentes rodean á Carlos, á Jorge y

á Mauricio, que vestidos de luto siguen detrás del ataud con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas. A sus espaldas no se escucha más que este grito: «Entierran á su madre de una manera digna.» El entierro es de tercera clase; los interesados han debido gastar algunos miles de francos. Un notario, ya viejo, dice con sonrisa fina:

—Si Mad. Guérard hubiese pagado por sí misma el entierro, lo menos economiza seis carruajes.

La puerta de la iglesia está colgada; los órgaganos resuenan; la ceremonia está á cargo del párroco. Cuando los concurrentes desfilan por delante del cadáver, se encuentran con los hijos que esperan allí para dar un apretón de manos á las personas que no pueden acompañarles hasta el cementerio. Por espacio de diez minutos permanecen con el brazo extendido, estrechando las manos de gentes que les son desconocidas, apretando los labios, ocultando sus lágrimas. Experimentan un gran consuelo cuando la iglesia se desocupa y pueden volver á continuar su marcha lenta detrás del ataud.

El panteón de la familia Guérard está en el cementerio del Padre Lachaise. Algunas personas siguen á pie, otras suben en los carruajes de duelo.

El cortejo atraviesa la plaza de la Bastilla y sigue por la calle de la Roquette. Los transeuntes levantaban los ojos y se descubrían. Se trata de un entierro de rico que los obreros de aquel barrio populoso miran pasar comiendo salchicha untada sobre un mendrugo de pan.

Una vez llegada al cementerio, la comitiva oblicuó hacia la izquierda, y se encontró pronto delante de la tumba, un mausoleo pequeño, una capilla gótica, en cuyo frontón y esculpidas en negro se leían estas palabras: *Familia Guérard.* La puerta del monumento, colgada de negro y abierta de par en par, permitía ver el ara de un altar cubierto de cirios. Alrededor de este panteón se agrupaban otros parecidos formando calles; diríase que era aquello la liquidación de un mueblista que expone armarios, cómodas y entredoses simultáneamente alineados. Los concurrentes se distraían en el examen de aquella arquitectura, buscando alguna sombra entre los árboles del paseo vecino. Una señora se detuvo para admirar un rosal magnífico, un ramo florido y oloroso que crecía al lado de una tumba.

Un sacerdote dijo delante del ataud las últimas plegarias, mientras los sepultureros, vestidos de azul, aguardaban su turno. Los hijos de la difunta

sollozaban, con los ojos clavados en el agujero obscuro que se había descubierto al levantar la losa. Allí, bajo aquella sombra fresca, vendrían ellos también á dormir su último sueño. Los amigos les arrancaron de aquel sitio al acercarse los enterradores.

Dos días después discutían frente al notario de su madre con los dientes apretados y los ojos secos, mirándose como enemigos implacables, dispuestos á no ceder en sus derechos ni un céntimo siquiera. Su interés consiste en esperar, en no vender sus propiedades; pero ellos, sin pensar en tal cosa, se arrojan en rostro verdades como puños: Carlos se lo comería todo con sus inventos; Jorge se dejaría desplumar por alguna mujer; Mauricio sería capaz de meterse de nuevo en otra loca especulación que destruiría sus capitales. Son inútiles todos los esfuerzos del notario para hacerles llegar á un convenio amistoso. Se separan amenazándose con un pleito.

La muerta se levanta entre ellos con sus avaricias y temores de ser robada. Cuando el dinero emponzoña la muerte, de la muerte no sale más que una cosa: la cólera.

III.

Mr. Rousseau se ha casado á los veinticinco años con una huérfana, Adela Lemercier, que tiene diez y ocho. Poseían setenta francos entre los dos el día de su matrimonio. Al principio vendieron papel de cartas, sobres y lapiceros en el hueco de una puerta cochera. Después encontraron un refugio, una tiendecilla tan grande como la palma de la mano, en la cual permanecieron diez años, engrandeciendo su comercio poco á poco. Al presente poseen en la calle de Clichy un almacén de papel que bien puede valer cincuenta mil francos.

Adela no disfruta de mucha salud; está tosiendo siempre; el aire enfermizo de la tienda, la inmovilidad propia del mostrador, no le sientan bien. Un médico á quien han consultado sobre el asunto, les ha aconsejado el reposo y los paseos en primavera; pero son éstos consejos que no pueden seguirse, porque es necesario trabajar y dar aumento á sus escasas rentas para poder comérselas en paz. Adela dice que ya se repondrá y dará paseos más tarde, cuando hecho su negocio y vendido su almacén puedan retirarse á una capital de provincia.

Mr. Rousseau se inquieta mucho los días en que la encuentra pálida con las mejillas cubiertas de chapas rojizas. Si no le absorbieran los oficios de su industria, no haría otra cosa más que estar detrás de ella prohibiéndole que cometiera imprudencias; pero se le pasan semanas enteras sin hallar un momento hábil para ocuparse de la salud de su mujer. Un dia la encuentra muy delgada y se enfada con ella y la obliga á ponerse el abrigo y dar un paseo por los Campos Elíseos; Adela vuelve muy fatigada, tosiendo siempre; las ocupaciones del comercio vuelven á dominar á Mr. Rousseau; y se olvida por completo de la enfermedad hasta que sobreviene otra crisis. Así es el comercio; se vive y muere en él sin tener tiempo para ocuparse en otra cosa.

Cierto día Mr. Rousseau llama aparte al médico, preguntando si su mujer está de verdadero peligro. El médico empieza manifestando que debe confiarse en la naturaleza, que él ha visto personas mucho más enfermas restablecerse por completo. Después, abrumado á preguntas, confiesa que Mad. Rousseau está tísica y en un grado bastante avanzado. El marido se pone pálido al oir esto. Ama á Adela por el enorme esfuerzo que han hecho juntos antes de comer pan blanco todos

los días; con ella no tiene solamente una mujer, sino un asociado de cuya actividad é inteligencia necesita mucho. Si la pierde, será lastimado á un tiempo mismo en sus sentimientos y en su comercio. Sin embargo, le es preciso tener valor, y no puede cerrar la tienda para llorar á sus anchas; procura, por el contrario, no descubrir nada, para que Adela no se entere, y sigue, sin interrumpirla, su existencia diaria. Al cabo de un mes, cuando le invaden pensamientos tristes, imagina que los médicos han padecido una equivocación dichosa; su mujer no tiene aspecto de enferma. Y pensando en esto, la ve morir poco á poco, sin padecer, distraído por sus ocupaciones, aguardando una catástrofe, pero fijándola para un porvenir ilimitado.

Adela murmura algunas veces:

—¡Verás qué buena me pongo cuando estemos juntos en el campo! Y sólo debemos esperar ocho años. Eso pasa pronto.

Mr. Rousseau no piensa en que les era posible retirarse en seguida con las economías que ya poseen. Adela no querría tampoco. Cuando se ha fijado una cifra, debe esperarse.

Mad. Rousseau ha estado ya dos veces en cama, pero se ha levantado pronto, volviendo á su escritorio. Los vecinos dicen de ella: «Es una mujer que

no irá muy lejos.» Y no se equivocan. En el momento preciso del inventario Adela se ve obligada á guardar cama por tercera vez. El médico viene por la mañana y habla con ella, firmando distraídamente una receta. Mr. Rousseau está prevenido; sabe que el instante fatal se aproxima. Pero el inventario le obliga á permanecer abajo, en la tienda; apenas si de vez en cuando puede aprovecharse de cinco minutos para subir. Sube cuando viene el médico; luego se retira con él y aparece momentos antes de almorzar; se acuesta á las once en el fondo de un gabinete donde ha hecho tender unos colchones. Francisca es quien cuida de la enferma; Francisca, una muchachona robusta, una auvernesa de gestos brutales, de una cortesía y de una corrección dudosas. Sacude á la moribunda; le lleva la medicina con aire furioso; hace un ruido insufrible al arreglar la habitación, lo cual no impide para que la deje en completo desorden; las redomas se esparcen á capricho sobre la cómoda; las cubetas no están limpias nunca, los paños cuelgan del respaldo de las sillas, el suelo está tan sucio, que es imposible poner los piés en él sin mancharse. Mad. Rousseau no se aflige ni se incomoda, contentándose con golpear en la pared cuando la criada no quiere responderle. Francisca

no puede ocuparse de ella; hace falta en la tienda para tenerla limpia; tiene que arreglar la comida para el amo y para los dependientes, sin contar con los recados que hay que hacer en el barrio y otras necesidades imprevistas. Así es que la señora no puede exigirle que esté siempre á su lado. Ya la cuida cuando tiene tiempo.

Adela no deja de ocuparse de su comercio por estar en cama. Sigue las peripecias de la venta, preguntando todos los días cómo marcha el negocio. El inventario la inquieta mucho. Cuando su marido tiene algunos momentos para estar á su lado, ella los aprovecha en hablarle de los beneficios probables, sin ocuparse mucho de su salud. Experimenta un grave disgusto al saber que el año ha sido mediano, acusando 1.400 francos de ganancia menos que el año antecedente. Aunque la fiebre la abrasa, obligándola á recostarse sobre la almohada, recuerda los encargos de la semana anterior, arregla las cuentas y dirige la casa. Ella es quien hace bajar á su marido, si éste se detiene en la habitación más tiempo del acostumbrado; su estancia allí no puede mejorarla, y en cambio le hace descuidar los negocios. Está segura de que los dependientes no harían cosa de provecho, y repite á su marido:

—Baja, amigo mío; no necesito nada, te lo aseguro. No te olvides de proveerte de cuadernos de apuntes, porque las clases empiezan pronto y tendremos muchos pedidos. Procura que no falten.

Durante mucho tiempo vive engañada acerca de su verdadero estado. Espera todos los días levantarse al siguiente y volver á ocupar su puesto en el escritorio. Combina proyectos: en cuanto pueda levantarse irán juntos á pasar un domingo en Saint-Cloud. Nunca ha experimentado tantos deseos de ver los árboles. De pronto, una mañana se siente muy grave. Por la noche, sola, en su habitación, comprende que va á morir. Hasta por la tarde no dice nada; reflexiona con los ojos clavados en el techo, y por la tarde detiene á su marido y le habla tranquilamente como si tratase de una factura.

—Escucha—le dice;—mañana irás á buscar un notario. Aquí cerca, en la calle de Saint-Lazare, hay uno.

—¿Para qué?—exclamó Mr. Rousseau.—No estamos en ese caso.

—Es posible; pero me tranquilizará saber que todos nuestros asuntos están arreglados..... Nos hemos casado bajo el régimen de la comunidad de bienes, cuando ni el uno ni el otro teníamos nada.

Hoy que hemos ganado algún dinero, no quiero que mi familia venga á despojarte..... Mi hermana Ágata no tiene nada de agradable para que yo le deje nada. Antes que eso, preferiría llevármelo todo conmigo.

Sigue así, diciendo á su marido que es preciso que vaya á buscar al notario al día siguiente. Insiste sobre el último punto de su conversación, deseando que se tomen bien todas las precauciones para que no haya ningún entorpecimiento.

Terminado que es el testamento, cuando el notario se retira, Adela se muestra muy satisfecha y murmura:

—Ahora moriré contenta..... Tenía muchos deseos de ir al campo, pero irás tú..... Prométeme que te retirarás al sitio que habíamos escogido los dos, ya sabes, la aldea donde nació tu madre, cerca de Melun. Eso me complacerá.

Mr. Rousseau llora copiosamente. Su mujer le consuela dándole excelentes consejos. Si le entristece estar solo, tiene derecho á casarse otra vez; sólo que deberá escoger una esposa de alguna edad, porque las muchachas jóvenes que se casan con viejos se casan por el interés. Llega hasta indicarle á una señora que ella conoce, la cual será muy feliz si él se decide.

Aquella misma noche comienza la agonía, una agonía dolorosa; la enferma se ahoga y pide aire. Francisca se ha dormido sobre una silla. Monsieur Rousseau, de pie delante de la cabecera de la cama, no hace más que estrechar entre las suyas la mano de la moribunda, para decirle que está allí, que no se apartará de ella. Por la mañana se inicia de pronto una notable mejoría. Mad. Rousseau está muy pálida, con los ojos cerrados, respirando tranquilamente. Su marido cree que puede bajar con Francisca á abrir la tienda. Cuando sube, encuentra á su mujer muy pálida, conservando la misma actitud de antes; únicamente los ojos se han abierto. Está muerta.

Mr. Rousseau no se da cuenta del suceso hasta que pasa algún tiempo; no llora; el estupor le ha vuelto insensible. Baja, mira á Francisca, corre los tableros de la tienda, escribe él mismo sobre una hoja de papel: *Cerrado por defunción*, y coloca ésta en el tablero del centro, sujeta por cuatro migas de pan mascado. Arriba se emplea toda la mañana en limpiar y disponer la habitación. Francisca pasa una escoba por el suelo, hace desaparecer los estorbos, coloca cerca de la muerta un cirio y una pila de agua bendita; se espera á Ágata, hermana de la difunta; la tal Ágata tiene

una lengua de escorpión, y la criada no quiere que pueda acusarla de tener sucia la casa. Mr. Rousseau ha enviado á uno de sus dependientes para que cumpla con las formalidades necesarias. Va en persona á la iglesia y discute con amplitud la tarifa de los cortejos. No porque esté apesadumbrado ha de dejarse robar como un tonto. Amaba mucho á su esposa, y está seguro de que si ella le viera en aquel instante discutiendo con los curas el precio de las pompas fúnebres, se mostraría muy satisfecha; sin embargo, quiere, para que el barrio no murmure, que el entierro sea decente. Al fin logra ponerse de acuerdo con todos; dará 160 francos á la iglesia y 300 á la empresa de pompas fúnebres. A su juicio, contando los gastos imprevistos, el entierro no le bajará de 500 francos.

Cuando Mr. Rousseau entra en su casa, distingue á su cuñada Ágata que se ha instalado cerca de la muerta. Ágata es una persona alta, seca, de ojos pequeños y labios amoratados y fruncidos. Hacía tres años que por efecto de un disgusto no se veían. Delante de la muerte concluyen todas las querellas. Mr. Rousseau, que no ha podido llorar durante la mañana, solloza al presente al contemplar á su pobre mujer pálida y flaca, con la nariz

afilada y el rostro tan disminuído, que le cuesta trabajo reconocerla. Ágata permanece con los ojos enjutos, se ha posesionado del mejor sillón y pasea tranquilamente sus miradas por todo el cuarto como si estuviera haciendo inventario minucioso de cuantos muebles lo decoran. Aun no ha mentado la cuestión de intereses; pero es indudable que se encuentra ansiosa y debe preguntarse interiormente si existe algún testamento.

La mañana de las exequias, en el momento en que debe empezar la misa de *Requiem*, se advierte que la empresa de pompas fúnebres se ha equivocado mandando un ataud demasiado corto. Los enterradores necesitan ir á buscar otro. Mientras el carro fúnebre espera á la puerta, el barrio se pone en revolución, lo cual es un nuevo tormento para Mr. Rousseau. ¡Si el detenerla más tiempo pudiera resucitar á su mujer! Al fin bajan á la pobre Mad. Rousseau, y el ataud es expuesto durante diez minutos bajo la puerta, que se halla tapizada de negro. Un centenar de personas espera en la calle: son comerciantes del barrio, inquilinos de la casa, amigos particulares y algunos obreros con gabán. La comitiva se pone en marcha. Monsieur Rousseau preside el duelo.

Los vecinos hacen rápidamente el signo de la

cruz y hablan en voz baja al paso del cortejo: «Es la papelista ¿verdad? una mujer pequeña, amarilla, que no tenía más que piel y huesos. ¡Vaya! ¡mejor estará comiendo tierra! No era nada envidiable su vida; ¡como la de todos los comerciantes; siempre detrás del mostrador para proporcionarse un día de placer cuando sean viejos!» Las vecinas encuentran muy bien á Mr. Rousseau, que marcha detrás del ataud, pálido, solo, con la cabeza descubierta y los escasos cabellos esparcidos al viento.

La ceremonia de la iglesia se termina en cuarenta minutos. Ágata, que se ha sentado en primer término, parece contar los cirios encendidos. Sin duda piensa en que su cuñado hubiera podido ser menos ostentoso, porque, naturalmente, si no hay testamento y ella hereda la mitad de la fortuna, tendrá que pagar también la mitad del entierro. Los curas pronuncian la última oración; el hisopo pasa de mano en mano, y la gente sale del templo. Casi todo el mundo se va. Se hacen avanzar los tres carruajes de duelo, en los cuales suben las señoras. Detrás del ataud sólo quedan Mr. Rousseau, siempre descubierto, y una treintena de personas; los amigos que no pueden esquivarse. El ataud está sencillamente adornado por un paño

negro con franjas blancas. Los conductores se descubren y echan á andar de prisa.

Como Mr. Rousseau no posee un panteón de familia, ha tomado sencillamente una concesión por cinco años en el cementerio de Montmartre, prometiéndose obtener más tarde una tumba á perpetuidad y exhumar á su esposa para colocarla allí de una manera definitiva.

El cortejo se detiene un instante al extremo de un paseo, y el ataud es conducido á brazo por en medio de tumbas pequeñas hasta una fosa abierta en la tierra removida. Los invitados se agitan silenciosamente. El sacerdote se retira después de haber mascullado veinte frases latinas. Por todas partes se extienden jardinillos cerrados por verjas, sepulturas plantadas de margaritas y de siempreviva; en medio de aquella verdura resaltan las losas como cuadros blancos y alegres. Mr. Rousseau se sorprende mucho á la vista de un mausoleo compuesto de una columnita que sostiene la urna simbólica. Un marmolista ha estado mareándole toda la mañana con sus planos, y ahora piensa el viudo que cuando obtenga una concesión á perpetuidad hará poner sobre la tumba de su mujer una cosa por el estilo de aquélla.

Agata le aparta de allí, y al volver á la tienda

se decide á hablarle de intereses. Cuando sabe que existe un testamento, se levanta furiosa y se va, dando un fuerte portazo. No volverá á poner los pies en aquella zahurda. Mr. Rousseau experimenta un pesar que le hace muy infeliz; pero lo que sobre todo le entristece, lo que le hace permanecer con la cabeza perdida y los miembros inquietos, es pensar que el almacén tiene que estar cerrado tres días.

IV.

El mes de Febrero ha sido muy duro; ni trabajo, ni pan, ni fuego en la casa. Los Morisseau están en la miseria. La mujer es lavandera, el marido albañil. Viven en Batignolles, calle de Cardinet, en una casa negra, la peor del barrio; su habitación está en el quinto piso, y es tan vieja, que la lluvia entra por las rendijas del techo. No sufrirían tanto si su pequeño Carlos, un muchacho de diez años, no estuviera necesitado de una atención cuidadosa para hacerse hombre.

El niño es muy débil; el menor esfuerzo le perjudica; cuando iba á la escuela, si se aplicaba queriendo aprender las cosas muy de prisa, se ponía

enfermo. Era muy inteligente, un chico muy gracioso, que tenía conversaciones impropias de su edad. Los días en que sus padres no encontraban pan para dárselo, lloraban como idiotas.

El hielo se congela en las calles. El padre ha encontrado una ocupación: parte el hielo á mazazos, y su trabajo le proporciona cuarenta sueldos. Mientras las obras vuelven á empezarse, gana lo bastante para no morir de hambre.

Cierto día, cuando el hombre vuelve á su casa, encuentra á Carlos acostado. La madre no sabe lo que tiene su hijo. Le había enviado á Courcelles, á casa de su tía la prendera, para ver si encontraba en casa de ésta un vestido más caliente que su blusa, dentro de la cual tiritaba. La tía no tenía más que gabanes viejos demasiado largos, y el pequeño volvió temblando, con aire de ebrio, como si estuviera bebido. Al presente permanece con la cabeza apoyada contra la almohada; está muy encendido, y delira creyendo que juega al billar y entona canciones.

La madre ha colgado un mantón viejo delante de la ventana para tapar un vidrio roto; sólo quedan al descubierto dos vidrios de arriba, por entre los cuales pasa el gris lívido del cielo. La miseria ha desocupado la cómoda; toda la ropa

blanca está en el Monte de Piedad. Una tarde se vendieron la mesa y dos sillas. Carlos se acostaba en el suelo, pero desde que está enfermo se le ha puesto en la cama, á pesar de lo que sigue bastante molesto, porque la lana de los colchones se ha ido llevando, puñado tras puñado, á casa de un tratante que daba por ellos cuatro ó cinco sueldos. El padre y la madre se acuestan ahora en un rincón, sobre un montón de paja que los perros rechazarían.

Los dos miran á Carlos que salta sobre la cama. ¿Qué tendrá el pobrecillo para estar así? Puede ser que le haya mordido algún animal ó que le hayan dado á beber alguna cosa mala. Una vecina, Mad. Bonnet, entra, y después de haber examinado al chico, dice que tiene una pulmonía. Ella conoce estas dolencias; su marido murió de una muy parecida.

La madre llora, estrechando á Carlos entre sus brazos. El padre sale corriendo como un loco á buscar un médico, y vuelve con uno muy alto, de aire importante, el cual ausculta al muchacho y le examina el pecho y la espalda sin decir una palabra. Cuando se retira sin salir de su mutismo, la madre le interroga llena de ansiedad:

—Señor, ¿qué tiene?

—Una pleuresia—responde el médico brevemente, sin darle más explicaciones.

Y pregunta después:

—¿Estáis inscritos en los socorros de beneficencia?

—No, señor..... Este verano estábamos bastante bien, podíamos vivir..... El invierno nos ha matado.

—Tanto peor, tanto peor.

Promete volver pronto. Madame Bonnet presta á las padres veinte sueldos para ir á buscar una medicina. Con los cuarenta sueldos de Morisseau se han comprado dos libras de carne, carbón y aceite. Aquella noche se pasa bastante bien; el fuego les da fuerza; el enfermo, adormecido por el calor, no se queja, pero sus manos arden; al verle amodorrado por la fiebre, sus padres se tranquilizan, y al día siguiente se muestran desesperados, llenos de espanto, cuando el médico, inclinando la cabeza por encima de la cama, se encoge de hombros con el desaliento del hombre que no tiene ninguna esperanza.

Todo sigue lo mismo durante cinco días. Carlos continúa durmiendo sobre la almohada. La miseria, que aumenta por instantes, parece entrar en la habitación con el viento que atraviesa los agujeros

de la puerta y de la ventana. El segundo día de enfermedad se ha vendido la camisa de la madre; el tercero ha sido preciso sacar del colchón algunos puñados de lana para pagar la botica. Luego han faltado todos los recursos, no tienen nada.

Morisseau sigue partiendo el hielo, pero los cuarenta sueldos no bastan. Como aquel frío riguroso puede matar á Carlos, el hombre suspira por el deshielo, que ha de dejarle sin comer. Cuando se dirige al trabajo, se pone muy alegre, al ver las calles blancas todavía; pero al pensar en el niño que agoniza en el quinto piso, pide al cielo un rayo de sol, un ambiente de primavera que haga desaparecer la niebla. Si estuvieran inscritos en los socorros de beneficencia, tendrían médico y botica de balde. La madre se ha presentado al alcalde, pero éste le ha respondido que como las demandas eran muy numerosas le sería necesario esperar. Al fin ha obtenido algunos bonos de pan; una dama caritativa le ha dado cinco francos. Después ha vuelto la miseria.

El quinto día Morisseau trae su última pieza de cuarenta sueldos. El deshielo, aquel deshielo por él solicitado, ha venido, y con él el término de todo; el hogar está frío, el pan falta; no puede bajarse á la botica con las recetas. En la habitación,

mojada por la humedad, el padre y la madre tiritan enfrente del muchacho que abrasa. Madame Bonnet no entra á verlos, porque es muy sensible y aquel espectáculo la apena mucho. Los vecinos de la casa pasan muy de prisa por delante de la puerta. La madre, prorrumpiendo en sollozos, se arroja de tiempo en tiempo sobre la cama, abrazando al niño como si quisiera abrigarle y curarle con su cuerpo. El padre permanece horas enteras frente á la ventana, como un imbécil, levantando el mantón viejo puesto delante de los vidrios, mirando el deshielo que corre como un arroyo y cae desde las tejas en anchas gotas que ennegrecen la calle. Puede que aquello siente bien á Carlos.

Una mañana el médico declara que no volverá más. El niño está perdido.

—Este tiempo tan húmedo ha acabado con él— añade.

El padre enseña al cielo el puño cerrado. ¡Todos los tiempos son buenos para matar á la gente! Si hiela, no es bueno; si deshiela, es peor. Si su mujer quisiera, encenderían un hornillo de carbón y morirían todos juntos. Era el modo de irse más pronto.

La madre ha vuelto á recurrir al alcalde; éste le ha prometido enviarles socorros, y esperan. ¡Qué

día tan horrible! Una obscuridad fría cae del techo; la lluvia penetra por un agujero; es preciso poner un barreño debajo para recoger las gotas. No han comido nada desde la víspera; el enfermo sólo ha tomado una taza de tisana que ha subido el portero. El padre, sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, permanece estúpido, con el oído atento. Al menor ruido de pasos la madre se dirige á la puerta creyendo que vienen los prometidos socorros; son las seis y no ha venido nadie. El crepúsculo aparece rojizo, lento y siniestro como una agonía.

Al llegar la noche, Carlos prorrumpe en estas palabras entrecortados.

—Mamá..... Mamá.....

La madre se aproxima, recibiendo en el rostro el aliento de una respiración fuerte. No escucha nada, distingue vagamente al niño, con la cabeza vuelta y el cuello encogido y grita, enloquecida, suplicante:

—¡Luz! ¡pronto! ¡luz!..... Carlos, hijo mío, háblame.

Pero no tienen luz, y en su desesperación, la madre al restregar los fósforos los rompe entre sus dedos. Entonces palpa con sus manos temblorosas la cara del niño.

—¡Ay Dios mío! ¡Está muerto!..... Dime, Morisseau, ¿está muerto?

El padre levanta la cabeza, que se destaca como una sombra en las tinieblas.

—Y bien, ¿qué quieres? Está muerto..... Mejor para él.

Al oir los sollozos de la madre, Mad. Bonnet se decide á entrar con una lámpara. Cuando las dos mujeres se disponen á arreglar á Carlos, llaman á la puerta. Son los socorros que llegan; diez francos, bonos de pan y de carne. Morisseau dice, riendo con aire estúpido, que la sociedad de socorros llega tarde siempre.

—¡Pobre cadáver el del niño, delgado, ligero como una pluma! Un gorrión muerto en la nieve y recogido en la calle no hubiera hecho sobre el colchón mayor hoyo que él.

Madame Bonnet, que se ha vuelto muy complaciente, dice á los padres que no conseguirán resucitar á Cárlos por permanecer inmóviles delante del lecho. Ella misma se ofrece á ir á buscar pan y carne, añadiendo que de paso traerá luz. Los otros la dejan hacer. Cuando vuelve, pone sobre la mesa una ristra de salchichas calientes, y los Morisseau, hambrientos, comen ansiosamente al lado del muerto, cuya figurita pálida se destaca en

las sombras. El hornillo arde; se está muy bien. Los ojos de la madre se humedecen por instantes; sus lágrimas caen sobre el pan. ¡Qué calentito estaría Cárlos! ¡Con qué gusto se comería la salchicha!

Madame Bonnet se ha empeñado en velar el cadáver. A la hora, cuando Morisseau ha terminado por dormirse apoyando la cabeza en la cama, las dos mujeres hacen café. Otra vecina, una costurera de diez y ocho años, es invitada por ellas y trae un poco de aguardiente en una botella para pagar su escote. Las tres mujeres toman el café á sorbos lentos, hablando por lo bajo, contándose historias de muertes extraordinarias: poco á poco las voces se elevan y las conversaciones toman otro camino: hablan de la casa, del barrio, de un crimen que se ha cometido en la calle Nollet. De vez en cuando la madre se levanta para mirar á Carlos, como si quisiera asegurarse de que éste no se mueve.

Como no se ha declarado la muerte hasta por la noche, tienen que aguardar todo el día. No poseen más que una habitación y viven con el cadáver de Carlos; comen y duermen con él. Algunas veces le olvidan; cuando vuelven á encontrarle, sienten algo así como si le perdieran otra vez más.

Al fin viene el ataud, un poco más grande que una caja de juguetes; cuatro maderas mal unidas, arregladas gratuitamente por la administración en vista del certificado de indigencia. Y ¡en marcha! se dirigen á la iglesia corriendo. Detrás de Carlos van su padre y algunos camaradas que éste ha encontrado en el camino; siguen después la madre, Mad. Bonnet y la otra vecina, la costurera. Todos se meten en el barro hasta media pierna. No llueve, pero el suelo está tan mojado, que los vestidos chorrean. La ceremonia eclesiástica termina pronto, y el cortejo vuelve á emprender su marcha.

El cementerio está en el infierno, más allá de las fortificaciones. Bajan por la avenida de Saint-Ouen, pasan la barrera y llegan al fin. Es un terreno inmenso, árido, rodeado de paredes blancas. Las hierbas nacen allí; la tierra removida forma montecillos obscuros; en el fondo, una línea de árboles raquíticos levanta al cielo sus brazos negros.

El cortejo avanza lentamente sobre la tierra mojada. Llueve. Es preciso aguardar á la puerta al cura, que al fin se decide á salir de la capilla. Carlos va á dormir en el fondo de la fosa común. El campo está sembrado de cruces arran-

cadas por el viento, de coronas podridas por la lluvia; es aquel un campo de duelo y de miseria, devastado, horrible, como si alimentara sus escombros con el sudor de los hombres que mueren de hambre y de frío en medio de las calles.

La ceremonia termina; la tierra cae; Carlos está en el fondo del agujero y los padres se van sin arrodillarse sobre aquel suelo removido y húmedo. Como sigue lloviendo, Morisseau, á quien aun quedan tres francos de los socorros de la beneficencia, invita á sus camaradas y á las vecinas á tomar alguna cosa en un establecimiento de vinos. Se admite el proyecto, y beben un par de litros y comen un pedazo de queso de Brie. Después los camaradas pagan otras rondas. Cuando la reunión entra en París, está muy alegre.

V.

Juan Luis Lacour tiene sesenta años. Ha nacido en la Courteille, una aldea de ciento cincuenta vecinos, perdida en un país de lobos. Sólo una vez en su vida ha ido á Angers, que dista quince leguas de allí; pero era tan joven entonces, que no se acuerda ya. Tiene tres hijos, dos varones, An-

tonio y José, y una hembra, Catalina. Ésta se casó; después, á la muerte de su marido, volvió á casa de su padre con un pequeño de doce años, Jacobo. La familia posee cinco ó seis fanegas de tierra, lo suficiente para comer un poco de pan y vestirse. Cuando beben un vaso de vino, pueden decir que lo han sudado.

La Courteille está en el fondo de un valle, rodeada por todas partes de bosques que la envuelven y la ocultan. No tiene cura; el municipio es muy pobre. El cura de Comiers es el encargado de decir la misa, y como hay desde uno al otro punto seis leguas largas, no viene más que cada quince días. Las casas, una veintena de casuchas viejas, se extienden á lo largo de la carretera. Las gallinas se pasean por delante de las puertas. Cuando pasa un forastero, las mujeres alargan la cabeza, mientras los muchachos que se arrastran por el suelo corren á ocultarse, mezclándose con las bandadas de patos asustados.

Juan Luis no ha estado enfermo nunca. Es alto y fuerte como un roble. El sol le ha secado, curtiendo y endureciendo su piel, y ha adquirido el color, la rudeza y la calma de los árboles. Al envejecer se ha quedado mudo. No habla porque lo juzga completamente inútil. Camina siempre con

paso lento y firme, con la fuerza pasiva de los bueyes.

El año anterior estaba todavía más fuerte que sus hijos, reservándose para él las tareas de su campo que parecía conocerle y temblar. Pero un día, hace dos meses, sus miembros han cedido de un golpe; ha permanecido dos horas sobre una piedra como un tronco que cae. Al día siguiente ha querido volver al trabajo; pero sus brazos estaban débiles, la tierra no le obedecía ya. Sus hijos bajan la cabeza. Catalina trata de detenerle en la casa. Él se obstina, y le hacen acompañar por Jacobo, para que el muchacho los llame si el abuelo se cae.

—¿Qué haces ahí, perezoso?— pregunta Juan Luis al muchacho, que no se aparta de él.—A tus años yo ganaba ya mi pan.

—Os guardo, abuelo—responde el muchacho.

Esta palabra estremece al viejo. No dice nada. Por la tarde se acuesta y no vuelve á levantarse. Al día siguiente los hijos y la hija, antes de ir al campo, entran á ver á su padre, que no se mueve; lo encuentran extendido sobre la cama, con los ojos abiertos y el aspecto pensativo. Tiene la piel tan dura y tan curtida, que no puede distinguírsele la enfermedad por el color.

—¿Qué, padre, no venís?

El viejo gruñe y dice que no con la cabeza.

—¡Cómo! ¿no venís? ¿nos vamos sin vos?

Él les hace señal de que se vayan solos. Ha comenzado la siega y son necesarios todos los brazos; es posible que si desperdiciaran una mañana, una tormenta brusca se llevara los hatos de trigo. Jacobo mismo debería acompañar á sus tíos y su madre. El abuelo se queda solo. Por la tarde, al volver sus hijos, le encuentran del mismo modo, echado á la larga, con los ojos abiertos y el aire pensativo.

—¿No estáis mejor, padre?

—No, no estoy mejor—responde éste gruñendo y meneando la cabeza.

Todos piensan en buscarle algún remedio; Catalina prepara vino hervido con hierbas, pero esto es demasiado fuerte y puede matarle. José dice que al día siguiente se verá lo que deben hacer, y todos se acuestan.

Al día siguiente, antes de salir para la siega, los hijos permanecen un momento delante del lecho. No cabe duda, el viejo está enfermo. Nunca ha permanecido tanto tiempo acostado. Acaso sería conveniente llamar al médico. Lo malo es que hay que ir á buscarlo á Rougemont, seis leguas

de ida y seis de vuelta, doce leguas, un día perdido. El viejo, que escucha la conversación de sus hijos, se agita y parece enfadado. No necesita del médico absolutamente para nada.

—¿No queréis?—pregunta Antonio.—Entonces, ¿debemos ir á trabajar?

Sin duda que deben ir á trabajar, así lo dice el viejo; ningún beneficio le reportan con estar á su lado. La tierra tiene más necesidad de sus brazos que él. Así pasan tres días; la familia va todas las mañanas al campo. Juan Luis no se queja, permanece solo, y bebe agua en una jarra cuando tiene sed. Parécese á uno de esos caballos que se mueren de vejez y de fatiga, olvidados en un rincón. Una mirada por la mañana, una mirada por la noche, y nada más. Si el padre se levanta por sí mismo, es prueba de que tiene una constitución muy robusta; si se muere, es porque tenía la muerte en el cuerpo, y todo el mundo sabe que cuando se tiene la muerte en el cuerpo, nadie puede evitarla, ni la señal de la cruz, ni los médicos.

Juan Luis interroga á sus hijos, cuando éstos vienen por la noche, acerca del estado de la siega. Cuando los oye contar los hatos y felicitarse por el buen tiempo que les favorece, se le alegran las pupilas. Vuelve á hablarse otra vez de llamar al

médico; pero el viejo se enfada tanto, que desisten por temor de que se muera si le contrarían. No permite que se llame más que al guarda campestre, antiguo amigo suyo. El tío Nicolás es mayor que Juan Luis; cumplirá setenta y cinco años para la Candelaria; se conserva fuerte como una encina. Va á la casa y se sienta al lado de su amigo con aire serio. El enfermo, que no puede hablar, le mira con sus ojos débiles; el tío Nicolás, que no encuentra palabras que decirle, le mira también. Los dos viejos permanecen uno enfrente de otro sin decir una palabra, dichosos de verse, acordándose sin duda de cosas antiguas, de su pasada juventud. Aquella tarde, al volver la familia del trabajo, encuentra á Juan Luis muerto, echado boca arriba, con la cara tranquila y los ojos fijos en el techo.

Sí; el viejo se ha muerto sin mover un brazo, ha exhalado su último suspiro sin estremecerse, como los animales que se esconden y se resignan; no ha molestado á ningún vecino; ha terminado el asunto sin ayuda de nadie.

—El padre ha muerto—dice José llamando á los otros.

Y todos, Antonio, Catalina y Jacobo, repiten:

—El padre ha muerto.

Esto no les sorprende. Jacobo alarga nuevamente la cabeza; la mujer saca el pañuelo; los dos hermanos salen sin decir nada, con el semblante grave y algo pálido. ¡Era tan sólido y tan fuerte su padre! Esta idea consuela á los hijos, asegurándoles de la fortaleza de la familia.

Por la noche velan á su padre hasta las once; después todo el mundo se acuesta; Juan Luis duerme solo una vez, mostrando su rostro inmóvil que parece reflexionar todavía.

Al amanecer, José parte á Comiers con objeto de advertir al cura; y como aun faltan por recoger algunos hatos, Antonio y Catalina se van al campo por la mañana, dejando el cadáver confiado á la custodia de Jacobo. El pequeño se enfada con el viejo, que no se mueve, y sale de vez en cuando á la carretera á tirar piedras á los gorriones y las puertas de los casas vecinas; cuando se acuerda de su abuelo, entra de nuevo, se asegura de que el viejo sigue en su sitio, y se escapa otra vez para ver reñir á los perros.

Como la puerta se halla abierta de par en par, las gallinas entran y se pasean tranquilamente, golpeando el suelo con el pico. Un gallo rojo se endereza sobre sus patas, alargando el cuello y revolviendo sus ojos llameantes como si le inquie-

tara aquel cuerpo cuya presencia no se explica; es un gallo prudente y sagaz, que sabe, á no dudarlo, que el viejo no tiene costumbre de permanecer en aquel sitio después de salir el sol; por fin lanza un grito sonoro como las notas de un clarín, cantando la muerte del viejo, mientras las gallinas salen una por una picoteando y escarbando la tierra.

El cura de Comiers no puede venir hasta las cinco. Durante la mañana se escucha el ruido de los martillos al golpear sobre la madera y sobre los clavos. Los que desconocen el suceso dicen: «¡Calla! ¡Juan Luis ha muerto!» porque los habitantes de la Courteille saben perfectamente lo que tal ruido significa.

Antonio y Catalina vuelven; la recolecta ha terminado; no pueden decir que tienen mala suerte; desde hace diez años no han recogido grano tan bueno.

La familia espera al cura entreteniéndose para pasar el tiempo de prisa. Catalina pone la sopa á la lumbre, José saca agua; se envía á Jacobo al cementerio para que se entere de si han cavado la fosa. El cura llega á la seis de la tarde en un cabriolé, acompañado por un muchacho que hace las veces de acólito. Se apea en la puerta de los La-

cour, saca de un periódico la estola y la sobrepelliz, y se reviste diciendo:

—Despachemos; tengo que volver á las siete.

No se presenta nadie; es necesario ir á buscar á todos los vecinos que deben conducir al difunto en unas viejas angarillas de madera pintada de negro. Jacobo llega diciendo que el hoyo no está concluído aún, pero que pueden partir en seguida.

Así lo hacen. El cura va delante leyendo sus latines en un libro. El muchacho que le sigue lleva un hisopo en la mano, con el cual rocía el ataud de cuando en cuando. A la mitad del camino otro muchacho sale de la granja, donde se dice la misa todos los domingos, llevando una cruz atada á la punta de un palo. La familia marcha detrás del ataud; los habitantes de la aldea se reunen poco á poco al cortejo; una turba de pilluelos medio desnudos, sin sombrero, sin zapatos, cierra la marcha.

El cementerio está situado al extremo opuesto de la Courteille. Los dos vecinos encargados de la conducción del cadáver descansan de tiempo en tiempo, respirando con fuerza; luego siguen su camino poco á poco. Cuando llegan, ven que en efecto la hoya no está terminada todavía; el sepulturero sigue aún dentro de ella, y se le ve apa-

recer y desaparecer regularmente á cada paletada de tierra.

Una simple cerca protege al cementerio; una cerca de moreras donde los muchachos vienen á coger moras por el mes de Septiembre. Es un jardin en medio del campo. En el fondo crecen groselleros enormes; en un rincon se distingue un peral grande como un cedro; en el centro hay un paseo de tilos, á cuya sombra fuman los viejos su pipa durante el verano. El sol quema, los saltamontes aparecen aquí y allá, las abejas zumban estremecidas por el calor. El silencio está lleno de vida; la savia de aquella tierra grasienta se mezcla á la sangre roja de las amapolas.

El ataud se ha depositado cerca de la fosa. El chico que lleva la cruz la planta á los pies del muerto, mientras el cura, parándose frente á la cabeza, continúa leyendo los latines en su libro. Los concurrentes se muestran muy curiosos por la tarea del sepulturero y rodean la fosa, siguiendo la pala con los ojos; cuando se vuelven, notan que el cura se ha ido con los dos chicos; no queda allí más que la familia esperando pacientemente.

La fosa se llena por fin. Todo el mundo ayuda á bajar el ataud. El padre Lacour estará bien en aquel agujero. Conoce á la tierra, y la tierra le co-

noce á él; harán buena pareja. Ya hace más de sesenta años que empezó á requebrarla con el azadón. Sus ternuras debían acabar así; la tierra necesitaba cogerle y guardarle para ella. ¡Qué hermosa tranquilidad! No escuchará más ruido que el de las patas de los pájaros al apoyarse sobre los tallos de la hierba. Nadie caminará sobre su cabeza; estará allí años enteros sin que ningún extraño venga á molestarle. Es la muerte silenciosa, el sueño sin fin dormido bajo la paz de los campos.

Los hijos se acercan á la fosa. Catalina, Antonio y José cogen un puñado de tierra y lo arrojan sobre el ataud. Jacobo arroja sobre el viejo un ramo de amapolas que acaba de coger. Luego la familia vuelve al pueblo á comer la sopa, los animales vuelven de los campos, el sol se acuesta.

La aldea se hunde en el silencio de una noche apacible.

PARA UNA NOCHE DE AMOR.

PARA UNA NOCHE DE AMOR.

I.

La pequeña ciudad de P..... está edificada sobre una colina. Al pie de los antiguos muros corre un arroyo profundo, el Chanteclair, llamado así sin duda por el ruido cristalino de sus límpidas aguas. Cuando se viene por el camino de Versalles hay que atravesar el Chanteclair por la puerta Sur de la ciudad, por un puente de piedra de un solo arco, cuyos largos parapetos, bajos y planos, sirven de asiento á todos los viejos del arrabal. Enfrente comienza la calle de Beau-Soleil, al término de la cual se descubre una plaza silenciosa, la plaza de Quatre-Femmes, empedrada de anchas baldosas é invadida por una hierba áspera que la transforma en un prado. Las casas duermen. Al mediodía el paso tardo de un transeunte hace ladrar á un perro detrás de la puerta de una cuadra;

otra de las emociones de aquel rincón perdido consiste en el paso regular de los oficiales que la cruzan dos veces al día para dirigirse á un comedor de la calle de Beau-Soleil.

A la izquierda, en casa de un jardinero, era donde vivía Julián Michou. El jardinero le había alquilado una habitación inmensa en el primer piso, y como este hombre habitaba en la fachada opuesta de la casa del lado de la calle de Catherine, donde estaba el jardín, Julián se encontraba tranquilo, teniendo su escalera y su puerta, y encerrándose allí á los veinticinco años con las manías propias de todo burgués retirado.

Había perdido á su padre y á su madre cuando era muy joven. Los Michou vivían entonces en los Alluets, cerca de Mantes. A su muerte un pariente había metido al huérfano en un colegio. Después el pariente murió, y al cabo de cinco años Julián obtuvo en la Administración de Correos de P..... un empleo modesto. Ganaba mil quinientos francos, sin esperanzas de medrar en su vida. Por su parte economizaba todo lo posible, imaginando que no había situación más felíz ni más dichosa que la suya.

Alto, fuerte, huesudo, Julián tenía unas manos muy grandes que le disgustaban. Encontrá-

base feo con su cabeza cuadrada y como dejada á medio hacer por un escultor ignorante. Esto le volvía muy tímido, sobre todo en presencia de las muchachas. Una le dijo un día que no era tan feo; Julián se turbó por extremo. Cuando cruzaba la calle con los brazos caídos, la espalda encorvada y la cabeza baja, alargaba las piernas todo lo posible para entrar en su casa cuanto antes. Su fealdad le había retraído inspirándole deseos de soledad y alejamiento. Parecía resignado á vegetar así sin una compañera, sin una amante, como un monje sumido en las frialdades del claustro.

Y aquel género de vida no le molestaba. Julián era muy dichoso en el fondo. Tenía un alma tranquila y transparente. Su existencia diaria, sujeta á reglas fijas, estaba llena de serenidad. Por la mañana se dirigía á su escritorío, arreglando cuidadosamente la correspondencia de la ciudad; después almorzaba un panecillo y volvía á su trabajo; después comía, se acostaba y se dormía pronto. Así, uniformemente transcurrían los dias, las semanas, los meses. Y aquella uniformidad acabó por adquirir una música llena de dulzura, una actitud muy semejante á la de esos bueyes que tiran de una carreta y rumian por la noche su pienso, acostándose sobre la paja fres-

ca. Disfrutaba todos los encantos de la monotonía. Uno de sus entretenimientos después de comer era bajar por la calle de Beau-Soleil y sentarse en el puente esperando á que dieran las nueve. Dejaba colgar sus piernas sobre el agua, observando el paso incesante del Chanteclair, extasiándose con el ruido producido por sus ondas de plata. Los sauces, inclinando sus ramas sobre la corriente, reflejaban en ella su imagen; el cielo se vestía con la palidez suave del crepúsculo, y Julián, sumergiéndose con encanto en aquella calma profunda, pensaba de una manera confusa que el Chanteclair debía ser tan dichoso como era él, de correr siempre sobre las mismas hierbas en medio del mismo é invariable silencio. Al aparecer las estrellas se iba á acostar con el pecho lleno de dulce satisfacción.

Otras veces Julián se dedicaba á distintos placeres. Cuando no tenía oficina, se paseaba á pie, solo, contento de poder dirigirse muy lejos y de regresar quebrantado por la fatiga. Había encontrado un compañero en un obrero mudo, del brazo del cual se paseaba durante horas enteras sin cambiar un signo. Otras veces entablaba con el mudo, en un rincón del café de los Viajeros, interminables partidas de damas, llenas de inmovili-

dad y reflexión. Un carruaje le mató un perro que tenía, y guardaba del animal un recuerdo tan religioso, que no quiso sustituirlo con ninguno más. En la oficina le daban bromas con una muchacha de diez años, mal vestida, con los pies desnudos, que vendía cerillas, que Julián no compraba nunca, lo cual no impedía que diese á la vendedora muchas monedas de dos sueldos. Nunca se le había visto pasear por la noche en compañía de una mujer. Los obreros de P..... unos mozos muy desvergonzados, habían acabado por dejarle tranquilo al verle sofocarse delante de ellos y tomar por burlas sus carcajadas. En la ciudad, unos le llamaban estúpido, otros pretendían que era preciso desconfiar de aquellos mozos que son tan dulces y que viven en la soledad.

El paraíso de Julián, el lugar donde respiraba satisfecho, era su habitación. Allí solamente se creía defendido contra el mundo. Entonces se animaba y reía solo. La habitación era muy grande y estaba decorada por un gran sofá, una mesa redonda, dos sillas y un sillón, pero aun le quedaba al joven un buen espacio libre para pasearse. Su cama se perdía en el fondo de una alcoba inmensa; una pequeña cómoda de nogal, puesta entre dos ventanas, parecía un juguete de niños.

Julián paseaba por allí y se acostaba allí, sin enojarse nunca consigo mismo. No escribía nunca fuera de su oficina; la lectura le fatigaba. La señora encargada de la casa donde comía, una vieja, se obstinaba en educarle, á cuyo objeto le ofrecía novelas, y el joven aseguraba, al devolvérselas, que no había entendido una palabra de aquellas historias tan complicadas, desprovistas para él de sentido común. Su única pasion era la música. Durante tardes enteras se pasaba las horas tocando la flauta. Era este su mejor entretenimiento.

Julián había aprendido sólo á tocar la flauta. Por espacio de mucho tiempo había constituído una de sus mayores ambiciones una vieja flauta de madera amarilla expuesta en una tienda de instrumentos músicos, situada en la plaza del Mercado. Tenía dinero, pero no se atrevía á comprarla, de miedo de parecer ridículo á los ojos de las gentes. Una tarde por fin tuvo el enorme atrevimiento de comprar la flauta y llevársela corriendo, oculta entre el forro de su paletó y fuertemente apretada contra su pecho. Después, cerrando cautelosamente puertas y ventanas para que nadie se apercibiera de tal operación, se dedicó por espacio de dos años á estudiar en un método usado que había encontrado en una librería de viejo. Sólo al

cabo de seis meses se atrevió á tocar con las ventanas abiertas; no sabía más que aires antiguos, pesados y raros, canciones del siglo anterior, que adquirían una melancolía dulce cuando el joven las evocaba lleno de entusiasmo, apoyando sus labios sobre el instrumento. En las noches tranquilas, cuando el barrio dormía y este canto dulcísimo salía de aquella habitación apenas alumbrada por la opaca luz de una vela, hubiérase creído escuchar una voz enamorada que confiaba á la noche y al silencio lo que no hubiera osado pronunciar á la luz del sol entre las claridades del día.

Más adelante, cuando supo las sonatas de memoria, Julián apagaba la luz, tanto por economía, como porque amaba mucho la obscuridad. En aquellos momentos, sentado delante de la ventana enfrente del cielo, daba una serenata á las tinieblas. Los transeuntes alzaban la cabeza, preguntándose de dónde vendría aquella música tan dulce y tan suave, que recordaba los murmullos lejanos de un arroyo. La vieja flauta de madera amarilla estaba un poco rajada y esto producía en ella un sonido opaco, algo así como el acento encantador de una marquesa de otros tiempos que cantase todavía con voz pura, pero algo cansada, os minués de su juventud. Las notas subían una

por una con cierto ruido de alas agitadas perezosamente. Parecía que el canto salía de la noche, á tal punto se mezclaba al aliento silencioso de la sombra.

Julián tenía mucho miedo de que sus serenatas nocturnas molestasen al barrio; pero en provincias, por regla general, se tiene el sueño bastante pesado. Por otra parte, la plaza de Quatre-Femmes sólo estaba habitada por un notario, Mr. Savournin, y por un antiguo gendarme retirado, el capitán Pidoux, ambos á dos vecinos indulgentes y pacíficos que se acostaban á las nueve de la noche. Quedaban aún los habitantes de un magnífico edificio, el palacio de Marsanne, que se levantaba al otro extremo de la plaza, precisamente frente á las ventanas del joven, una fachada gris y triste, de severidad conventual. Una escalera de cinco peldaños tapizada de musgo, daba acceso á una puerta redonda defendida por numerosas cabezas de clavos enormes. No tenía más que un piso con diez balcones, cuyas persianas se abrían y se cerraban siempre á las mismas horas, sin dejar ver nada de la habitacion por entre los espesos cortinajes cuidadosamente extendidos. A la izquierda alzábase un jardín plantado de castaños inmensos, los cuales formaban un manto de

verdura que extendía sus hojas hasta los extremos de la pared. Aquel palacio imponente, con su parque, sus paredes severas, su aspecto de aburrimiento regio, hacía pensar á Julián que si los Marsanne no gustaban de la flauta, tampoco le dirían una palabra para impedírsela tocar.

El joven experimentaba un respeto profundo siempre que acodándose á su ventana podía contemplar el desarrollo de aquel edificio y de aquel jardín, que á su juicio era inmenso. El palacio tenía mucha celebridad en el país, se murmuraba que los extranjeros venían á visitarlo. Corrían también leyendas famosas á propósito de la fortuna de los Marsanne. Por espacio de algún tiempo Julián examinó atentamente aquel edificio para penetrar los misterios de esta fortuna tan poderosa; pero durante las horas que dedicaba á tales trabajos, solo conseguía ver la fachada gris y el perfil negro de los castaños. Nunca subía nadie los peldaños verdosos de la escalera; nunca se abría la puerta redonda tapizada de musgo. Los Marsanne habían condenado aquella puerta y se comunicaban por una verja abierta sobre la calle de Saint-Aume; por el lado opuesto, al extremo de un callejón, cerca de la muralla, alzábase un postigo que daba acceso al jardín, que Julián no

podía distinguir. A sus ojos el palacio estaba desierto, semejante á uno de esos palacios de las leyendas fantásticas, habitados por seres invisibles. Todas las mañanas y todas las noches conseguía ver una cosa: el brazo del criado que abría y cerraba las persianas; nada más. Después la casa tomaba un aspecto melancólico de tumba abandonada en el recogimiento de un cementerio. Los castaños estaban tan juntos, que cubrían con sus ramas los paseos del jardín. Aquella existencia herméticamente cerrada, altiva y muda, redoblaba la emoción del joven. ¿Existía la riqueza entre aquella paz impenetrable, donde él encontraba ese estremecimiento religioso que sale de la bóveda de los templos?

¡Cuántas veces, antes de acostarse había apagado su bujía, permaneciendo más de una hora de codos sobre la ventana para ver si conseguía sorprender de aquel modo los secretos del palacio de Marsanne! Por la noche el palacio recortaba el horizonte como una mancha sombría, y los castaños asemejábanse á un mar de tinta. Debían estirar cuidadosamente las cortinas en aquella casa, porque ni siquiera se distinguía una luz á través de las rendijas de las persianas; no tenía tampoco aquella respiración de las casas habitadas,

donde se escucha el aliento de las gentes que duermen. Era una negrura sin voz. Pensando en esto, Julián se entusiasmaba y cogía su flauta; podía tocarla sin temor, impunemente. En el palacio vacío resonaban las notas suaves del instrumento; algunas frases, las más dulces, se perdían entre las tinieblas del jardín, donde vibraban como un desperezo de alas. La vieja flauta de madera amarilla parecía enviar sus aires antiguos al castillo de La Bella durmiente del bosque.

Un domingo, cierto compañero de oficina de Julián mostró á éste bruscamente en la plaza de la iglesia á dos viejos, un caballero y una señora, y le dijo sus nombres. Eran el Marqués y la Marquesa de Marsanne. Salían tan de tarde en tarde, que no los había visto nunca. Se emocionó en presencia de aquellos dos ancianos delgados y solemnes, que caminaban con lentitud, respondiendo á los saludos de la gente que se inclinaba hasta los pies, con un ligero signo de cabeza. Su camarada le fué dando noticias poco á poco, y le contó que tenían una hija, la cual estaba aún en el convento, Teresa de Marsanne, hermana de leche de Colombel, el escribiente de Mr. Savouruin. En efecto, cuando los dos viejos iban á tomar la calle de Santa Ana, Colombel, que pasaba, se aproximó, y

el Marqués le dió la mano, honor que no dispensaba á casi nadie. Julián sufrió mucho con aquel apretón de manos, porque Colombel, un muchacho de veinte años, de ojos vivos y boca maldiciente, era su enemigo de hacía mucho tiempo. Se había burlado de su timidez, haciendo que le acompañasen en su burla las costureras de la calle de Beau-Soleil, tanto que un día en las murallas tuvo lugar entre los dos un duelo á puñetazos, del cual había salido el escribiente del notario con los ojos acardenalados. Julián, sabedor de todos estos detalles, tocó la flauta aquella noche más bajo que nunca.

Sin embargo, á pesar de la turbación que le producía el palacio de Marsanne, no había modificado en nada sus costumbres, que continuaban con regularidad cronométrica.

Iba á la oficina, almorzaba, comía y daba su acostumbrado paseo por el de Chanteclair. La paz misma del palacio acabó por tomar parte en las dulzuras de su existencia. Así pasaron dos años; el joven se había acostumbrado tanto á las hierbas de la escalera, á la techumbre gris, á las persianas negras, que aquellas cosas le parecían insustituíbles, necesarias para el reposo del barrio.

Hacía cinco años que Julián habitaba la plaza

de Quatre-Femmes, cuando una noche de Julio vino á perturbar su existencia con un acontecimiento extraordinario. La noche estaba muy calurosa, alumbrada por el fulgor de las estrellas. El joven tocaba sin luz, con labio distraído, saboreando el ritmo de algunas notas, cuando de pronto se abrió enfrente de él una ventana del palacio de Marsanne, y permaneció iluminada, reflejando sus resplandores sobre la fachada sombría. Una muchacha se asomó á ella y se puso de codos sobre la barandilla, descubriendo su silueta graciosa y levantando la cabeza como para prestar oído. Julián, tembloroso, había cesado de tocar. No podía distinguir el rostro de la joven; no veía más que sus cabellos extendidos en ondas sobre la nuca.

Una voz suave rompió el silencio:

—¿Has oído, Francisca? Diríase que es una música.

—Algún ruiseñor, señorita—respondió desde adentro una voz cascada.—Cerrad, no vaya á haceros daño el relente.

Cuando la fachada volvió á adquirir su acostumbrada negrura, le fué imposible á Julián abandonar el sillón en que estaba sentado; tenía los ojos llenos por aquella ráfaga luminosa surgida

de una pared que creyó muerta hasta entonces. Estaba muy conmovido, preguntándose si debía considerarse dichoso por aquella aparición. Una hora más tarde volvió á tocar la flauta muy por lo bajo. Sonreía imaginando que la joven creería que andaba un risueñor en los castaños.

II.

La gran noticia de la oficina al día siguiente es la de que Mlle. Marsanne acaba de salir del convento. Julián no cuenta á nadie que la ha visto con los cabellos desatados y la garganta desnuda. Está muy inquieto, experimentando un sentimiento indefinible que ha venido á turbar sus costumbres. Verdaderamente le disgustaba mucho: aquellas ventanas podían abrirse á todas horas de entonces para en adelante. No estaría más en su casa: hubiera preferido un hombre á una mujer, porque las mujeres se burlan con mayor encono todavía. Por otra parte, ¿cómo había de atreverse á tocar la flauta? Lo hacía demasiado mal para no exponerse á las críticas de una señorita que debía saber música. Cuando llegó la tarde, el joven, después de maduras reflexiones, tuvo la casi seguridad de que detestaba á Teresa.

Julián entró en su casa furtivamente; no encendió ninguna bujía; así no sería visto por la muchacha. Trató de acostarse en seguida, para borrar su mal humor con el sueño; pero no pudo resistir al deseo de enterarse de lo que pasaba en la casa de enfrente. La ventana no se abrió, y únicamente á eso de las diez un resplandor pálido salió por las rendijas de las persianas; cuando este resplandor se fué, el joven siguió mirando á la ventana, envuelta en sombras. Desde entonces, todas las tardes, á pesar suyo, recomenzaba el espionaje. Escudriñaba el hotel como en sus primeros tiempos de observación; trataba de recoger hasta los menores ruidos que brotaban de aquellas piedras mudas. Aparentemente nada había cambiado; la casa dormía siempre con sueño profundo; necesitábanse unos ojos y unos oídos muy ejercitados para sorprender la existencia de la nueva vida introducida allí. Unas veces eran indicios de ello un resplandor agitándose detrás de los vidrios, una punta del cortinaje recogida, una habitación espaciosa entrevista; otras, un paso ligero atravesando el jardín, el rumor de un piano que sonaba acompañado por una voz dulce: en ocasiones los ruidos eran aun más vagos: escuchábase un simple estremecimiento, el cual indicaba que por aquella vi-

vienda circulaba una sangre joven. Julián se explicaba á sí mismo su curiosidad, mostrándose muy enojado de aquella animación. ¡Qué dichoso era antes, cuando el palacio vecino le devolvía el eco dulce de su flauta!

Uno de sus más ardientes deseos, aunque él no se daba cuenta de ello, era volver á ver á Teresa. Imaginábasela con el rostro sonrosado, el aire burlón y los ojos relucientes; pero como de día no osaba asomarse á su ventana, no le era posible entreverla más que de noche, empalidecida por la sombra. Cierta mañana, en el momento mismo de ir á cerrar las ventanas de su cuarto para librarse de los rayos del sol, distinguió á Teresa, que permanecía de pie en medio de su cuarto. Estaba en actitud reflexiva; era alta, pálida, de rostro bello y oval. Julián tuvo miedo de ella; le resultaba completamente distinta á la imagen que se había forjado. Tenía, sobre todo, una boca un poco grande, muy encarnada, y dos ojos profundos, negros y altivos, que le daban aspecto de reina cruel. Se aproximó á la ventana poco á poco, sin darse por enterada de la presencia del joven, como si éste estuviera oculto ó muy lejos de allí. Luego se fué; el movimiento rítmico de su garganta tenía una gracia tan fuerte, que el joven se sintió al lado

suyo más débil que un niño, á pesar de sus espaldas robustas. Al darse cuenta de esto, la odió más aún.

Desde entonces comenzó para Julián una existencia miserable. Aquella señorita tan grave y tan noble que vivía cerca de él, le desesperaba: verdad que no le miraba nunca, que ignoraba su existencia; pero acaso un día fijaría sus ojos en él y le encontraría ridículo. Su timidez recelosa hacíale ver que la muchacha espiaba todos y cada uno de sus actos para mofarse de ellos; y al pensar esto, el joven penetraba en su cuarto sin hacer ruido y con la espalda encogida. Al cabo de un mes le hizo sufrir mucho el desdén de su vecina. ¿Por qué no le miraba nunca? Asomábase á su ventana, recorría con sus ojos negros el pavimento desierto y se retiraba sin saludarle, á él que la comtemplaba ansioso desde el lado opuesto de la plaza. Antes tuvo miedo de que ella le viese, ahora se agitaba estremecido por el deseo de que ella fijara sus ojos en los suyos. Tal era la única ocupación de todas sus horas.

Por la mañana, cuando se levantaba Teresa, el empleado, modelo de exactitud, se olvidaba de su oficina. Tenía miedo siempre de aquel rostro blanco, de aquellos labios rojos; pero era el suyo un

miedo delicioso que le hacía gozar. Oculto detrás de un visillo, gozaba con la presencia de la joven, sintiéndose enfermo, con las piernas cansadas como si hubiese andado muchas leguas. Hacíase la ilusión de que si ella le mirase de pronto y le sonriera, no tendría absolutamente ningún miedo.

Tuvo la idea de seducirla con el auxilio de su flauta. Al fin se decidió á sacar ésta de nuevo en el silencio de la noche. Dejaba las dos vidrieras abiertas de par en par, y repetía en la obscuridad sus piezas más antiguas, aires pastoriles, limpios, inocentes como un coro de niños. Eran notas dulces, llenas, sostenidas y vibrantes, que se escapaban cadenciosamente las unas detrás de las otras, como enamoradas de pasados tiempos que sacudieran sus faldas de raso. Escogía para sus serenatas las noches sin luna; la plaza estaba negra, no podía saberse de dónde procedía aquel canto tan dulce, que sonaba en las casas dormidas como si fuera el aleteo suave de un pájaro nocturno. Desde el primer día experimentó el placer de contemplar á Teresa, que salía de su alcoba vestida de blanco y se acodaba á la ventana para escuchar aquella música que le era conocida desde que llegó á casa de sus padres.

—Oye, Francisca—dijo con su voz grave, vel-

viendo la cabeza hacia el interior de la sala;—eso no es un pájaro.

—¡Bah!—respondió una mujer anciana, de la que Julián no podía distinguir más que la sombra.—Será algún cómico que se divierte allá lejos, en el arrabal.

—Sí, muy lejos—repitió la muchacha después de una pausa, entregando al fresco de la noche sus brazos desnudos.

Desde entonces Julian tocó más fuerte cada noche; sus labios engrandecían el sonido, su fiebre atravesaba el interior de la vieja flauta de madera amarilla. Teresa, que le oía todas las noches, se apasionaba por aquella música llena de vida, cada una de cuyas frases, volando de tejado en tejado, aguardaba á la noche para solazarse con ella. Comprendía perfectamente que la serenata iba dirigida á sus ventanas, y se empinaba sobre la punta de los pies como si tratara de ver por encima de las casas. Una noche la música sonó tan fuerte, que ya no tuvo duda, venía de la plaza, de una de aquellas viejas viviendas profundamente dormidas. Julián soplaba lleno de pasión; la flauta vibraba con sonoridades de cristal. El joven creíase tan audaz en la sombra, que no dudaba de atraer á la muchacha hasta él con la fuerza de

su canto y, en efecto, Teresa se inclinaba hacia adelante como sufriendo las influencias de aquel dominio de ondas sonoras.

—Entrad—dijo la voz de la señora anciana.—La noche está tormentosa y vais á coger un dolor de cabeza.

Aquella noche Julián no pudo dormir. Imaginaba que Teresa le había adivinado, visto tal vez; al arrojarse en el lecho se preguntó si no sería lo más lógico asomarse al día siguiente. ¡Claro; era una ridiculez ocultarse de aquella manera! Decidió que no se asomaría, y á las seis de la mañana estaba frente á la ventana en actitud de meter su flauta en el estuche, cuando se abrieron bruscamente las ventanas del cuarto de Teresa.

La joven, que nunca se levantaba antes de las ocho, apareció en peinador, inclinándose sobre el antepecho y mostrando sus cabellos recogidos sobre la nuca. Julián permanecía hecho un estúpido, con la cabeza levantada, mirándola de frente, imposibilitado de volverle la espalda, mientras trataba inútilmente de arreglar la flauta con sus manos torpes. Teresa le examinaba con mirada fija y dominadora, estudiando rápidamente sus huesos pronunciados, su cuerpo enorme y mal hecho, toda su fealdad de gigante tímido. Ya no era la

muchacha febril que Julián había entrevisto la víspera, sino una mujer muy altiva, muy blanca, muy desafiadora, muy segura de sus labios rojos y de sus ojos negros. Después de juzgarle como si fuera un perro que cruzara la calle, para ver si era ó no de su gusto, le condenó con una mueca expresiva, y, volviéndole la espalda con indiferencia, cerró la ventana.

Julián, cuyas piernas se negaban á sostenerle, dejóse caer sobre un sillón, mientras de sus labios se escapaban estas palabras entrecortadas:

—¡Ah, Dios mío! la disgusto..... ¡Y yo que la amo! ¡yo que voy á morir!

Y oprimiéndose la cabeza con las manos, prorrumpió en amargos sollozos. Él tenía la culpa; cuando uno está mal configurado, debe ocultarse para no asustar á las muchachas. Y se injuriaba, furioso de su fealdad. ¿Por qué no había seguido tocando su flauta en la sombra como un pájaro nocturno que seduce los corazones con su cántico y que no debe presentarse nunca á la luz del sol, si quiere seguir siendo agradable? De obrar así, hubiera sido siempre para ella una música dulce; nada más que antiguo acento de amor misterioso. Le hubiera adorado sin conocerle, como á un príncipe encantado venido desde lejos para

morir de ternura debajo de su ventana. Pero él, imbécil y necio, había deshecho el encanto. Ahora ya sabía la joven que era muy feo, y no gustaría más de su música.

En efecto, inútilmente volvió á tocar las piezas más dulces de su repertorio, escogiendo para hacerlo las noches más serenas, las noches embalsamadas por el perfume de los follajes. Teresa no escuchaba, no oía. Iba y venía por su habitación, poniéndose de codos sobre la ventana, como si él no hubiera estado enfrente cantando su amor con notas suplicantes.

Una de aquellas noches la joven gritó:

—¡Dios mío! Esto es insufrible. ¿Qué toca esa flauta?

Hay que decir al mismo tiempo que Colombel se burlaba asimismo de Julián. Un día, cuando aquél se dirigía á su estudio, hubo de pararse frente á la ventana de éste, que repasaba un papel de música; siempre que cruzaba por la plaza se reía con aire malicioso y burlón. Julián sabía que el escribiente del notario entraba en casa de los Marsanne, y esto le destrozaba el corazón, no porque tuvise celos de aquel estúpido, sino porque hubiera dado toda su sangre á cambio de ocupar su puesto una hora siquiera. La madre de Colom-

bel, Francisca, muy antigua en la casa, fué la nodriza de Teresa y al presente cuidaba de ella. Aunque la dama noble y el pequeño aldeano habían crecido mucho, jugaron juntos en la infancia, y era natural que conservasen algo de su antigua y franca amistad. Julián no sufría menos cuando encontraba en la calle á Colombel, que le sonreía con sus labios irónicos. Su odio creció de punto al observar que aquel granuja no era del todo feo, con su carilla de gato, fina, linda, diabólica, con sus ojos verdes y una barba clara y sedosa que extendía por sus mejillas redondas. ¡Ah! si hubiera podido cogerle en un rincón de la muralla, ¡cómo le hubiera hecho pagar la dicha de ver á Teresa en su propia casa!

Así pasó un año. Julián era muy desgraciado; no vivía más que para Teresa. Su corazón se había trasladado á aquel palacio frío, enfrente del cual agonizaba el joven de ansiedad y amor. En cuanto disponía de un minuto, corría á pasarlo en su ventana, con los ojos fijos en el lienzo de la pared, cuyos menores brotes de musgo le eran perfectamente conocidos. Había pasado meses enteros verdaderamente complacido en abrir los ojos y aguzar el oído, ignorante aún de la vida íntima de aquella morada solemne, donde estaba aprisio-

nado su ser. Ciertos ruidos vagos, ciertos resplandores lejanos le sorprendían mucho. ¿Eran fiestas? ¿eran duelos? Julián no lo sabía; la vida estaba en la fachada opuesta. Pensaba en lo que podía, según que estaba triste ó alegre: en los ojos brillantes de Teresa y Colombel; en los paseos de la joven por debajo de los castaños; en los bailes que la arrojaban en brazos de otros hombres; en las penas bruscas que debían sorprenderla, haciéndola llorar en el fondo de habitaciones sombrías. Otras veces ocupaba su pensamiento el ligero rumor de los pasos del Marqués y de la Marquesa, que recorrían los senderos del jardín. En su ignorancia no veía más rayo de luz en la casa que el que salía por la ventana de Teresa. Ésta se asomaba á aquélla todos los días, muda como las piedras, sin traer juntamente con su aparición el menor asomo de esperanza; al contrario, la presencia de la joven le entristecía; tanto se mostraba desconocida y lejana para él.

Las grandes alegrías de Julián estaban en las horas durante las cuales la ventana permanecía abierta. Entonces podía escudriñar todos los rincones de la habitación durante la ausencia de su dueña. Tardó seis meses en saber que el lecho estaba situado á mano izquierda; un lecho puesto

dentro de una alcoba y adornado con cortinas de seda de color de rosa. Al cabo de otros seis meses se enteró de que había enfrente del lecho una cómoda de Luis XV, adornada de ensambladuras y cubierta por la parte superior con un baño de porcelana. Enfrente distinguíase una chimenea de mármol blanco. Esta habitación era para Julián la imagen exacta del Paraíso.

Su amor no crecía sino en medio de luchas terribles. Ocultábase durante semanas enteras, avergozado de su fealdad; sentíase acometido por una rabia sorda, y experimentaba deseos de dominar á aquella mujer con sus miembros robustos, de imponerle la presencia de su rostro huraño, enrojecido por la fiebre. Entonces permanecía semanas enteras en la ventana, fatigando á Teresa con la insistencia de sus ojos. Es más: por dos veces la envió besos ardientes, usando de esa brutalidad tan propia de las personas tímidas cuando están enloquecidas por la audacia.

Teresa ni siquiera se tomaba el trabajo de enfadarse. Cuando Julián estaba dentro de la habitación, le veía ir y venir con indiferencia absoluta; y cuando trataba de imponerse, aquella indiferencia, aquel gesto altivo aumentaban, haciéndose más reservados y más fríos. Nunca le fué posible sor-

prenderla en un momento de abandono. Si sus ojos se encontraban, la joven no volvía la cabeza.

Cuando Julián oía decir en la oficina que madamoiselle Marsanne era muy piadosa y muy buena, protestaba violentamente para consigo mismo. «No, y no»; Teresa no tenía religión; amaba la sangre porque tenía sangre en los labios; la palidez de su rostro venía de su desprecio por el mundo. Después lloraba por haberla insultado, y le pedía perdón como á una santa envuelta en la pureza de sus alas.

Durante aquel primer año los días se sucedieron sin experimentar ningún cambio notable. Cuando llegó el verano, Julian experimentó una singular emoción. Parecíale que Teresa caminaba con aire distinto al de otras veces. Ocurrían á diario los mismos sucesos que antes; las persianas abiertas por la mañana y cerradas por la tarde, las apariciones regulares á las horas de costumbre; pero un aliento nuevo salía de la habitación; Teresa estaba más pálida y más alta. Un día, dominado por la fiebre, el joven se atrevió á enviarle un tercer beso con la punta de sus dedos. Ella no se apartó de la ventana, mirándole con sus ojos negros y dominadores; él fué quien se ocultó con el rostro teñido de vergüenza.

Una sola novedad, acaecida al final del verano, le agitó profundamente, aunque el hecho no tuviera nada de notable. Todos los días, á la hora del crepúsculo, la ventana, que Teresa dejaba entreabierta, se cerraba bruscamente, haciendo crujir los goznes y la falleba. Este golpe hizo estremecer á Julián dolorosamente, sumergiéndole en una angustia que le apretaba el corazón sin saber por qué. Después de aquel ruido brusco la casa se recogía en un silencio tal, que le daba miedo. Durante mucho tiempo le fué imposible averiguar qué brazo era el que cerraba la ventana; pero una tarde distinguió las manos pálidas de Teresa; ella era quien daba vuelta á la falleba con tan furioso ademán. Cuando pasada una hora la joven volvía á la ventana, hacíalo sin apresurarse, con lentitud digna, con lánguida pereza, asomándose un momento nada más; después caminaba entre la pureza de su cuarto, invadido por todas las futesas propias de una muchacha joven y rica. Julián escuchaba durante horas enteras el eco de la falleba é inclinaba la frente con profunda amargura.

Una tarde de otoño, en que el sol ostentaba un color gris y dulce, la falleba chirrió con mayor brusquedad. Julián se puso tembloroso y no pudo contener sus lágrimas, que corrían en presencia

de aquel palacio lúgubre que se sumergía en las sombras del crepúsculo. Por la mañana había llovido; los castaños, casi desprovistos de hojas, exhalaban un olor de muerte.

Julián esperó á que volviera á abrirse la ventana, y ésta lo hizo de un golpe, con tanta rudeza como había empleado para cerrarse. Teresa apareció en ella; estaba muy pálida, con los ojos muy abiertos y los cabellos esparcidos por la espalda. Se detuvo delante de la ventana, y poniendo los diez dedos de sus manos sobre sus labios rojos, envió un beso á Julián.

Este, desvanecido, apoyó los puños sobre su pecho como preguntando si aquel beso era para él.

Teresa creyó que retrocedía, y echándose de pechos sobre la ventana, volvió á ponerse los dedos sobre sus labios rojos y le envió un segundo beso. Después le envió un tercero. Era algo así como si devolviera al joven los tres besos que éste le había enviado. Él la contemplaba con ansia á la luz de aquel crepúsculo claro que reflejaba la imagen de Teresa sobre el cuadro sombrío de la ventana.

Cuando la joven estuvo segura de su triunfo, lanzó una ojeada á la plaza desierta y dijo con voz acariciadora y tranquila:

—Venid.

Julián se dispuso á obedecerla. Bajó de su casa y se aproximó al palacio. Cuando levantó la cabeza, vió entreabrirse la puerta de la escalera, aquella puerta mohosa que acaso no se había abierto desde cincuenta años atrás. Julián avanzaba lleno de estupor, sin darse cuenta de nada. Después de abrirle paso, la puerta se cerró y el joven pudo asirse de una mano suavísima que le guiaba; subió una escalera, atravesó una primera pieza, encontrándose por fin en una habitación que no le era desconocida; era el paraíso deseado, el cuarto que tenía los cortinajes de color de rosa.

El día agonizaba con lenta dulzura. Julián mostró deseos de arrodillarse. Teresa permanecía de pie delante de él con las manos fuertemente apretadas, tan resuelta, que había conseguido triunfar de un estremecimiento que la dominaba momentos antes.

—¿Me amáis?—le preguntó en voz baja.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!—balbuceó él.

Pero la joven hizo un gesto como si tratase de evitar palabras inútiles, y repuso con aire tranquilo que parecía transformar aquellas palabras en puras y castas al atravesar su boca de muchacha:

—Si yo me entrego á vos haréis todo lo que os diga, ¿verdad?

Julián no repuso nada, contentándose con juntar las manos. Por un beso sólo se hubiera vendido.

—Pues bien, tengo que pediros un favor.

Y al ver que permanecía como un imbécil, hizo un esfuerzo violento, sintiendo que sus fuerzas desfallecían, que no podía resistir más, y gritó:

—¡Vamos, es preciso que me lo juréis antes..... Yo juro que me entregaré á vos. Jurad vos hacer lo que yo os pida.

—¡Sí, juro! ¡juro! ¡juro todo lo que queráis!—exclamó Julián con acento de absoluto abandono.

El perfume puro de la alcoba le estremecía; las cortinas estaban corridas, y el solo pensamiento de aquel lecho virgen, cuya sombra se endulzaba con los reflejos del tapiz de color de rosa, le dominaba con éxtasis religioso. Teresa, con sus manos que se habían vuelto brutales, descorrió las cortinas, enseñando la alcoba donde el crepúsculo dejaba llegar un resplandor opaco. La cama estaba en desorden, las sábanas aparecían arrugadas, una almohada caída en el suelo parecía rota por un mordisco. En medio de la colcha deshecha se distinguía el cuerpo de un hombre, con los pies desnudos, echado de través.

—Oid—murmuró ella con voz ahogada.—Este

hombre era mi amante..... Le he cogido, ha caído.... no sé más. Lo cierto es que está muerto. Es necesario que lo saquéis de aquí. ¿Entendéis?.... Eso es todo lo que exijo de vos.

III.

Siendo aún muy pequeña, Teresa de Marsanne hizo á Colombel su víctima. Se llevaban apenas seis meses; y Francisca, su madre, tuvo que criarle con biberón para que no se muriese de hambre. Después creció en la casa, donde ocupaba una posición indefinida entre criado y compañero de juegos de la niñez.

Teresa era una niña traviesa, y no porque tuviera inclinaciones de muchacho ni fuera aficionada al ruido; todo lo contrario; observaba una circunspección rara, que obligaba á las visitas de la casa, á quienes hacía hermosas reverencias, á que la consideraran como señorita bien educada; pero tenía extravagancias; de pronto, cuando estaban solos, prorrumpía bruscamente en gritos inarticulados, en pataleos locos, ó se acostaba boca arriba en una calle del jardín, y allí permanecía estirada como una muerta, negándose tercamente

á levantarse, á pesar de las correcciones que de vez en cuando se le administraban.

Nunca podía saberse en qué pensaba. Ya en sus grandes ojos de niña apagaba toda llama, y en vez de esos claros espejos en que tan netamente se dibuja el alma de las muchachas, tenía ella dos agujeros sombríos, espesos como borrones de tinta, en los cuales era imposible leer nada.

A los seis años comenzó á martirizar á Colombel, que era pequeño y raquítico. Le llevaba al fondo del jardín, debajo de los castaños, á un sitio lleno de sombras producidas por el follaje, y allí se le subía sobre la espalda y le obligaba á que la paseara. Duraban estos picaderos una hora, dando vuelta á una ancha plaza. Le apretaba el cuello con los brazos, le deshacía los riñones á taconazos, sin dejarle nunca tomar aliento. Él era el caballo, y ella la jinete. Cuando aturdido parecía que iba á caer, le mordía una oreja hasta que saltaba la sangre; y se le agarraba con tanta furia, que le clavaba sus uñitas en la carne. Volvía á empezar el galope, que llevaba entre los árboles, con la cabellera empujada por el viento, esta cruel reina de seis años, montada sobre aquel rapaz que le servía de cabalgadura.

Luego, en presencia de sus padres, le pellizcaba

y le prohibía quejarse, bajo la continua amenaza de que haría que le pusieran en la calle si hablaba de sus juegos. De esta manera llevaban una existencia secreta, un modo de ser en la intimidad, que no era el mismo que el que tenían públicamente. Cuando estaban solos, ella le trataba como un juguete, al que se quiere hacer pedazos por la curiosidad de saber lo que tiene dentro. ¿No era Marquesa? ¿No veía la gente postrada á sus pies? Pues si se la dejaba una criatura humana para jugar, era porque podía hacer con ella lo que se le antojara. Y como se fastidiaba de reinar sobre Colombel lejos de todas las miradas, se daba en seguida al placer más sensible de arrimarle un buen puntapié, ó de clavarle un alfiler en el brazo delante de mucha gente, magnetizándole con sus opacos ojos para que ni siquiera se le escapara un estremecimiento.

Colombel soportó esta vida de mártir, con sublevaciones mudas que le dejaban temblando, clavados los ojos en el suelo con objeto de no ceder á la tentación de estrangular á su joven señora; pero también tenía un temperamento cazurro. No le disgustaba ser golpeado, y en ello encontraba una diversión amarga; se preparaba algunas veces para que le pincharan, recibía el

pinchazo con un temblor furioso, pero satisfecho de sentirlo, porque se perdía entonces en las delicias del rencor. Además solía vengarse, ya dejándose caer sobre las piedras para que Teresa cayera al mismo tiempo, sin importarle romperse una pierna con tal de que ella sacara algún cardenal ó un chichón. Si no lloraba ni hablaba cuando sufría un pinchazo delante de gente, era para que nadie interviniera entre los dos. Era asunto que á ellos solos interesaba, lucha en que esperaba salir vencedor á la postre.

Entretanto se inquietó el Marqués por los modales violentos de su hija. Se parecía, decían, á uno de sus tíos, que había tenido una vida terrible de aventuras y que había muerto asesinado en un mal lugar, en el fondo de un arrabal. Los Marsanne tenían en su historia un filón trágico; nacían en la familia individuos, de tarde en tarde, con un mal extraño, en medio de la descendencia de una dignidad altiva; y este mal era como una especie de locura, una perversión de sentimientos, una mala espuma que parecía que salía algunas veces de la familia. El Marqués, por prudencia, se creyó, pues, en el deber de someter á Teresa á una educación enérgica, y la metió en un convento, en el cual esperaba que la regla mode-

laría su naturaleza. Allí permaneció hasta los diez y ocho años de edad.

Cuando volvió, Teresa era muy prudente y estaba muy desarrollada. Sus padres tuvieron el gusto de encontrar en ella una profunda piedad. En la iglesia se quedaba ensimismada con la cabeza entre las manos. En la casa derramaba un perfume de inocencia y de paz. De un solo defecto se la acusaba: el de ser glotona, porque desde que amanecía hasta la noche se atracaba de confites, que deshacía con los ojos entornados, con un imperceptible movimiento de sus rojos labios. Nadie hubiera reconocido en ella aquella niña callada y terca, que salía del jardín toda destrozada, sin querer decir á qué juego se había hecho jirones el vestido. El Marqués y la Marquesa, emparedados durante quince años en el fondo de un gran caserón vacío, creyeron que estaban en el caso de volver á abrir sus salones. Dieron algunas comidas á la nobleza del país. Hicieron que se bailara. Su propósito era el de casar á Teresa. Y á pesar de su frialdad, se mostraba ella complaciente, se vestía y bailaba, pero con fisonomía tan pálida, que inquietaba á los jóvenes que se arriesgaban á amarla.

Nunca había vuelto Teresa á hablar de Colom-

bel. El Marqués había pensado en él, y acababa de colocarle en casa del señor Savournin, después de haber hecho que le dieran alguna educación. Un día en que Francisca llevó á su hijo, le empujó hacia ella, recordando á ésta su compañero de otros tiempos. Colombel se sonreía, estaba muy á su gusto y no manifestaba el menor embarazo. Teresa le miró tranquilamente, dijo que sí que le recordaba, y luego le volvió la espalda; pero á los ocho días volvió Colombel, y no tardó en recobrar sus antiguos hábitos. Llegaba todas las tardes al palacio cuando salía de su estudio, llevando trozos de música, libros, álbums. Se le trataba sin fijar en él la atención; se le encargaban los recados como á criado ó pariente pobre. Era una dependencia de la familia, y así es que se le dejaba solo con la joven sin soñar en peligro alguno. Lo mismo que en otros tiempos, se encerraban juntos en los grandes salones, ó permanecían horas enteras en las sombras del jardín. Y en verdad que no se entretenían en los mismos juegos. Teresa se paseaba despacio, haciendo que su falda murmurase al rozar las hierbas. Colombel, vestido como los jóvenes ricos de la ciudad, la acompañaba, golpeando el suelo con un bastoncito delgado que llevaba siempre.

Sin embargo, volvía ella á ser la reina y volvía él á ser el esclavo. Cierto es que ya no le mordía; pero tenía una manera de andar á su lado, que poco á poco le iba empequeñeciendo otra vez, convirtiéndole en paje que va sosteniendo la cola del manto de su soberana. Le martirizaba por sus caprichosos arrebatos, deshaciéndose unas veces en palabras afectuosas y mostrándose dura de pronto sin más objeto que el de recrearse. En cuanto á él, cuando ella volvía la cabeza dejaba caer sobre ella una mirada llena de luz, afilada como un puñal, y toda su personalidad de mozo vicioso se erguía y apercibía al acecho de una ocasión.

Una tarde de verano, bajo la espesa sombra de los castaños paseaban hacía ya mucho tiempo, cuando Teresa, que no hablaba palabra hacía rato, le preguntó con aire grave:

—Colombel, estoy cansada. ¿Qué os parece, si me llevarais como en otros tiempos? Ya os acordáis.

Se rió él un momento, y luego, muy serio, respondió:

- Con mucho gusto, Teresa.

Pero ella se echó otra vez á andar, sin decir otra cosa más que:

—Bueno; era para saberlo.

Continuaron su paseo. Caía la noche, y era negra la obscuridad debajo de los árboles. Hablaban de una señora de la ciudad que acababa de casarse con un oficial. Al internarse en una calle de árboles más estrecha, quiso el joven retirarse para que ella pasara delante; pero ella le empujó con violencia, obligándole á seguir el primero. En este momento ninguno de los dos hablaba.

Bruscamente saltó Teresa sobre el lomo de Colombel, con su antigua elasticidad de muchacha salvaje.

—Anda, vamos—dijo con la voz cambiada, ahogada por su pasión de otra época.

Le había quitado su bastón y con él le golpeaba en los muslos. Agarrada á los hombros, apretándole hasta ahogarle entre sus piernas nerviosas de jinete, le empujaba locamente hacia lo más obscuro de los prados. Por mucho tiempo le fué dando palos para activar su paso. El galope precipitado de Colombel no producía ruido sobre la hierba. No había pronunciado una palabra, respiraba con fuerza, se estiraba sobre sus piernas de hombrecillo, con aquella muchachona cuyo peso tibio le destrozaba el pescuezo.

Pero cuando ella le dijo: «¡Basta!» no paró;

corrió más de prisa todavía, como arrastrado por su arrancada. Enlazadas las manos por detrás, la sostenía tan fuertemente sobre sus caderas que no podía ella saltar. Ahora tocaba al caballo enfurecerse y llevarse al jinete. De repente, á pesar de los repetidos palos y de los arañazos, torció hacia una choza donde el jardinero guardaba sus herramientas. Allí la derribó al suelo y la violó sobre la paja: por fin le había llegado el turno de ser el dueño.

Teresa palideció más, se encendió más el color rojo de sus labios y se le ennegrecieron más los ojos. Continuó haciendo su vida devota. Algunos días después volvió á repetirse la escena: saltó ella sobre las espaldas de Colombel, quiso domarle, y acabó por verse acostada sobre la paja de la choza. Ante el mundo seguía siendo dulce con él, con una condescendencia de hermana mayor. Él también conservaba una tranquilidad sonriente. Seguían siendo, como á los seis años de edad, malos bichos sueltos y divirtiéndose en morderse secretamente. Hoy solamente el macho obtenía la victoria en las revueltas horas del deseo.

Sus amores fueron terribles. Teresa recibió á Colombel en su cuarto. Le había enviado una llave de la puerta excusada del jardín que daba á

la callejuela de las murallas. Por la noche se veía él obligado á atravesar una primera habitación en la cual justamente dormía su madre; pero los amantes mostraban tan tranquila audacia, que jamás fueron sorprendidos. Se atrevían á darse citas en mitad del día. Colombel llegaba antes de la comida, esperado por Teresa, que cerraba la ventana con objeto de que no la espiaran los vecinos. A todas horas experimentaban la necesidad de verse, no para decirse las ternezas de amantes de veinte años, sino para renovar el combate de su orgullo. Muchas veces los sacudía una disputa, dirigiéndose mutuamente injurias en voz baja, tanto más preñadas de cólera, cuanto menos podían ceder á las ganas de gritar ó de pegarse.

Precisamente una tarde había llegado Colombel antes de la comida. Luego, conforme iba andando por el cuarto, descalzo todavía y en mangas de camisa, se le ocurrió la idea de abrazar á Teresa, suspenderla como lo hacen los hércules de ferias al principio de una lucha. Teresa quiso deshacerse de él, diciendo:

—Suelta; ya sabes que soy más fuerte que tú y te haré daño.

Colombel se echó á reir.

—Bueno; hazme daño—murmuró.

Y siguió forcejeando para derribarla. Entonces apretó ella los brazos. A menudo repetían este juego por una necesidad de batalla, y las más veces era Colombel el que caía sobre la alfombra, sofocado, con los miembros lacios y abandonados. Era demasiado pequeño; ella le recogía, le ahogaba contra ella con ademanes de giganta.

Pero aquel día cayó Teresa sobre las rodillas, y Colombel con un arranque brusco la derribó. Él, de pie, triunfaba.

—Ya ves que no eres la más fuerte—dijo él con insultante risa.

Teresa se puso lívida. Se levantó poco á poco, y en silencio volvió á agarrarle, agitada con tal temblor de cólera, que él mismo tuvo un estremecimiento de miedo. ¡Oh! ¡ahogarle, acabar con él, tenerle allí inerte, vencido para siempre! Durante un minuto lucharon sin pronunciar palabra, recogido el aliento, crujiendo los miembros bajo sus esfuerzos.

Ya no era juego. Un soplo frío de homicidio pasaba sobre sus cabezas. Él se puso á dar quejidos. Ella, temiendo que los oyesen, hizo un último y terrible esfuerzo. Con la sién fué él á dar en la esquina de una cómoda y cayó pesadamente al suelo.

Teresa respiró un instante. Se arreglaba el cabello delante de un espejo, ponía en orden sus faldas, afectando no pensar para nada en el vencido. Que se repusiera él solo: después le empujó con el pie, y como no se movía, acabó por inclinarse sobre él, sintiendo algo frío en la parte baja de su nuca. Entonces vió el rostro de Colombel pálido como la cera, los ojos vidriosos, la boca torcida. En la sien derecha tenía un agujero; se había roto la sien contra la esquina de la cómoda. Colombel estaba muerto.

Ella se levantó helada. Habló á voces en medio del silencio.

—¡Muerto, muerto ahora!

Y de repente el sentimiento de la realidad la llenó de pavorosa angustia. Verdad es que durante un segundo quiso matarle; pero era estúpido semejante pensamiento de cólera. Siempre quiere uno matar á aquel con quien pelea, pero generalmente no se le mata, porque después los muertos son muy incómodos y no se sabe qué hacerse de ellos. No, no; no era culpable; no había querido matarle. ¡Y en su misma alcoba!

Continuaba hablando alto, con palabras incoherentes.

—Bueno, se acabó. Ha muerto y no se irá solo.

Al frío estupor del primer momento sucedía una fiebre que le subía desde las entrañas á la garganta como ola de fuego. Tenía en su cuarto un hombre muerto. No habría nunca modo de explicar cómo se encontraba allí, descalzo, en mangas de camisa y con un agujero en la sien. Estaba perdida.

Teresa se inclinó, miró la herida; pero un terror la dejó inmóvil encima del cadáver. Oía á Francisca, la madre de Colombel, que pasaba por el corredor. Se elevaban otros ruidos, pasos, voces, los preparativos de una tertulia que debía verificarse aquella noche. Podían llamarla, venir á buscarla de un momento á otro. Y aquel cadáver allí, aquel amante á quien había dado muerte y que caía sobre su cabeza con el aplastado peso de la falta mutua.

Entonces, aturdida por el clamor, que tomaba proporciones en su cráneo, se levantó y se puso á dar vueltas por el cuarto. Buscaba un agujero en que arrojar aquel cuerpo que ahora le servía de obstáculo para el porvenir; miraba debajo de los muebles, en los rincones, agitada por un temblor general de rabia por su impotencia. No, no había agujero; la alcoba no era bastante profunda; los armarios eran demasiado pequeños, la habita-

ción entera le negaba su ayuda. Y sin embargo, allí mismo habían podido ocultar sus deleites. Él entraba sin hacer ruido como gato marrullero y salía del mismo modo. Nunca hubiera podido ella creer que pudiera volverse tan pesado.

Teresa seguía de un lado para otro, recorriendo siempre la alcoba con la locura danzante de una fiera encerrada, cuando creyó tener una inspiración. ¿Y si tirase á Colombel por la ventana? Se le encontraría, y pronto se adivinaría de dónde había caído. Con todo, había levantado la cortina para mirar á la calle, y de pronto percibió al joven de enfrente, al imbécil que tocaba la flauta, puesto de bruces en su ventana, con su aire de perro domesticado. Conocía perfectamente su descolorido rostro, siempre vuelto hacia ella, y del cual estaba cansada á fuerza de leer en él una ternura cobarde. La vista de Julián, tan humilde y tan amante, la dejó estupefacta. Una sonrisa iluminó su pálido semblante. Allí estaba su salvación. Aquel imbécil la amaba con la ternura de perro amarrado á una cadena, y la obedecería hasta llegar al crimen. Por otra parte, ella le recompensaría con su corazón y con toda su carne. No le había amado, porque era demasiado meloso; pero le amaría, le compraría para siempre, entregándole todo su cuerpo

lealmente, si él se manchaba en sangre por ella. Sus labios rojos tuvieron un pequeño movimiento como si saboreasen el amor espantoso con que le brindaba lo desconocido.

Entonces, con viveza, como si hubiera levantado un lío de telas, levantó el cuerpo de Colombel y lo colocó sobre su cama. En seguida abrió la ventana y empezó á enviar besos á Julián.

IV.

Julián sentíase presa de una pesadilla. Cuando reconoció á Colombel en el cadáver que estaba sobre la cama, no mostró ninguna sorpresa. Aquello era natural y lógico. Sólo Colombel podía estar en el fondo de aquella alcoba con la sién rota, los miembros contraídos, mostrando en su actitud una lujuria horrible, sorprendida de pronto por la muerte.

Teresa hablaba al joven extensamente. Este no la comprendió al principio, tal era su estupor; las palabras se deslizaban por sus oídos como un ruido confuso. Más adelante comprendió que la joven le daba órdenes, y puso atención á lo que ella decía. Era preciso que no saliera de la habitación,

donde permanecería hasta la media noche esperando á que el palacio estuviese negro y vacío. La reunión que daba el Marqués podía proporcionarles muchas ventajas. Contaban con una serie de circunstancias favorables para no ser descubiertos; su padre se entretendría bastante con sus contertulios para pensar en subir á su cuarto. Cuando fuera momento oportuno, Julián se echaría el cadáver á cuestas, lo bajaría é iría á arrojarlo al Chanteclair por la calle de Beau-Soleil. Nada más fácil que aquello, según la tranquilidad con que Teresa exponía sus proyectos.

Esta se detuvo, y apoyando sus manos sobre los hombros del joven, le dijo:

—¿Me habéis comprendido? ¿Estáis conforme?

Él repuso estremeciéndose:

—Sí, sí; todo lo que queráis. Os pertenezco.

Entonces Teresa se inclinó hacia él con aire grave, y como Julián no comprendiese lo que quería, repuso:

—Abrazadme.

Él, estremecido, depositó un beso sobre su frente helada, y los dos guardaron silencio.

Teresa había vuelto á correr las colgaduras de la cama y se dejó caer sobre un sillón, reposando al fin envuelta por la sombra. Julián, después de

permanecer de pie un instante, tomó asiento en una silla. Francisca no estaba en la habitación próxima; la casa sólo enviaba rumores lejanos; la alcoba parecía dormir, llenándose paulatinamente de tinieblas.

Aquel silencio duró una hora. Julián sentía en el cráneo un golpeteo incesante que le impedía razonar. Estaba en casa de Teresa y esto era suficiente y sobrado para su dicha. De pronto, cuando recordaba que había el cadáver de un hombre en el fondo de aquella alcoba, cuyo cortinaje corrido le ocultaba, sentíase desfallecer. ¡Era posible que ella hubiese amado á aquel granuja! La perdonaba por haberle matado; lo que le encendía la sangre eran los pies desnudos de aquel hombre asomando por entre las sábanas del lecho. ¡Con qué placer lo arrojaría en el Chanteclair, desde el extremo del puente, en un agujero profundo y negro que le era perfectamente conocido! Los dos se encontrarían libres de aquel estorbo y podrían ser el uno del otro. Y al acariciar aquel pensamiento que no hubiera soñado sostener por la mañana, Julián veíase ya en el puesto que ocupaba el cadáver, y aquel puesto estaba frío y le causaba una repugnancia aterradora.

Teresa, desplomada sobre el sillón, no acertaba

á moverse. El joven no distinguía de ella más que el remate de su cabellera, iluminada por la claridad dudosa reflejada en los vidrios de la ventana. Teresa permanecía con la cabeza oculta entre los manos, sin que fuera posible adivinar qué sentimientos la dominaban. ¿Era un decaimiento físico, consecuencia lógica de la crisis horrible por que acababa de atravesar? ¿Era un remordimiento acerbo, un recuerdo para el amante que dormía su último sueño? ¿Se ocupaba tranquilamente en madurar sus planes de salvación, ó bien ocultaba el rastro del espanto, fijo sobre su rostro ennegrecido por la sombra? Julián no podia adivinarlo.

El péndulo del reloj oscilaba en medio de aquel silencio. Teresa se levantó con lentitud y encendió las bujías del tocador; había recobrado su acostumbrada calma, mostrándose tranquila y fuerte; parecía haber olvidado el cadáver que dormía en su alcoba, oculto por las cortinas de color de rosa, é iba y venía tranquilamente como persona entretenida en las intimidades de su habitación. Comenzó á destrenzarse los cabellos, y dijo sin volver la cabeza:

Voy á vestirme para la fiesta. Si viene alguien, os ocultaréis en el fondo de la alcoba, ¿no es verdad?

Julián permanecía sentado mirando á Teresa; ésta le trataba ya como á amante, como si la complicidad sangrienta que entre ellos existía viniera á unirlos con íntima confianza de queridos antiguos.

Se remangó los brazos y comenzó á lavarse la cara. Julián la contemplaba estremecido; tan apetecible era la joven en aquel momento, con sus espaldas desnudas, agitando en el aire sus codos finísimos y sus manos afiladas que arreglaban los bucles de su pelo. ¿Quería seducirle enseñando al amante una parte de lo que iba á poseer, para darle valor?

Acababa de arreglarse cuando se oye un ruido de pasos en la sala vecina.

—Ocultaos en la alcoba—dijo Teresa á Julián.

Y arrojó con movimiento rápido sobre el cadáver de Colombel toda la ropa que se había quitado, una ropa tibia aún, perfumada con el olor de su cuerpo.

Francisca entró diciendo :

—Os aguardan, señorita.

—Ya voy, querida—respondió Teresa tranquila.—Toma; ayúdame á vestir.

Julián veía á las dos mujeres por una abertura del cortinaje, espantándose de la audacia de la

joven hasta el punto de rechinar los dientes y tener que separarlos con un pañuelo para que no se escuchara el ruido que producían al chocar entre sí. Al lado suyo, por debajo de una camisa de mujer, asomaba uno de los piés inertes de Colombel. ¡Si Francisca, la madre, hubiera descorrido el cortinaje y hubiese visto el pié de su hijo, aquel pie desnudo que salía por el borde de la cama!

—Ten cuidado—repetía Teresa;—más despacio: me arrancas las flores.

En su acento no vibraba ninguna emoción. Sonreía gozosa como si estuviera muy contenta de ir al baile. El traje era de seda blanca guarnecido de flores de encaje, de flores blancas teñidas en el centro por una mancha roja. Cuando apareció vestida en medio del cuarto, parecía un ramo de virginal blancura. Sus brazos desnudos, su garganta desnuda también, se confundían con la blancura de la seda.

—¡Estáis hermosa! ¡muy hermosa!—repetía Francisca.—Y la guirnalda, ¿dónde está?

Y cogió el cortinaje como si tratara de buscarla encima del lecho. Julián estuvo á punto de dejar escapar un grito de angustia. Pero Teresa, sin apresurarse, sonriendo siempre, replicó:

—La guirnalda está sobre la cómoda. Tráela.... ¡Ah, no toques á la cama! He puesto encima de ella muchas cosas delicadas y tú las desarreglarías.

Francisca la ayudó á ponerse la guirnalda. Teresa se detuvo un instante para contemplarse en un espejo.

—Ni en la iglesia hay vírgenes tan puras como vos—murmuró Francisca.

Este cumplido hizo sonreir alegremente á la joven. Volvió á contemplarse en el espejo y salió de la habitación diciendo desde la puerta:

—Vamos, bajemos; puedes apagar las bujías.

Hízose una obscuridad brusca, en medio de la cual oyó Julián retirarse á Teresa, acompañada por el rumor crujiente de su vestido de seda. Sentóse en el suelo sin atreverse á salir de la alcoba. La noche profunda le ponía un velo negro delante de los ojos; pero á pesar de aquel velo, sentía cerca de él la sensación de aquel pie desnudo, cuya frialdad parecía extenderse por todo el cuarto. Hacía un rato que permanecía entregado á pensamientos confusos, cuando sintió entreabrirse la puerta. Por el ruido de la seda reconoció á Teresa. Ésta no se acercó á él, dejó algo encima de la cómoda y murmuró:

—Tomad, no debéis haber comido..... Es preciso comer..... ¿Entendéis?

Y se fué otra vez acompañada por el ruido de la seda, ruido que fué perdiéndose poco á poco por el corredor. Julián se ahogaba en la alcoba; no podía permanecer cerca de aquel lecho donde reposaba el cadáver de Colombel. El reloj dió las ocho: aun faltaban cuatro horas. El joven comenzó á pasear amortiguando el ruido de sus pasos.

Una claridad incierta, la claridad de la noche estrellada le permitía distinguir el contorno sombrío de los muebles. En los rincones reinaba la obscuridad; el piso relucía como una plancha de plata vieja. Julián no era miedoso, pero en aquella habitación se sentía débil, con el rostro inundado de sudores fríos. En rededor suyo los muebles tomaban al envolverse en la sombra actitudes amenazadoras. Por tres veces le pareció oir en la alcoba el ruido de un suspiro y se detuvo aterrado. Después, prestando más oído, advirtió que eran los rumores de la fiesta que subían, una música de baile, el murmullo risueño de una turba alegre. Julián cerró los ojos y vió de repente á Teresa que danzaba en los brazos de otro hombre. Él estaba solo en aquel rincón de espanto temblando de miedo. Retrocedió con los cabellos erizados,

creyendo que un resplandor siniestro brillaba sobre el tapiz de una de las sillas: era un corsé de raso blanco. Julián lo tomó entre sus manos y lo apretó con ansia contra su rostro para aturdirse con el olor de mujer joven que subía de él.

¡Cuántas delicias le esperaban! Quería olvidarlo todo. No era aquella una velada de muerte, era una velada de felicidad. El joven apoyó la frente contra los vidrios, humedeciendo con sus labios el corsé de raso. Comenzó á recorrer una por una todas las páginas de la historia de sus amores. Enfrente, al lado opuesto de la calle, distinguió su casa, cuyas ventanas seguían abiertas. Desde allí había seducido á Teresa con la música de sus serenatas. La flauta cantaba su ternura con un sonido de voz tan dulce que la joven había acabado por sonreir. Aquel raso que besaba era de ella, un pedazo de su piel que le había dejado para calmar sus sufrimientos. Teresa se le apareció tan cerca, que corrió hacia la puerta creyendo que venía.

En aquel momento sintió vehementes impulsos de poseerla. No aguardaría más; después de arrojar al muerto la haría suya. Las pasiones que tienen el crimen por comienzo, no deben reparar en nada. Comió las frutas que Teresa le había de-

jado sobre la cómoda, creyendo que aquello le daría fuerzas para el trabajo que le aguardaba. De pronto oyó un ruido de pasos.....

—No, gracias, Francisca—dijo Teresa, apareciendo con una bujía en la mano.—Me desnudaré sola..... Acuéstate, debes estar cansada.

Y cerró la puerta, corriendo el cerrojo de la misma. Luego permaneció un instante inmóvil, con un dedo sobre los labios, sosteniendo el candelero con la mano izquierda. El baile no la había agitado. Sin pronunciar palabra dejó el candelero y fué á sentarse al lado de Julián. Esperaron media hora mirándose en silencio.

Las puertas se cerraron. El palacio dormía. Lo que más inquietaba á Teresa era la vecindad de Francisca, la proximidad de la habitación donde se acostaba su antigua nodriza. Francisca anduvo por ella durante algunos minutos; después su cama dió un crujido: se había acostado. Durante algún tiempo estuvo dando vueltas sobre su lecho, como si el insomnio la dominara. Al fin escuchóse el ruido acompasado de su respiración fuerte y regular.

Teresa miraba á Julián fijamente; no pronunció más que una palabra:

—¡Vamos!

—Descorrieron las cortinas y trataron de in-

corporar á Colombel, cuyo cuerpo tenía ya una rigidez indomable. Cuando terminaron aquella operación, sus sienes estaban bañadas en sudor.

—¡Vamos!—dijo Teresa por segunda vez.

Julián se echó á cuestas el cuerpo de Colombel sin vacilar, de un solo esfuerzo, como cargan los bultos los mozos de cuerda. Los pies del cadáver colgaban un metro por encima del suelo.

—Yo iré delante—murmuró Teresa.—Os llevaré por el gabán, y vos no tendréis más que dejaros conducir. Avanzad despacio.

Érales preciso pasar por la habitación de Francisca. Aquel era el inconveniente terrible; ya habían atravesado la pieza, cuando una de las piernas del cadáver tropezó con una silla. Francisca se incorporó al oir aquel ruido. Los cómplices la escucharon mover la cabeza y pronunciar palabras sordas; permanecían inmóviles, ocultos por el quicio de la puerta. Julián temblaba al contacto de los pies del cadáver, temiendo que la madre les sorprendiera en el momento de ir á arrojar á su hijo al río. Fué un minuto de angustia horrible. Al cabo pareció que Francisca recobraba el sueño y los dos atravesaron el pasillo guardando infinitas precauciones.

Al término del pasillo les aguardaba otra con-

trariedad: la Marquesa no se había acostado; un rayo de luz atravesaba la puerta entornada. Entonces no se atrevieron á avanzar ni á retroceder. Julián sabía que el cuerpo de Colombel se le escaparía de las espaldas si volvían á atravesar la habitación de Francisca. Durante un cuarto de hora permanecieron inmóviles; Teresa tuvo valor para sostener el cuerpo, porque Julián se fatigaba mucho. Al fin se apagó la luz y pudieron ganar la puerta de la calle: estaban en salvo.

Teresa fué la encargada de abrir la antigua puerta cochera, condenada desde hacía mucho tiempo. Cuando Julián se encontró en medio de la plaza de Quatre-Femmes con su carga en las espaldas, distinguió arriba en lo alto de la escalera, los brazos desnudos de Teresa, que vestida con su traje de baile esperaba su vuelta.

V.

Julián tenía las fuerzas de un toro. Cuando era más joven, en el bosque vecino á su aldea se ejercitaba en levantar las piedras y en echarse los troncos á cuestas; así es que llevaba el cuerpo de Colombel como si fuera una pluma; apenas si

lo notaba; sentíase lleno de una alegría ruin al encontrarle tan débil, tan pequeño, tan poca cosa. Ya no volvería á burlarse de él pasando por delante de su ventana cuando tocaba la flauta; ya no le zaheriría con sus escarnios al encontrarle por la ciudad. Y al pensar que llevaba allí un rival dichoso antes, rígido y frío ahora, Julián sentía circular á lo largo de su cuerpo un estremecimiento de satisfacción. Le arrojó contra su cuello con un encogimiento de hombros y apretó el paso rechinando los dientes.

La ciudad estaba en sombras. Una luz se distinguía en la plaza de Quatre-Femmes en la ventana del capitán Pidoux; sin duda el capitán estaba enfermo; se veía el perfil robusto de su vientre ir y venir detrás de los visillos. Julián, inquieto, se dejó ir á lo largo de la fachada, cuando le sorprendió un ligero ruido. Ocultóse en el quicio de una puerta, y reconoció á la mujer del notario Savourin que tomaba el fresco, lanzando grandes suspiros y mirando á las estrellas. Aquello era una fatalidad. Ordinariamente á tales horas la plaza estaba completamente desierta. Por fortuna, Mad. Savourin se dispuso á reunirse con su marido que roncaba estrepitosamente. Cuando la señora cerró la ventana, Julián atravesó la

plaza muy de prisa, sin dejar de seguir con los ojos el perfil atormentado y ambulante del capitán Pidoux.

Unicamente se consideró á salvo al entrar en la calle de Beau-Soleil. Allí las casas eran tan humildes, el piso de la calle tan tortuoso, que la luz de las estrellas no llegaba á tocar aquellos sitios, que parecían la morada eterna de la sombra. Al verse en aquel refugio, una irresistible manía de correr le hizo tomar un galope furioso. Aquello era una estupidez: tenía la conciencia muy limpia; pero á pesar de todo, no podía librarse de correr, como si vinieran á sus espaldas el espacio vacío de la plaza de Quatre-Femmes, las ventanas de la notaría y del capitán, todo lo que vivía en la ciudad. El ruido de sus zapatos sobre las piedras parecíale el de los pasos de alguien que le perseguía. De pronto se detuvo. Á treinta pasos de él había escuchado el rumor de los pasos de varios oficiales que se dirigían á su hospedaje de la calle de Beau-Soleil.

Aquellos caballeros debían haber festejado con sendos vasos de *ponche* la llegada de algún compañero.

Julián pensó que si seguían avanzando por la calle estaba perdido, y que si no tropezaba con al-

guna callejuela transversal para escaparse por ella, no tendría tiempo de volver atrás. Escuchaba el crujido de las botas y el golpeteo de las espadas con ansiedad indecible. Durante algunos momentos no pudo darse cuenta de si los pasos avanzaban ó se retiraban. Al fin se alejaron; el joven puso atención algunos segundos, y después se decidió á seguir su marcha, procurando hacer el menor ruido posible. Hubiera caminado con los pies desnudos, de atreverse á tomar tiempo para descalzarse.

Julián desembocó al cabo frente á la puerta de la ciudad.

No había allí ningun obstáculo; podía atravesarla libremente. Sin embargo, le aterró al salir de la estrecha calle de Beau-Soleil el brusco esparcimiento de la campiña. El campo estaba azul, con un azul pálido; un aliento fresco llegaba de él; Julián creyó que una turba inmensa le esperaba arrojándole su respiración en el rostro. Estaba seguro, la veía; un grito terrible iba á alzarse de todas aquellas bocas fruncidas.

El puente se presentaba delante de él. Distinguió con toda claridad la carretera blanca, los dos parapetos bajos y grises como bancos de granito; la inmensa cristalería del Chanteclair. Entonces

se arrastró por el suelo, encorvándose, evitando los espacios libres, creyendo que así podía ocultarse de cien espías mudos que sentía revolotear en rededor suyo. El sitio más peligroso era el mismo puente, sobre el cual se encontraría al descubierto enfrente de toda la ciudad, construída en forma de anfiteatro. Quiso ir al extremo opuesto del puente, donde solía sentarse, con las piernas colgando, á respirar el fresco de las noches serenas. El Chanteclair formaba allí un agujero negro, una sabana silenciosa que se agitaba de vez en cuando por los estremecimientos internos de una agitación hipócrita. ¡Cuántas veces se había entretenido Julián en arrojar piedras desde aquel sitio, para medir con las barbujas del agua la profundidad de la hoya! Hizo un último esfuerzo de voluntad y atravesó el puente.

Allí se encontró seguro. Reconoció la piedra lisa donde tenía por costumbre sentarse. Inclinóse para contemplar la hoya, y dejó el cuerpo sobre el parapeto. Antes de arrojar á Colombel al agua experimentó la necesidad de mirarle por última vez. Las miradas de todos los habitantes de la ciudad fijas á la vez sobre su rostro no le hubieran privado de proporcionarse esta satisfacción. Permaneció algunos minutos cara á cara con el muerto.

La hoya del Chanteclair parecía más negra: una carreta que atravesaba el campo á lo lejos remedaba un sollozo con su áspero chirrido. Julián se incorporó, y para evitar un golpe demasiado estrepitoso, hizo deslizar el cuerpo poco á poco, inclinándose con él. Sin saber cómo, los brazos del muerto se anudaron en rededor de su garganta con tal fuerza, que se sintió arrastrado; pudo salvarse de milagro. Colomel había querido vengarse.

Al encontrarse sentado sobre la piedra sentíase lleno de tristeza, y permaneció allí con el pecho anhelante y las piernas dobladas, fatigado por el viaje que acababa de hacer. Contemplaba la hoya á cuya superficie subían anchas y espumeantes burbujas. No cabía duda; Colombel había querido arrastrarle con él; muerto y todo como estaba, le había apretado la garganta; pero ninguna de estas cosas existía ya. Julián respiró con alegría el perfume fresco de la campiña, siguiendo con los ojos el plateado perfil de la corriente que se quebraba por entre árboles de sombra espesa; aquel rincón de la naturaleza parecióle una promesa de paz, de reposo sin fin, de alegría discreta y humilde.

Después recordó á Teresa. Le aguardaba, estaba seguro de ello. Aun la veía en lo alto de la escalera, asomada sobre el piso de la puerta carcomida

por los dientes del musgo; aun permanecía de pie con su traje de seda blanca guarnecido de flores blancas con una imperceptible mancha roja en el centro. Acaso había sentido frío y se había vuelto á su habitación. Habría dejado la puerta abierta y se habría acostado en la cama como una recién casada la noche de sus bodas.

¡Qué dicha! Nunca le había espérado así una mujer. Dentro de un minuto alcanzaría el premio ofrecido; pero sus piernas se negaban á sostenerle; sintióse soñoliento. Para despertarse evocaba la imagen de Teresa en el momento en que se lavaba, y la vió con los brazos remangados y la garganta desnuda; venía á su memoria con aquel recuerdo el del perfume que se desprendía de su piel. ¿Debía renunciar á aquella pasión que se le ofrecía por unos labios tan rojos y por una mujer tan hermosa? No; se arrastraría sobre las rodillas si sus piernas se negaban á sostenerle.

Pero aquella era una batalla perdida en la cual había acabado por agonizar su amor. Sólo experimentaba un irresistible deseo, el de dormir, dormir siempre. La imagen de Teresa palidecía, un muro negrísimo venía á interponerse entre los dos. En aquel instante Julián no hubiera podido tropezarle con el dedo en los hombros sin morir. Su

deseo espirante tenía la pestilencia de un cadáver.

Era imposible; el techo se hubiera desplomado sobre sus cabezas si él hubiera vuelto á entrar en aquella habitación y hubiera apretado á aquella mujer entre sus brazos.

Dormir, dormir siempre; ¡qué hermoso debe ser eso, cuando no hay delante de nosotros nadie que nos obligue á velar por él! Al día siguiente no iría á la oficina, era inútil; no tocaría más la flauta, no se asomaría más á la ventana. Entonces, ¿por qué no dormir siempre? Su existencia había concluído, podía acostarse. Y miraba de nuevo al río, tratando de ver si Colombel estaba aún allí. Colombel era un muchacho de mucha inteligencia; sabía lo que se hacía cuando quiso arrastrarle en su caída.

El agua se balanceaba silenciosamente. El Chanteclair adquiría una dulzura musical, el campo se sumergía en la paz de una sombra profunda. Julián repitió por tres veces el nombre de Teresa. Después se dejó caer rodando sobre sí mismo como un fardo que se desequilibra. El Chanteclair siguió alegrando las hierbas con su eterna sonrisa.

Cuando se encontraron los dos cuerpos, se supuso una reyerta, se inventó una historia: Julián

debía haber matado á Colombel para vengarse de sus burlas; después de matarle se había arrojado al río con él.

Tres meses más tarde, Madlle. Teresa de Marsanne se casaba con el conde de Verteuil. Estaba vestida de blanco y sonreía cortésmente, con rostro sereno.

FIN.

EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4.

Obras que son propiedad de la Casa y que se hallan de venta en las principales librerías.

LITERATURA.

	Pesetas.
Arambilet.—*Agnes*.....	1
Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere.*—Versión española de Ricardo Pérez.....	2,50
Belot.—*Loca de amor.*—Traducción de J. de La Cerda.....	2,50
Belot.—*La culebra* (continuación de *Loca de amor*). Versión castellana de J. de la Cerda...	2,50
Belot.—*Las corbatas blancas.*—Traducción de Angel de Luque.....	2,50
Belot.—*La explotación del secreto* (segunda parte de *Las corbatas blancas*).—Traducción de Pedro Nasgre.....	2,50
Belot.—*La pecadora.*—Traduc. de P. San Román.	2,50
Belot.—*Una luna de miel en Monte Carlo*.....	3
Bouvier.—*Las Borgoñas del dia* (novela). Versión española de Angel Luque.—Dos tomos.....	5
Cañizo.—*Justicia y Providencia* (novela).....	2,50
Claretie.—*Juan Mornas* (novela).—Un tomo...	2,50
Claretie.—*Noris* (novela).—Un tomo.....	2,50
Claretie.—*La fugitiva*.....	3
Claretie.—*La querida*, seguida de *Carlos y Cornelio*. Traducción de Angel de Luque: dos tomos.	5
Claretie.—*El Señor Ministro.*—Dos tomos.....	5
Claretie.—*Santiaguito.*—Versión castellana de C. Vidal.....	2,50
Claretie.—*Un diputado republicano*.....	2,50
Claretie.—*Una mujer de gancho*.....	2,50
Cubas.—*El ángel del presidio* (novela).....	1,50
Cubas.—*El panal de miel* (novela).....	2,50
Cubas.—*La mortaja de limosna* (novela).....	1,50

Cuentos escogidos de los mejores autores, tales como Balzac, Hoffman, Erckman-Chatrian y otros. Un tomo..... 2,50

Delpit.—*Las represalias de la vida* (novela), traducción de Miguel Bala.—Madrid..... 2,50

Dickens.—*Dias penosos* (novela). Versión española del Licenciado Barbadillo.—Un tomo..... 2,50

Dumas.—*Paulina. Pascual Bruno.*—Traducción de D. E. de O..... 3

Eça de Queiros.—*El primo Basilio* (novela).—Dos tomos..... 5

Edmond.—*La leñadora.* Versión española de Miguel Bala..... 2,50

Enault.—*Gabriela de Célestange* (novela). Versión española de Angel Luque..... 2,50

Ennery.—*El Príncipe de Moria*, traducida por Ricardo Hinojosa..... 2,50

Feuillet.—*La muerta.*—Traducción de Carlos Frontaura y Carlos Ochoa.—(Segunda edición)... 3

Feuillet.—*Los amores de Felipe.*—Traducción de Miguel Bala..... 2,50

Feuillet.—*Un matrimonio en la aristocracia.*—Traducción de Miguel Bala..... 2,50

Feuillet.—*El conde Luis de Camors.*—Traducción de F. Norberto Castilla..... 2,50

Feuillet.—*La novela de un joven pobre.*—Un tomo. 2,50

Feuillet.—*El Viajero*..... 3

Fortunio.—*La Vírgen de Belem* (novela). Versión española de Carlos B. Figueredo..... 2,50

Gaboriau.—*Matrimonios de aventura*..... 2,50

Gaboriau.—*Los Hombres de paja*..... 2,50

Gaboriau.—*El dinero de los otros* (continuación de *Los hombres de paja*)..... 2,50

Galería de desgraciados (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, é ilustrada con grabados..... 1

Gautier.—*Fortunio* y *la muerta enamorada* (novelas), traducidas por un Aprendiz de estilista.... 2,50

Gautier.—*Novelas cortas*..... 2,50

Houssaye.—*La Comedianta* (novela). Versión española de un Redactor de El Cosmos..... 2,50

Jorge Sand.—*El Castillo de Flamarande*..... 2,50

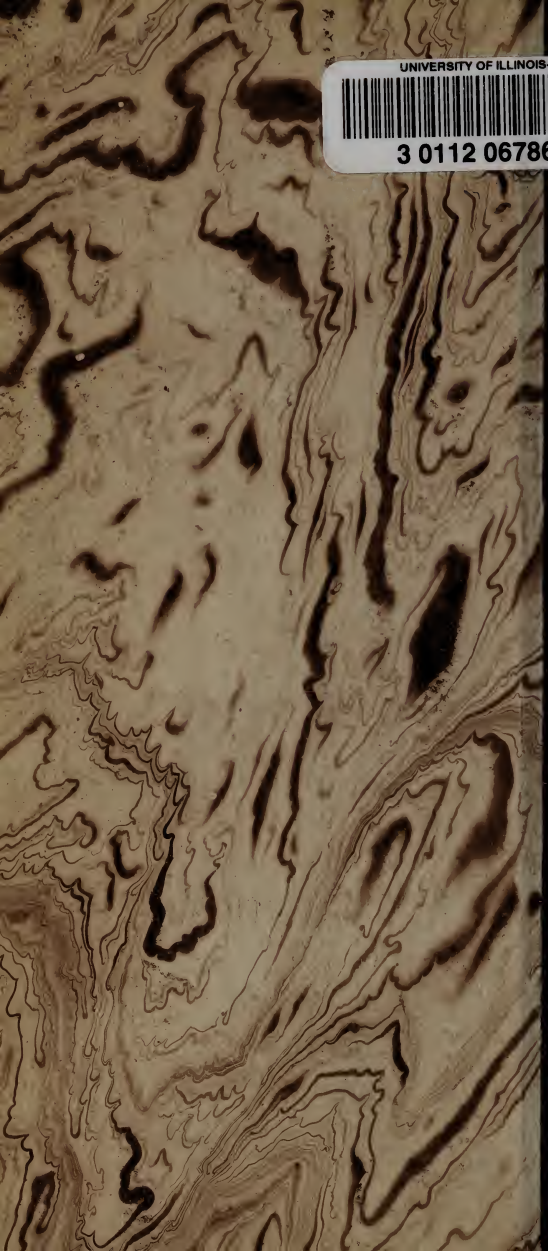
Jorge Sand.—*Los Dos Hermanos*..... 2,50

	Pesetas.
Jorge Sand.—*Mi hermana Juana*	2,50
Julio Simón —*Dios, Patria y Libertad*	5
La Cerda.—*El gran problema* (novela)	2,50
La Cerda.—*La tela de araña*	1
Mahalin.—*La bella horchatera.*—Dos tomos.	5
Malot.—*Zyta la saltimbanquis.* Versión española de Angel de Luque	2,50
Musset.—*La confesión de un hijo del siglo.*—Versión española de Ricardo Gil	2,50
Onhet.—*El gran Margal.* Traducción de J. de La Cerda.—(Segunda edición)	3
Onhet.—*Las Señoras de Croix-Mort.*—Traducción de D. Carlos de Ochoa.—(Segunda edición)	3
Onhet.—*Lise Fleuron* (novela). Traducida por José de Olave	2,50
Onhet.—*Sergio Panine*	3
Onhet.—*La Ferrería de Pont-Avesnes*	3
Onhet.—*Negro y rosa.*—Versión castellana de Carlos Ochoa	3
Ortega Munilla.—*Orgía de hambre* (novela y cuentos)	2,50
Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*	2
Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego* (poesías)	1
Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*	2
Rivière.—*El combate de la vida.*—3 tomos. Versión española de P. Sañudo Autrán	7,50
Soles Eguílaz.—*En el quinto cielo* (novela)	2,50
Trueba.—*El gabán y la chaqueta* (novela).—Dos tomos	5
Ulbach.—*El suplicio de un padre*, traducida por Carlos Nesgra.—Madrid. (Segunda edición)	2.50
Vascano.—*Javier Malo* (novela)	2,50
Wilkie Collins.—*¿Señorita ó señora?*	2,50
X*.**—*Al lado de la dicha* (novela).—Versión española de E. Nesgra	2,50
Zaccone.—*Los dramas de la Bolsa* (novela). Versión castellana de D.ª Faustina Sáez de Melgar	2,50
ZOLA.—*Germinal* (novela). Versión española de Angel de Luque.—Dos tomos en 8.º mayor de más de 500 páginas cada uno. (Segunda edición)	6

Pesetas.

ZOLA.—*Su Excelencia Eugenio Rougon.*—Traducción de J. de La Cerda: dos tomos..... 5
ZOLA.—*El vientre de París.*—Versión castellana de D. Enrique Meric: dos tomos..... 5
ZOLA.—*La confesión de Claudio.*—Versión castellana de Angel de Luque..... 3
ZOLA.—*La fortuna de los Rougon.*—Versión castellana de J. de La Cerda: dos tomos..... 5
ZOLA.—*La Conquista de Plassans.*—Versión castellana de J. de La Cerda: 2 tomos..... 5
ZOLA.—*Nana*..... 3
ZOLA.—*Teresa Raquín*..... 3
ZOLA.—*La Ralea*..... 3
ZOLA.—*A la dicha de las damas*..... 3
ZOLA.—*Aneta Micaulin*..... 3
ZOLA.—*Cuentos á Ninon*..... 3

Los pedidos de todas estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 067865193